Biblioteca Virtual CLACSO

Tiempos Violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina

Atilio Boron – Julio Gambina – Naun Minsburg
(Compiladores)

Indice

Prólogo

I. Globalización, neoliberalismo y desigualdad: La experiencia Argentina

Naum Minsburg
Transnacionalización, crisis y el papel del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial

Julio Sevare
Globalización y la vulnerabilidad externa

Julio Gambina
La crisis y su impacto en el empleo

II. América Latina y el Mercosur ante la globalización

Aldo Ferrer
La globalización, la crisis financiera y América Latina

Emir Sader
Brasil: una historia de pactos entre elites

Ismael Bermúdez
Mercosur en la crisis internacional

III. Poder, política e ideología en la globalización

Raúl Cuello
El neoliberalismo, una ideología contraria al equilibrio social

Marcelo Lascano
Crisis Internacional y Revolución Intelectual

Fabián Bosoer y Santiago Leiras
Posguerrra fría, "neodecisionismo" y nueva fase del capitalismo

Mabel Thwaites Rey y José Castillo
Poder estatal y capital global: los límites de la lucha política

IV. Tendencias actuales del sistema capitalista

Atilio Boron
Pensamiento único" y resignación política: los límites de una falsa coartada

Hector Valle
Las turbulencias del capitalismo a fines del siglo

Pierre Salama
Sobre las relaciones del mercado financiero y laboral en América Latina y en Asia del Norte y del Sudeste

Carlos Scavo
Políticas monetarias: auge, esclerosis e implosión

Anexo

Pablo Caruso y Sabrina González
Cronología de los principales acontecimientos relativos al sistema monetario internacional

Prólogo

El mundo atraviesa una época de crisis pocas veces vista en la historia. Los salvajes bombardeos sobre la población civil de Yugoslavia, a pocos centenares de kilómetros del corazón mismo de Europa, son un recordatorio tan doloroso como inevitable a la hora de prologar este libro. Europa está, una vez más, en guerra consigo misma, con sus propias entrañas, como alguna vez dijera Garcia Lorca. Y si bien pudiera objetarse que este libro no tiene por misión examinar las causas de tan terrible desenlace, no es menos cierto que la violencia inusitada de la guerra en los Balcanes no es para nada ajena a los procesos de restructuración capitalista que se sintetizan en la así llamada "globalización" y acerca de cuyos impactos sobre América latina versa el trabajo que tenemos el honor de prologar.

Sin llegar a los horrores que hoy abruman a Yugoslavia, en esta parte del mundo también vivimos "tiempos violentos". De ahí el título de nuestro libro. Violentos por la gravedad de la crisis social que afecta al conjunto de América latina, y que se expresa en cruentos procesos de desintegración social y la fractura de las redes colectivas de solidaridad que, en un pasado no muy lejano, colaboraron eficazmente a mejorar las condiciones de existencia de grandes sectores de nuestras sociedades. Violentos por la disolución de las formas más elementales de convivencia social que alimentan el círculo vicioso de la impunidad, el crimen, la corrupción, el narcotráfico, la exclusión social y la marginación. Violentos por la sorda y molecular violencia contenida en el "darwinismo social" del mercado, con su cortejo de previsibles minorías ganadoras e igualmente previsibles y multitudinarios perdedores.

Tiempos violentos, en consecuencia, cuando una nueva y cruenta fase de acumulación originaria tiene lugar en nuestra región y mediante la cual se produce una inédita concentración de poder, riqueza e influencia social en manos de un grupo cada vez más reducido de la población, mientras que vastas mayorías nacionales son relegadas a la marginación y a la desesperanza, a la exclusión y la pobreza. Las cifras que grafican este verdadero holocausto de la globalización neoliberal son de sobra conocidas. En las páginas que siguen el lector habrá de encontrar nuevas evidencias. Basta por el momento con recordar que si a comienzos de los años cincuenta el ingreso per cápita de los países de América Latina equivalía aproximadamente al 50 % del que tenían los habitantes de los países industrializados, al iniciarse la década de los noventas esta proporción había descendido a la mitad. El abismo que separa a los países pobres de los ricos se reproduce en el seno mismo de cada una de estas sociedades, en donde la polarización parece avanzar de una manera irresistible, tanto en los capitalismos metropolitanos como en los que pertenecen a la periferia del sistema. Según datos de la UNESCO y la UNICEF cada año mueren alrededor de 16 millones de niños a causa del hambre o de enfermedades curables, buena parte de ellos en esta parte del planeta. La mera magnitud de la cifra es sobrecogedora, pero se halla invisibilizada ante los ojos de una "opinión pública" cuyas percepciones y sentimientos son modelados por las estructuras más refractarias a las tendencias democratizantes que, en este siglo, conmovieron y transformaron a todas las instituciones: los medios de comunicación de masas, gigantescos emporios privados que dominan sin contrapesos, especialmente en América Latina, la esfera pública. Estos medios reproducen incesantemente una visión conformista y optimista de la realidad, y ocultan los estragos que las políticas neoliberales están produciendo en nuestros países. En cuatro años los niños victimizados por la violencia neoliberal, violencia "institucionalizada" que se oculta tras los pliegues del mercado, igualan a los 60 millones de muertos ocasionados por la Segunda Guerra Mundial. Como bien lo observara Ernest Mandel, "cada cuatro años una guerra mundial contra los niños."

Este libro pretende ser una contribución a la impugnación del "pensamiento único", ése que nos aconseja conformarnos con lo que existe, que adormece nuestra voluntad de cambio y que ciega nuestros ojos ante la búsqueda de alternativas. La continuidad misma de la vida civilizada y la preservación del estado democrático exigen imperiosamente abandonar las políticas neoliberales responsables de este verdadero holocausto social. En algunos países, especialmente Francia, la crítica al "pensamiento único" ha adquirido una fuerza considerable. No es el caso de los países de América Latina, y especialmente de la Argentina, en donde la fidelidad a las recomendaciones del Consenso de Washington hace que todo cuestionamiento al "modelo" sea equiparado a la sinrazón y la locura. Algunas críticas al actual orden de cosas fueron planteadas en un libro pionero coordinado por Naúm Minsburg y Héctor Valle: *El impacto de la globalización: la encrucijada económica del siglo XXI* (Buenos Aires: Letra Buena, 1994), publicado con anterioridad al "efecto tequila" y cuando en la Argentina imperaba un demencial optimismo así como en los sucesivos Encuentros por el Nuevo Pensamiento organizados por la Central de Trabajadores Argentinos. El libro que el lector ahora tiene en sus manos pretende continuar y profundizar esos esfuerzos, superando la camisa de fuerza de la "alternancia sin alternativas" que predomina en la política argentina de nuestros dias a partir de la aceptación sin discusión de la bondad del "modelo" y evidenciada en la verdadera competencia partidaria para ver

quién otorga mayores y mejores garantías a sus excluyentes beneficiarios. En vez de discutir los inocultables problemas que ha suscitado el ajuste neoliberal, tales como: crecimiento escalofriante de la deuda externa y la consiguiente vulnerabilidad de la economia argentina, los desajustes fiscales, el colapso de las economías regionales, la regresividad tributaria, el empobrecimiento extremo de las clases y capas populares, la desprotección social, el auge de la violencia y la inseguridad ciudadana, la clase politica parece empeñada en preservar a todas costas un modelo que condena a las mayorías y destruye los fundamentos mismos de la vida social.

La realización de este libro -que esperamos se convierta en un estímulo y en un insumo importante para esta tan necesaria "puesta en discusión" del modelo- fue posible gracias al empeño y la desinteresada colaboración del distinguido grupo de economistas y científicos sociales que, desde una rica diversidad de perspectivas y enfoques, se dió a la tarea de analizar los más relevantes problemas que plantea la globalización y la respuesta neoliberal ofrecida por los gobiernos de la region. Queremos transmitirles, en nuestra calidad de compiladores de esta obra, nuestro más cálido reconocimiento por el precioso tiempo que le dedicaron a este proyecto y por la calidad de sus contribuciones. También queremos manifestar nuestro agradecimiento a Jorge Fraga, Coordinador de Difusión de CLACSO, quien tuvo a su cargo la totalidad de la producción editorial de este libro y lo hizo con el profesionalismo y eficiencia habituales en él. Lo mismo a Florencia Enghel, quien tuvo a su cargo la pesada tarea de revision editorial, y a Sabrina González por su paciente y eficaz colaboración con los autores y compiladores de esta obra. Finalmente, quisiéramos hacer pública nuestra deuda de gratitud con el Centro Cultural de la Cooperación que contribuyó a sufragar parte de los costos incurridos en la producción de este libro.

Atilio A. Boron Julio Gambina Naúm Minsburg

Buenos Aires, 13 de abril de 1999

Transnacionalización, crisis y papel del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial

Naúm Minsburg*

"Hoy el verdadero poder es otra cosa. Es financiero y económico. Cada vez los gobiernos se convierten en simples delegados, agentes que cumplen los mandatos de sus superiores. Más que un gobierno por el pueblo y para el pueblo, nos enfrentamos a algo que podríamos llamar la fachada democrática. ¿Para que elegir dirigentes políticos sí los financistas tienen todo el poder?"
José Saramago
Diario Clarín, 29 de enero de 1999

E l fragmento del pensamiento del escritor José Saramago Premio Nobel de Literatura, es un reflejo de la realidad. Sin embargo, consideramos que es posible e imprescindible modificar tal situación, en la que gobiernos aparentemente autistas se despreocupan totalmente del estado de indefensión y de extrema necesidad en que se encuentran sumidos grandes sectores de nuestra población. Asistimos en cambio a la utilización del formidable poder del Estado para imponer políticas que favorecen exclusivamente a los sectores del privilegio, en consonancia con las exigencias de los organismos financieros y los intereses de las corporaciones multinacionales.

Vivimos en un mundo enmarcado en un importante y dificultoso proceso de transnacionalización, sometido a la voracidad del capital financiero y de las corporaciones transnacionales. En la mayoría de los países se ha implantado un "capitalismo salvaje". Por ello resulta imperiosa la amplia y efectiva participación de los diferentes actores sociales, que propongan, exijan e impongan un programa nacional de acción, diferente, real, posible, cuyo pilar fundamental sea el desarrollo socioeconómico con la mayor equidad.

No se debe reducir la democracia a la emisión periódica del voto. Ello no es suficiente, como está ampliamente demostrado. En infinidad de casos los representantes elegidos por la voluntad popular defraudan las expectativas y las promesas electorales, y se sumergen en un ambiente de corrupción y venalidad. Todas sus preocupaciones van dirigidas a promover medidas, abiertas o encubiertas, en exclusivo beneficio propio y de sus mandantes.

Debería existir entonces la posibilidad concreta de remover o destituir a tales delegados. La democracia es, o debería ser, el pleno ejercicio de la voluntad popular, que obviamente no consiste en facilitar la pauperización de nuestra sociedad o en profundizar el proceso de "globalizar la miseria".

En nuestra América Latina no es posible continuar sosteniendo la situación social y económica que se soporta actualmente, que hasta el propio Banco Interamericano de Desarrollo se ha visto en la obligación de reconocer: "El desempeño de América Latina durante los noventa no ha sido satisfactorio. Aunque el crecimiento económico se ha recuperado, no ha regresado a los ritmos cercanos al 5% que eran comunes en la región en los sesenta y setenta y es muy inferior a las tasas sostenidas superiores al 7% que han sido típicas de los países del sudeste asiático. En 1996, 8 de cada cien latinoamericanos dispuestos a trabajar se encontraban sin empleo; a fines de los ochenta esa tasa estaba entre el 5 y 6%. América Latina es la región del mundo donde los ingresos se encuentran peor distribuidos, y esa situación no ha mejorado en

los noventa. El número de pobres tampoco ha descendido del nivel sin precedentes cercano a los 150 millones de personas que alcanzó al comenzar la década actual"1. Como se sabe, la situación descripta se ha agudizado en los años posteriores debido a la aplicación irrestricta de las políticas neoliberales y a la crisis internacional, que se manifestara en una nueva y más aguda etapa a partir de julio de 1997.

Como señaláramos en anteriores trabajos, una condición básica para modificar tales situaciones consiste en que los propios actores rezagados puedan abrir nuevos e inéditos canales de representatividad en el procesamiento de sus demandas hasta ahora insatisfechas. Ello lleva a examinar las formas y métodos más adecuados para canalizar las iniciativas populares con el objeto de democratizar efectivamente–insistimos en ello – el sistema político y los mecanismos estatales para mejorar la asignación de recursos a la sociedad, y para reducir y eliminar al mismo tiempo la burocratización y la elevada corrupción existente.

Resulta pues imperioso que las demandas públicas encuentren el eco adecuado y puedan convertirse en eje de una amplia movilización de la sociedad para proveer el basamento sociopolítico que impulse vigorosamente, en un proceso gradual y sistemático, la transformación productiva y social con la mayor equidad posible.

¿Globalización o transnacionalización?

Desde hace varios años, diversos economistas, politólogos y asesores de grandes empresas, calificados "gurúes", han elogiado de manera permanente a la globalización como un acontecimiento nuevo e inédito en el devenir del capitalismo, y han sostenido que es un proceso inexorable e ineluctable al cual es menester adoptar, sometiendo nuestra estructura social, económica y política para recibir los beneficios de ingresar en la abundancia y modernidad de un hipotético primer mundo.

Han afirmado además la imposibilidad de sustraerse a la adhesión a la tendencia a la globalización, a la cual atribuyen el impedimento de modificar las reglas de la política económica impuesta por el neoliberalismo en nuestro país, vigentes principalmente a partir del denominado "Consenso de Washington" (1989).

La globalización era, y es todavía, uno de los más grandes argumentos para llevar adelante una política económica cuyo objetivo cardinal es la concentración del patrimonio nacional en un pequeño número de grandes empresas altamente diversificadas, nacionales y extranjeras, mientras se ahonda la pauperización de grandes sectores de nuestra población.

Corresponde realizar algunas reflexiones. En primer lugar señalemos que el proceso de globalización no es un acontecimiento nuevo. El sistema capitalista se ha ido "globalizando" a partir del descubrimiento y colonización de América. Dicha mundialización ha avanzado de manera paulatina e inexorable a medida que se "mundializaba" el propio sistema, con las naturales fluctuaciones de todo proceso. Se debe aclarar que el capitalismo lleva implícita entre otras consecuencias, por su propia naturaleza, la concentración, la inequidad de la distribución del producto social, y su expansión hacia otros países.

> "Según Hobson, la estructura plutocrática de la sociedad capitalista, en vista de que la demanda interior se ve frenada por los ingresos de la gran masa, mantenidos constantemente bajos, conduce crónicamente a una acumulación excesiva de capital por invertir. Por esta razón los capitalistas, para evitar el dilema del beneficio decreciente, se ven obligados a buscar lucrativas posibilidades de inversión en territorios ultramarinos, en vez de hacerlo en los mercados interiores demasiado limitados." 2

Complementado lo señalado anteriormente, digamos que "las inversiones en el exterior, respondían a la necesidad objetiva de canalizar el excedente relativo de ahorro de las metrópolis hacia terceros países, con el propósito de obtener materias primas y alimentos baratos, con lo cual poder expandir la producción de sus empresas (pagando menores salarios a sus trabajadores, tratando de obtener la maximización de sus beneficios). Al mismo tiempo, el capital invertido debía obtener un elevado beneficio superior al que se obtenía en las plazas financieras locales, y crear además las condiciones necesarias para que las naciones receptoras de la inversión se constituyeran en mercados demandantes de los artículos manufacturados exportados por las naciones más industrializadas."3

Las potencias europeas comenzaron a poner énfasis en la exportación de capitales, gran parte bajo la forma de empréstitos y para la instalación de empresas, y también los que serían destinados a la especulación financiera. El conjunto de dichos capitales sería con posterioridad de mayor significación que la exportación de bienes y servicios, por las ganancias extraordinarias y las enormes posibilidades que generaban y continúan generando.

Recordemos de acuerdo con los datos proporcionados por el Fondo Monetario Internacional el valor total del comercio internacional de bienes y servicios ha sido para 1998 de 6,725 billones de dólares de EE.UU., mientras que las inversiones (tanto directas como de cartera) realizadas por las corporaciones industriales, financieras o bancarias, y el capital financiero especulativo propiamente dicho, han adquirido un volumen varias veces superior al comercio mundial.

En otros trabajos hemos señalado algunos de los aspectos que han contribuido a profundizar el proceso de globalización. Dichos factores pueden resumirse brevemente en:

1. La colosal y sistemática expansión mundial de las Corporaciones Transnacionales (C.Ts.) productoras de bienes y servicios, como también la de las poderosas corporaciones bancarias, mediante sus inversiones de capital, las adquisiciones y fusiones que se realizan entre poderosas corporaciones, y el acaparamiento de los adelantos tecnológicos en casi todos los países del mundo, lo cual les ha posibilitado un enorme poderío económico, financiero, comercial y también político, de una magnitud tan colosal como jamás se había conocido anteriormente.

2. La creciente expansión del capital financiero y especulativo.

3. El continuo avance del desarrollo tecnológico producido en todos los sectores económicos y especialmente en la informática y en las comunicaciones.

4. El incremento del intercambio comercial mundial, caracterizado por una inútil y despiadada competencia donde impera el "vale todo" (desde un cerrado proteccionismo con barreras arancelarias, para-arancelarias, "ecológicas", hasta subsidios abiertos y encubiertos), y una muy cruenta disputa por el dominio de los mercados.

La moderna versión del proceso descripto precedentemente es lo que se ha dado en designar como globalización, y que en rigor de verdad debería denominarse como transnacionalización. Ello reflejaría de mejor manera la enorme penetración de las Corporaciones Transnacionales (C.Ts.) en la economía mundial, y se basa entre otras situaciones en la extraordinaria expansión de las inversiones de capital que tales empresas realizan en el exterior, tanto en los países desarrollados como en aquellos en vías de desarrollo.

El Cuadro 1 presenta una visión de la evolución de las Inversiones Extranjeras Directas (IED) de las C.Ts. productoras de bienes.

Cuadro 1

I.E.D. ACUMULADA (miles de millones de dólares)

	1914	**1938**	**1960**	**1975**	**1980**	**1985**	**1990**	**1995**	**1997**
TOTAL	14,3	26,4	63,1	275,4	479,9	756,7	1736,2	2732,6	3455,5

Fuentes: W.Andreff: Las multinacionales globales, citado por Rapoport Mario en "La globalización económica, ideologías, realidad, historia" Revista Ciclos No.12; y World Investment Report 1998 (Naciones Unidas).

Como se puede apreciar en el cuadro, el crecimiento de la IED acumulada ha sido realmente exponencial, especialmente en la década actual, que de hecho prácticamente duplica el importe de 1990, alcanzando la impresionante suma de 3,455 billones de dólares a valores históricos que se han invertido en la mayoría de los países del mundo, según datos del World Investment Report 1998 de Naciones Unidas, fuente que utilizaremos a partir de esta parte de nuestro trabajo salvo indicación en contrario.

Del monto de IED señalado precedentemente 2.349 billones de dólares se encontraban invertidos en los países desarrollados, lo que ha significado el 68 % de la inversión total, mientras que los países en desarrollo recibieron 1.105 billones de dólares, el 32% del total. Corresponde efectuar una aclaración. En su concepción tradicional la IED implicaba la aportación de capitales externos para la creación de una empresa nueva en el exterior, o bien en respuesta a sus necesidades de ampliación. También se ha aceptado la inversión en bienes y equipos de capital, tecnología, marcas y patentes.

En los últimos años se ha realizado por parte de las C, Ts. un cambio de estrategia para que, sin abandonar la anterior metodología, utilicen todo su poderío para la compra o adquisición de empresas existentes, de modo tal que se pueda aprovechar la estructura vigente, utilizando especialmente el financiamiento a través de la banca local, las marcas, el conocimiento y penetración en el mercado, la tecnología, etc. Las C.Ts. han abandonado la inversión "de riesgo", puesto que les resulta más simple, y facilita y mejora sus intereses, realizar una adquisición o fusionarse con las empresas interesantes para expandir sus actividades.

Esta situación ha llevado a que el propio F.M.I. modificara la definición de la categoría de IED. Para reunir las características requeridas, el capital de la misma debe ingresar bajo el rubro de financiamiento externo del Balance de Pagos del país receptor de la inversión. Para el FMI una operación en la que una empresa extranjera compra una firma local y para hacerlo se financia utilizando el crédito de la banca del país no entra dentro del concepto de IED.

De entre los países desarrollados, los que tenían mayor IED recibida y acumulada a finales de 1997 eran: Reino Unido 274.369; Francia 174.152; Bélgica y Luxemburgo 143.121; Alemania 137.731 (cifras en millones de dólares).

Estados Unidos es el país que mayores inversiones directas ha realizado en el exterior: en 1997 alcanzaron un importe total de 907.497 millones. A su vez, EE.UU. es el mayor receptor mundial de la IED: en 1997 tenía un monto acumulado de 720.793 millones.

Los países en vías de desarrollo de mayor IED acumulada recibida son los correspondientes a la región de Asia que en conjunto tenían 593.674 millones de dólares, de los cuales China continental alcanza a 217.341 millones, país donde las inversiones han crecido como en casi ningún otro, ya que en 1990 sólo alcanzaba los 18.568 millones.

En América Latina y el Caribe, siempre a finales de 1997, la IED acumulada alcanzaba un total de 375.414 millones de dólares, triplicando largamente los valores alcanzados en 1990. Dicho importe representó un 36 % del total de lo invertido en los países en desarrollo. Entre 1990 y 1997, el conjunto de países de la región recibió un importe de IED que alcanzó los 251.450 millones.

El principal país receptor de IED es Brasil, que en el año 1997 acumulaba un total de 126.281 millones, México alcanzaba los 86.836 millones, mientras la Argentina tenía 36.070 millones. Deben destacarse las inversiones en los "paraísos fiscales" existentes en nuestra región de los cuales sobresale por su significación las Islas Cayman que ostentan una IED total de 28.505 millones de dólares.

El poderío transnacional

El examen realizado hasta ahora pone en evidencia el inmenso imperio transnacional desde una óptica cuantitativa. Conviene aclarar que nuestro análisis se refiere exclusivamente a empresas productoras de bienes y servicios. No se hallan incluidas las colosales corporaciones bancarias y financieras, cuyos intereses se entrelazan en una intrincada y gigantesca red que se expande constantemente a través de la creciente ola de fusiones y megafusiones.

Existe un conjunto de 53.607 empresas transnacionales, que despliegan sus actividades en casi todo el mundo y poseen un total de 448.917 filiales, de las cuales 138.365 se encuentran instaladas en los países desarrollados y el resto en las naciones en vías de desarrollo.

Latinoamérica y el Caribe aparecen con 21.174 filiales. Llama la atención que no se mencione en el World Investment Report 1998 a las filiales o asociadas a las C.Ts. pertenecientes a nuestro país, mientras que México aparece con 8.420 filiales, Brasil con 6.320, Chile con 2.028, etc. El número de filiales registrado por el mencionado estudio subestima las filiales organizadas en Latinoamérica.

En el cuadro 2 podemos visualizar algunos elementos que nos brindarán una idea más precisa del poderío de las C.Ts.

Cuadro 2

Indicadores seleccionados de I.E.D. y de la producción Internacional (1991-1997)

(en miles de millones de dólares y porcentajes)

	Valores a precios corrientes (miles de millones dólares)		Crecimiento anual (%)		
Concepto	**1996**	**1997**	**1991-95**	**96**	**97**
Flujos de IED(recibida)	338	400	20,1	1,9	18,6
IED Acumulada(recibida)	3.065	3.456	9,7	12,2	12,7
Fusiones y adquisiciones (mayoría accionaria)	163	236	30,2	15,5	45
Ventas de las filiales radicadas en el exterior	8.851	9.500	13,4	6,0	7,3
P.B.I. de las filiales	1.950	2.100	6,2	7,7	7,7
Activos totales de las filiales en el exterior	11.156	12.606	24,4	12,0	13,0

La lectura del Cuadro 2 es sumamente ilustrativa de lo que estamos señalando: en 1997 la IED acumulada superaba los 3,4 billones de dólares a valores históricos, monto al que habría que añadirle los 236.000 millones por concepto de fusiones y adquisiciones efectuadas durante 1997.

Las ventas de las filiales de las C.Ts. alcanzaron los 9,5 billones de dólares mientras que las exportaciones realizadas por dichas firmas en 1995 llegaron a 1,961 billones de dólares, que representaban el 32,3 % de las exportaciones del total mundial.

El stock mundial de IED en 1996 equivalía en promedio general al 10,6 % del P.B.I. mundial. Los flujos anuales de capital destinados a la IED alcanzaron en 1997 la cifra récord de 400.000 millones de dólares, ello a pesar de que ya se encontraba desatada la crisis financiera mundial.

En el caso de América Latina y el Caribe, la IED acumulada que en 1980 representaba el 6,4 % de PBI regional, siempre en valores promediales, en 1997 pasa a representar el 17,4% del Producto Total de la región. También en 1997, el flujo de IED para la región alcanzó a los 56.138 millones de dólares.

De acuerdo con lo informado4 encontramos que dada la posición de Estados Unidos como el mayor inversor mundial de IED y su particular preferencia por las inversiones en América Latina y en la Unión Europea, y dado que éstas han sido incrementadas significativamente, se puede señalar que más de la mitad de las nuevas inversiones han sido financiadas por la reinversión de las utilidades y por las adquisiciones y fusiones de otras empresas. Como es suficientemente conocido, no se incluyen entre tales beneficios los obtenidos por el comercio intrafirma ni por los autopréstamos, royalties, etc.

El enorme poder de las C.Ts. surge, además de lo antedicho, de la red de intereses, acuerdos e incluso asociaciones que se han ido creando con las firmas proveedoras de bienes y servicios, y con aquellas que adquieren sus producciones y quedan atrapadas en las decisiones de las corporaciones.

Por ello, "debido al inmenso poderío de las C.Ts. en los diferentes planos, económico, financiero, tecnológico, comercial y que actúan a escala internacional resulta natural y lógico que para la promoción de su necesaria expansión, planifiquen las estrategias de sus actividades sobre la base de las necesidades de las firmas matrices que se han convertido en verdaderos centros de poder internacional." 5

Tal situación plantea la necesaria interrelación de las C.Ts. en los planos político y gubernamental para influir, preservar y ampliar las ventajas operacionales otorgadas por el Estado, que en resumidas cuentas actúa en consonancia con los intereses de las C.Ts., sus filiales y los asociados locales, y en desmedro de la producción nacional.

La mega-concentración

Un primer examen parecería demostrar que el universo de las C.Ts. es relativamente amplio. Sin embargo, tras ese estado aparente existe un muy elevado grado de concentración, en un proceso sistemático y continuo que se realiza mediante diferentes metodologías.

Un núcleo de 100 gigantescas corporaciones resultan ser las dominantes, sin tomar en cuenta los grupos bancarios que les pertenecen o a las que dichas C.Ts. se encuentran asociadas. En 1996 tenían activos en el exterior por 1,808 billones de dólares, equivalentes a más de la mitad de la I.E.D. total mundial. Además han realizado ventas en el exterior por un valor de 2,149 billones de dólares, equivalentes a casi la cuarta parte de las ventas externas del conjunto de C.Ts. Este núcleo de las 100 gigantes tenía, en 1996, 5.939.470 empleados en el exterior.

Las 100 colosales C.Ts. se distribuían de este modo por país de origen: 28 provienen de Estados Unidos, 16 pertenecen al Japón, 11 son de Francia, 10 son del Reino Unido y 8 de Alemania.

En este universo de empresas transnacionales, o mejor dicho de C.Ts., las relaciones inter-corporaciones no transcurren en un ambiente de paz y sosiego. Por el contrario, las C.Ts. están inmersas en lo que podría denominarse una lucha despiadada, en feroz competencia para obtener los mayores beneficios, para ser las primeras en obtener las innovaciones tecnológicas, por el dominio de determinados mercados. Por todos los medios legales o no tratan de fagocitarse una a otra, y cuando ello no puede realizarse se recurre a las compras, fusiones o adquisiciones de otras C.Ts., una fórmula relativamente nueva para evitar la competencia, ahorrar gastos y disminuir personal, con lo cual se consolida la tendencia a la oligopolización económica del sistema.

En el período 1990-97 se han producido fusiones y adquisiciones en la mayoría de los países por un monto total de 1,579 billones de dólares. En el Cuadro 3 se observan las mayores fusiones realizadas en 1998.

Cuadro 3

Principales Fusiones (1998)

Corporaciones	**Rubro**	**Importe**
		(en millones de dólares)
Exxon-Mobil	Petróleo	203.000
Dalmier Benz –Chrysler	automotriz	130.000
British Petroleum-Amoco	petróleo	110.000
Zeneca Astra	farmacia	70.000
Travelers-Citicorp	bancaria	72.000
Total Petrofina	petróleo	54.000
Hoechst-Rhône Poulenc	farmo-química	20.500
American Home-Monsanto	farmoquimíca	39.000
Tyco-Amp	electrónica	20.000

La I.E.D. en la Argentina

El stock acumulado de I.E.D. en nuestro país alcanzaba en 1990 7.442 millones de dólares, mientras que en 1997 llega a 36.070 millones: en sólo ocho años se quintuplica el importe de I.E.D.

Entre 1990 y 1993 el principal mecanismo para el ingreso de la IED fue la privatización de empresas de servicios públicos y algunas áreas petroleras centrales y secundarias. De hecho, durante ese período el 54% de los flujos de IED correspondió a la venta de empresas estatales, siendo los capitales originarios de Estados Unidos, España, Italia, Chile, Francia, Canadá y Reino Unido.

Cabe destacar la participación de empresas que por primera vez se incorporaban a la economía del país. "Entre 1994 y 1998, la compra de empresas privadas locales por parte de inversionistas extranjeros se constituyó en el principal conducto de los flujos de la IED y representaron el 41% de los ingresos de la IED. La proporción de IED generada por la compra de empresas de empresarios argentinos (públicos y privados) superaría el 90% del ingreso de IED. Pero el ingreso devengado por la venta de una empresa no siempre ingresa al país... o si lo hace puede hacerlo escalonadamente en el tiempo." 6

Las inversiones realizadas en nuestro país en los últimos años son financiadas por medio de la transferencia de capitales que realizan las casas matrices a sus filiales en la Argentina, y también por el endeudamiento interno que las mismas asumen mediante créditos de la banca local.

Pero existe otro tipo de adquisiciones de empresas argentinas que no implican el ingreso de nuevos capitales al país. Ello es así debido a que la transferencia puede concretarse mediante el intercambio de paquetes accionarios. Cabe aclarar que cuando era Ministro de Economía, el Dr. Domingo Cavallo dispuso que la compraventa de activos accionarios no devengara ninguna carga impositiva.

El simple cambio de titularidad de una empresa no implica un incremento del producto nacional. En el mejor de los casos podrá registrarse alguna mejora tecnológica, pero donde principalmente se habrá de sentir la presencia extranjera es en la utilización de campañas de marketing para mejorar la posición de sus actividades. Las 250 mayores filiales de las C.Ts. instaladas en América Latina en 1997 han realizado ventas por un valor de 258.418 millones de dólares. En la Argentina, en el mismo año, 63 filiales han realizado ventas por 52.877 millones de dólares.

Además de lo ya señalado, en nuestro país se ha producido una ola de ventas y de fusiones que ha traído como consecuencia una significativa extranjerización, oligopolización y concentración empresaria. Así tenemos, por mencionar sólo algunos ejemplos, que el Banco Santander (España) compró al Banco Río que pertenecía al grupo Perez Companc, y el Banco de Bilbao y Vizcaya (BBV) compra al Banco Francés y al Banco de Crédito. Existen además varios grupos que son fondos de capital privado que realizan operaciones, por llamarlas de alguna manera, no tradicionales. Compraron numerosas empresas asentadas en rubros diferentes con la finalidad introducir ciertos cambios en su estructura y aumentar su valor, para luego vender algunas de ellas y concentrarse en determinados rubros. Los beneficios obtenidos, total o parcialmente, pueden ser reinvertidos en nuevas adquisiciones o ser distribuidos entre los asociados a dichos fondos.

Tales son los casos, por ejemplo, del Exxcel Group, del C.E.I. manejado por el City Bank, el Argentine Venture Partners (AVP) del grupo de Santiago Soldati (uno de los empresarios que ha sido beneficiado con una amplia participación en las privatizaciones) o IRSA (perteneciente al magnate de los fondos de inversión George Soros), que entre otras propiedades se ha adueñado de la mayor parte de los centros comerciales de la Capital y de grandes extensiones de tierras en el sur argentino, asociado además al Banco Hipotecario, lo que le permite designar en el directorio del Banco a dos hombres de su confianza.

En los primeros 45 días de 1999 se efectuaron ventas de empresas por un monto del orden de los 4.000 millones de dólares, importe cuya proyección a todo el año indicaría que puede superar los valores de 1997 y 1998. La venta del remanente de las acciones estatales de YPF y de parte del Banco Hipotecario implicó 2.500 millones de dólares. El resto han sido operaciones del sector privado Como es sabido, gran parte del empresariado, sobre todo el de las pequeñas y medianas empresas, se encuentra asfixiado por una brutal competencia, por un costo financiero que cuando se consigue es demasiado elevado comparado con el que obtienen las transnacionales, y también por las limitaciones para la incorporación de tecnología avanzada.

La expansión y hegemonía del capital financiero

"Desde principios de los años 90 asistimos a una verdadera "economía de especulación", mezcla de intermediación clásica con la colocación de títulos negociables, que ha multiplicado la importancia de los mercados de productos derivados y puesto de relevancia la hipertrofia de los paraísos fiscales. El creciente divorcio existente entre los valores negociados y los mercados de "derivados" basados en operaciones de futuro y el proceso económico productivo (valores que no tienen por objeto contribuir directa o indirectamente al financiamiento de la producción o de los intercambios), ha constituido lo que algunos autores denominan una "economía virtual" y otros una "economía de casino", en una permanente "fuga hacia delante" de consecuencias imprevisibles, que comienzan a ser preocupantes para el mismo establishment económico y político de los países industrializados, alarmado por la falta de control de las "burbujas especulativas."7

Efectivamente, el mercado financiero internacional se encuentra profundamente distorsionado por la existencia de una enorme masa de capitales estimada en dos billones de dólares, que diariamente circulan por el mundo especulando con divisas, títulos y bonos diversos, acciones, papeles de deuda, y creando nuevos artilugios financieros que debido a su gran diversificación dificultan el necesario control que se debería ejercer sobre ellos.

Esa masa de capital especulativo está integrada a través de una gran variedad de fondos de inversión, fondos de pensiones y jubilaciones y fondos de renta fija o variable, y también por las mesas de dinero de los grandes bancos y por megaespeculadores como el conocido George Soros. "Los episodios de turbulencia que tuvieron lugar en los últimos años en los mercados financieros internacionales han centrado la atención en el papel que desempeñan los inversionistas institucionales, sobre todo los fondos de cobertura de riesgo... que son fondos privados de inversión, que operan generalmente en centros financieros exraterritoriales sacando provecho de las ventajas impositivas y regulatorias. En Estados Unidos típicamente ofrecen sus acciones en colocaciones privadas y tienen menos de 100 grandes inversionistas..."8

La gran concentración existente entre las corporaciones transnacionales se traslada con relativa simetría al plano financiero. Entre 30 a 50 poderosos bancos transnacionales y entidades financieras concentran lo esencial de ese colosal movimiento diario de fondos altamente especulativos.

Es sumamente conocida su gran volatilidad y veloz desplazamiento de un mercado a otro, con el consiguiente trastocamiento que producen en las economías de los diferentes países afectados, pudiendo originar situaciones que como se ha demostrado se conviertan en catastróficas.

Los desvastadores movimientos de los capitales especulativos han demostrado la ineptitud, la falta de una dirección efectiva y la carencia de previsibilidad del F.M.I. para controlar su accionar, a pesar del declarado interés, reiteradamente señalado en sus documentos, sobre la necesidad de adoptar medidas para evitar las negativas consecuencias de la "enorme burbuja especulativa" que deja tras de sí "tierra arrasada" en los países que abandonan.

Por otra parte, se debe destacar que el economista James Tobin (Premio Nobel) y otros han señalado reiteradamente la necesidad de gravar impositivamente los movimientos de capitales en el ámbito mundial, cuyo producto podría destinarse a mejorar la condición de vida de los países subdesarrollados.

Globalización de la miseria

Aquellos gurúes que realizan su labor como apologistas de la globalización, ocultan meticulosamente el costado negativo de la transnacionalización: el aumento de la pobreza. Para evitar cualquier tipo de descalificación ideologizada, utilizaremos aquí únicamente informaciones de organismos internacionales. Aunque ya anteriormente hemos citado al Banco Interamericano de Desarrollo, utilizaremos ahora un documento más reciente, el Informe 1998-1999: "América Latina y el Caribe es la región donde se encuentran las mayores desigualdades en la distribución del ingreso y donde los individuos más ricos reciben una mayor proporción del ingreso. Una cuarta parte del total nacional (25%) es percibida por sólo el 5% de la población y un 40% (del total nacional) por el 10% más rico. Estas proporciones son comparables solamente a las que se observan entre los países de Africa, cuyos niveles de ingreso per capita son menos de la mitad de los de América Latina y

superan considerablemente los de cualquier otro grupo de países. En los países del sudeste asiático, el 5% más rico percibe el 16% del ingreso en promedio y en los países desarrollados el 13%."9

Según datos de la CEPAL, el número de pobres en nuestra región latinoamericana, que incluye a 19 países, pasó de 135,9 millones de personas (incluyendo a 62,4 millones de indigentes) en 1980 a 209,3 millones de pobres, incluidos 98,3 millones de indigentes en 1994. Durante el período considerado la pobreza se incrementó en 73,4 millones de personas. Claro está que en los cinco años posteriores de ese registro y de aplicación de los ajustes recesivos, estas cantidades se habrán incrementado largamente.

Más de la mitad de la población latinoamericana sobrevive con ingresos inferiores a los sesenta dólares mensuales, mientras que en los casos de extrema pobreza, la indigencia lo hace con ingresos de escasos 30 dólares mensuales.

El desempleo es otro de los muy graves flagelos que afectan a nuestra región, sin solución a la vista. Cada día diez millones de latinoamericanos salen en busca de trabajo y no lo encuentran, lo cual genera una situación muy preocupante. Los índices de nutrición, salud y educación que se deterioran constantemente coadyuvan a crear un círculo vicioso de la pobreza y la reproducen constantemente.

Examinemos ahora lo que nos indica el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo Humano: "De los 4.400 millones de habitantes del mundo en desarrollo, casi tres quintas partes carecen de saneamiento básico. Casi un tercio no tiene acceso a agua limpia. La cuarta parte no tiene vivienda adecuada. Un quinto no tiene acceso a servicios modernos... En todo el mundo hay dos mil millones de personas anémicas, incluidos 55 millones en los países industrializados. Las desigualdades en el consumo son brutalmente claras. A escala mundial, el 20% de los países de mayor ingreso hacen el 86% del total de los gastos en consumo privado y el 20% más pobre un minúsculo 1,3%." 10

En Informes anteriores del PNUD se señalaba que en los últimos 30 años la participación en el ingreso mundial del 20% más pobre de la población mundial se redujo alcanzando a sólo 1,4 %, mientras que la del 20% más rico aumentó, pasando de 70% a 85% del ingreso total.

La exposición de los datos precedentes resulta estremecedora. Demuestra claramente las consecuencias de la aplicación de la política económica del ultraliberalismo: que la transnacionalización a ultranza conduce a la dualización de la sociedad asentada sobre la brutal concentración del ingreso, el desempleo, la pobreza, la fragmentación social y la pauperización de la mayor parte de la población. La insolidaridad es manifiesta, y asistimos a una suerte de "neodarwinismo social", fomentado en algunos casos abiertamente desde el poder estatal y desde los diferentes medios de comunicación. Las presiones del gasto competitivo y el consumo conspicuo hacen que la opulencia de algunos se convierta en la exclusión social de muchos.

En este mundo globalizado, transnacionalizado, asistimos también a un incremento inusitado de la corrupción, del narcotráfico, y a un auge del comercio legal e ilegal de armas, todo lo cual contribuye al clima de zozobra, intranquilidad y fragmentación, y a la existencia de una masa de centenares de miles de millones de dólares "en negro" que necesariamente fomentan aún más la corrupción existente.

La crisis del capitalismo salvaje

La actual grave recesión, que en la actualidad puede calificarse como el inicio de una crisis mundial, se ha ido extendiendo y su finalización en el corto plazo no es previsible. La gravedad de esta recesión, caracterizada como la peor y la más prolongada de las últimas décadas, tiene un aparente inicio cronológico el día 2 de julio de 1997, aunque se encontraba larvada desde bastante antes.

Hace su aparición con la brusca devaluación del bath tailandés, determinada entre otras causas por el ataque especulativo de los fondos de inversión que maneja George Soros. La mencionada devaluación se extendió rápidamente por los países del sudeste asiático, y originó consecuentemente las "caídas en picada" de diferentes Bolsas de Valores. Posteriormente comenzó una ola de devaluaciones en toda la región.

Japón, que atraviesa por una coyuntura económica recesiva que arranca desde inicios de la actual década, también ha sido afectado, como los otros países, por la fuerte caída bursátil, la depreciación del yen, una crisis bancaria en la que varios poderosos bancos han quebrado pese a las ayudas estatales, una grave morosidad, y quiebras de empresas industriales, comerciales y financieras, que en su conjunto han puesto en grave peligro al sistema financiero japonés.

Llama la atención la similitud de situaciones sociales, económicas y políticas que han atravesado los denominados tigres asiáticos y los nuevos "tigrecitos", que habían alcanzado un elevado índice de desarrollo económico y participaban activa y crecientemente en el intercambio comercial mundial.

Se debe destacar que los países anteriormente mencionados pasaron de prolongadas etapas de fuerte crecimiento a una declinación y disminución de su desarrollo, y posteriormente tendrían graves problemas comunes: de cuenta corriente, disminución del ímpetu exportador, incremento excesivo del gasto en obras "faraónicas", un sector inmobiliario que creció en forma desorbitada amparado por los bancos y entidades financieras que otorgaban créditos con escasa responsabilidad y

excesivas facilidades a empresas de dudosa capacidad de repago (en muchos casos, "autopréstamos" o préstamos destinados a firmas de los clanes dominantes de turno).

Los gobiernos eran en muchos casos brutales tiranías, como la del general Suharto en Indonesia, que convirtió su país prácticamente en una inmensa cárcel donde imperaba un insólito nepotismo asfixiante y rapaz. El nepotismo altamente corrupto ha sido el denominador común que ha imperado desde añares en la región, aún en aquellos países donde existían democracias formales.

Naturalmente, la crisis que había comenzado en el plano financiero se fue extendiendo rápidamente a la economía real, abarcando a casi todos los países y coadyuvando a producir el increíble descalabro en Rusia. "Ante la reestructuración unilateral de la deuda de Rusia y la consiguiente intensificación del contagio, la crisis actual se ha extendido a la mayoría de las economías de mercados emergentes y a los mercados bursátiles de todo el mundo. Un problema esencial es que, ante una perturbación de esta magnitud, los mercados financieros tienden a caracterizarse por el pánico y el instinto de rebaño, y al igual que en los tiempos de euforia, no logran discriminar entre las economías según sus variables fundamentales sean sólidas o endebles. Salvo quizás en el caso de Europa, el aumento abrupto de las tasas de interés indica una acusada desaceleración de los flujos de capital hacia los mercados emergentes, sobre todo de América Latina."11

Cabe preguntarse cuánto tiempo tardará en extenderse la crisis financiera a la economía real en los países desarrollados, algunos de los cuales ya han comenzado a sentir sus efectos, manifestados en la disminución de sus exportaciones por la feroz competencia desatada por las naciones del sudeste asiático, además de soportar en sus Balanzas de Pagos la incobrabilidad de créditos otorgados a los países envueltos en la crisis.

La crisis ha arribado a América Latina y se ha hecho sentir fuerte y gravemente en Brasil, que como toda la región soportaba los efectos recesivos desde bastante antes, ya que todavía no se había repuesto de la crisis del tequila. Se ha instalado por un período imposible de determinar pero cuya finalización no se vislumbra. El Brasil representa casi el 37% del P.B.I. latinoamericano. Entre los años 1990-97 el producto por habitante (en dólares constantes) ha sido incrementado en sólo el 0,5 %, uno de los más bajos de América Latina, región cuyo PBI per cápita en el mismo lapso en promedio era de solo 1,6%. El país tiene una deuda externa de casi 200.000 millones de dólares, y una deuda interna, de relativo corto plazo expresada también en dólares, de un monto similar. Brasil padece además de fuertes déficit comerciales, fiscales, y especialmente sociales. Ha debido recurrir al FMI, con quién ha efectuado distintos tipos de acuerdos para intentar obtener préstamos con los que trataría de superar esta durísima etapa. El FMI, como de costumbre, sigue utilizando sus recetas anacrónicas. "En la interpretación del FMI y Brasil, hay dos problemas: el primero, un déficit presupuestario del 7% del PBI, que tiene que ser reducido, ya que Brasil está teniendo problemas para financiarlo, a través de préstamos nacionales o extranjeros; el segundo, el pánico financiero internacional. Los inversores extranjeros huyen de Brasil, lo cual hace que se disparen los tipos de interés y que la divisa se vea amenazada." 12

El FMI prometió un crédito muy significativo, pero además del ajuste y del brutal sobreajuste exigido, impone la privatización de las más importantes empresas estatales tales como Petrobrás (principal productora nacional de petróleo) y el principal banco nacional. Pese a la fuerte devaluación realizada con el real, a que se está reestructurando el presupuesto, y a que se imponen amplias restricciones a las importaciones, la crisis brasileña no tiene miras de solucionarse.

Brasil es el principal socio comercial de la Argentina y de los otros países que constituyen el Mercosur, sobre los que ya ha comenzado ha incidir la crisis brasileña.

La prolongada etapa recesiva que atravesaba y soporta la Argentina, que la "dirigencia" pretende ocultar celosamente "bajo la alfombra", señala como toda argumentación que la responsabilidad de la crisis viene por "efecto contagio del Brasil ". Lo cierto es que las perspectivas se ven agravadas, ya que se espera que en el curso de 1999 aumentará el desempleo y el cierre de empresas, y el incremento del PBI será insignificante o con signo negativo.

Volviendo a los países del sudeste asiático, señalemos que anteriormente habían sido tomados por el FMI y el Banco Mundial como paradigmas por su desarrollo económico y tecnológico, por su agresiva política exportadora, y por una mejora en el plano social. Véase al respecto el estudio efectuado por el Banco Mundial realizado a finales de 1993, "El milagro de Asia Oriental", en el que se efectuaba una exaltación de los logros alcanzados por tales países. Verdades relativas, dada la corrupción conocida públicamente, con dineros públicos que han sido y continúan siendo utilizados para el enriquecimiento personal de los diferentes clanes que tienen el poder en dichos países.

La "ayuda" que brindaron los organismos financieros internacionales ha sido en muchos casos desviada hacia las cuentas de las castas mafiosas. Tal el conocido caso de Rusia, entre otros.

En resumidas cuentas, puede señalarse que el 2 de Julio de 1997 resulta ser el punto de inflexión de una crisis que había comenzado a manifestarse desde bastante tiempo atrás: tanto el FMI como el Banco Mundial constatan su existencia recién en el "estallido" cambiario producido en la mencionada fecha.

El papel del F.M.I y del Banco Mundial

Ejemplos de sus actividades

La situación económica financiera internacional ha llegado a un punto tal que inevitablemente debemos abordar críticamente la ineptitud, la falta de previsión, la burocratización, y por qué no, la puesta al servicio en exclusivo beneficio de sus socios mayoritarios, el Grupo de los 7 (G-7), y especialmente Estados Unidos.

La crisis financiera internacional puso sobre la mesa de debate el papel del FMI y del Banco Mundial. En los últimos tiempos han surgido distintas personalidades que han expresado críticamente su valoración negativa de las actividades de ambos organismos financieros. Recogeremos algunas de ellas en este trabajo.

Pero antes analizaremos algunos documentos emanados del propio FMI que demuestran lo dicho.

"En Asia se previó que el ritmo de expansión se desaceleraría y que se registrarían tasas de crecimiento más sostenibles aunque de todos modos vigorosas, tras la adopción de políticas restrictivas en varios países ante la preocupación por un posible recalentamiento de la economía. En marzo – abril de 1997, los directores del FMI consideraron que se habían atenuado las presiones que podrían haber provocado un recalentamiento en muchos de los países en desarrollo de crecimiento más dinámico. Existían mayores posibilidades de que continuara la expansión en estos países. Persistían las inquietudes en torno a la posibilidad de movimientos especulativos..."13

En el Informe 1997, el 9 de Julio de dicho año, Michel Camdessus, autoridad máxima del FMI, hacía la presentación oficial del Informe a la Junta de Gobernadores que constituyen la Dirección del organismo. La cita es demostrativa de que las calificaciones que efectuáramos anteriormente eran justificadas. En el Informe, de 320 págs., se hace un análisis de la situación económica de los países asiáticos en los cuales días antes había comenzado la crisis. Veamos algunos elementos de juicio que resultan elocuentes:

- Tailandia: *"los Directores se refirieron en términos muy elogiosos a los extraordinarios resultados económicos de Tailandia y la consecuente aplicación de las autoridades de una política macroeconómica correcta. Observaron que se habían tomado medidas financieras más restrictivas en 1995 como reacción frente a la ampliación del déficit de la balanza de pagos en cuenta corriente y el repunte de la inflación, y que dichas medidas estaban empezando a dar resultados...La estabilidad del bath rindió buenos frutos a la economía de Tailandia pero los directores recomendaron un mayor grado de flexibilidad cambiaria para intensificar la autonomía monetaria y reducir los incentivos a la entrada de capitales de corto plazo"* (pág. 100).

- Corea*: "Tras dos años de rápida expansión impulsada por pujantes inversiones y exportaciones, el crecimiento económico se moderó a fines de 1995 y comienzos de 1996 en respuesta a una anterior restricción de las condiciones monetarias y a perspectivas menos favorables a corto plazo para las exportaciones. La demanda interna disminuyó acusadamente al desacelerarse el crecimiento de la inversión en equipo debido a una gran acumulación de capacidad instalada en los últimos años, así como al panorama menos favorables para las exportaciones...Los directores elogiaron a las autoridades por su excelente trayectoria fiscal y señalaron que la mejor manera en que la política fiscal podría contribuir al fortalecimiento del desempeño macroeconómico sería manteniendo su sólida posición presupuestaria a la vez que se realizan los gastos en capital social fijo que tanto se necesitan. También manifestaron satisfacción por la reciente aceleración de la liberalización de la cuenta de capital"* (págs. 61 y 62).

- Indonesia: *"La mayor parte de los directores coincidió que para contener la demanda era fundamental un ajuste fiscal más decidido. Si bien reconocieron que la norma del equilibrio presupuestario había dado resultados satisfactorios en el país, en general estuvieron de acuerdo en cuanto a la conveniencia de aplicar una política fiscal más restrictiva y de utilizar los superávit para el pago anticipado de la deuda externa. Los directores hicieron hincapié en el fortalecimiento de los ingresos no petroleros mediante una administración tributaria más estricta, la aplicación de medidas de estímulo del ingreso y la ampliación de la base de los tributos vigentes"* (págs. 89 y 90).

En el Informe Anual 1998 14 se señala entre otras cuestiones que: *"En marzo de 1998 el Directorio Ejecutivo llevó a cabo el examen semestral de las políticas de los países miembros en el contexto de la supervisión, centrándose en esa ocasión en las enseñanzas de la crisis de Asia para la supervisión. En el examen, los directores observaron que la capacidad del FMI para detectar en una etapa temprana las tensiones emergentes en los países afectados por la crisis ha sido desigual. Los directores subrayaron cinco enseñanzas principales".*

Resumiremos dichas enseñanzas como sigue:

1. la importancia crucial de algunos datos a los que no se pudo tener acceso;

2. necesidad de ampliar la supervisión del Fondo más allá de los aspectos macroeconómicos de corto plazo, manteniendo al mismo tiempo un criterio apropiado de selectividad;

3. en un entorno de expansión de los flujos financieros y comerciales entre los países, el FMI, en el ejercicio de la supervisión en relación con cada país, debe prestar más atención a la interdependencia de las políticas y a los riesgos de contagio;

4. el papel crucial de la credibilidad para el restablecimiento de la confianza de los mercados subraya la importancia de la transparencia. En este sentido, los directores manifestaron su satisfacción por la decisión de las autoridades de Corea, Indonesia y Tailandia de publicar las cartas de intención dirigidas al FMI en las que se detallan sus programas de ajuste;

5. la eficacia de la supervisión depende esencialmente de la voluntad de los miembros de seguir sus recomendaciones.

Esta resumida relación de las "enseñanzas" que para el FMI arrojó la crisis de Asia sería imposible de comprender con sensatez si no fuera un extracto fiel. No existe en todo el Informe ni una palabra de autocrítica. Todo se ha reducido a un mero problema de carencia de datos y a la necesidad de ampliar la supervisión. Pero del increíble nepotismo, de la consiguiente corrupción, de los dineros aportados para salvar exclusivamente al sector financiero, de la carencia absoluta de transparencia, y de la necesidad de adecuar las políticas del FMI a las condiciones específicas de cada país, ni una sola palabra.

Antecedentes históricos

En el período anterior a la Segunda Guerra Mundial, y como consecuencia de varios factores (crisis general producida por la "Gran Depresión" 1929-1934, abandono del patrón oro, inconvertibilidad de la mayoría de las monedas), el intercambio comercial entre las diferentes naciones se realizaba en la mayoría de los casos mediante sistemas bilaterales. Se establecía un monto de exportaciones e importaciones y se compensaban las cuentas mediante un sistema de clearing. El bilateralismo creaba grandes dificultades, especialmente en el sistema de pagos internacionales.

En abril de 1944, en plena guerra, en Bretton Woods, New Hampshire, Estados Unidos, se dieron a conocer los proyectos de estabilización monetaria. Uno correspondería a John M. Keynes, asesor de la Tesorería del Reino Unido, y el otro a Harry D. White, Director del Tesoro de Estados Unidos.

Es necesario destacar el hecho de que Estados Unidos se consolidara durante el período bélico como la potencia de mayor capacidad económica. Ello posibilitó que las tesis sustentadas por su representante fueran las que se adoptarían en la conferencia convocada en Bretton Woods, que y en Julio de 1944 se diera nacimiento a lo que luego sería el Fondo Monetario Internacional ratificado por representantes de 44 gobiernos. El FMI comenzó sus operaciones el 1 de marzo de 1947.

El primer objetivo de los Estados Unidos consistía en suprimir todo tipo de restricciones comerciales que pudieran afectar su intercambio comercial. Para el logro de sus objetivos utilizó el argumento que el dólar era una moneda fuerte y que además se constituiría en moneda de reserva.

En la Conferencia anteriormente mencionada se redactó el Convenio Constitutivo del FMI, cuyo artículo I estableció los Fines del Fondo Monetario Internacional:

i. fomentar la cooperación monetaria internacional por medio de una institución permanente que sirva de mecanismo de consulta y colaboración en cuestiones monetarias internacionales.

ii. facilitar la expansión y el crecimiento equilibrado del comercio internacional, contribuyendo así a alcanzar y mantener altos los niveles de ocupación y de ingresos reales y a desarrollar los recursos productivos de todos los países miembros como objetivos primordiales de política económica.

iii. fomentar la estabilidad cambiaria, procurar que los países miembros mantengan regímenes de cambios ordenados y evitar depreciaciones cambiarias competitivas.

iv. coadyuvar a establecer un sistema multilateral de pagos para las transacciones corrientes que se realicen entre los países miembros, y eliminar las restricciones cambiarias que dificulten la expansión del comercio mundial.

v. infundir confianza a los países miembros poniendo a su disposición temporalmente y con las garantías adecuadas los recursos generales del Fondo, dándoles así oportunidad de que corrijan los desequilibrios de sus balanzas de pagos sin recurrir a medidas perniciosas para la prosperidad nacional o internacional.

vi. de acuerdo con lo que antecede, acortar la duración y aminorar el grado de desequilibrio de las balanzas de pagos de los países miembros.

"Resultaría ocioso demostrar que las finalidades enumeradas precedentemente, solo fueron un simple enunciado de aparentes buenas intenciones. Nada más. La experiencia demuestra suficientemente que los fines postulados por el fondo se convirtieron en su antítesis. El mundo en general, pero específicamente el mundo de los países en vías de desarrollo, padece de inflación, crisis, iliquidez, balances comerciales deficitarios, intercambio desigual, etcétera. Mientras que las corporaciones norteamericanas se han expandido por todo el orbe obteniendo crecientes beneficios y enorme poder." 15

A esta situación descripta hace más de veinte años deberíamos agregarle el tremendo peso de la Deuda Externa, o mejor dicho Deuda Eterna, que gravita negativamente sobre los países en desarrollo y que en la actualidad alcanza un monto del

orden de los dos billones de dólares. Para ser precisos, a finales de 1998 llegaba a los 1,821 billones de dólares, importe que es de imposible cumplimiento, debido entre otros importantes factores a su actual estructura de vencimientos y los elevados intereses.

Para ser miembro del Fondo es necesario suscribir cuotas partes que se pagan una parte en oro, otra en dólares, y una parte en la moneda local a la cotización del dólar. Posteriormente, la cuota de oro fue convertida en dólares. Los aportes de las cuotas son reajustados periódicamente en la medida que el Fondo necesita recursos adicionales.

La preponderancia de Estados Unidos

Los países económicamente más ricos son los que han realizado y realizan los mayores aportes de capital y ejercen de hecho la dirección del FMI y los otros organismos financieros internacionales. Por tales circunstancias han podido expandirse económicamente por todo el orbe como ya señaláramos anteriormente.

"En los casos del FMI, Banco Mundial y BID, el poder de decisión es proporcional al capital comprometido; es decir, no rige el principio de un Estado, un voto (en rigor no se trata de un sistema de gobierno democrático sino plutocrático). La situación del Club de París es diferente, pues se trata de un foro de negociación, que no adopta decisiones independientemente de los gobiernos que acuerdan. La otra característica de estos organismos es la importante influencia que tienen sobre la política económica interna de los países que solicitan sus créditos."16

La preponderancia del dólar norteamericano contribuyó a que "Estados Unidos se haya apoderado de numerosos establecimientos financieros y fabriles en el mundo, con el cómodo arbitrio de emitir dólares, los cuales, en su calidad de moneda de reserva, son unánimemente aceptados. Empresas norteamericanas han reemplazado a empresas locales en todas partes del mundo, no porque el dólar tenga mayor contenido de oro – cada día tiene menos – sino porque el dólar constituye el patrón oro – divisa." 17

De esta manera, gradual y sistemáticamente se iría ampliando y consolidando el vasto imperio de las corporaciones multinacionales norteamericanas.

En efecto, en el estudio efectuado por las Naciones Unidas18 se señalaba que "la IED tiende a concentrarse en unas pocas firmas dentro de cada país de origen. En Estados Unidos, más del 70 % corresponde a unas 250 o 300 firmas." Más adelante se agrega: "El espectacular crecimiento de las corporaciones multinacionales en el período de posguerra ha ido acompañado de un aumento sin precedentes del número de filiales, los niveles de la corriente de capitales y el volumen del capital invertido. Ente 1950 y 1966, el número de las filiales norteamericanas aumentó tres veces, de 7.000 a 23.000. El número de filiales de las 187 principales corporaciones multinacionales de EE.UU. dedicadas a la industria manufacturera aumentó casi 3,5 veces durante el mismo período". Más adelante tenemos que "entre 1965 y 1972, los bancos norteamericanos aumentaron a más del triple el número de sus oficinas en el exterior, de 303 a 1.009. En 1972 solamente, los bancos de EE.UU. abrieron 106 oficinas en el exterior es decir, sucursales, oficinas de representación, agencias y filiales subsidiarias".

Con estas breves referencias hemos querido demostrar la utilización de los organismos financieros a favor del expansionismo de las C.Ts., norteamericanas en primer término, y de los otros miembros del G-7.

Las desgastadas y anacrónicas "recetas" del FMI

Con el objeto de no generalizar nuestro análisis, puesto que el FMI ha abarcado en su accionar a la mayoría de los países adheridos, desarrollados o en vías de desarrollo, nos detendremos brevemente a examinar el acuerdo realizado con la Argentina y firmado en 1957 por el Ministro de Hacienda de la "Junta Libertadora" Adalbert S.Krieger Vasena.

En ese entonces, los planes que imponía el Fondo eran los llamados de "estabilización", cuyos puntos básicos eran:

- drástica reducción del déficit fiscal (despido de empleados públicos, comprimir el gasto social, disminuir la financiación a las provincias y a empresas estatales);
- devaluación monetaria y liberación cambiaria;
- eliminación de los acuerdos bilaterales (ello significó la anulación de los convenios de intercambio comercial firmados con los países latinoamericanos y con algunos socialistas);
- liberación de todo tipo de control de precios;
- restricciones a los aumentos salariales;
- fomento de las inversiones extranjeras;
- fomento del endeudamiento externo;
- disminución de la protección arancelaria e industrial.19

Sin particularizar en cada uno de los aspectos y de cómo han influido para que la Argentina esté en la posición socioeconómica en que se encuentra en la actualidad producto de la aceptación de aquellos lineamientos, ya que ello requeriría de un estudio específico, recordemos ahora que por ejemplo, al amparo del punto 8, se montaron empresas que en muchos casos eran obsoletas aún antes de haber entrado en funcionamiento. Con el argumento de lograr que la industria nacional alcanzara niveles de competitividad y de eficiencia internacional, se rebajaron entre 1968-1970 los derechos aduaneros de 7.500 artículos, excluyéndose solamente aquellos de empresas con regímenes especiales, tales como automotores, tractores, etcétera. Recordemos que en un momento dado en nuestro país existieron más de veinte "fábricas" de automotores.

Entre 1966 y 1971, por ejemplo, las exportaciones argentinas aumentaron un 9% mientras que las importaciones crecieron un 66 %.

No continuaremos con este examen histórico de las consecuencias que debió soportar nuestro país por la aplicación de los lineamientos impuestos por el Fondo y aceptados por los distintos gobiernos.

Independientemente del cambio semántico y de una adecuación moderna a las condiciones económico financieras de la actualidad, las recetas del Fondo tienen todas, con ligeras variantes, sus mismos principios, objetivos y finalidades, cuya máxima expresión fue establecida con claridad en el denominado "Consenso de Washington" (1989).

Las estrategias elaboradas en el "Consenso" pueden sintetizarse de la siguiente manera:

1. disciplina fiscal que implica la reducción drástica del déficit presupuestario;

2. disminución del gasto público, especialmente en la parte destinada al gasto social;

3. mejorar la recaudación impositiva sobre la base de la extensión de los impuestos indirectos, especialmente el IVA;

4. liberalización del sistema financiero y de la tasa de interés (para facilitar el libre ingreso y salida de los capitales especulativos que, debido al establecimiento de la convertibilidad cambiaria que impone un cambio fijo, obtenían un seguro de cambio gratuito);

5. mantenimiento de un tipo de cambio estable;

6. liberalización comercial externa, mediante la reducción de las tarifas arancelarias y abolición de trabas existentes a la importación (se destaca que entre 1990 y 1997 las exportaciones argentinas se duplicaron, mientras que las importaciones se multiplicaron por siete veces con el consiguiente cierre de millares de establecimientos y el aumento del desempleo);

7. otorgar amplias facilidades a las inversiones externas;

8. realizar una enérgica política de privatizaciones de empresas públicas (aunque hemos mencionado precedentemente algunos aspectos de la política privatizadora realizada en la Argentina, mencionemos ahora que ésta ha sido practicada con escasa transparencia, sin resguardo para los usuarios de los servicios públicos que se privatizaron, no se obtuvo el precio adecuado de los bienes enajenados, y las privatizaciones se realizaron en un proceso que ha sido caracterizado como uno de los más veloces del mundo);

9. cumplimiento estricto de la deuda externa.

Recordemos que según datos del "B.I.D. Informe 1998-99" la Deuda Externa argentina total desembolsada era en 1990 de 54.671 millones de dólares, para alcanzar a fines de 1998 los 112.357 millones de dólares. Es decir que desde el gobierno de Menem-Cavallo-Roque Fernández, en sólo nueve años la Deuda se ha más que duplicado. Debemos mencionar que se han incluido en la Deuda obligaciones anteriores existentes con los jubilados, proveedores, etc., que han implicado un cierto aumento de la misma, pero debe también señalarse que parte de los fondos obtenidos por las privatizaciones se han destinado a disminuir la deuda. De todos modos, el crecimiento de la Deuda puede ser calificado como gigantesco, y por su monto y estructura de vencimientos e intereses como de imposible cumplimiento.

De más está decir que la aplicación irrestricta de los compromisos del "Consenso de Washington" fue ejecutada con gran efectividad y empuje por el Dr. Domingo Cavallo durante su paso por el Ministerio de Economía y por sus seguidores, que se han beneficiado personalmente con esta política económica, y a quienes se ha designado como "fundamentalistas de mercado" pues son los que postularon la economía de mercado – instalada en casi todos los países de América Latina –como una moderna panacea cuya excluyente aplicación eliminaría los graves problemas sociales y económicos existentes, pretendiendo disimular que en la mayoría de las naciones en que impera "salvajemente" el mercado, lo que aparece como dominante es la brutal regresión en los ingresos y una economía fuertemente concentrada y oligopolizada.20

El Grupo del Banco Mundial

Fue creado también en la Conferencia de Bretton Woods en Julio de 1944. Los representantes de 44 países crean las bases de lo que se llamaría como "Banco de Reconstrucción y Fomento" (BIRF).

El grupo de instituciones creadas en torno al BIRF son la Asociación Internacional de Fomento (AIF), la Corporación Financiera Internacional (CFI), y el Organismo Multilateral de Garantía de Inversiones (OMGI). El BIRF, la AIF y la CFI tienen actividades interrelacionadas. El 25 de junio de 1946 el Banco inicia sus actividades y procede a requerir los desembolsos correspondientes a las suscripciones de capital de los países miembros.

La CFI fue establecida en el año 1956 afiliada al Banco, y su objeto es la promoción del desarrollo económico mediante el estímulo de empresas privadas productivas en los países miembros, pudiendo llegar a asociarse con tales empresas privadas.

Entre las Finalidades del BIRF se menciona expresamente que el Banco debía "contribuir a la obra de reconstrucción y fomento en territorios de miembros, facilitando la inversión de capital para fines productivos, incluso la rehabilitación de las economías destruidas o dislocadas por la guerra, la transformación de los medios de producción a fin de satisfacer las necesidades de paz y el estímulo para el desarrollo de los medios y fuentes de producción en los países de escaso desarrollo".

En el apartado III del mismo Artículo I se indica también que " Promover un crecimiento equilibrado, de largo alcance del comercio internacional y el mantenimiento del equilibrio de las balanzas de pagos, alentando las inversiones internacionales para que contribuyan al desarrollo de los recursos productivos de los miembros y ayudando así a aumentar la productividad, a elevar el standard de vida y a mejorar las condiciones del trabajo en sus territorios."21 Desde un principio se consideró que los préstamos que el Banco podría conceder directamente con su capital pagado revestían menor importancia que su actuación como instrumento seguro para canalizar capital privado hacia las inversiones internacionales. En efecto, una de las características distintivas del Banco es que, a pesar de ser un organismo intergubernamental, tiene que obtener la mayor parte de sus recursos financieros entre los inversionistas privados.22.

En resumidas cuentas, se puede indicar que para otorgar sus créditos el Banco obtiene la información más completa y confidencial de los países en donde actúa, y en los últimos años ha instalado filiales en dichos países para monitorear adecuadamente la coyuntura económica del país en cuestión.

En años posteriores, el Banco Mundial, que había modificado gradualmente sus objetivos originales para sustituirlos tal como fueran enunciados en su Informe Anual 1992 (en rigor de verdad, una simple expresión de deseos), consistían en: reducción de la pobreza, perfeccionamiento de los recursos humanos, mejora del medio ambiente, promoción del sector privado, disminución de la deuda y ajuste de las economías.

En la década del '80, coincidiendo con el auge del neoliberalismo en los países centrales, el Banco altera los fines para los que fuera constituido y resuelve cooperar estrechamente con el FMI en la aplicación de las diferentes políticas de ajuste, situación que llega a nuestros días, en que ambas instituciones actúan al unísono imponiendo políticas de ajuste y sobreajuste.

Necesidad de reformar los objetivos del FMI y del Banco Mundial

El factor determinante para analizar objetivamente la labor desplegada por ambos organismos financieros es que de una manera u otra se han apartado de sus finalidades fundacionales para contribuir, aplicando todo el peso de su influencia, de su poder político, financiero y económico, a la transnacionalización y oligopolización del sistema, lo que ha conducido a la brutal regresión distributiva y a la profundización de la crisis actual.

Es necesario destacar que las actividades de las dos instituciones se hallan estrechamente ligadas con los centros de poder internacional, que actúan de común acuerdo para imponer las políticas que respondan a las directrices de las corporaciones transnacionales y los gobiernos del G-7.

Con el propósito de intentar coadyuvar a crear conciencia propiciando un amplio debate en torno a las imprescindibles reformas estructurales que deben operarse tanto en el FMI como en el Banco Mundial, hemos de introducir aquí algunas breves opiniones publicadas en medios periodísticos de destacadas personalidades, que naturalmente no agotan el tema, tan trascendental.

> "El FMI es como el Mago de Hoz: mantiene al mundo en desarrollo bajo su servidumbre con recetas mágicas de fuego y azufre, al tiempo que muestra una costumbre asombrosa. Actúa como el amo del capitalismo occidental que todo lo sabe. Pero detrás de esa fachada cuidadosamente construida es sólo una pequeña y falible burocracia", afirmaba Jeffrey Sachs en Página 12 el 8 de febrero de 1998.

El mismo economista, en el diario El País de Madrid del 29 de Noviembre de 1998, señalaba entre otras cosas: "Los consejos del FMI y del Banco Mundial no son científicos y dicen lo que conviene a los ricos, no lo que corresponde a la realidad. ¿ Por qué no crecen más rápidamente los países pobres? El Banco Mundial y el FMI han estado difundiendo sus remedios durante décadas pero nada funciona. La acusación más popular contra los pobres es el "mal gobierno", palabras en clave para la corrupción. Pero en muchos casos, la pobreza engendra el mal gobierno en la misma medida que el mal gobierno engendra la pobreza".

Un personaje tan particular como Henry Kissinger, en un reportaje publicado en Clarín el 4 de Octubre de 1998, señala entre otras circunstancias: "El F.M.I., la principal institución internacional para tratar la crisis, demasiado a menudo agrava la inestabilidad política. Obligado por la crisis actual a asumir funciones para las que no fue destinado, el FMI no logra controlar el impacto político de sus acciones. En nombre de la ortodoxia del libre mercado, intenta habitualmente, de una manera casi académica, eliminar de una vez toda debilidad en el sistema económico del país afectado, independientemente de si esas debilidades son o no causas de la crisis. Como un médico que tuviera sólo una píldora para todas las enfermedades imaginables, su casi invariable remedio es la austeridad, altas tasas de interés para evitar la retirada del capital, y grandes devaluaciones que desalientan las importaciones y alientan las exportaciones".

Jacques Attali, ex asesor del que fuera presidente Mitterrand, señalaba en un reportaje en Clarín del 27 de Septiembre de 1998 " Hasta hace un año predominaba la idea de que el mercado bastaría por sí solo para organizar el crecimiento mundial, y que las instituciones internacionales existentes habían perdido su razón de ser: deberían, si no desaparecer, al menos ser privatizadas. Hoy todo eso ha cambiado. Aún los espíritus más liberales admiten que el mundo no puede quedar librado a la deriva en su actual estado de desorden. Mientras los ministros del Grupo de los Siete se disponen a reunirse para resolver qué hacer, emerge un nuevo consenso en el sentido que las instituciones de Bretton Woods creadas en 1945 ya no son capaces de satisfacer los arduos desafíos resultantes de la globalización de los mercados y de la revolución tecnológica".

Hemos dejado para el final de estas muy breves citas el comentario sobre un trabajo realizado por Joseph E. Stiglitz, actual vicepresidente del Banco Mundial23, quien ha señalado entre otros conceptos que: "Una vez que el gobierno ha tratado estas cuestiones en forma satisfactoria – especialmente, una vez que "el gobierno es apartado del camino"-, se asume que los mercados privados distribuirán eficientemente los recursos y generarán un fuerte crecimiento. Ciertamente, todas estas cuestiones son importantes para que los mercados funcionen bien: es muy difícil para los inversores tomar decisiones correctas si la inflación gira en torno al 100% anual y resulta además altamente variable. Pero las políticas derivadas del Consenso de Washington son incompletas, y a veces equivocadas. Hacer funcionar los mercados requiere algo más que una baja inflación; requiere regulación fiscal, políticas para la competencia, políticas que faciliten la transferencia de tecnología y promuevan la transparencia, por sólo citar algunos aspectos no tratados en el Consenso de Washington".

Más adelante el autor agregaba: "Discutiré la estabilidad macroeconómica y la liberalización – dos aspectos tratados por el Consenso de Washington – así como la reforma del sistema financiero, el papel del gobierno como complementador del sector privado y la mejora de la efectividad estatal –aspectos no tratados en el Consenso de Washington. Argumentaré que las propuestas del Consenso de Washington en éstas áreas centrales son, en el mejor de los casos, incompletas, y en el peor, erróneas. Aunque la estabilidad macroeconómica es siempre importante, la inflación por ejemplo, no es siempre su componente esencial. La liberalización comercial y la privatización son aspectos claves de toda política macroeconómica sana, pero no son fines en sí mismos. Sólo son medios para alcanzar un mercado menos distorsionado, más competitivo y más eficiente, y deben ser complementados por regulaciones efectivas y por políticas de competencia"

Aún en el supuesto –cosa que dudo- de que las opiniones actuales del señor Stiglitz fueran sinceras, la política del Banco Mundial de la cual es vicepresidente sigue siendo exactamente igual. Además, casi diez años después del Consenso de Washington en el que se aplicó duramente la política económica allí diseñada sobre millones de personas y no sobre un pizarrón, éstas padecen las consecuencias lamentables de estos presuntos y presuntuosos teóricos al servicio de los organismos financieros y de las corporaciones transnacionales y grupos económicos locales. En última instancia, el señor Stiglitz utiliza como tantos otros funcionarios el clásico "doble discurso" al que nos tienen acostumbrados.

En definitiva, considero que es imprescindible modificar estructuralmente el poder omnímodo del FMI y del Banco Mundial para alcanzar un desarrollo económico y social con la mayor equidad. **c**

Notas

* Economista y periodista económico, colaborador en distintos medios nacionales y del exterior. Autor de numerosos ensayos y numerosos libros. Los últimos títulos son:

- "Capitales extranjeros y grupos dominantes argentinos", 1987 (dos tomos) Centro editor de América Latina"
- "Privatizaciones, Reestructuraciones del Estado y de la Sociedad", 1991, Editorial Letra Buena, coeditado con Arnaldo Bocco.
- Coautor de "Respuesta a Martinez de Hoz", 1991, Editorial Imago Mundi.
- Coautor de "El Mercosur un problema complejo", 1993, Centro Editor de América Latina.
- Coeditor de "El impacto de la globalización", 1994, Editorial Letra Buena.
- Coeditor de "Argentina Hoy: Crisis del Modelo", 1995, Editorial Letra Buena.

1. "América Latina tras una década de reformas" B.I.D. Progreso Económico y Social, Washington, Septiembre de 1997, página 13.

2. Mommsen Wolfgang J. "La época del imperialismo- Europa 1885-1918" Editorial Siglo XXI, México, enero de 1998, página12.
3. Minsburg Naúm "Capitales Extranjeros y Grupos Dominantes Argentinos" tomo 1, Centro Editor de América Latina, B. Aires 1987, página 17.
4. World Investment Report 1988, Naciones Unidas, Nueva York, página 18.
5. Minsburg Naúm "El Impacto de la Globalización", Editorial Letra Buena 3ª edición Octubre de 1997, página 30.
6. CEPAL "La Inversión Extranjera en América Latina y el Caribe 1998" Santiago de Chile 1998, páginas 54 y siguientes.
7. Rapoport Mario "La Globalización Económica, ideología, realidad, historia" en Revista Ciclos Nº 12, 1º semestre de 1997.
8. F.M.I. "Perspectivas de la Economía Mundial" Washington, Mayo de 1998, página 6.
9. "América Latina Frente a la Desigualdad" Progreso Económico y Social 1998-1999 Washington 1998, página 13.
10. P.N.U.D. Informe Sobre el Desarrollo Humano 1998, Editorial Mundi Prensa, Madrid 1998 página 2.
11. F.M.I." Perspectivas de la Economía Mundial", Octubre de 1998, pagina 2.
12. Sachs Jeffrey " Brasil ¿ Otra Ayuda Fallida del FMI? en El País, Madrid 8 de Noviembre de 1998.
13. F.M.I. Informe Anual 1997, Washington 30 de Abril de 1997, página 26.
14. F.M.I. Informe Anual 1998,Washington 30 de julio de 1998, paginas 38 a 42.
15. Minsburg Naúm "La Argentina y los organismos financieros internacionales", Editorial Quipo, Buenos Aires, Abril de 1977 página 22.
16. Calcagno Alfredo Eric "Estructura y funciones actuales de los organismos internacionales financieros y económicos" Edición Banco de la Provincia de Buenos Aires, 1993, página 38.
17. Diario "Clarín" de Buenos Aires, 23 de Septiembre de 1967, página 17.
18. Naciones Unidas "Las corporaciones multinacionales en el desarrollo mundial", Editorial Paidós, Biblioteca de las organizaciones modernas, Buenos Aires 1975, páginas 16, 17 y siguientes.
19. Minsburg Naúm "La Argentina y los organismos op.cit. páginas 34 a 36.
20. Minsburg Naúm " "Argentina Hoy: Crisis del Modelo", Editorial Letra Buena", Buenos Aires, Septiembre de 1995, página 52.
21. Muns Joaquin "Organismos internacionales, documentos constitutivos" editado Confederación Española de Cajas de Ahorros, Madrid 1977, página 115 y sgtes.
22. "Normas y Operaciones " Grupo del Banco Mundial, Washington, Diciembre de 1974.
23. Stiglitz Joseph E. "Más instrumentos y Metas mas Amplias para el Desarrollo hacia el Consenso Post – Washington" en Revista Desarrollo Económico Nº 151 Octubre Diciembre de 1998.

q

Globalización y la vulnerabilidad externa

Julio Sevares *

L as economías atrasadas o periféricas son estructuralmente vulnerables debido a las características de su especialización productiva y comercial, que las someten al deterioro de sus ingresos de exportación y/o a variaciones bruscas de esos ingresos. Debido a esto tienen insuficiencia de ahorro interno, y dependen para crecer del financiamiento externo en la forma de préstamos o inversión externa.

Así, resultan vulnerables tanto a los movimientos de precios en el mercado internacional como a las condiciones del mercado financiero externo en lo que se refiere a tasas de interés y oferta de capitales.

La evolución del mercado financiero de las últimas décadas ha potenciado la vulnerabilidad externa de tales economías, especialmente aquellas más abiertas o dominadas por gobiernos o empresarios más proclives al endeudamiento irresponsable o la especulación.

Ello se debe a una combinación de aumento de liquidez con volatilidad de flujos de capital, capaces de desestabilizar incluso economías con cierto grado de desarrollo.

En este contexto, aún economías con una relativa solidez, que no deberían ser vulnerables de acuerdo a su situación macroeconómica, se encuentran bajo amenaza1.

Vulnerabilidad externa

Uno de los indicadores más utilizados de vulnerabilidad externa es la relación entre el déficit de cuenta corriente y el PBI.

La cuenta corriente incluye el balance de la cuenta de mercancías (exportaciones menos importaciones) y el de la cuenta de servicios (que computa los pagos e ingresos por servicios financieros, royalties, dividendos, etc.). Si la cuenta corriente tiene déficit, se cubre con ingreso de capitales en concepto de préstamos de corto y largo plazo e inversiones externas.

Se supone que cuanto mayor es el déficit en cuenta corriente en relación con el PBI, menor es la capacidad de pago de la economía y mayor su dependencia del ingreso de capitales, y por lo tanto mayor es su vulnerabilidad ante variaciones en la oferta de crédito internacional o las tasas de intereses.

Esto es correcto en un sentido estático, pero desde un punto de vista dinámico el verdadero estado de la economía depende del origen del déficit de cuenta corriente y de la forma en que se están aplicando las divisas que ingresan para cubrirlo.

En el largo plazo, no tiene la misma consecuencia un déficit en el balance de mercancías debido al ingreso de insumos y bienes de capital en un proceso de industrialización, que uno debido a una explosión de consumo improductivo. Por lo tanto, más allá de los problemas coyunturales, lo que importa es la posibilidad de la economía de generar capacidad de pago futura de sus importaciones de bienes y servicios y de sus obligaciones financieras.

Vulnerabilidad comercial

Las economías periféricas sufren una vulnerabilidad externa derivada de su especialización productiva y comercial. El caso típico es el de una economía que exporta bienes cuya participación en el comercio mundial tiende a decrecer, como los bienes primarios o de baja elaboración. Los precios de estos productos suelen experimentar largos períodos de caída en los precios, que deterioran los ingresos de los exportadores, o tienen grandes fluctuaciones que dan lugar a una fuerte incertidumbre sobre el futuro de los ingresos.

El deterioro de la participación en el comercio mundial o en los precios de estos productos se debe a que el avance de la industrialización aumenta la participación relativa de los bienes industriales y de mayor componente tecnológico, así como de los servicios financieros y reales sofisticados. Por otra parte, el progreso técnico tiende a mejorar la utilización de los insumos basados en recursos naturales, y a sustituirlos por bienes sintéticos de origen industrial (Hopenhayn y Rojo, 1990, pág. 44).

Como consecuencia de estas transformaciones, entre 1980 y 1995 la participación de maquinaria de transporte en las exportaciones mundiales pasó del 25% al 38%, el rubro 'otras manufacturas' aumentó su participación del 30% al 38%, la participación de combustibles y minerales cayó del 30% al 10%, y la de los alimentos y productos agrícolas se redujo levemente, llegando a un 15% en 1995 (Word Trade Organisation, citado por The Economist, 15-11-97).

En el grado de vulnerabilidad influye también el nivel de concentración de las exportaciones en un grupo de productos o en determinados mercados, ya que cuanto mayor es ese tipo de concentración mayor es la exposición de la economía a las variaciones de precios o demanda de los productos que vende, o a la situación de los mercados a los que exporta.

Además de las debilidades que surgen del sector exportador, los países periféricos experimentan un alto grado de rigidez en su estructura de importaciones porque dependen de la importación de bienes industriales que resultan difíciles de sustituir, especialmente en procesos de industrialización.

La combinación del deterioro en la capacidad de obtener ingresos de exportación con la rigidez de sus necesidades de importación, da lugar a una restricción externa de carácter estructural que deriva en crisis de balanza de pagos y/o en la necesidad de compensar la debilidad comercial con ingreso de capitales.

La observación de las restricciones creadas por la especialización primaria ha fundamentado la recomendación de la industrialización por sustitución de importaciones. La experiencia de la sustitución ha dado lugar, a su vez, a análisis que ponen de manifiesto las debilidades de esta estrategia y las formas de vulnerabilidad que ella genera: la tendencia al estrangulamiento externo generado por las importaciones de bienes de capital o insumos asociadas a la sustitución de importaciones, y dependencia tecnológica y política derivada de las presencia de corporaciones extranjeras.

En las últimas décadas se desarrollaron nuevas corrientes: la Nueva Teoría del Comercio Internacional, la Teoría del Crecimiento Endógeno, y las corrientes neoshumpeterianas, que enfatizan la posibilidad de superar el atraso comercial promoviendo el desarrollo de nuevas ventajas comparadas.

Estas corrientes consideran que existen sectores con economías de escala que pueden mejorar su ventaja comparativa si cuentan con políticas de apoyo. También se enfatiza la importancia en el desarrollo de recursos humanos para el mejoramiento de las actividades productivas. Asimismo, dichas corrientes dan cuenta de las diferencias que existen en materia de capacidad tecnológica y conocimientos entre los países, y de la influencia de esta situación en su capacidad competitiva y su participación en las exportaciones mundiales (Bekerman y Sirlin, 1994, Rodrik, 1995).

De estos puntos de vista surge la recomendación de políticas activas para cambiar el patrón de especialización existente hacia otro de mayor diversificación productiva y exportadora y hacia la incorporación de productos con demanda ingreso más elástica en el mercado internacional (Bekerman y Sirlin,1996).

Vulnerabilidad financiera

La vulnerabilidad financiera depende básicamente del endeudamiento en relación a la capacidad de pago y de la disponibilidad de capitales para sostener el nivel de financiamiento necesario.

Los indicadores habitualmente utilizados para medir este tipo de vulnerabilidad son el monto de la deuda y los intereses a pagar en relación al PBI, o los años de exportaciones y el plazo de vencimiento de la deuda. En el caso de la deuda pública es importante la relación entre los intereses de la deuda y el total del gasto.

En los sistemas de libertad al movimiento de capitales y/ de convertibilidad de la moneda nacional, el grado de vulnerabilidad depende también del nivel de reservas del Banco Central.

Como sucede con el resultado de la cuenta corriente, estos indicadores deben a su vez evaluarse a la luz de cada situación particular, porque la deuda externa puede ser utilizada o no para financiar inversiones reproductivas generadoras de capacidad de pago.

Es así que durante los años sesenta y setenta Corea tuvo déficit de cuenta corriente debido a las importaciones que realizaba en su programa de sustitución de importaciones y desarrollo exportador. En una medida menor, también Brasil utilizó el endeudamiento externo durante los años setenta para financiar su industrialización.

En las antípodas se encuentra la experiencia argentina, en la cual un sistema de liberalización financiera interna, apertura al ingreso de fondos de corto plazo, y fijación del tipo de cambio, estimuló un endeudamiento que financió consumo superfluo, especulación financiera y huida de capitales (Schvarzer, 1983).

En la formación del endeudamiento y la generación de la vulnerabilidad financiera interviene en forma decisiva la situación del mercado financiero internacional en lo que se refiere a la oferta de fondos disponibles y las fuentes de esa liquidez.

La disponibilidad de financiamiento y las fuentes han variados fuertemente en las últimas décadas. Desde la segunda posguerra hasta mediados de los años setenta, la mayor parte del financiamiento de los países periféricos, y en particular de los latinoamericanos, provenía de las inversiones directas, los prestamos gubernamentales, y los préstamos de los organismos financieros internacionales. La participación de los bancos privados en el financiamiento era reducida.

A partir de la crisis del petróleo y la aparición de fuertes superávits en cuenta corriente en los países exportadores del combustible, los excedentes financieros se dirigieron a los grandes bancos del mundo industrial y crearon una capacidad de crédito inédita hasta ese momento. Los bancos, interesados en aprovechar la oferta de fondos disponible, iniciaron una campaña para la colocación de créditos, dando origen a una doble irresponsabilidad: la de los tomadores que se endeudaban más allá de su capacidad real de pago, y la de los prestadores, que no tomaban en cuenta la capacidad de pago de los prestatarios y el riesgo que asumían. Los grandes bancos estadounidenses llegaron a obtener la tercera parte de sus ingresos de sus préstamos a Latinoamérica (Kuttner, 1992).

Durante la década de los setenta los países periféricos estuvieron también sometidos a las tensiones derivadas de las políticas cambiarias de los países centrales. En esos años, las fluctuaciones de los tipos de cambio de los países industriales provocaron presiones sobre los regímenes cambiarios de la periferia. Paralelamente, la inflación y posterior recesión de los países centrales se convirtió en una fuente de inestabilidad para economías periféricas, en algunos casos poniendo fin a décadas de estabilidad de precios, y en otros frenando procesos de estabilización iniciados (Díaz Alejandro, 1986).

A partir de 1979 la situación se agravó con el aumento de las tasas de interés en los Estados Unidos, que aumentó el costo de las deudas a tasas variable existentes, dificultó el refinanciamiento de las deudas vencidas, y precipitó la crisis de la deuda.

Los países endeudados se encontraron entonces en una situación de vulnerabilidad de origen múltiple: endógena por las razones que dieron lugar a la necesidad de financiamiento y al endeudamiento irresponsable, y exógena por el impacto provocado por el aumento inesperado de los intereses.

En las últimas décadas tuvieron un gran crecimiento nuevas fuentes de financiamiento, como los inversores de fondos de pensión o fondos de inversión, que colocan dinero en las bolsas de los mercados emergentes y compran bonos públicos y privados de esos países (Griffith-Jones, 1998). Las emisiones de obligaciones internacionales de países emergentes ascendieron de 7.000 millones de dólares en 1991 a 90.000 millones en 1997.(BIS, 1998) 2.

De este modo, los gobiernos y las empresas privadas de muchos países tuvieron la posibilidad de obtener crédito sin depender de los bancos o los organismos financieros internacionales.

La composición de las fuentes de financiamiento influye en la posición de los países ante sus acreedores. Cuando el financiamiento proviene de bancos u organismos internacionales, el sector público o privado del país tiene la posibilidad de negociar su situación proporcionando información a los prestamistas y aceptando condicionalidades requeridas por estos últimos.

Pero cuando las fuentes de financiamiento son bonos colocados en el mercado internacional no existen acreedores visibles, y el deudor o aspirante a financiamiento sólo puede emitir señales de solvencia, a la espera de que los inversores las acepten y actúen en consonancia. La inexistencia de una instancia clara de negociación y la irracionalidad que pueden asumir las conductas de los inversores aumentan sustancialmente la incertidumbre sobre la disponibilidad de financiamiento.

Esta fue la situación que atravesó México durante la crisis del tequila, cuando la huida de inversores le impidió continuar la renovación de su deuda pública escriturada en bonos.

Un buen indicador de la volatilidad del financiamiento es el flujo de capitales hacia economías emergentes, que pasó de 200.000 millones de dólares en 1994 a 300.000 en 1996 y se redujo abruptamente a 170.000 en 1998 (The Economist, citado por FIDE, Coyuntura y Desarrollo, setiembre 1998).

Concluyendo, como sostiene Yilmaz Akyuz (1993), "Los beneficios proclamados de la apertura financiera están basado generalmente en la presunción de que la internacionalización de las finanzas permite reunir y distribuir los ahorros globalmente a través de movimientos de capital en los diferentes países y en respuesta a las oportunidades de inversiones reales. Pero la evidencia no demuestra esto. No ha habido reducción de las diferencias entre tasas de retorno en inversiones de capital, y tampoco se han debilitado la relación existente entre las tasas de ahorro locales y los niveles de inversión de cada país. La principal razón es que la mayor parte de los movimientos de capital está motivada principalmente por las perspectivas de ganancias especulativas de corto plazo. La exposición a esos flujos es mayor en los países en desarrollo que en los desarrollados porque su inestabilidad proporciona grandes oportunidades de golpes de suerte, mientras que su capacidad para influenciar los flujos de capital mediante políticas monetarias es más limitada. Como la reciente experiencia demuestra, el elemento especulativo es capaz de generar giros en las tasas de cambio. Esto genera considerable incertidumbre

con relación a los rendimientos de las inversiones, especialmente en las industrias de bienes comerciables, y por lo tanto deprime el nivel de inversiones. La influencia del tipo de cambio en las decisiones de inversión aumentan con la proporción del comercio en la economía. Es, por lo tanto, irónico, que el tipo de cambio es crecientemente determinado por fuerzas puramente financieras desligadas del comercio y la inversión en el momento que los países en desarrollo ponen más énfasis en el comercio como un motor de crecimiento".

Un ex - presidente del FMI considera, a su vez, que "la creciente importancia de los flujos privados de capital hacia los países en desarrollo crea un serio riesgo de disturbios cíclicos en el proceso de desarrollo. Estos flujos de capital y especialmente las inversiones de cartera, pueden ser altamente volátiles. En un período de expansión, cuando las perspectivas parecen favorables, los ingresos de capital pueden acelerarse más allá de la capacidad de absorción de algunos países. Esto puede tentar a los gobiernos y firmas privados a tomar crédito en el mercado internacional, a veces a corto plazo y en divisas. De este modo pueden desarrollarse serias situaciones de sobreinversión con grandes déficits en la cuenta corriente" (Witteveen, 1998, pág. 21).

El poder de los flujos financieros ha vulnerado no sólo la capacidad de regulación económica, sino también la soberanía política. El propio Paul Volker, ex presidente de la Reserva Federal de los EE.UU. sostuvo que la creciente integración financiera provoca "una creciente ausencia de autonomía en la administración económica, que se percibe fácilmente como afrenta a la soberanía" (Clarín Económico, 17-5-98).

Vulnerabilidad y sistemas bancarios

La vulnerabilidad financiera de los países periféricos se refuerza cuando la apertura financiera encuentra sistemas bancarios débiles, mal regulados y con posibilidades de incurrir impunemente en negocios especulativos como una elevada acumulación de préstamos de alto riesgo.

Sobre este aspecto, Larraín (1998) señala que los déficits de supervisión en los países subdesarrollados derivan en:

- instituciones públicas precarias;
- falta de tradición en operaciones de mercado y un peso excesivo de instituciones financieras públicas;
- contabilidad y calificación de cartera inadecuadas;
- alta concentración de propiedad en mercados de bienes y financieros;
- falta de diversificación internacional de las carteras bancarias y, por lo tanto, escasa diversificación de riesgos.

En este sentido, es fundamental el resguardo de la solvencia y rentabilidad de las instituciones.

De todos modos, como señalan Miotti y Abdelli (1998), los conceptos de solvencia y rentabilidad bancaria son útiles pero también ambiguos, porque un aumento en la solvencia (disponibilidad de fondos en relación con sus compromisos) puede considerarse un signo positivo en momentos de aumento de auge, pero puede representar un riesgo mayor en caso de reflujo. Paralelamente, una buena rentabilidad puede significar la tenencia de activos rentables de alto riesgo que pueden depreciarse profundamente en una situación de incertidumbre.

Según esta evaluación, los bancos latinoamericanos son menos eficaces, más rentables, mas solventes, más capitalizados y menos líquidos. Los asiáticos, más eficaces, menos rentables, menos solventes, menos capitalizados y más líquidos.

El problema no se limita a los países subdesarrollados. Como sostiene The Economist (11-4-98), "Los bancos son instituciones vulnerables capaces de hacer estragos si no son supervisados adecuadamente. Incontables crisis bancarias, en países ricos y pobres, muestran que la combinación de libres flujos de capital y bancos mal regulados es desastrosa".

Por eso, desde la crisis de México en 1995 hay esfuerzos para mejorar la transparencia de los sistemas financieros nacionales, pero todavía sólo 39 países publican sus estadísticas en el boletín electrónico del FMI. Pocos países, ricos y pobres, publican detalles sobe sus operaciones con moneda extranjera, y mucha información importante no es recopilada o publicada tarde.

Por otra parte, dada la volatilidad y el tamaño de los flujos financieros, tampoco es posible confiar plenamente en las virtudes de la regulación. Como afirma Paul Volker, aún "países con bancos fuertes, gobiernos honestos y democráticos, sistemas de rendición de cuentas relativamente transparentes y reguladores expertos, no han resultado inmunes a las crisis bancarias. La lista es larga y no excluye, por supuesto a los Estados Unidos" (Clarín Económico, 17-5-98).

La racionalidad cuestionada

La conducta de los inversores, y la dinámica que éstos imprimen al mercado financiero internacional, constituyen un problema en sí mismo.

Si los agentes financieros actuaran de acuerdo a criterios racionales basados en la situación objetiva de las economías, el riesgo de cada operación y las respuestas de los inversores serían lógicas y perfectamente previsibles.

En este cuadro, los inversores ofrecerían financiamiento sólo a los países con capacidad de repago. El déficit en cuenta corriente sería irrelevante, porque sólo indicaría que la economía está consumiendo e invirtiendo más allá de sus recursos propios, pero de acuerdo a la evaluación correcta de los inversores externos, generando capacidad de repago.

Sin embargo, como lo demuestra no sólo la experiencia de estos años sino la historia de las finanzas, las evaluaciones de los inversores no siguen las premisas implícitas en las teorías de los mercados perfectos, debido a la existencia de fallas de mercado como falta de transparencia que impiden una evaluación adecuada en los riesgos existentes y dificultades de acceso y distribución asimétrica de la información. Además, los inversores actúan en base a expectativas infundadas, temores o ilusiones que están lejos de los criterios del comportamiento racional. Para algunos autores como Kindleberger (1993), este tipo de conducta está en la base de muchas de las crisis financieras a lo largo de la historia3.

De allí que los inversores puedan tomar, y efectivamente tomen, decisiones que se revelan inadecuadas, y que sus respuestas tengan un alto grado de imprevisibilidad.

La falta de información o la propensión elevada al riesgo pueden facilitar el financiamiento de economías con capacidad de repago dudosa. En este caso, el mercado financiero está apoyando la acumulación de un desequilibrio y el agravamiento de la incapacidad de pago futura (Calvo 1996).

Por otra parte, puede dar lugar a retiros de fondos motivados por la incertidumbre o que sobrestiman los riesgos de los prestatarios.

Los comportamientos especulativos, que facilitan el endeudamiento irresponsable y las sobrerreacciones de inversores basadas en el temor, son una constante de la historia financiera.

Los fenómenos de sobreendeudamiento y especulación, así como las conductas reñidas con los supuestos de racionalidad, existieron desde siempre, y se encuentran en la raíz de muchas crisis financieras y en las historias de la vulnerabilidad externa de las economías chicas y aún de las grandes (Kindleberger, 1993). Lo que distingue a la época actual es que la masa de capitales en circulación es muy importante en relación al tamaño de las economías chicas y aún medianas, y a la capacidad de regulación de sus autoridades monetarias y las reservas de los bancos centrales. Por otra parte, las conductas de los inversores están vinculadas a nivel internacional, y tienen reacciones sincronizadas virtualmente instantáneas, lo que reduce los márgenes para la adopción de medidas preventivas.

La vulnerabilidad de la economía argentina

La economía argentina sufrió históricamente los dos tipos señalados de vulnerabilidad así como diversas combinaciones de ambos.

Tuvo crisis de origen endógeno durante la sustitución de importaciones, cuando los ingresos de exportación no alcanzaban para cubrir los pagos de importaciones, remisiones de utilidades y pagos de la deuda. Estas situaciones derivaban en ajustes recesivos e inflaciones.

También experimentó crisis de origen mixto, cuando las crisis de los países industriales provocaban caídas en la demanda de productos de exportación domésticos. En estos casos, las consecuencias de la crisis estaban amplificadas por la concentración de las exportaciones en una reducida gama de bienes básicamente primarios. Ejemplos típicos de esta situación son las restricciones sufridas en los años treinta y setenta en el terreno comercial.

La crisis de la deuda de los ochenta fue consecuencia de la política oficial de apertura financiera y estímulo a la especulación y a la expatriación de capitales del sector privado (Schvarzer, 1983).

Pero así como el endeudamiento externo había sido facilitado por la sobreoferta y la falta de evaluación de riesgo de los bancos extranjeros, la restricción financiera se generó a partir de una decisión de la autoridad monetaria estadounidense, es decir, por una causa básicamente exógena.

En el transcurso de la crisis actual juegan varias condiciones de vulnerabilidad. Por una parte las de origen endógeno, debidas al tipo de especialización comercial, que no se ha modificado substancialmente desde el inicio del plan de convertibilidad en 1991. También influyen la situación de la cuenta de servicios del Balance de Pagos determinada por el endeudamiento externo, y el ingreso de inversión extranjera.

Paralelamente operan causas de orden puramente exógeno, porque la economía argentina se vio afectada por retiros de capitales y síntomas de desconfianza que no se originaban en su situación macroeconómica sino en la crisis de Brasil, y más indirectamente en las características de las tomas de decisión de los operadores financieros.

Especialización primaria estancada

Una fuente fundamental de vulnerabilidad endógena es la especialización basada en ventajas comparativas básicamente naturales, que somete al sector externo a deterioros y amplias variaciones de precios de productos primarios y de baja elaboración.

Entre 1991 y 1998 las exportaciones se duplicaron. Sin embargo, su composición sigue muy concentrada en bienes de escasa elaboración. La participación de los productos primarios aumentó del 31,5% en l991 al 36,7% en l996 debido al aumento de las exportaciones de petróleo. La participación de las ventas de productos industriales cayó del 68,5% al 63,3%. (Cepeda, 1998).

Las exportaciones de Manufacturas Intensivas en Economías de Escala pasaron del 10% al 12,7%. En este rubro se incluyen las exportaciones automotrices al Brasil.

La participación de las manufacturas industriales de proveedores especializados o intensivas en I&D se mantuvo estancada en una baja participación, y lo mismo sucedió con las semi manufacturas agrícolas intensivas en capital.

Si se excluye del cálculo a las exportaciones de combustibles, la composición porcentual de las exportaciones tuvo escasas variaciones entre 1991 y 1996. El aumento de las exportaciones de petróleo se explica por la privatización de YPF y la desregulación, que permitió la explotación de un recurso antes desaprovechado.

Una evaluación del patrón de especialización comercial entre 1986 y 1994 (Bekerman y Sirlin, 1996) arroja resultados similares a los ya citados. Según éste, la Argentina muestra fuertes ventajas comparativas en bienes primarios y energéticos, y desventajas comparativas en las exportaciones de Manufacturas de Origen Industrial. Más aún, dentro de este grupo, las desventajas principales se encuentran en las industrias nuevas de media y alta tecnología. Este patrón de especialización, contrapuesto al de los países industriales y los asiáticos en proceso de transformación industrial, se profundizó entre 1990 y 1994.

El costo de la fuerte especialización en exportaciones de bienes primarios o bienes industriales estandarizados se hizo presente en el último año como consecuencia de la caída de los precios de los commodities, causada por la recesión de los países asiáticos y sus fuertes devaluaciones.

Los precios de los commodities y materias primas en el mercado mundial aumentaron desde mediados de los setenta hasta 1980, luego cayeron hasta 1993, y volvieron a aumentar hasta l995, cuando iniciaron un nuevo camino descendente. En el último trimestre de 1998 estaban un 10% por sobre el índice de 1976 y un 20% por debajo del pico de 1995.

Como consecuencia de las variaciones de precios internacionales, los términos del intercambio de la Argentina aumentaron un 22% entre 1989 y 1996, y cayeron un 10% desde ese año hasta el primer trimestre de 1998.

Otro aspecto de la vulnerabilidad externa es la fuerte concentración de exportaciones en un mercado poco estable como el brasileño. Mientras que las exportaciones totales se duplicaron, las ventas a ese país se multiplicaron por 4. Llegaron a representar el 31% del total, y como consecuencias de la crisis de Brasil y de la reducción de sus importaciones ese porcentaje cayó al 27% en la actualidad.

El análisis sectorial de la importancia del mercado brasileño revela una situación aún más dramática. El sector de material de transporte destina el 85% de sus exportaciones a Brasil, lácteos y huevos 74%, productos de molinería 69%, hortalizas y legumbres sin elaborar 65%, textiles y confecciones 63%, y fibra de algodón 56%. (IERAL, Fundación Mediterránea, citado por Cash/Página12, 24-1-99)4.

Pagos de servicios y remisión de utilidades

La cuenta de servicios es también una fuente de vulnerabilidad, porque mientras el balance comercial tiene un saldo oscilante, el de servicios y rentas de la inversión tienen saldos negativos crecientes. Se trata de un déficit de carácter estructural determinado por el endeudamiento y el ingreso de inversiones externas.

La cuenta de servicios, que registra los pagos de royalties, patentes y otros servicios reales asociados con la incorporación de inversiones externas y la importación de bienes de capital, muestra un egreso de divisas oscilante en los 5.000 millones de dólares entre 1992 y 1996, y de 6.400 en 1997.

La cuenta de rentas de la inversión tiene un déficit creciente. Incluye los intereses pagados con un aumento del 110% entre 1992 y 1997, y las remisiones de utilidades y dividendos con un incremento del 116% en el mismo período.

Crecimiento de la deuda externa

El endeudamiento externo es una de las causas más importantes de vulnerabilidad externa, y una vía de canalización de fuertes presiones económicas y políticas por parte de países y organismos internacionales.

La deuda externa argentina era, a marzo de 1998, de 115.839. Si bien se redujo a causa de las conversiones de deuda realizadas en el marco del Plan Brady, en los últimos años volvió a aumentar. Desde diciembre de 1996 hasta marzo de 1998 aumentó un 17%, muy por encima del aumento del PBI, que aumentó un 9% durante ese período, o de las exportaciones, que crecieron un 10%.

Gran parte del endeudamiento está concentrado en el sector público desde la estatización de la deuda privada en 1981, y por la dificultad que el sector privado tuvo para acceder al financiamiento externo.

La deuda del sector público no financiero y Banco Central es de 75.494 millones.

En el análisis de la vulnerabilidad es necesario considerar, además del volumen, los plazos de vencimiento de la deuda, y si los préstamos provienen del sector bancario o de emisión de bonos.

Esta diferencia es importante porque el mercado de bonos es especialmente volátil en cuando a flujos de oferta y tipos de interés, y la dependencia del financiamiento de estos mercados aumenta la incertidumbre sobre las condiciones de refinanciamiento de las deudas a vencer.

El perfil de vencimientos de la deuda pública no es malo, porque sólo el 3% es de corto plazo y el resto es de mediano y largo plazo. Pero el 44% de la deuda externa es en bonos y títulos públicos, y el resto en préstamos bancarios, de organismos internacionales y otros.

La misma composición se observa en la deuda total del sector público, que suma la deuda externa y la interna. Al 30-6-98, la deuda total era de 105.113 millones de pesos, de los cuales el 75% está nominado en bonos y títulos públicos.

De éstos, el 89% son títulos y bonos nominados en moneda extranjera. Es decir, el 65% de la deuda total del sector público está en bonos y títulos y bonos en moneda extranjera.

El endeudamiento externo privado tuvo un fuerte aumento (50%) entre diciembre de 1996 y marzo de 1998, llegando ese mes a los 15.253 millones de dólares. Por una parte esta tendencia se considera un signo de confianza de los inversores externos en la situación de las empresas argentinas, pero por otra implica la asunción de compromisos en un marco de fuerte volatilidad, que puede afectar tanto al sector privado como al Estado si tiene que asumir los costos de algún eventual rescate, como ha sucedido en el pasado.

El 87% de la deuda externa privada es en bonos y títulos privados, y el 77% en Obligaciones Negociables, cuya colocación se duplicó en el período citado. Dado el origen de su deuda, el sector privado se vio en dificultades para refinanciar los vencimientos de sus obligaciones con el avance de la crisis.(FIDE, 1998).

Conclusiones, prevenciones, recomendaciones

Según la teoría convencional, la conexión con el mercado internacional a través de la apertura de la cuenta capital permite aumentar el financiamiento reduciendo las restricciones de ahorro interno. La apertura contribuye, además, a optimizar el empleo de los recursos productivos y financieros.

Pero la experiencia contradice las hipótesis ortodoxas. Fanelli (1998) presenta varios casos significativos en este sentido:

- en muchos países que lanzaron programas de liberalización financiera, la tasa de ahorro nacional no sólo no creció, sino que de hecho cayó;

- en varios casos hubo una tendencia a que los países generasen excesivos déficit en cuenta corriente luego de la reforma. La apertura generó también un aumento de la volatilidad en el consumo doméstico;

- muchas experiencias de liberalización terminaron en crisis financieras y en desequilibrios macroeconómicos que llevaron a la interrupción de la apertura (también aquí es pertinente el ejemplo de la crisis argentina de 1981);

- los beneficios de la expansión de liquidez internacional se distribuyeron en pocos países, pero los riesgos de la misma se distribuyeron más ampliamente, porque los bonos y las categorizaciones de riesgo de muchos países que no habían recibido capitales o que no presentaban desequilibrios macroeconómicos se vieron afectados por la suerte de países que habían recibido capitales y cayeron en crisis.

En conclusión, la expansión financiera y la liberalización de los mercados no siguieron el ejemplo previsto por la teoría en lo que se refiere a una mejor distribución del ahorro y los recursos productivos, y sí contribuyeron a la generación de desequilibrios inesperados5.

No puede desconocerse que, como subraya Hopenhayn (1997), ciertamente desde una perspectiva crítica, la globalización financiera presenta, además de riesgos, oportunidades de financiamiento que pueden resultar beneficiosas si se aprovecha el ahorro externo para financiar inversiones que generen crecimiento y solvencia externa.

Sin embargo, en la medida que el funcionamiento libre del mercado no cumple con el supuesto de una mejor asignación de recursos, y por el contrario conduce a crisis recurrentes, se plantea la necesidad de controles y regulaciones para prevenir la generación de crisis y administrarlas en el caso de que sucedan.

Dada la debilidad de los sistemas de prevención, las crisis deben ser atendidas con medidas de auxilio en las que generalmente participan gobiernos, en especial el de los Estados Unidos. Este tipo de intervención es en parte consecuencia de la debilidad relativa de los organismos internacionales ante la masa de dinero circulante y las necesidades de refinanciamiento que exigen las grandes crisis.

Este fenómeno tiene una consecuencia de orden estratégico, ya que refuerza el poder de decisión y arbitraje de los países centrales en la escena internacional.

Una de las recomendaciones de carácter preventivo fundamentales es la de regular el ingreso de los capitales de corto plazo, compartida no sólo por las opiniones más heterodoxas sino también por los economistas del Banco Mundial. A esto se suma la necesidad de supervisión y fortalecimiento de los sistemas financieros locales.

Los países periféricos deben tener presente, además, los cambios en las fuentes de financiamiento y prestar atención al comportamiento de mercados en crecimiento e intrínsecamente volátiles como los de derivados, cuyas alternativas influyen decisivamente en los flujos de capital internacionales.

También es crucial desestimular el empleo de capitales externos en el financiamiento de consumos improductivos, y orientarlos hacia la generación de exportables.

La globalización plantea, además, dos cuestiones vitales en el orden de las relaciones internas y externas. En lo interno, la necesidad de reconstruir la capacidad reguladora de los estados para fortalecer las políticas preventivas frente a las conductas especulativas y predatorias privadas. En lo externo, consolidar los acuerdos regionales y la coordinación de medidas para hacer frente a situaciones de vulnerabilidad y fortalecer la capacidad de negociación ante organismos internacionales, entidades financieras y terceros países.

Finalmente, las perspectivas sobre la evolución de la vulnerabilidad de la periferia seguirán siendo poco alentadoras en tanto los países centrales no establezcan regulaciones destinadas a reducir los movimientos de capital de corto plazo y a desarticular los mecanismos especulativos que dan lugar a la aparición y propagación de las crisis.

En este punto es destacable que, si bien los organismos internacionales han admitido y analizado el riesgo de la especulación global, no han tomado medidas para regular los movimientos de capitales y las operaciones peligrosas (IMF, 1998, 1 y 2). La inacción se explica porque tomar medidas de esa naturaleza significaría regimentar la actividad de los grandes operadores financieros, bancarios y no bancarios. **c**

Bibliografía

- Yilmaz Akyuz "Financial Liberalization: the key issues" UNCTAD Bulletin, Number 20, Ginebra, May-June, 1993, pág. 10.

- Bank for International Settlements. 68th. Annual Report. Basilea, 1998.

- Marta Bekerman y Pablo Sirlin. Nuevos enfoques sobre política comercial y sus implicancias para los países periféricos. Desarrollo Económico Nº 134. Julio-setiembre 1994.

- Marta Bekerman y Pablo Sirlin. Efectos del proceso de apertura y de integración sobre el patrón de especialización de la economía argentina. CENES. FCE. UBA. Documento de Trabajo Nº4. Buenos Aires 1996.

- Guillermo Calvo. Varieties of capital-market crisis. University of Mariland, May 21, 1996. Internet www.bsos.umd.edu/econ.ciecalvo.htm: Centro de Estudios sobre la Producción (CEP)-1 Síntesis de la Economía Real. Secretaría de Industria, Comercio y Minería. Nro. 17, Agosto de 1998.

- Centro de Estudios sobre la Producción (CEP)-2 Notas de la Economía Real. Secretaría de Industria, Comercio y Minería. Octubre de 1998.

- Horacio Cepeda. Un análisis de la composición de las exportaciones argentinas. Boletín Informativo Techint, Nro. 293. 1998.

- Carlos Díaz Alejandro. Finanzas internacionales: temas de interés especial en países en desarrollo En Hacia un nuevo orden económico internacional. Ricardo French Davis/Ernesto Tironi. Compiladores. FCE. México. 1986.

- Robert Davlin, Ricardo French-Davis yStephany Griffith-Jones. Repunte de las corrientes de capital y el desarrollo: Implicaciones para las políticas económicas. En Las nuevas corrientes financieras hacia América Latina. Ricardo French-Davis y Stephany Griffith-Jones, compiladores. CEPAL-FCE. México, 1995.

- José María Fanelli. Liberalización financiera y cuenta de Capital: observaciones sobre la experiencia de los países en desarrollo. Desarrollo Económico Nº149, Abril-junio 1998.

- FIDE, Coyuntura y Desarrollo, números de junio, agosto y setiembre de 1998.

- Stephany Griffith-Jones. Regulatory Challenges for Source Countries of Surges in Capital Flows. En The Policy Challenges of Global Financial Integration. J. J. Teunissen Editor. FONDAD. The Hague, 1998.

- Kindleberger, Charles P. Manías, pánicos y cracs. Ariel. Buenos Aires, 1993.

- Benjamín Hopenhayn y Pablo Rojo, Comercio internacional y ajuste externo. CISEA/Legasa, Buenos Aires, 1990.

- Benjamín Hopenhayn. La globalización financiera. Mimeo. Marzo, 1997.

- International Monetary Fund. 1. Report of the Working Group on Inernational Financial Crisis. October 1998.

- International Monetary Fund. 2. Report of the Working Group on Strengthening Financial Systems. October 1998.

- Robert Kuttner. The end of laissez-faire. University of Pennsylvania Press. Philadelphia 1992.

- Christian Larraín. Banking supervision in developing economies. En Regulatory and Supervisory Challenges in a New Era of Global Finance. J.J: Teunissen Editor. FONDAD. The Hague, 1998.

- Egidio Miotti, Linda Abdelli. Fragilités des systèmes bancaires del économies émergentes. En Zones Émergentes. Caisse des dèpôts et consignations. Paris. Février 1998.

- Dani Rodrik. Las reformas a la política comercial e industrial en los países en desarrollo: una revisión de las teorías y datos recientes. Desarrollo Económico Nº138 Julio-setiembre 1995.

- Dani Rodrik. Has globalization gone too far?. Institute for International Economics. Washington, Marzo,1997.

- Jorge Schvarzer. Argentina 1976-1981: El endeudamiento externo como pivote de la especulación financiera. Cuadernos del Bimestre. Buenos Aires, 1983.

- Johannes Witteveen Economic globalisation in a broader, long-term perspective: some serious concerns. En The Policy Challenges of Global Financial Integration. J. J. Teunissen Editor. FONDAD. The Hague, 1998.

Notas

* Economista. Investigador del CENES. FCE.UBA. Docente de la Maestría en Historia Económica del CIHES.FCE.UBA. Periodista del diario Clarín. Publicó trabajos en los libros Las nuevas relaciones América Latina/URSS. GEL. Buenos Aires, 1991 y El impacto de la globalización. Letra Buena. Buenos Aires, 1994 y en revistas especializadas del país y del exterior entre ellas El Bimestre de CISEA, Nueva Sociedad y Realidad Económica.

1.En este trabajo se tratan los problemas de vulnerabilidad comercial y financiera sin ingresar en cuestiones que es necesario tener presente. Una de ellas la vulnerabilidad social, provocada por las variaciones de ingresos de exportación o las restricciones financieras, que tienden a ampliarse en el contexto de la apertura y la globalización (Rodrik 1997). Otro la vulnerabilidad de los estados nacionales ante las presiones de los poderes económicos, extranjeros y locales, que utilizan las crisis o las situaciones de debilidad para imponer políticas y obtener beneficios particulares.

2. La creación de nuevas formas de financiamiento fue facilitada por la fuerte reducción de las restricciones a los movimientos de corto plazo por los países centrales. Un índice de ese tipo de controles pasó de 7,7 en 1973 a 7,2 en 1978, aumenta a 8.0 en 1985 y l986 y se reduce a 6,7 en 1994 (Miotti y Abdelli, 1998). Según un índice del FMI el grado de apertura de la cuenta corriente de los países industriales pasó del 30% en 1950, al 60% en 1970 a más del 90% en 1993 (The Economist, 30-1-1998) Como consecuencia de la apertura y el desarrollo del mercado de bonos, las transacciones internacionales de bonos y títulos pasaron de representar el 9% del PBI en los EE.UU. en 1980, al 213% en 1997. En Japón el crecimiento fue del 8% al 96% del PBI y en Alemania del 7% al 253% del PBI. .(BIS, 1998)

3. Un indicador reciente de que los inversores no cumplen con las premisas de racionalidad implícitas en los modelos de competencia perfecta es que colocan capitales aún cuando los indicadores emiten señales de peligro. Según el informe del BIS (1998) tanto en México como en los países asiáticos que ingresaron en crisis, el dinero continuó entrando "aún cuando las estadísticas ampliamente disponibles hacían claro que el stock de tesobonos y otros títulos de deuda de corto plazo, había aumentado dramáticamente. Esos datos fueron generalmente ignorados, aunque en el caso de Asia hay también alguna evidencia de que las instituciones financieras no-bancarias retiraron fondos antes de que la crisis golpeara" (pág. 169) Una posible explicación es, según el BIS, que las sumas invertidas fueran pequeñas para cada inversor, pero que en conjunto formaran una masa de dinero de dimensiones peligrosas desde el punto de vista de los receptores.

4. Los estudios oficiales también dan cuenta de los problemas de especialización (CEP, 1998, 1 y 2).

5. Según French-Davis y Griffith-Jones (1995) la apertura financiera puede resultar peligrosa para un país periférico aún cuando se realiza en forma escalonada.

q

La crisis y su impacto en el empleo

Julio C. Gambina*

1. Introducción

C uando se menciona la palabra "crisis", no todos aluden al mismo fenómeno. Y convengamos que en estos tiempos es una categoría ampliamente utilizada. Pero no siempre en un mismo sentido o con idéntico significado. Se habla de crisis asiática, rusa o global en relación a su generalizado impacto, pero también se pretende restringirla a los movimientos bursátiles o ampliarla al ámbito de las finanzas, o incluso al conjunto de la economía. A veces se considera el ciclo de corto plazo o coyuntural, y en otras oportunidades el ciclo largo o estructural. Esos diferentes sentidos pueden llevar a conclusiones divergentes.

Por ejemplo, siguiendo uno de los indicadores que cotidianamente comenta la prensa, aquél que mide el movimiento bursátil, y para hablar sólo de la Argentina, encontramos que el índice Merval reconoce un importante crecimiento entre octubre y mediados de noviembre de 1998, luego de una pronunciada caída desde fines de octubre de 1997. De los 300 puntos a los que se había reducido al 10 de octubre de 1998, un mes después el indicador alcanzaba los 400 puntos. Sin embargo, en el mismo lapso la crónica periodística informa de cesantías, suspensiones de trabajadores y disminuciones de horas extra o reducción de la jornada de trabajo en distintos ámbitos de la economía, particularmente en la industria, que han motivado reclamos al gobierno por parte de los empresarios del sector industrial. En la rama del automotor, se estima que las medidas tendientes a la disminución de la producción afectan a más de 10.000 empleados. El cierre de dos bancos en el mismo período redundó en más de un millar de trabajadores cesantes en la actividad bancaria.

Entonces, ¿cuál de ambas tendencias debe considerarse para evaluar una situación de crisis? Si quien contesta es un operador bursátil, dirá que "lo peor de la crisis ya ha pasado", y que "los mercados tienden a normalizarse". Desde otro ángulo, si se trata de un actor vinculado a la producción o los servicios, señalará que "ahora comienzan a visualizarse en la economía real los efectos de la crisis". Ambos comentarios serán acertados, pero nada dirán de los efectos sociales que uno u otro dicho conlleva, y mucho menos en torno de las causas que motivan la crisis.

Si lo que venimos diciendo es motivo de diferentes enfoques u opiniones según sea el lugar que se ocupe en la economía, las diferencias se ahondan aún más cuando nos remitimos a la vulnerabilidad de los sujetos en función de la relación entre éstos y el origen de sus ingresos. Para ser más claros, no es lo mismo la capacidad de adecuación o reestructuración de su actividad que puede tener un empresario, que la que pueda tener un trabajador. Situación que es particularmente grave con los elevados niveles de desempleo, subempleo y precariedad laboral que presenta la realidad del mercado de trabajo en la Argentina de la década de los '90.

La medición de octubre de 1998 de la tasa de desempleo, aún con la disminución registrada al 12,4%, representa un freno a la tendencia decreciente que se venía operando desde el pico en 18,4% de mayo del '95, registro derivado de la crisis desatada con la devaluación del peso mexicano en diciembre del '94. Debe considerarse que los suspendidos no son considerados desempleados por el Instituto de Estadísticas y Censos (Indec), en tanto no se ha cortado la relación laboral. Nadie duda en asimilar el registro actual al efecto 'desaliento' que generan las dificultades para conseguir trabajo y, en sentido estructural, a la caída del nivel de actividad económica derivado de dos singularidades. Por un lado, en especificidades nacionales del funcionamiento económico, el cual se encuentra encorsetado por el mecanismo de convertibilidad que fija la paridad cambiaria en un peso por dólar. Por otro lado, inciden los efectos de las situaciones de crisis en Asia y Rusia de los últimos meses, siendo previsible el incremento del desempleo en el corto plazo ante los pronósticos de recesión y agravamiento de la situación en el Brasil.

Ni siquiera en el propio gobierno se confía en la pauta de crecimiento del 4,8% del PBI incluida en el Presupuesto 1999 aprobado a comienzos de diciembre de 1998, en el mismo momento que una misión del FMI discutía esa previsión para inducir una rebaja. Los cálculos más optimistas del crecimiento para el '99 oscilan entre el 2,5% y el 3%, y los más pesimistas anticipan una regresión, particularmente ante el estallido de la anunciada crisis brasileña. Es claro entonces que la situación de crisis económica afecta de forma diferente a los diversos actores sociales, siendo regresiva para los sectores populares y muy especialmente para los trabajadores.

Debe observarse en el Cuadro 1 que el mantenimiento del registro de desocupación para agosto de 1998, con relación a la onda anterior, se produce como consecuencia de una baja en las tasas de actividad y de empleo, que estaba indicando el comienzo de un ciclo recesivo. Más graves aún son los datos del desempleo, que verifican un crecimiento sin mengua. Puede decirse que la disminución de la desocupación se transformó en subocupación, resultando éste uno de los datos que expresan la precariedad laboral que se viene consolidando en la Argentina. Hay que observar que la diferencia entre el pico de la tasa de desempleo (18.4) y el registro de agosto de 1998 (13.2), promedian 5.2 puntos, mientras que en la sumatoria de desempleo y subempleo, sólo promedian 3.4 puntos entre el pico (octubre del '96) y agosto del '98, como resultado del mayor nivel de subocupación expresado en el período, situación que se valida en las dos categorías en que se subdivide el registro (demandantes y no demandantes).

2. La crisis en el ciclo largo

El presente análisis debe enmarcarse en las constantes verificadas en un ciclo de más de dos décadas de crisis, ajuste y reestructuración de la economía, el estado y la sociedad. Son constantes a considerar como resultado de la conflictividad y las modificaciones del orden social resultante en el período.

Las manifestaciones actuales de la crisis remiten a la irresolución de las dificultades surgidas en los años setenta. Aquellos problemas que representaban caídas de la tasa de ganancia y trabas a la acumulación de capitales, los elementos constitutivos de la crisis, se pretendieron resolver con un cambio de las reglas de juego. Se trataba de barajar y dar de nuevo como forma de superar la crisis. El viejo orden económico estructurado a la salida de las dos guerras mundiales, mediadas por la crisis del '30, ya no cumplía su función, se expresaba como crisis de rentabilidad, y por ello se requería su transformación en un "nuevo orden" del capitalismo.

Lo dicho vale en el nivel mundial y tiene expresión también en nuestro país. En efecto, los primeros

años de la década del setenta transcurren ante un conflicto social explícito que discutía la distribución de la renta nacional, pero sobre todo cuál debería ser el proyecto político ordenador de la sociedad argentina. La "solución", si se la puede llamar así, estuvo por fuera de los mercados. Una despiadada reacción violenta, surgida de la alianza entre los grandes capitales locales y extranjeros junto a la jerarquía militar y el poder de las armas, constituyó el mecanismo extra-económico que aseguró una tendencia al ajuste y la reestructuración regresiva. El terrorismo de Estado fue la condición necesaria para el cambio de reglas en la organización económica de la sociedad y su funcionamiento. El terror y el miedo son las categorías constitutivas del nuevo orden del capitalismo en la Argentina, y no el "mercado", como algunos sugieren.

Pero, ¿ llegó a su fin aquel proceso de cambios a que aludimos, o la sociedad contemporánea, tanto local como global, atraviesa todavía un período de transición que posterga la salida de la crisis? A más de 20 años de las visibles transformaciones del orden económico nacional y mundial, y reconociendo recurrentes ciclos críticos, como los del '82 ante la imposibilidad de pago del endeudamiento externo mexicano, o la fuerte caída de la bolsa neoyorquina, o más recientemente los fenómenos del tequila '94 y Asia '97 o Rusia '98, queda clara la continuidad de un ciclo que recrea crisis y con ellas las demandas por una reestructuración integral. Reestructuración que pasa centralmente por recuperar parte de la renta empresaria cedida durante años a los trabajadores y a la sociedad como salario o tributos.

¿Por qué la reestructuración? Es que el orden social construido en los primeros tres cuartos del siglo resultó un "acuerdo" trabajosamente consensuado, que instituyó por un lado un tipo de contrato entre el trabajo y el capital, y por el otro, un remedo de Estado benefactor. Es cierto que la expresión que remite al Estado de bienestar tiene sus límites, y que es un término válido en toda su dimensión para la realidad europea occidental, pero que hacemos extensivo a un proceso global. Prácticamente no existe Estado que no haya asumido un mayor papel tanto en la producción y distribución de bienes y servicios como en la regulación de la dinámica de acumulación económica de la sociedad, junto a la asunción de parte de la seguridad y previsión social. Y más allá de los matices nacionales, la sindicalización de los trabajadores y la emergencia y desarrollo del derecho protector del trabajo, ambos son fenómenos que constituyeron también una constante en la forma en que asume la relación entre trabajadores y patrones en las empresas.

Ambos fenómenos, el Estado benefactor y la sindicalización de los trabajadores, fueron achicando la cuota de ganancia empresaria y determinaron la crisis de rentabilidad que motivó el ataque al salario y la búsqueda de la reprivatización de la economía. Se trataba de recuperar un territorio cedido desde la emergencia de un poder alternativo al capitalista, proceso materializado con la revolución rusa en 1917. El camino recorrido en los últimos años para superar la crisis de rentabilidad aludida se define en el escenario político, que en definitiva marca las condiciones económicas en que operan los sujetos sociales.

Estamos sugiriendo que la mercantilización creciente de la vida social operada en los últimos años responde a una ofensiva política de carácter violento en Latinoamérica, y no a las leyes inmanentes del libre mercado. Por ello vamos a insistir en que el impacto regresivo de la crisis sobre los trabajadores es consecuencia de objetivos deliberados de política económica, y no el resultado de consecuencias "no queridas".

Sucede que la concepción mayoritaria de estos años, resumida en el "neoliberalismo", se instala como ensayo general en las dictaduras militares de Chile '73 y Argentina '76, para asentarse como revolución conservadora en países de punta como Inglaterra '79 y USA '80. Desde esa posición se discutirá el liderazgo mundial, para reestructurar el orden vigente en un proceso que representa a los años '80 como la década perdida para América Latina y el decenio que define la caída del socialismo en el este de Europa, pero también la cooptación de la socialdemocracia europea en el gobierno hacia las

políticas privatistas y de ajuste estructural, las cuales desembocan en las inflexibilidades de Maastricht y el Euro.

Es la crisis y su desarrollo la que arma el complejo entramado histórico de estos años. Por eso, en los '90 la reestructuración incluye el mundo asiático. No sólo hay inversiones en el sudeste asiático y China entre los años '70 y '80, sino que también allí se procesa ahora la crisis de rentabilidad en escala global de un capital devenido transnacional. La acumulación de capitales en esa región, incluido Japón y su liderazgo zonal, contuvo una dinámica asentada en elementos esenciales de la vieja matriz del desarrollo capitalista keynesiano: los capitales de origen local y el Estado nacional.

La nueva escena mundial, definida por el quiebre de la bipolaridad, apura las presiones políticas para la reestructuración asiática que hace eclosión en nuestros días. El resultado está representando un cambio de mano de las empresas, con un perfil de mayor concentración y centralización de capitales transnacionales en esa zona, siendo una de las consecuencias inmediatas la caída del ingreso de los trabajadores, y por primera vez en años el crecimiento del desempleo. Al mismo tiempo, se viene expresando como una renovada guerra entre el dólar, el yen y el recién estrenado euro.

Sostenemos que la crisis actual viene de arrastre y ha disparado iniciativas políticas de reestructuración regresiva del orden económico prevalente, intentando subordinar las relaciones de producción en cada lugar del planeta a una nueva dinámica de acumulación de capitales, la cual exige eliminar las trabas determinadas por las fronteras nacionales y evitar los recortes de las ganancias como consecuencia del poder de los trabajadores y el costo de sostenimiento de los Estados nacionales.

Es una estrategia costosa en varios sentidos, que no ha resuelto la crisis y que agrega en cada momento nuevos problemas e incertidumbres en torno del presente y el futuro. A modo de ejemplo se puede mencionar la transformación rusa, proceso que reconoce una complejidad importante y de resultado incierto, por combinar una potencia nuclear con miseria creciente entre su población. Pero podría contabilizarse también el costo económico que representa el rescate de cada proceso económico estallado en las llamadas crisis en el ciclo corto. En el '94 México demandó una asistencia financiera del orden de los 48.000 millones. En el sudeste asiático la cifra supera los 100.000 millones, y el paquete recientemente acordado por el FMI para el Brasil asciende a 41.500 millones. En otro orden, la unificación alemana demandó una inversión del área occidental estimada en 150.000 millones. En todos los casos mencionados se verifican resultados de deterioro de las condiciones de vida de la mayoría de la población, con fuerte impacto entre los trabajadores.

2.1. Regresividad distributiva en el caso argentino

Los cambios ocurridos en la Argentina en los últimos 20 años son el resultado de cómo se dirimió la conflictividad social y política desarrollada a fines de los años '60 y comienzos de los '70, con eje en la reasignación de la renta nacional en desmedro de los ingresos de los sectores populares, particularmente del salario, y a favor de la ganancia, particularmente del sector más concentrado e inserto en la internacionalización de la producción y la transnacionalización del capital.

Desde los registros de la distribución del ingreso se puede verificar lo sostenido. Según vemos en el Cuadro 2, el 20% más rico de la población se apropiaba del 41% del ingreso para 1975, e incrementó su cuota hasta el 51,2% en 1997. Por su parte, el 10% más empobrecido bajó en la apropiación del ingreso del 3,1% al 1,6% en el mismo período.

Cuadro 2: Distribución del Ingreso

	1975	**1997**
20% más enriquecido	41%	51,2%
10% más empobrecido	3,1%	1,6%

Fuente: Indec

Según el BID (cuadro 3) la brecha entre el 10% más enriquecido y el 10% más pobre se agrandó desde 15 veces en 1991 hasta 24 veces en 1997. Datos del mismo "Informe sobre el progreso económico y social" del BID (cuadro 4) señalan que el 10% más rico reconoce casi 14 años de estudio para personas mayores de 25 años, mientras que entre el 30% más pobre el guarismo se reduce a menos de 8 años.

Cuadro 3

Diferencia de ingresos	**1991**	**1997**
10% más rico con relación al 10% más pobre	15 veces	24 veces

Fuente: BID

Cuadro 4

Años de estudio para personas mayores de 25 años	
10% más rico	14
30% más pobre	8

Fuente: BID

La relación con 1991 tiene su importancia por ser ése el momento de consolidación de la política de reformas estructurales insinuadas desde mediados de los setenta, y por ser además el inicio de un ciclo de expansión del PBI en la Argentina. En la década del '90, el ciclo de mayor crecimiento de su PBI, el crecimiento ha tenido un ritmo promedio que hasta 1997 fue del 5,6%. Al mismo tiempo, tuvo un importante ingreso de capitales externos, que contrasta con lo acontecido en la década del '80, llamada por la Cepal y para toda América Latina "la década perdida" como consecuencia del saldo negativo de los flujos internacionales de capitales, la baja del crecimiento económico, el inusitado aumento de la deuda externa, y la fuga de capitales. En este período se reconocen fuertes ganancias entre las principales empresas, particularmente aquellas que fueron privatizadas.

Son guarismos que reflejan la desigualdad de oportunidades y un impacto socioeconómico diferenciado entre unos y otros. América Latina se ha transformado en la región más desigual del

mundo, y Argentina, que sigue siendo uno de los países menos empobrecidos de la región, es dónde más creció el empobrecimiento en los últimos doce años. Desempleo, subempleo y sobretrabajo son parte integrante de este fenómeno de pauperización. Veamos (cuadro 5) algunos datos relativos a la zona de mayor concentración poblacional: Capital Federal y Gran Buenos Aires.

Cuadro 5

Sueldos promedio, según franjas del 10% de las personas ocupadas, para Capital Federal y Gran Buenos Aires

Ingresos a mayo 94	160	305	389	453	536	633	733	928	1.244	2.663
Ingresos a agosto 98	118	253	340	409	491	580	676	859	1.168	2.664
Variación porcentual 94/98	26.2	-17.0	-12.6	-9.7	-8.4	-8.4	-7.8	-7.4	-6.1	0.1

Fuente: Encuesta permanente de hogares, Indec

Debe considerarse la pertinencia de la comparación, ya que mayo del '94 refleja el momento de mayor nivel de desempleo (18,4%), en plena crisis del tequila. La caída del desempleo a agosto del '98 (13,2%) ha tenido la contrapartida de una merma en los ingresos del 90% de empleados, profesionales y cuentapropistas. Sólo se mejoran los ingresos del 10% superior. Al mismo tiempo, debe notarse que el 50% percibe menos de 500 pesos, contra el 40% hace 4 años. Además, la línea de pobreza en nuestro país se fija por debajo de ese nivel, y la canasta alimentaria en torno de los 1.000 pesos. Se estima la canasta familiar en el orden de los 1.600. No hay duda de que la crisis se enfrentó con políticas económicas que deterioraron la economía de la mayoría de los sectores de ingresos fijos, agudizándose en la escala de menores ingresos.

2.2. Reformas estructurales

La reestructuración de la economía es parte de la reestructuración del estado y de la sociedad. El fenómeno se expresa como modificaciones en tres niveles de las relaciones sociales:

a) Las que se establecen entre los trabajadores y los empresarios, que se definen por la flexibilización laboral y salarial y constituyen parte de una tendencia para hacer más flexible la producción en su conjunto. El tema pasa por modificar el acuerdo logrado tras años de luchas desarrolladas al amparo de una sindicalización creciente hasta mediados de los '70. Esa sindicalización era parte de un proceso de constitución y desarrollo del poder de los trabajadores que afectó la rentabilidad de los capitales, es decir, su tasa de ganancia. Fragmentar ese poder de negociación fue el objetivo a lograr desde el rodrigazo (Junio de 1975), particularmente en tiempos de la dictadura (1976-1983), y afirmado en tiempos del menemismo (1989-1998). A su vez, el desempleo masivo actúa como chantaje para inducir el consenso de los trabajadores a políticas que promueven la reducción salarial y la precariedad del empleo, donde el trabajo en negro se estima en un 38% de la fuerza de trabajo con ingresos reducidos en un 40%. La eliminación sucesiva de conquistas laborales actúa como transferencia permanente de ingresos desde el salario a la ganancia.

b) Las que se derivan de las funciones del estado, donde las privatizaciones son el aspecto más visible. En realidad se trata de nuevas funciones asumidas en áreas que trascienden la economía y alcanzan a la salud, la educación, la previsión social, la seguridad o defensa, entre otras. Ello tiene que ver con el propio régimen político y la reorganización del poder federal, tanto del ejecutivo

como del legislativo y el judicial. La reformas de las Constituciones Nacional o provinciales, tanto como la eliminación del servicio militar obligatorio o la reestructuración de las fuerzas de seguridad y defensa, deben inscribirse en este plano. Por eso se habla de reformas de primera generación, tales como las privatizaciones de empresas públicas, y de reformas de segunda generación, por ejemplo la reforma judicial o la desregulación de las obras sociales. No se trata, como algunos plantean y suponen, de "menos Estado", sino de otra funcionalidad de éste. Si miramos el presupuesto veremos un crecimiento de las partidas, pero donde se privilegian, entre otros gastos, los intereses del endeudamiento externo. Para 1999 se ha presupuestado una cifra similar a la de 1998, y sin embargo, junto al incremento previsto en intereses de la deuda pública se aumentan también los gastos de seguridad y defensa, lo que implica necesariamente una merma en otras partidas del gasto público social.

c) Las que resultan de las relaciones internacionales en el marco de una política de apertura importadora y con grandes facilidades para el movimiento internacional de capitales, como resultado de la cual existe un proceso de subsidio a la producción externa y de relativa desindustrialización, con cierres de plantas locales, mayoritariamente de Pymes, y a la vez una creciente venta de activos locales a capitales externos. El fenómeno se extiende al comercio, la banca y bienes inmobiliarios. Se trata de una estrategia donde los capitales buscan realizar rentabilidad en los mercados solventes, y para ello organizan mercados que superan la escala nacional y luego pretenden cercarlos a la competencia extra-regional, tal como el caso del Mercosur. Se verifica una tendencia del capital transnacional a fracturar cualquier estrategia proteccionista que no los incluya, generando a su vez múltiples contradicciones, como las que se verifican entre el Mercosur y el ALCA, o entre la estrategia norteamericana hacia Latinoamérica y la de Europa e incluso Japón hacia la región. En la Argentina la influencia de los organismos financieros internacionales y de los acreedores externos ha sido fundamental para incidir en la estrategia de inserción subordinada en las nuevas condiciones que resultan de la división internacional del trabajo en la actualidad.

Estos cambios fueron presentados como derivados de la forma de funcionamiento de los mercados. En rigor, fueron impulsados por mecanismos extra-económicos, particularmente el terrorismo de estado y otras estrategias generadoras del miedo social, tal como se expresa por estos días en el chantaje salarial por temor a la pérdida del empleo, o a la modificación de la paridad cambiaria y su impacto en el endeudamiento dolarizado de una parte de la población.

Reconocer el papel que juegan fenómenos que aparentan estar por fuera de la economía, tales como el miedo o la manipulación del consenso, no es un dato menor. Ambos procedimientos actuaron en el ciclo que venimos comentando, desde el '75 a la actualidad, para hacer realidad la reconversión de la economía, la política y la sociedad. Veamos por ejemplo lo acontecido con las privatizaciones, política explícita de la dictadura (1976/1983) y del gobierno radical (1983/1989), particularmente durante la gestión de los ministros Juan V. Sourrouille y Rodolfo Terragno, y por supuesto de la gestión actual. Que se hayan materializado en la administración Menem tiene que ver con la capacidad de subordinar a la burocracia sindical y política, pero debe considerarse también que actuó sobre terreno ideológicamente abonado, y que agrega además las cuotas de represión sufridas en resistencias previas.

2.3. Pronóstico de ajuste

El pronóstico en torno de las políticas de gobierno seguirá estando signado por el ajuste y la reestructuración. La continuidad de los compromisos asumidos por el gobierno nacional con el FMI augura una perspectiva de ahondamiento de la regresividad, que se potencia por las previsibles consecuencias negativas para la Argentina derivadas del acuerdo suscrito entre el FMI y el gobierno de Brasil. Acuerdo éste demorado por Brasil, y que implica un importante encuadramiento de la política

económica del Brasil en la lógica del ajuste y de la reestructuración a que hemos aludido. Debe pensarse que Brasil ha sido históricamente reacio a subordinarse a la estrategia de los organismos financieros internacionales, particularmente el FMI. Sin ninguna duda se puede anticipar el traslado del impacto regresivo de esas políticas a la Argentina.

Brasil representó el mercado de salida a la recesión sufrida por la Argentina ante la crisis devaluatoria de México a fines de 1994. Desde entonces, la producción local ha tenido destino privilegiado en Brasil: el 30% de las exportaciones argentinas, y más del 50% de las exportaciones industriales se colocan en el mercado brasileño. El ajuste en Brasil retrae la capacidad de compra de producción externa, y aún de la producción generada en el propio Brasil. Con lo cual, es previsible la menor disposición brasileña a comprar productos externos, y se puede predecir que intentarán ganar mercados externos para colocar sus productos.

No sorprende entonces que ya existan problemas al ingreso de bienes mediante controles para-arancelarios o burocráticos, los que en rigor ocurren en ambos lados de la frontera y vienen alentando una guerra de declaraciones de los dos gobiernos para someterse a las cláusulas de salvaguarda contenidas en el Mercosur.

Si bien Brasil se compromete en su acuerdo con el FMI a no devaluar, resta ver la respuesta de un movimiento popular que no aparece disciplinado en la estrategia gubernamental, y que está representado políticamente en el ámbito de algunos gobernadores de estados federales y en ámbitos legislativos. Esa resistencia puede obstaculizar el ajuste comprometido, y llevar a la economía brasileña por el camino de la devaluación. En todas las hipótesis se verán dificultadas las posibilidades de colocar la producción argentina en dicho mercado.

En otro sentido, los capitales más concentrados empujarán a los gobiernos a profundizar la línea de reformas estructurales. La UNCTAD acaba de publicar un informe que da cuenta sobre los criterios de las CTN para orientar sus inversiones, y sus principales conclusiones apuntan a países que faciliten la libre movilidad de capitales, aseguren una contratación flexible de la fuerza de trabajo, y favorezcan la innovación tecnológica vía la libre importación de bienes de capital. No hay duda de que la lógica empresarial y mercantil de la política económica en la Argentina inducirá políticas amigables con las demandas de los capitales externos. Se consolida así el carácter dependiente del ingreso de capitales externos de la economía local, y la transferencia de recursos desde los sectores más postergados hacia los más concentrados.

3. Crisis y valorización del capital

En la prensa cotidiana y en los ámbitos especializados se celebra la salida de la "última" crisis, iniciada a mediados del '97. Pero ¿quién asegura que se salió del ciclo de esta crisis? Existen muchos imponderables para saberlo, entre otros, comprobar que será suficiente el fondo de 190.000 millones de dólares destinados por el Estado japonés principalmente para sostener a su sistema financiero, o que los 41.500 millones otorgados al Brasil y resultantes del acuerdo entre el gobierno brasileño y el FMI saquen al gigante del Mercosur de la zona de tormenta, o que el efecto de la reducción de las tasas de interés en EEUU recree el incentivo de inversión en los mercados de capitales, particularmente de los países emergentes.

De lo que casi nadie habla es de la imprevisible respuesta de los pueblos. En el caso asiático deben computarse las revueltas en Indonesia, las más visibles de otras resistencias que pueblan la región. En Brasil, si bien Fernando H. Cardoso ganó su reelección, la oposición triunfó en gobernaciones de importancia y sumó legisladores. Son posiciones institucionales que se articulan con una resistencia impulsada por el movimiento popular, y que pueden esterilizar la "ayuda" financiera internacional.

Resulta clave incorporar la impronta de la respuesta popular para entender el ciclo de crisis y el efecto de las políticas anticrisis. Se trata siempre de una ecuación que expresa relaciones sociales contradictorias. La salida de la crisis vista desde el ángulo del capital significa la recreación del interrumpido proceso de valorización del capital. ¿Por qué se interrumpe la valorización? Responder el interrogante implica repasar el funcionamiento del proceso de valorización y ubicarlo en tiempo histórico.

3.1. La creación de valor

Entendemos a la valorización como resultante del fenómeno social cada vez más extendido universalmente de explotación de la fuerza de trabajo. Este es el rasgo distintivo de la llamada "globalización", anticipada hace 150 años en el Manifiesto Comunista redactado por Carlos Marx y Federico Engels, y estudiada por Lenin a comienzos de siglo bajo la categoría del Imperialismo.

El fenómeno de expansión internacional del capital va sufriendo mutaciones e incorpora especificidades de cada tiempo histórico, pero mantiene esencialidades contenidas en *El Capital*. La expansión internacional es la forma de superar los límites de los mercados locales. La necesidad de valorizar los capitales disponibles impulsa la búsqueda y creación de nuevos mercados, y en ese papel el desarrollo de instrumentos monetarios y financieros ha servido de apoyo para apuntalar los nuevos negocios.

En sus estudios sobre la acumulación originaria del capital Marx señala el papel jugado por la deuda pública, con lo que estaríamos señalando un instrumento de política económica muy antiguo, utilizado en jugar a futuro las condiciones de funcionamiento de la economía. El tema que ha sido muy estudiado en nuestro siglo, desde el clásico "multiplicador" hasta las teorizaciones merecedoras de algunos Nobel en torno de los mercados especulativos y las operaciones a término en conexión con las teorías del juego y la ley de los grandes números.

En el Boletín Informativo Techint 295, Roberto Rocca señala que en un artículo de Mario Sarcinelli de la Banca d´Italia "se menciona que entre mediados de los años '70 y '90 la exportación de Bienes y Servicios pasó del 12% al 17% del PBI mundial, con un multiplicador de entre 2 y 3; el flujo mundial de Inversión Extranjera Directa pasó de 28.000 millones de dólares a 318.000 millones, con un multiplicador mayor a 10; en el mismo período el intercambio diario en los Mercados de Cambios pasó de 15.000 millones de dólares a 1,3 billones, con un multiplicador de casi 90." Al mismo tiempo, destaca la enorme diferencia existente entre la gigantesca evolución de los Derivados Financieros por un lado y la lenta evolución del PBI Mundial y el Comercio Mundial. Son todos datos que dan cuenta de la preeminencia de la forma dinero del ciclo del capital.

A fines del siglo XX es un hecho la constatación de la expansión capitalista. La salarización de la población se extiende a escala mundial, al punto que la OIT reconoce la existencia de 1.000 millones de desocupados, es decir, un tercio de la población económicamente activa estimada en 3.000 millones de personas. Las cifras son elocuentes, y significan a la vez una nueva categorización de los trabajadores, los que no se restringen a quiénes se desempeñan bajo la clásica relación laboral construida en el capitalismo por 200 años.

La creación de valor reconoce su fuente en el proceso social del trabajo, que hoy subsume todas las formas a las relaciones capitalistas. El mercado mundial, capitalista, define a todas las formas del trabajo que a él se subordinan como formas capitalistas de explotación. El fenómeno del desempleo es parte de la forma que asume la explotación de la fuerza social del trabajo en la actualidad, y esa fuerza de trabajo es más que un ejército de reserva y constituye una nueva problemática para abordar. A ello debe adicionarse el análisis de todas las formas precarias que asume el trabajo: trabajo en negro, trabajo

informal, cuentapropismo o trabajo autónomo, e incluso ciertas formas consideradas microemprendimientos, que imponen la sobreexplotación del trabajador y su familia.

En un breve recorrido histórico pueden señalarse distintas formas de subordinación del trabajo al capital, desde los esfuerzos por encuadrar a los trabajadores en el territorio propiedad del capitalista, principalmente la fábrica, hasta los intentos por arrancar a los trabajadores el saber de oficio o profesional mediante la maquinización, y las formas de gestión mediadas en términos históricos por capataces y supervisores, gerentes y managers. Hace rato que ese trayecto comenzó a ser deconstruido. Ubicamos su inicio con la respuesta capitalista a la crisis de los '70 y es este itinerario el que define las formas actuales de la valorización del capital, es decir, la reconversión capitalista y la crisis, donde muchas categorías de análisis deben renovarse para una comprensión actual del proceso de explotación.

3.2. La ruta de la conflictividad

Es sabido que a fines de los años '60 y comienzos de los '70 se produjo una disminución de la tasa de ganancia (t.g.), que es la expresión porcentual de la relación entre las ganancias y los capitales invertidos, o en términos de Marx, el cociente entre la plusvalía (pl.) y la suma del capital constante (c) y variable (v), (t.g .= pl./c+v). Las razones de esa disminución deben ubicarse en la organización del poder de los trabajadores para obstaculizar el proceso de explotación que se mide como tasa de plusvalía (t.pl.), y que expresa el cociente entre la plusvalía (pl.) en relación con el capital variable invertido (v), (t.pl. = pl/v).

La resistencia impulsada por el poder de los trabajadores se dirigía a modificar el reparto de la Renta Nacional, esencialmente salarios y ganancias, y en consecuencia generaba una transferencia de ganancias vía salarios directos o como impuestos, que sostenían el gasto social del Estado. Para valorizar el capital inicial invertido se requería una mayor inversión en capital variable y salarios, y una merma en la apropiación de las ganancias tanto para el consumo del capitalista como para la acumulación, ya que una parte de la plusvalía apropiada se canalizaba en impuestos, los cuales, a la vez que restaban ingresos de los capitalistas, se revertían como mejora del ingreso de los trabajadores a través de la educación o la salud pública, entre otros gastos sociales.

Debe destacarse que esa resistencia es parte de un proceso histórico que recorre la experiencia histórica del movimiento de los trabajadores en sindicatos, partidos u otras organizaciones sociales de corte reivindicativo, y su articulación con otros movimientos populares derivados de la complejidad actual del desarrollo social, y que extiende la lucha desde la esencia de una manifestación de clase propietaria de los medios de producción y la clase obrera a una más extendida del capitalismo contra el pueblo. Parte de esa experiencia incluye las formas de gobierno resultantes. Estamos aludiendo tanto a los países socialistas como a correlaciones de fuerza favorable a los trabajadores dentro de gobiernos en países capitalistas.

¿Cuánta ganancia restó el desafío de décadas a la exclusividad de mercados capitalistas? Interrogante válido, más allá del debate en torno al carácter socialista de los procesos políticos desarrollados en el este europeo, o en los países aún asumidos como socialistas. En un artículo titulado "China, un factor perturbador de los mercados de bienes básicos" publicado en el Suplemento Económico de La Nación (23/11/98) se destaca que "Los burócratas económicos pekineses, al favorecer el control y desdeñar las reformas, conducen la producción de decenas de bienes básicos como el algodón en beneficio de China, pero muchas veces con resultados desastrosos para los mercados mundiales de bienes básicos." Es que más allá del algodón, el artículo refiere al cobre, zinc, bismuto, el plomo, el estaño y el aluminio entre otros insumos, destacándose cómo tal situación afecta los precios en el mercado mundial. La nota señala

que "Desde loa años '80, cuando los misteriosos planes de producción y exportación de la Unión Soviética provocaban altibajos drásticos en los mercados, un país no ha influido tan profundamente en los mercados."

El solo intento de organizar económicamente la sociedad bajo otras formas generó obstáculos al proceso de acumulación capitalista, es decir, de valorización. Por eso, más allá de la calificación a realizar en torno de los países socialistas, las representaciones políticas del capitalismo utilizaron desde la invasión directa, el bloqueo, la desestabilización, la guerra fría o caliente, hasta múltiples formas para obstaculizar su normal desarrollo e impedir su consolidación. Claro que a ello deben sumarse límites propios de esos procesos históricos, los que no invalidan el accionar principal del capital para desmalezar un territorio que le impedía, y aún le impide según la cita anterior, expandir sus mercados y en consecuencia sus ganancias.

Recomponer la tasa de ganancia requería entonces modificar la hegemonía de la ofensiva en la conflictividad. Debía transferirse el poder acumulado en el campo del trabajo al terreno del capital. Era entonces un ataque en línea a los trabajadores y sus salarios, al gasto estatal en tanto restaba los ingresos patronales, y a formas de gobierno que limitaban la acumulación. Ya no alcanzaba con la respuesta keynesiana experimentada por medio siglo, con la cual el capitalismo había enfrentado el poder de la revolución rusa y contenido el reclamo de la resistencia obrera. Se imponía para el capital el establecimiento de un nuevo orden, diferenciado del que sugería el poder de los trabajadores y los pueblos, acrecentado entre los años 1968 y 1975.

4. Las claves del futuro

La extensión de las nuevas formas que asume la explotación capitalista se produce en el mismo momento en que éstas parecen encontrar su límite con la crisis. Desde el mismo campo del capitalismo surgen voces llamando la atención sobre el nuevo orden construido por el capitalismo. George Soros se interroga, en un artículo de la Revista Atlantic Monthly de Febrero de 1997 titulado "La Amenaza Capitalista" (The Capitalist Threat), sobre qué tipo de sociedad esperamos, y señala que la respuesta más escuchada demanda "dejar que el mercado libre decida", para concluir que ese camino es la principal amenaza del capitalismo. Hace pocos días, el mismo personaje, diferenciaba sus dichos como analista de sus operaciones económicas, las que lo han posicionado como uno de los principales nuevos dueños de la Argentina, particularmente en la tenencia de tierras y los negocios inmobiliarios. Desde otro ángulo, alguien que tuvo que ver con el ciclo de dictaduras militares en América Latina y contribuyera a sentar las bases políticas de la transformación económica operada en la región, Henry Kissinger (Clarín 4/10/98), llama la atención sobre el momento actual diciendo que "así como el temerario capitalismo del laissez faire del siglo XIX generó el marxismo, así también la globalización indiscriminada de los '90 puede generar un ataque mundial contra el concepto mismo de mercados financieros libres." En una crítica de la vieja institucionalidad de la economía mundial manifiesta que "La incapacidad del FMI para operar allí donde convergen la política y la economía quedó demostrada con su inexperiencia en Rusia". El propio Banco Mundial se anota con las críticas y propone atender crediticiamente la problemática social, olvidando mencionar que ésta es producto de la arquitectura por ellos sugerida en años previos.

Tan visible es el salvajismo de las nuevas formas de explotación, que sus mismos cultores proponen una "tercera vía", obviamente entre la vieja receta sostenida por la izquierda y las concepciones neoliberales. ¿Es posible el neokeynesianismo? ¿Existe lugar para políticas reformistas en el capitalismo de fines de siglo? Es difícil responder a priori, pero no queda claro cuáles serán las razones del capital para redistribuir voluntariamente parte de la renta nacional de la que hoy se apropia. El reformismo

capitalista de los '30 a los '80 fue la respuesta a la emergencia del socialismo como forma de gobierno y al poder de los trabajadores y los pueblos. No hay concesión del capital, entonces, fuera de la lucha de clases.

Además, la propia expresión "tercera vía", popularizada por el premier británico Tony Blair, responde a la adecuación de una concepción sostenida en "Más allá de la izquierda y la derecha" (1994) por su principal asesor Anthony Giddens, pero en relación a la crisis derivada de la caída del socialismo. Reflexiona Giddens: "Si el socialismo del sistema de bienestar se ha vuelto conservador y el comunismo ha dejado de existir, ¿podría hablarse aún de una 'tercera vía', el 'socialismo de mercado'? Desde luego, muchos de los disidentes de Europa del Este que ayudaron a acabar con el sistema comunista mantenían esa opinión; no querían sustituir el comunismo por el capitalismo". Concluirá que "existen buenas razones para afirmar que el socialismo de mercado no es una posibilidad realista". Con esa conclusión es que ahora se plantea una adaptación de la concepción tercerista, pero no para mercantilizar el socialismo, sino para humanizar el capitalismo. Existen también razones para considerar esa aspiración como una quimera y parafraseando al sociólogo inglés podríamos decir que la "tercera vía" en versión para el capitalismo "no es una posibilidad realista".

4.1 ¿Qué futuro? ¿Qué lógica?

Nadie está en condiciones de anticipar el futuro de la economía. La imprevisible respuesta de los sujetos lo imposibilita. Veamos si no los augurios de fin de la historia y de las ideologías planteados a principios de los ',90 y la distancia que separa esos pronósticos a pocos años del cambio de siglo. La tesis que sustentamos es que el futuro se define en el presente, en la lucha social y política. La lógica del ajuste permanente, y la reconversión que sugiere el capital, definen un tipo de futuro, con las secuelas de concentración y centralización sin fin del capital y al mismo tiempo la miserabilización creciente de vastos sectores de la población mundial. Datos para abonar dicha tesis sobran.

¿Es posible pensar y actuar en términos alternativos? Existen ejemplos en ese sentido que pueden darnos una pauta. No para la copia. Sí para la inspiración. Independientemente del curso que siguieron o puedan seguir, hay evidencias de fenómenos políticos y sociales que condicionan el curso de la economía local y/o mundial. Uno de esos casos remite al levantamiento aborigen en Chiapas. Fue sin duda uno de los acontecimientos que contribuyó al entorpecimiento en los planes de Salinas de Gortari y la burguesía dominante en México, quienes imaginaban una incorporación sin sobresaltos al comercio trilateral con EEUU y Canadá, terminando la fiesta en la devaluación de diciembre de 1994 y la borrachera del efecto "tequila", la cual indujo una fuerte recesión en América Latina que abarcó el año '95 y una parte del '96. Otro ejemplo que nos puede agregar experiencia es el generado por el Movimiento Sin Tierra de Brasil, que junto con la apropiación de tierras para la producción y la supervivencia de las familias de los asentados, va constituyendo una nueva organicidad, y abarca desde cooperativas que actúan en lo económico hasta escuelas y puestos sanitarios, trascendiendo el objetivo inicial vinculado a la tenencia de tierra para la satisfacción de necesidades básicas.

Sin duda que son experiencias con importante visibilidad, representativas de muchas otras no tan visibles, también existentes entre nosotros bajo formas cooperativas, mutualistas, autogestionarias y/o de redes solidarias, tales como los clubes de compras o del "trueque". Son fenómenos de organización social que expresan la búsqueda de un presente diferenciado, que implica construir un futuro con otra lógica, la de la satisfacción de las necesidades por encima de la rentabilidad, que constituye la lógica del capital. Claro que no alcanza con experiencias inarticuladas: se requiere una masividad de experiencias en otra lógica, y su articulación en un proyecto que instale otra cultura social de la organización de la economía. Ello es una tarea social y política, y no de especialistas en economía.

Se trata entonces de una historia abierta, en la cual las manifestaciones de la crisis pueden continuar, como caída de las bolsas y desplomes de bancos. Siempre resurgirán fenómenos de concentración como forma de relanzar el proceso de valorización cuando se imponga la lógica del capital. El camino alternativo sólo puede construirse desde la lucha por reivindicaciones que se articulen en un proyecto político para reestructurar el orden existente y con otra lógica, tal como venimos sosteniendo.

Pensar en propuestas alternativas requiere recuperar la capacidad de acción política de los pueblos. Ello posibilita viabilizar un conjunto de reivindicaciones, tales como reducir la jornada laboral sin afectar el ingreso de los trabajadores, mejorar los salarios, pensiones y jubilaciones, combatir el desempleo, y afectar recursos fiscales en cantidades suficientes a quienes se encuentren en esa situación. Proponer privilegiar el desarrollo del mercado interno con eje en un proyecto productivo y de estímulo al desarrollo tecno-científico local con la asistencia financiera necesaria, o la integración económica en función de necesidades populares y principalmente orientadas hacia América Latina.

Pero el problema no pasa solamente por el diagnóstico que hacemos en torno del origen y desarrollo de la crisis en el capitalismo, y particularmente en la Argentina. El tema en discusión son las posibilidades de actuar sobre la crisis, y en ese sentido, sólo parece haber iniciativa para lanzar hacia adelante el proceso de acumulación a cualquier costo. De ello dan cuenta los 1.000 millones de desocupados que reconoce la OIT a escala mundial, o el piso en torno del 13% del desempleo local, con tendencias crecientes en el nivel de subempleo y precariedad laboral. Más grave aún resulta la indefensión social, cuando las burocracias políticas, sindicales e intelectuales, privilegiando su supervivencia, subordinan cualquier estrategia de cambios progresivos al manual del pensamiento hegemónico.

¿Se puede ir más allá? Es éste un problema que se resuelve en el plano de la política, y sobre todo en la capacidad que puedan tener los actores sociales subordinados por restablecer solidaridades perdidas y articular un proyecto político alternativo de contenido popular, que pueda contactar con fenómenos similares en los países vecinos e intente fundar una nueva materialidad de la vida cotidiana para instalar otra agenda de discusión y pensar otras soluciones para otros beneficiarios. Hablamos de privilegiar la satisfacción de necesidades mayoritarias en contraposición al privilegio actual por satisfacer las demandas de riqueza, ganancia y poder de los capitales más concentrados. De no ser así, el ciclo continuará con más crisis y mayor concentración, es decir, con más ajuste y mayor regresividad de una reestructuración que sólo tiene límite en la resistencia social y política. **c**

Nota

* Profesor Titular por concurso de Economía Política en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Rosario. Director del Instituto de la Cooperación, Fundación de Educación, Investigación y Asistencia Técnica. Presidente de la Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas. Director del Centro de Estudios de la Federación Judicial Argentina y miembro del Consejo de Dirección del Instituto de Estudios y Formación de la Central de Trabajadores Argentinos.

q

*La Globalización, la crisis financiera y América Latina**

Aldo Ferrer**

L a crisis financiera internacional vuelve a poner de manifiesto la vulnerabilidad de América Latina frente a los acontecimientos internacionales. Aún no se han recuperado los niveles de vida anteriores a la década perdida de los años ochenta, cuando otra crisis financiera desencadena una onda recesiva que agrava la pobreza, la inseguridad y la exclusión que caracterizan a la realidad latinoamericana.

Los vínculos con el contexto externo han gravitado siempre en el desarrollo latinoamericano. La formación de capital, el cambio técnico, la asignación de recursos, el empleo, la distribución del ingreso y los equilibrios macroeconómicos son, en efecto, fuertemente influidos por las relaciones con el sistema internacional.

La globalización plantea interrogantes fundamentales, de cuya resolución dependen el desarrollo y la integración latinoamericana. En otros términos, la respuesta al dilema del desarrollo en el mundo global constituye el primer desafío que debe resolver la política económica de nuestros países.

Las buenas respuestas a la globalización permiten que las relaciones externas impulsen el desarrollo sostenible y fortalezcan la capacidad de decidir el propio destino. Las malas respuestas producen situaciones opuestas: fracturan la realidad interna, sancionan el atraso y la subordinación a decisiones ajenas. Los resultados de las buenas y las malas respuestas son mensurables: se reflejan en el crecimiento, el bienestar y los equilibrios macroeconómicos.

En América Latina, en el largo plazo, las malas respuestas a la globalización han predominado sobre las buenas. De allí la persistencia del subdesarrollo y de los gravísimos problemas sociales prevalecientes. Ahora, una crisis financiera vuelve, en escala ampliada, a confrontar a América Latina con sus dilemas históricos.

El análisis de estas cuestiones requiere distinguir entre los hechos reales de la globalización y ciertas ficciones difundidas acerca de la misma. La crisis financiera actual agrava los problemas, y plantea a nuestros países la alternativa de subordinarse pasivamente a acontecimientos fuera de su control o recuperar la gobernabilidad de sus economías para impulsar el desarrollo sostenible y elevar el bienestar. Las buenas respuestas a la globalización no son fáciles, pero son posibles. La integración de América Latina fortalece nuestra capacidad de responder mejor a los desafíos del orden global y afianzar la capacidad de decidir el propio destino.

La exploración de estas cuestiones es el objeto de las reflexiones que siguen.

1. La globalización

Globalización: real y virtual

Desde la finalización de la Segunda Guerra Mundial, los avances científico-tecnológicos han profundizado y transformado los vínculos entre los países. La globalización no es un hecho nuevo, pero adquiere ahora dimensiones distintas y más complejas que en el pasado 1. El crecimiento del comercio mundial se concentra actualmente en los bienes de mayor valor agregado y contenido tecnológico. Segmentos importantes de la producción mundial se realizan dentro de las matrices de las corporaciones transnacionales y sus filiales en el resto del mundo. El comercio y las inversiones privadas directas han adquirido un peso mayor en la actividad económica de los países.

Esta globalización real refleja los cambios en la tecnología, la acumulación de capital y la aptitud de las economías nacionales para generar ventajas competitivas. La globalización real es un proceso de largo plazo, que se acelera a partir de la difusión de la revolución industrial en el siglo XIX y adquirió nuevo impulso en la segunda mitad del XX.

La globalización virtual se refiere a la transacción de valores y al procesamiento y circulación de datos e imágenes. Abarca los extraordinarios avances y baja de costos en la transmisión de imágenes e información, así como la esfera financiera. Detengámonos brevemente en esta última.

Las posibilidades de generar ganancias arbitrando diferencias entre tasas de interés, tipos de cambio y variaciones de precios en los mercados inmobiliarios y bursátiles, atraen la mayor parte de las aplicaciones financieras. La especulación es un escenario para ganar (y perder) dinero, a menudo mucho más importante que el de la inversión y la aplicación de tecnología para la producción de bienes y servicios. A diferencia de la globalización en la esfera real, la globalización financiera tal cual la conocemos ahora es un fenómeno esencialmente contemporáneo. En el pasado, las finanzas internacionales promovieron y acompañaron, no sin sobresaltos pasajeros y algunos extraordinarios episodios especulativos, el crecimiento de la economía mundial. En la actualidad, la globalización financiera se ha convertido en un fenómeno en gran medida autónomo y de una dimensión y escala desconocidos en el pasado.

El crecimiento de la actividad financiera internacional es espectacular, y mucho mayor que el de la economía real. Recordemos algunos indicadores representativos.

El stock de préstamos internacionales netos de los bancos de los países desarrollados ascendía a fines de 1997 a 5.3 billones de dólares. El 9% de las colocaciones correspondía a los países en desarrollo, y el 1% a las economías en transición de Europa Oriental y las Repúblicas de la ex Unión Soviética. El crecimiento de este segmento del mercado financiero es mucho más rápido que el de la economía real. A principios de la década de 1960, los préstamos bancarios internacionales netos representaban el 6,2% de las inversiones de capital fijo en el mundo. En la actualidad, la relación supera el 130% 2.

A su vez, los inversores institucionales (los fondos de pensión, las compañías de seguros y las compañías de inversión) tenían en diciembre del año pasado activos totales por 21 billones de dólares, de los cuales casi el 50% correspondía a entidades norteamericanas. En promedio, las colocaciones de los inversores institucionales en la periferia representan alrededor del 10% del total de sus activos, es decir, una proporción comparable a la observable en los préstamos internacionales de los bancos.

El mercado de derivados también ha crecido rápidamente. Desde principios de esta década hasta la actualidad, sus operaciones aumentaron cuatro veces. El stock de operaciones en derivados ascendía en diciembre último a 40 billones de dólares, equivalentes a 1.5 veces el producto total de la economía mundial.

Dada la magnitud de las operaciones financieras internacionales, se comprende que los mercados de divisas hayan alcanzado proporciones extraordinarias. Las transacciones diarias, de las cuales más del 60% corresponde a los operadores de Gran Bretaña y los Estados Unidos, alcanzan a 1.6 billones, monto superior al producto bruto interno anual de toda América Latina. El 95% de las operaciones en los mercados cambiarios del mundo corresponden a movimientos financieros, y sólo el 5% a cancelación de

transacciones reales de comercio de bienes y servicios e inversiones privadas directas.

En diciembre de 1997, las reservas de todos los bancos centrales del mundo ascendían a 1.6 billones, la misma magnitud que las operaciones de los mercados cambiarios en un solo día. Como sostiene el Banco de Ajustes Internacionales (BIS): "las corrientes de capitales son ahora tan grandes que las reservas públicas no pueden cerrar las brechas abiertas por una repentina fuga de fondos" 3.

En un escenario global, en el cual los movimientos de capitales se realizan libremente, las autoridades monetarias son prácticamente impotentes para controlar los ataques especulativos y reducir la volatilidad de los mercados. El problema no es inherente a la naturaleza de los mercados. Es el resultado de la decisión política de los países centrales de desregular la actividad financiera.

Los mercados periféricos son particularmente sensibles a los cambios del mercado monetario de los Estados Unidos y las otras economías principales. Las variaciones en la oferta y demanda de dinero y en las tasas de interés en los centros se reflejan, ampliadas, en los movimientos de fondos hacia la periferia. Cuando hay un exceso de oferta y baja la tasa de interés en aquellos, los operadores buscan mejorar su rentabilidad colocando fondos en plazas cuyos rendimientos son superiores, pero sus riesgos también mayores. La ausencia de criterios rigurosos de evaluación de riesgo induce a aumentar imprudentemente las colocaciones en países que soportan burbujas especulativas y el deterioro de sus pagos internacionales, como sucedió en varios países de Asia hasta el estallido de la crisis actual.

En sentido contrario, el cambio de expectativas y/o de la situación monetaria en los centros puede desencadenar una salida de fondos masiva. La reacción de los mercados financieros globales contagia a los residentes, y suele provocar, simultáneamente con el retiro del crédito externo, la fuga de capitales domésticos. En tales circunstancias se desencadena una crisis de grandes proporciones en los países deudores.

Las colocaciones en la periferia de los centros representan alrededor del 10% de sus operaciones financieras internacionales totales. Para la periferia, en cambio, esos recursos son parte principal de sus disponibilidades. Se estima por ejemplo que el retiro del 1% de las aplicaciones de los inversores institucionales representa el 1% de la capitalización de los mercados de valores de los países centrales. En Asia, en cambio, representaría el 26%, y en América Latina el 66% 4.

La periferia es así mucho más vulnerable a la volatilidad de los mercados financieros globales. Además, registra costos más altos que en los tomadores de recursos en los países desarrollados. La sobretasa (spread) pagada por los deudores privados y públicos de la periferia suele oscilar entre 1% y 8%. La sobretasa es una prima de riesgo. Sin embargo, cuando el riesgo se convierte en siniestro por la insolvencia de los deudores, se suelen financiar operaciones de salvataje con dineros públicos de los centros, pero en definitiva soportadas por los países deudores. Esto plantea una amenaza moral que constituye una violación de las reglas de juego de una economía de mercado.

Alcances de la globalización: selectiva en lo real, total en lo financiero

La globalización dista de ser total en la producción y comercio mundiales. Los países desarrollados protegen sus mercados en productos que consideran sensibles, como los agrícolas, textiles y el acero. Existen al mismo tiempo severas restricciones a las migraciones internacionales de personas. La globalización es por lo tanto selectiva, y abarca las esferas en donde predominan los intereses de los países más avanzados. La globalización está enmarcada por un sistema de reglas establecido por los centros de poder mundial. Las normas de carácter multilateral son preferibles a las que surgen del trato bilateral entre los países. De todos modos, los acuerdos en materia de comercio, propiedad intelectual y régimen de inversiones privadas directas, administradas por la Organización Mundial de Comercio

(OMC), privilegian los intereses de los países centrales.

La globalización de la producción y el comercio es parcial y selectiva. En la esfera financiera, en cambio, es prácticamente total. Existe en efecto un mercado financiero de escala planetaria, en donde el dinero circula libremente y sin restricciones. La desregulación de los movimientos de capitales y la insistencia del Fondo Monetario Internacional (FMI) para que los países de la periferia abran sus plazas reflejan los intereses de los operadores financieros de los países desarrollados y sus redes en el resto del mundo.

Globalización y política

La globalización es en parte un proceso político dentro de la esfera de decisión de los estados nacionales más poderosos y de las organizaciones económicas y financieras multilaterales (Organización Mundial de Comercio, FMI y Banco Mundial), en cuyo seno el Grupo de los Siete tiene una influencia decisiva.

En las finanzas, la dimensión política de la globalización es relativamente más importante que en las esferas reales de la economía mundial. El peso político de los intereses financieros se explica por su magnitud, y también por la ampliación del número de personas, particularmente en los Estados Unidos, que canalizan sus ahorros en mercados en buena medida especulativos. En 1997 las inversiones de los hogares norteamericanos en acciones representaban casi una vez y media su ingreso disponible.

La globalización resulta pues de la coexistencia de factores económicos y marcos regulatorios que reflejan el sistema de poder prevaleciente en las relaciones internacionales.

Al mismo tiempo, se carece de acciones solidarias multilaterales para resolver problemas muy graves del orden global: el subdesarrollo y miseria prevalecientes en gran parte de la humanidad, el aumento de la brecha entre ricos y pobres (en los últimos 30 años la diferencia de ingresos entre el 20% más rico y el 20% más pobre de la población mundial aumentó de 30 a 60 veces) 5, el tráfico de drogas y armamentos, los conflictos políticos, étnicos y religiosos, las migraciones desde de los países pobres, y la protección del medio ambiente. Semejantes cuestiones no tienen respuesta por el libre juego de los mercados si no existe al mismo tiempo una cooperación efectiva de la comunidad internacional.

Hechos y ficciones de la globalización

La globalización real, y sobre todo la virtual, han contribuido a difundir una visión fundamentalista del fenómeno: la imagen de un mundo sin fronteras, gobernado por fuerzas fuera del control de los estados y de los actores sociales. Nunca antes en la historia habían tenido lugar procesos de carácter planetario de intensidad y amplitud tales como los actuales. Las principales transacciones reales y financieras en el mundo tendrían hoy lugar en el espacio planetario, la llamada aldea global. En ella, el poder de decisión radicaría en los operadores financieros y las grandes corporaciones transnacionales. De este modo, los ámbitos nacionales estarían disueltos en el orden global, y los estados carecerían de capacidad de decisión significativa sobre la asignación de recursos y la estrategia de desarrollo de sus respectivos países.

La visión fundamentalista propone que existiría actualmente una sola política económica posible: satisfacer las expectativas de quienes toman las decisiones en el escenario global. Cualquier intento de seguir estrategias distintas concluiría en el desorden y la marginación de la economía mundial.

Si se respetan las libres fuerzas del mercado, la visión fundamentalista promete que el crecimiento

de la economía mundial será más rápido y estable, y que los frutos del desarrollo se distribuirán entre todos los habitantes del planeta.

Los supuestos de la visión fundamentalista son ficciones, y sus promesas están muy alejadas de la situación observable en los hechos 6.

La globalización es un fenómeno cuyos orígenes se remontan a la época en que el descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo, junto con la llegada de los portugueses a Oriente por vía marítima conformaron, por primera vez en la historia, un sistema global de alcance planetario (1). Desde aquel entonces hasta ahora sucedieron acontecimientos extraordinarios, que influyeron decisivamente en el desarrollo de los países y la formación de las relaciones internacionales. Por ejemplo, la producción de azúcar destinada al mercado europeo provocó la transferencia de millones de esclavos africanos al Norte del Brasil y las islas del Mar Caribe. Los descendientes de aquellos esclavos conforman la etnia y cultura afroamericana observable actualmente en buena parte del Nuevo Mundo. Asimismo, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, las inversiones privadas directas y el comercio tenían escalas relativas comparables a las actuales. A su vez, las migraciones de personas eran entonces relativamente mayores que ahora y los regímenes de admisión de inmigrantes más liberales que en la actualidad. Estos y otros acontecimientos de tiempos pasados tuvieron consecuencias globales tanto o más importantes que el desarrollo actual del comercio y las finanzas internacionales.

En la realidad, la globalización coexiste con espacios nacionales en los cuales se realizan la mayor parte de las transacciones económicas y se genera el proceso de desarrollo. En promedio, más del 80% del consumo y la inversión son abastecidas por la producción interna de los países. Menos del 20% de la producción mundial de bienes y servicios traspone las fronteras nacionales. A su vez, las filiales de las corporaciones transnacionales financian menos del 10% de la acumulación mundial de capital en fábricas, recursos naturales, infraestructura, agro, vivienda y los servicios. En otros términos, más del 90% de la acumulación de capital en el mundo es financiado con el ahorro interno de los países. En su inmensa mayoría, los gigantescos recursos financieros que circulan en la economía mundial no tienen una relación directa con la producción, el empleo y el comercio.

Por otra parte, el desarrollo es, como siempre lo fue, un proceso de transformación de cada espacio nacional, modernización del estado, promoción de la iniciativa individual, estabilidad de las reglas del juego y del marco institucional, aumento del ahorro y la inversión, fomento de la competitividad, educación, ampliación de las bases científicas y tecnológicas. Nada de esto puede copiarse de manuales adquiridos en Washington, Londres o Frankfurt.

El desarrollo es siempre un proceso gestado desde adentro de la realidad de cada país, y resulta de su capacidad de insertarse en el escenario mundial consolidando la capacidad de decidir el propio rumbo en un mundo global. La incapacidad histórica de América Latina de responder con eficacia a los desafíos y oportunidades que plantea el orden global es un factor explicativo de la persistencia del subdesarrollo y la dependencia de nuestros países 7. La actual crisis financiera vuelve a replantear el antiguo dilema.

Lejos de verificarse la visión fundamentalista acerca de la disolución del papel del estado y de las políticas nacionales en el orden global, sucede exactamente lo opuesto. Nunca han sido más importantes que en la actualidad las especificidades nacionales y la calidad de las respuestas de cada país a los desafíos y oportunidades de la globalización. La experiencia histórica y la contemporánea son concluyentes: sólo tienen éxito los países capaces de poner en ejecución una concepción propia y endógena del desarrollo, y sobre estas bases integrarse al sistema mundial.

Las promesas de la visión fundamentalista no se verifican en la realidad. Desde principios de la década de 1970, cuando se generalizaron las políticas neoliberales fundadas en la visión fundamentalista, el crecimiento de la producción mundial se redujo prácticamente a la mitad: del 5% entre 1945 y 1970 a 2.5% anual entre 1970 y la actualidad. Es particularmente notable que el vertiginoso crecimiento de la actividad financiera esté acompañado por la reducción de la proporción de los recursos

destinados a las inversiones de activo fijo. En los países desarrollados, que representan alrededor de 2/3 de la acumulación de capital en el mundo entre aquellos períodos, la tasa de inversión declinó entre 2 y 3 puntos porcentuales. En los países en desarrollo se mantuvo alta debido principalmente al elevado ahorro en China, Corea, Taiwan y otros países asiáticos de rápido desarrollo.

Por último, la volatilidad de los mercados se ha acrecentado desde el abandono de las reglas de Bretton Woods, la flotación de las principales monedas, la liberación de los movimientos de capitales y el aumento de la liquidez internacional. Las crisis financieras se suceden periódicamente, y actualmente se registra la más severa del último medio siglo. Este problema trasciende, por cierto, las fronteras de América Latina.

La hegemonía de la dimensión financiera influye el comportamiento de los consumidores y empresas e impregna la conducción de la política económica, incluso en los países centrales. Las subas y bajas de la cotizaciones provocan efectos virtuales de riqueza que no tienen relación con los cambios reales en el ingreso disponible de las familias, pero que influyen en sus gastos. Al mismo tiempo, la expectativa de los mercados limita el rango de libertad para el manejo de instrumentos principales como el tipo de cambio y la tasa de interés. Entre los objetivos del crecimiento, el empleo y la estabilidad de los precios, los operadores financieros privilegian este último. Se registra de este modo la situación paradójica de que el crecimiento de la economía y la ocupación sea considerado como una mala noticia porque podría generar inflación. Los países bajo sospecha son pasibles de ataques especulativos.

En el universo virtual de expectativas, euforias y pánicos que caracterizan el orden financiero global, decisiones como las de la Reserva Federal de los Estados Unidos sobre la tasa de interés, provocan reacciones desproporcionadas de los mercados. El empleo, el bienestar, la producción y el comercio están sujetos así a la volatilidad de los mercados. Sometidos, como sostiene Krugman, a los intereses financieros antes que a las normas de la buena teoría económica 8.

Las consecuencias de estos hechos son cada vez más estrepitosas. Observadores influyentes destacan los costos sociales y económicos de las estrategias ortodoxas de ajuste destinadas a recuperar la confianza de los mercados y sus negativas repercusiones sobre el orden político mundial 9.

La experiencia revela que cuando las reglas financieras generan tensiones sociales y políticas insoportables, se las cambia. Así sucedió en la crisis de los años treinta, cuando el patrón oro se desplomó bajo el impacto de la recesión y el desempleo. Probablemente esto vuelva a suceder. Pero si así fuera, el eventual cambio de las reglas del juego dependerá en primer lugar de la decisión política y los intereses de los principales países desarrollados.

2. La crisis financiera

La crisis financiera actual es la más grave desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, y la única que alcanza proporciones globales. El sistema monetario internacional soportó tensiones y ajustes antes y después del abandono por los Estados Unidos de la convertibilidad del dólar en oro en 1971, y de la adopción generalizada por los países centrales del régimen de flotación de sus monedas.

América Latina fue protagonista principal de algunas de estas turbulencias. Así ocurrió con la crisis de la deuda externa en la década de 1980, y más recientemente el llamado efecto tequila en México. En los Estados Unidos, los problemas del sistema de ahorro y préstamos tuvieron gran alcance, pero dentro de los límites del mercado norteamericano. En Europa, ataques especulativos contra diversas monedas provocaron ajustes de sus paridades más allá de la banda de fluctuación establecida en el Sistema Monetario Europeo y, en los casos de la libra y la lira, su retiro del SME.

En ningún caso, sin embargo, las turbulencias alcanzaron la dimensión observable actualmente. Por primera vez en cincuenta años la crisis financiera es en gran escala y de alcances globales. La situación es, de todos modos, muy distinta en los diversos espacios que integran la economía mundial.

Los principales agrupamientos de países son los siguientes: desarrollados, en desarrollo con mercados financieros regulados, y en desarrollo con mercados financieros desregulados. Fuera de este esquema se ubica el caso particular de Rusia.

Países desarrollados

En Estados Unidos y la Unión Europea, la principal manifestación de la crisis es la caída de las cotizaciones de las acciones en los mercados de valores. Desde el momento de los máximos registros hasta la actualidad, la baja es cercana al 20%. La principal plaza bursátil, Wall Street, no alcanza ese guarismo, en el cual el mercado es considerado en contracción. En la Unión Europea la caída es del orden del 25%, y en Japón del 70%. El caso japonés es una historia aparte, porque su contracción precede a la crisis actual y se vincula a las dificultades anteriores que enfrenta su sistema bancario.

Por ahora la crisis está limitada, pues, a las bolsas de valores y sus repercusiones sobre los mercados cambiarios. Los operadores financieros modifican la composición de sus portafolios para compensar las pérdidas. En el caso del Japón, por ejemplo, los tenedores de bonos del Tesoro de los Estados Unidos, cuyo stock ascendía a fines de julio de 1998 a 264 mil millones de dólares, se están desprendiendo de los mismos, contribuyendo a la apreciación del yen respecto del dólar en un 20%. Este cambio de paridades no refleja cambios en las variables reales de las economías japonesa o norteamericana, sino el contagio de mercados especulativos.

Los problemas del sistema financiero de los países centrales son puntuales y no comprometen su liquidez ni solvencia. Tal por ejemplo es el caso del fondo de cobertura Long Term Management LP, rescatado de la quiebra bajo el liderazgo de la Reserva Federal por un grupo de entidades financieras norteamericanas. A su vez, algunos bancos europeos están muy expuestos en sus operaciones en Rusia y el Sudeste de Asia. Los bancos europeos tienen inversiones en los mercados emergentes de 426 mil millones de dólares, de los cuales 1/3 están en América Latina, y los bancos norteamericanos 117 mil millones. Algunos bancos europeos tienen colocaciones en esos mercados semejantes o mayores a su patrimonio neto. Es una situación comparable a la que enfrentaron los bancos norteamericanos más expuestos en América Latina durante la crisis de los años ochenta.

En todos los países centrales existen prestamistas que pueden, en última instancia, evitar la propagación de las dificultades que enfrentan algunas de sus entidades. Respecto de las operaciones financieras internacionales, el 90% se realizan dentro de la tríada Unión Europea - Estados Unidos - Japón. Los mercados periféricos, con alrededor del 10% de las aplicaciones totales, pueden crear problemas graves a las entidades más expuestas pero no al sistema financiero de las economías industriales.

Al mismo tiempo, en la Unión Europea y los Estados Unidos se mantiene un considerable crecimiento. Japón no logra recuperarse de la prolongada fase depresiva verificada en esta década, pero el problema es previo a las actuales turbulencias.

Las ventas a las economías periféricas representan alrededor del 25% de las exportaciones totales de los países desarrollados, y alrededor del 3% de su producto. Una contracción de las ventas a esos destinos sería insuficiente para provocar un efecto recesivo profundo. La mayor repercusión de la crisis en los países desarrollados proviene del efecto 'riqueza' sobre el gasto de los particulares, sobre todo en los Estados Unidos, donde las familias destinan buena parte de su ahorro a las colocaciones bursátiles.

El ajuste en los mercados de valores de los países centrales estaba anunciado aún antes de la situación financiera actual. En efecto, las cotizaciones de las acciones exceden una relación razonable con la rentabilidad de las firmas. El Presidente de la Reserva Federal había advertido hace tiempo de la existencia de una burbuja especulativa y sus riesgos. La incertidumbre generada por la crisis financiera internacional seguramente profundiza el ajuste, que era de todos modos previsible.

Países en desarrollo con mercados financieros regulados

Figuran en este grupo China, India, y uno de los célebres tigres asiáticos, la Provincia China de Taiwan. En estos casos se mantienen regulaciones sobre los movimientos de capitales, y se ha evitado un endeudamiento externo excesivo y la formación de burbujas especulativas mayores en los bancos y mercados bursátiles e inmobiliarios. La situación está bajo control, y prevalecen altas tasas de crecimiento.

China sostiene la paridad de su moneda y una tasa de crecimiento del producto del 7% anual. Las cotizaciones en su mercado de valores aumentaron en 1998 alrededor del 4%. India y Taiwan han devaluado sus monedas en alrededor del 15%, y las cotizaciones bursátiles han declinado en un 20%. Pero ambos países han logrado evitar hasta ahora ataques especulativos significativos, devaluaciones masivas y derrumbes de las cotizaciones de acciones. Tanto India como Taiwan están creciendo este año a la tasa del 5%.

Países en desarrollo con mercados financieros desregulados

Es en estos países donde comenzó la crisis y son mayores los estragos sobre las finanzas, la producción, el empleo y la situación social. Esta categoría incluye a la América Latina y diversas naciones de Asia. Observaremos el caso de América Latina en el último apartado.

El comercio intra-asiático representa el 40% del comercio internacional de los países del área. El efecto contagio es muy fuerte entre economías tan vinculadas, y que dependen además del financiamiento externo. A su vez, debido a la crisis de su sistema bancario, Japón no asumió el liderazgo que le correspondería por su peso relativo en la economía mundial y en el espacio asiático.

La crisis se inició en julio de 1997 con el ataque especulativo contra el baht, la moneda de Tailandia. Se propagó luego a sus vecinos del Sudeste de Asia, que estaban experimentando desde hacia varias décadas rápidas tasas de desarrollo, y constituían un destino preferencial de las aplicaciones de los operadores financieros de los países centrales.

En todos estos casos, la desregulación financiera promovió la ampliación del crédito para operar en los mercados de acciones e inmobiliarios, y criterios pocos rigurosos para los préstamos a las empresas. El crédito creció a tasas del 15% al 20% anual en los años previos a la crisis. Supuestamente, los préstamos a tasa de interés variable denominados en divisas cubrían el riesgo de los bancos de tomar fondos externos a corto plazo para otorgar créditos a plazos largos a deudores que operaban en moneda local. Los gobiernos y los evaluadores internacionales de riesgo no advirtieron que se estaba generando una situación explosiva.

Los valores de los activos crecieron y sostuvieron la burbuja especulativa hasta que su brusca caída provocó la quiebra de los deudores, el colapso de las garantías y la insolvencia de los bancos. Con anterioridad Japón había experimentado una situación semejante, que culminó con la crisis de su sistema bancario. La diferencia con los otros casos radica, sin embargo, en que Japón es un país acreedor y superavitario. Su Parlamento acaba de aprobar un programa de rescate del sistema bancario japonés por

un monto equivalente a 500 mil millones de dólares.

La crisis de Tailandia se propagó a Corea, Indonesia y Malasia, y provocó la fuga de capitales, caídas aún mayores de las cotizaciones, y finalmente devaluaciones masivas. El acceso de las mayores empresas al crédito externo estimuló su endeudamiento en divisas. Al converger la devaluación con la contracción de las ventas, el aumento de las tasas de interés domésticas y la desaparición del crédito externo, buena parte del sistema productivo de estos países cayó en situación de insolvencia. El apoyo del FMI, conforme a las recetas tradicionales del ajuste, profundizó la recesión.

En la medida en que permite la formación de burbujas especulativas, la desregulación es la principal causa explicativa de la crisis. Las turbulencias fueron precedidas en todos los casos por la eliminación de los controles sobre la actividad financiera y los pagos externos 10. Como sostiene Stiglitz: "el problema no es que el gobierno intervino sino, por el contrario, su falta de acción y la subestimación de la importancia de la regulación financiera y del comportamiento de las corporaciones" 11.

Estos países mantenían tasas de ahorro superiores al 30% del producto, situaciones fiscales en equilibrio y estabilidad de precios. Sin embargo, la revaluación de las monedas, estimulada por la entrada de capitales especulativos, contribuyó a generar desequilibrios en los pagos externos que finalmente resultaron insostenibles. El déficit en la cuenta corriente de la balanza de pagos alcanzó niveles críticos. En Tailandia del 8% del producto y y en Corea y Malasia del 5%.

Los inversores extranjeros redujeron rápidamente su exposición por el cambio de las expectativas, tal como había sucedido en América Latina en la década del '80. A nivel anual, una entrada de recursos de 100 mi millones de dólares en 1996 fue sustituida por una salida del mismo orden en la segunda mitad de 1997 12: una diferencia acumulada de 200 mil millones de dólares. Sumado a esto la fuga de capitales domésticos, se produjo el colapso de los pagos externos de los países más afectados por la crisis, con un deterioro profundo de la economía real.

El más estrepitoso de los casos es el de Indonesia, en donde la moneda se devaluó casi 300%, las cotizaciones bursátiles cayeron 70%, y la actividad industrial en 1998 en más del 3%. En Malasia, los valores correspondientes son 24, 35 y 8%, y en Tailandia 15, 26 y 12%.

En este escenario asiático, la situación de la República de Corea es particularmente notable. Este país constituye, junto a Japón y Taiwan, el grupo de países más exitosos de la posguerra. En las últimas cuatro décadas aumentó su producto per capita en 600%. En 1960 el mismo representaba el 9% del norteamericano, y en la actualidad cerca del 50%. Corea transformó su estructura productiva hasta convertirse en un país competitivo en industrias de frontera como la microelectrónica, elevó lo salarios reales, formó un sistema nacional de ciencia y tecnología avanzado y fuertemente integrado al aparato productivo, mejoró la educación y todos los indicadores reveladores del desarrollo social. Estos logros fueron el resultado de una estrategia liderada por el Estado que impulsó a la iniciativa privada hacia nuevas fronteras de la actividad económica, expandió las exportaciones, elevó el ahorro interno y la inversión, y mantuvo la estabilidad de precios.

Corea es un paradigma de las respuestas exitosas a los desafíos y oportunidades de la globalización. De niveles extremos de subdesarrollo, pasó a ser un país emergente de gran dinamismo, partícipe importante de las corrientes din micas del comercio internacional lideradas por los bienes y servicios de alto contenido tecnológico. En 1950 el producto per capita de Corea era el 25% del de América Latina. A mediados de la década de 1990 era dos veces mayor. Esta buena política de desarrollo fue, en tiempos recientes, mal administrada. La desregulación del sistema financiero permitió la formación de burbujas especulativas que provocaron la crisis actual. La moneda coreana se devaluó en más del 50%, y su producción industrial cayó un 13% en 1998.

Corea enfrenta ahora el riesgo de que muchas de sus empresas, competitivas y modernas en su mayor parte, pero insolventes por la crisis financiera del país, sean adquiridas a precios de liquidación

por inversores del exterior.

La experiencia revela que sólo los grandes países se pueden permitir imprudencias, como las de Japón con su sistema bancario y los Estados Unidos con las entidades de ahorro y préstamo o el LP Management Fund. Este es un lujo que no está al alcance de los países en desarrollo. La experiencia histórica es concluyente.

Rusia

Este país es un caso aparte en el actual escenario internacional. Enfrenta una crisis financiera, y ha anunciado la suspensión de los pagos de ciertas deudas externas. El rublo se devaluó en casi 200%, las cotizaciones bursátiles cayeron 90%, y la producción industrial declinó 10%.

La importancia de Rusia en el actual escenario mundial no radica en el peso de su economía en el mercado global ni de sus compromisos financieros externos, aunque, como en el caso de varios bancos europeos, esto pueda plantear problemas graves. La cuestión es la dificultad de la transición a una economía de mercado, y las tensiones sociales y políticas en un país que sigue siendo una gran potencia militar, equipada con armas nucleares y misiles de largo alcance.

Perspectivas

En conclusión, tengan o no en equilibrio sus agregados macroeconómicos, los países más afectados por la crisis son los emergentes que han desregulado sus mercados financieros y quedaron atrapados en un sistema global fuertemente especulativo y volátil. En tales circunstancias, el drástico cambio de signo en el movimiento de recursos externos es el detonante de una situación crítica.

El ejemplo de América Latina en la década del '80 es ilustrativo. Entre 1975 y 1980 hubo una transferencia positiva neta de recursos de 130 mil millones, y en la década del '80 una negativa por 200 mil millones de dólares.

Los países de Asia afectados están soportando un ajuste aún mayor. Las consecuencias son un fuerte aumento del déficit público y privado para servir la deuda, devaluaciones masivas, inflación, contracción económica, mayor desempleo y deterioro de las condiciones sociales.

No es probable, sin embargo, que se repita una crisis comparable a la de la década del '30. Por varias razones. La Unión Europea y Estados Unidos están creciendo, tienen sólidos sistemas financieros y prestamistas de última instancia. Además, el gasto público es del orden del 40% del producto bruto interno (en 1929 era del 10%), y establece un piso que sostiene la demanda agregada de las economías desarrolladas. A su vez, los dos grandes países de Asia, China e India, y otros como Taiwan, mantienen respetables tasas de crecimiento.

Aun cuando no es previsible la repetición de la experiencia de los años treinta, de todos modos las turbulencias actuales provocarán una reducción de la tasa de crecimiento de la economía mundial que se estima en el 1% del producto.

El cambio de las reglas del juego del sistema financiero global sólo puede ser decidido por las principales economías industriales que forman el Grupo de los Siete (G7). La reciente Reunión Anual del F.M.I. y del Banco Mundial revela que el G7 no está dispuesto por ahora a introducir las reformas necesarias para gobernar la globalización financiera ni para poner en marcha programas de apoyo suficientes y compatibles con la recuperación de la actividad económica y el empleo en los países

emergentes con problemas.

Hasta ahora, la respuesta del G7 consiste en reactivar el sistema dentro de las mismas reglas de juego. Se supone que la rebaja de las tasas de interés en los Estados Unidos y la Unión Europea, y la recuperación del Japón, alcanzan para modificar el comportamiento de los mercados y resolver la crisis. La postura de los países centrales sigue siendo la tradicional: más condiciones de ajuste, y reformas estructurales ortodoxas que proporcionen apoyo en escala suficiente y adecuada para resolver la crisis de los países deudores.

Dentro del actual escenario internacional, uno de los hechos notables es que por primera vez en mucho tiempo en los países centrales un grupo de economistas prestigiosos está cuestionando el enfoque neoliberal, y sus opiniones tienen repercusión mundial fuera de la academia. Este es un hecho revelador de que la situación actual es mucho más que una oscilación cíclica de los mercados: por el contrario, se trata de una crisis sistémica. Entre los economistas críticos más notorios figuran los profesores Krugman, Bagwhati, Stiglitz y Sachs.

El enfoque crítico destaca que el ajuste ortodoxo, vale decir, la contracción del gasto público y del crédito, el aumento de las tasas de interés y la mayor desregulación de los mercados, sólo pueden agravar los problemas. Recuperan así respetabilidad académica instrumentos como los controles de cambios y la regulación de los mercados financieros, que son anatema para el credo neoliberal.

La dimensión política de la cuestión no está ausente del debate. Al respecto, es particularmente notable la reciente advertencia de Henry Kissinger acerca de los riesgos para la seguridad y la paz que provocan políticas que deprimen las economías y aumentan el desempleo y las tensiones sociales. La crisis financiera confronta a las principales potencias con este dilema: defender a cualquier costo las reglas de la desregulación financiera, o gobernar la globalización, es decir, restablecer un comportamiento del sistema financiero compatible con el desarrollo y la estabilidad de la economía mundial.

Las recientes perspectivas heterodoxas y la dimensión de los problemas pueden llegar a influir en las decisiones políticas del G7 e inducir un replanteo de las reglas de la globalización financiera. A corto y mediano plazo, sin embargo, lo más probable es que los países deudores tengan que elegir, por sí mismos, entre dos caminos alternativos:

1. Mantener las actuales reglas del juego. Vale decir, sostener, cualquiera sea el costo económico, social y político, la desregulación financiera, y tratar de recuperar la confianza de los mercados para comenzar un nuevo ciclo de ingreso positivo de recursos externos. Esta alternativa podría contar con un cierto apoyo de los organismos financieros multilaterales. A corto plazo parece poco probable un aumento del financiamiento externo voluntario suficiente para reactivar la demanda, la producción y el empleo. A América Latina le costó una década alcanzar estas metas y reiniciar el crecimiento a comienzos de los años noventa. Cuando no se han recuperado aún los niveles de bienestar prevalecientes antes de la crisis, las turbulencias actuales inauguran una nueva fase de ajuste y contracción.

2. Realizar el ajuste con reactivación económica. Esto es, establecer políticas cambiarias y de comercio exterior y regulaciones financieras, consistentes con el equilibrio externo, y al mismo tiempo expandir la demanda interna a través de gastos públicos selectivos y la rebaja de la tasa de interés. Esta estrategia sólo puede ser exitosa en el contexto de reformas estructurales de racionalización del estado y transparencia de las decisiones del poder político, es decir, de políticas enérgicas para poner la casa en orden. En definitiva, esta alternativa significa tomar la decisión unilateral de recuperar el manejo de la política económica. Este enfoque debería ser merecedor del apoyo de los organismos multilaterales y del reinicio de las corrientes voluntarias de financiamiento externo. En situaciones límite, podría establecerse la transferencia máxima de recursos compatible con la reactivación de la demanda, la producción y el empleo. La eventual reacción negativa de los

mercados los confrontaría con la responsabilidad de decidir unilateralmente colocar a los deudores en una situación de incumplimiento parcial y transitorio de parte de sus compromisos externos.

En círculos financieros se reconoce la existencia del riesgo moral que implican los salvatajes a costa de los fondos públicos de los países acreedores para que los inversores no registren pérdidas, y sobre todo de penosos ajustes para los deudores. Se reconoce también la responsabilidad de los prestamistas en resolver parte del problema que ellos mismos crearon con sus colocaciones imprudentes. Dice el BIS: "la amenaza de una suspensión unilateral de los pagos llevaría a los bancos más pronto a la tabla de negociación. Esa amenaza sería más creíble si las instituciones financieras internacionales anticiparan su disposición de apoyar para pagar atrasos de los países cuyas políticas fueran consideradas aceptables". Además, "hacen falta mejores medios para repartir los costos" 13.

El éxito del ajuste con reactivación económica descansa en primer lugar en la coherencia de los propios países para poner la casa en orden y privilegiar el interés nacional y el de la sociedad sobre el de la especulación financiera.

3. América Latina

Los problemas de América Latina con la globalización no son nuevos. En el largo plazo, la región no logró transformar su estructura productiva para asimilar la revolución tecnológica e insertarse en las corrientes dinámicas de la economía internacional. Su participación en el comercio mundial ha declinado sin pausa en el último medio siglo, la brecha que separa el ingreso per capita de nuestros países respecto de las sociedades avanzadas es cada vez mayor, y nunca antes la política económica estuvo tan subordinada a factores exógenos como en la actualidad. Las reformas de los últimos años, bajo el paradigma del denominado Consenso de Washington, han logrado algunos avances, más aparentes que reales, respecto del equilibrio fiscal y la estabilidad de precios. Sin embargo, las respuestas a los desafíos del desarrollo en un mundo global son peores que en el pasado. Esto es particularmente evidente en el área financiera.

En ese terreno se ha producido una combinación explosiva de factores: desregulación financiera con déficit fiscal, y bajos niveles de ahorro interno. El resultado ha sido la contracción del crédito interno a la actividad privada, la dependencia del financiamiento externo para los sectores público y privado, y el aumento de la deuda externa. En las fases de amplia disponibilidad de crédito internacional y bajas tasas de interés (como sucedió en el curso de la década del '90 hasta la actual crisis financiera), los tipos de cambio se apreciaron, la producción doméstica perdió competitividad, y se generó un déficit comercial. Sumado al incremento de los servicios de la deuda externa y otros pagos de factores al exterior, ello aumentó el desequilibrio y reforzó aún más la dependencia del financiamiento externo. En 1997, el déficit de la cuenta corriente del balance de pagos alcanzó a 60 mil millones de dólares, de los cuales más del 50% correspondió a Brasil.

Los indicadores económicos de los últimos años revelan la magnitud de estos hechos. Durante la década pérdida de los años ochenta, el ajuste fue extraordinario y provocó una caída del producto per capita del 10% y un aumento de los hogares en situación de pobreza respecto del total de hogares del 35% al 41%.

En el curso de los años noventa se reanudó la corriente positiva de recursos hacia la región. En el mismo período, la deuda externa desembolsada aumentó en 224 mil millones, y el stock de inversiones privadas directas en 164 mil millones de dólares. A pesar de esta extraordinaria inyección de recursos externos, la tasa de crecimiento del producto per capita fue del 1.8% anual, la mitad de la registrada entre 1945 y 1980 antes de la crisis de la deuda externa. La proporción de hogares en situación de pobreza declinó del 41 al 39%, pero sigue siendo mayor que en 1980 14. Mientras tanto, se mantienen

altos niveles de desempleo y niveles de salarios semejantes o inferiores a los de hace dos décadas. A su vez, la participación de América Latina en las exportaciones mundiales siguió declinando: del 6% en 1980 al 5% en la actualidad.

La experiencia revela que, en un contexto de desregulación financiera, el nivel de actividad económica de América Latina depende esencialmente de los movimientos de fondos externos. La región no logra consolidar su desarrollo sobre las únicas bases que realmente pueden sustentarlo: el ahorro interno y las exportaciones. En tales circunstancias, parece cada vez más lejana la posibilidad de alcanzar una tasa sostenida de crecimiento del producto total del 6% anual, que es considerada por la CEPAL como una condición necesaria para resolver los rezagos tecnológicos y sociales. En la fase de recuperación de esta década la tasa fue sólo la mitad de la necesaria, y ya se inicia una nueva fase de contracción.

El impacto de los acontecimientos recientes reducirá y/o encarecerá el acceso al crédito externo. Al mismo tiempo, la baja de los precios de los productos primarios, que constituyen las principales exportaciones de la región, agrava el déficit. La contracción de los mercados asiáticos es particularmente importante para Chile, que destina 1/3 de sus exportaciones al área Asia Pacífico. Cuando se instala una crisis de confianza, como sucede en Brasil actualmente, se producen un ataque especulativo con fuga de capitales, aumento extraordinario de la tasa de interés, deterioro de la situación fiscal, contracción económica y desempleo.

Frente a mercados especulativos y volátiles, de poco sirve insistir en las diferencias en la situación de los países o intentar retener los capitales con retribuciones exorbitantes. En tales circunstancias, la crisis no sólo abarca las cotizaciones bursátiles, que han caído en promedio 50%: incluye la estabilidad misma del sistema financiero de los países bajo ataque especulativo, la paridad de la moneda y sus reservas internacionales. En el caso de un país como Argentina, con un régimen de convertibilidad y tipo de cambio fijo, que ha logrado mantener un equilibrio fiscal razonable y evitar la formación de burbujas especulativas exageradas, la salida de la crisis es igualmente la declinación de la actividad económica y el desempleo. Sean cuales fueren las circunstancias, la dependencia del financiamiento externo y la desregulación financiera constituyen una combinación explosiva.

No será posible iniciar un proceso de crecimiento sostenible de largo plazo en nuestros países sin resolver los problemas que plantean la deuda externa y el desequilibrio de la cuenta corriente del balance de pagos. La crisis actual, abierta por los acontecimientos en Asia, vuelve a revelar la magnitud del desafío.

Cabe observar que la salida de esta crisis probablemente será menos difícil en países como Corea que en América Latina. Ese país enfrenta una severa crisis financiera, pero había recorrido previamente un sendero de transformación y crecimiento, desarrollo social y transformación productiva, avances tecnológicos y fortalecimiento de su competitividad internacional. Baste recordar que en los últimos cuarenta años el aumento del producto per capita de América Latina fue sólo el 5% del de Corea. En casos de países que dieron buenas respuestas de largo plazo a los desafíos de la globalización, la resolución de las crisis financieras que en sí mismas no son muy prolongadas, debería dar lugar al reinicio de un crecimiento elevado, y presumiblemente a no repetir los errores que desencadenaron los problemas actuales. En aquellos países ya se está produciendo una mejora de los pagos externos, una recuperación de la cotización de sus monedas y de los mercados bursátiles.

América Latina enfrenta no sólo el desafío de la crisis financiera, sino al mismo tiempo el de su estrategia de desarrollo e inserción internacional.

La situación actual debería inducir a nuestros países a perder las ilusiones sobre los frutos prometidos por la estrategia neoliberal. La inserción incondicional en la globalización es, en efecto, un camino sin salida. América Latina no puede nivelar el campo de juego de la globalización ni influir en una eventual reforma del sistema financiero internacional. Pero sí puede poner su casa en orden y

encarar un proceso profundo de reformas para liberar las fuerzas de crecimiento, repartir con equidad la riqueza y el ingreso, y transformar los vínculos con el resto del mundo.

Nada de esto podrá importarse. Debe construirse inevitablemente desde adentro, aprendiendo de la experiencia ajena pero descansando en la propia iniciativa y la identidad de nuestras sociedades. El fracaso de las recetas del Consenso de Washington está a la vista. Los logros alcanzados en cuestiones como el equilibrio fiscal y la baja de la inflación son efímeros, porque se sustentan sobre el endeudamiento externo y/o la depresión económica y el desempleo. Las transformaciones estructurales necesarias, como las privatizaciones y la eliminación de controles innecesarios, resultan ser insuficientes cuando no se insertan en políticas que permitan recuperar la gobernabilidad de la economía y trazar el propio destino en el mundo global.

Frente a la actual crisis financiera, América Latina confronta, como los otros países periféricos azotados por la crisis, el dilema de seguir a rajatabla la desregulación financiera o reasumir el control de la situación en los términos antes señalados. De esto depende que el ajuste indispensable se realice en condiciones económicas y sociales cada vez más difíciles o en el marco de la reactivación de la economía y el crecimiento de largo plazo. En el caso de Brasil, por ejemplo, el ajuste ortodoxo y la recesión parecen una política poco aceptable para un país que viene soportando un prolongado estancamiento y cuyos problemas sociales son gigantescos.

Lo que debe decidirse es si las políticas amistosas para los mercados son para favorecer la especulación, o por el contrario a quienes producen y generan empleo. Para esto último es indispensable la recuperación de la capacidad de decisión del sector público, y una reforma auténtica del estado para convertirlo en protagonista efectivo del cambio y socio de la iniciativa privada. Las alianzas entre las principales fuerzas políticas y sociales son imprescindibles para sustentar el cambio de rumbo y marchar hacia la meta de la estabilidad y el desarrollo sostenible.

La integración latinoamericana, la ampliación del mercado y la concertación de políticas en áreas claves como el desarrollo industrial y tecnológico, fortalecen la capacidad de nuestros países para responder con eficacia a los desafíos y oportunidades que plantea la globalización. La cooperación en materia financiera en la actual coyuntura es indispensable. América Latina no debería repetir la mala experiencia de la crisis de la deuda externa en la década del '80. La asimetría del marco de la negociación entre deudores y acreedores culminó entonces con un reparto inequitativo de los costos en contra de América Latina y, en definitiva, en una crisis económica y social de grandes proporciones.

Debería aprenderse de la experiencia para no repetir los mismos errores. Además, la crisis actual, a diferencia de la registrada en los años ochenta, es de carácter global y no sólo latinoamericana. Probablemente, el contexto externo es por lo tanto más flexible para aceptar soluciones no convencionales. Vale la pena que nuestros economistas y políticos observen la naturaleza del debate en los países centrales y las opiniones de importantes formadores de opinión en los mismos. Con responsabilidad y firmeza se pueden hoy hacer cosas que tal vez eran más difíciles anteriormente. De todos modos, el camino que se elija dependerá, en definitiva de las decisiones que adopten nuestros países, y de su eventual capacidad de concertar políticas conjuntas frente a la crisis y, en un sentido más amplio, a los desafíos y oportunidades que plantea el orden mundial. En realidad, las restricciones más severas para el cambio de rumbo no están fuera sino dentro de América Latina.

Como en la crisis de los años treinta, la región vuelve a enfrentar los dilemas fundamentales de su desarrollo y sus respuestas a la globalización. Como en aquel entonces, las políticas ortodoxas se revelan impotentes para sacar a estos países de la crisis, iniciar el crecimiento, y resolver los graves problemas sociales que caracterizan la realidad latinoamericana. Esta nueva conmoción financiera internacional puede ser el detonante para el indispensable cambio de rumbo y nuevo impulso a la integración latinoamericana. **c**

Referencias

* Conferencia pronunciada en el Centro Internacional de Educación y Desarrollo (CIED) de Petróleos de Venezuela S.A. Caracas, octubre 20 de 1998.

** Universidad de Buenos Aires.

1. A. Ferrer. Historia de la globalización. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 1996.

2. UNCTAD. World Investment Report. Ginebra, 1994.

3. Bank for International Settlements. 68th Annual Report. Basilea, 1998.

4. Ibid, p. 90.

5. Naciones Unidas. Informe sobre Desarrollo Humano. Nueva York, 1990.

6. A. Ferrer. Hechos y ficciones de la globalización. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 1997.

7. A. Ferrer. De Cristóbal Colón a Internet: América Latina y la globalización. Revista de la CEPAL (en prensa) Santiago.

8. P. Krugman. El juego de la confianza. The New Republic. Traducción del Diario Clarín. Buenos Aires, septiembre 27, 1998.

9. H. Kissinger. El FMI es incapaz de resolver esta crisis. Los Angeles Times. Traducción de Clarín, octubre 4 de 1998.

10. UNCTAD. Trade and development Report, 1998. Ginebra, 1998.

11. J. Stiglitz. More instruments and wider goals: moving toward the post Washington Consensus. The 1998 WIDER Annual Lecture. Helsinki, 1998.

12. BIS, ob. cit., p. 133.

13. BIS, ob. cit, p. 170.

14. CEPAL. La brecha de la equidad. Santiago de Chile, 1997.

q

Brasil: una historia de pactos entre elites

Emir Sader*

A l término del mandato presidencial para el cual fue electo en 1994, Fernando Henrique Cardoso se transforma en el segundo presidente civil brasileño que logra concluir su mandato en más de siete décadas. Ese déficit democrático contrasta con el acelerado crecimiento económico del país, especialmente el producido entre los año 1930 y 1950, que sitúa a la economía brasileña como la que más creció en el mundo en el siglo veinte. Inclusive los períodos de mayor crecimiento se produjeron durante dictaduras: la de Getulio Vargas entre 1930 y 1945, y la de los militares entre 1964 y 1985. Entre esos dos períodos hubo en el Brasil un presidente militar, un segundo mandato de Vargas que terminó con su suicidio en 1954, un presidente civil, Juscelino Kubitschek (1955-1960), que logró concluir su mandato, el efímero gobierno de Janio Quadros (1961) que renunció al cabo de seis meses, y el gobierno de Joao Goulart (1961-1964), derrocado por el golpe militar de 1964.

Terminada la dictadura militar, el presidente José Sarney fue electo por un Colegio Electoral organizado por el régimen dictatorial saliente, en 1985, como vicepresidente de Tancredo Neves, fallecido antes de tomar posesión. Fernando Collor, primer presidente electo por sufragio universal en casi cuarenta años en 1989, fue destituido por un juicio político (impeachment*)* bajo acusaciones de corrupción, completando su mandato el vicepresidente, Itamar Franco (1992-1994). A continuación fue electo presidente el hasta poco antes ministro de Economía, Fernando Henrique Cardoso, en 1994.

No resulta extraña esa evolución en un país que ha tenido una historia marcada no por rupturas y afirmaciones de identidades y antagonismos, sino por los pactos de elite. Mientras que los demás países del continente terminaron su período colonial mediante la expulsión de sus invasores, a través de guerras de independencia que dieron paso a la fundación de los respectivos estados nacionales, en Brasil ese proceso fue sustituido por un pacto de elite, en el que el rey de Portugal colocó la corona del nuevo estado brasileño en la cabeza de su propio hijo en 1822 "antes que algún aventurero se haga con ella", haciendo que Brasil pasase de colonia a monarquía al alcanzar la independencia de este peculiar modo. Quedó instaurada una monarquía ligada a la metrópoli y se postergó la instauración de la república (1889) y la libertad de los esclavos (1888). El Brasil fue el país que más demoró en alcanzar esos logros en el continente.

El movimiento político más importante de la historia del país, la llamada "revolución de 1930", dirigida por Getulio Vargas, protagonista de la ruptura de la hegemonía primario-exportadora y del inicio de la industrialización brasileña, fue definido por uno de sus conductores con la afirmación: "Hacemos la revolución, antes de que la haga el pueblo". Al finalizar el régimen dictatorial de los años sesenta y setenta, la primera elección presidencial (1985) no se hizo por el voto universal porque la oposición no consiguió los dos tercios de votos necesarios en el Congreso. Fue un colegio Electoral el que se encargó de designar a los nuevos integrantes del Poder Ejecutivo, y en ese ámbito la victoria de la oposición sólo fue posible mediante la alianza con fuerzas identificadas con el régimen que terminaba.

El nuevo régimen nacía así de un nuevo pacto de elite, hecho a imagen y semejanza del ilegítimo Colegio Electoral. Se restablecieron los derechos civiles pero sin realizar ninguna reforma de las estructuras económicas que sustentan el poder de las elites, tales como el monopolio del capital financiero, la propiedad de las tierras, los grandes medios de comunicación, los conglomerados industriales y comerciales. Fue un proceso del tipo que Gramsci denominó "transformismo", en el que se altera la forma de dominación política sin que se modifique su contenido.

Del déficit social al déficit público

Llegados los años ochenta, existía un consenso de alcance nacional que presidió las transformaciones políticas de aquellos años, establecido acerca de que el núcleo de los problemas del país era el déficit social. Esto equivalía al reconocimiento de que el crecimiento económico conseguido por la dictadura no había sido acompañado por la distribución del ingreso. En ese clima funcionó la Asamblea Constituyente (1987-1988), la cual, luego de grandes movilizaciones de movimientos sociales a favor de sus reivindicaciones, terminó aprobando lo que su presidente, Ulysses Guimaraes, llamó la "Constitución ciudadana" en función de la amplia afirmación de derechos que la caracterizaba..

Ese movimiento se daba a contramano de la hegemonía neoliberal que se expandía en los otros países del continente y a escala mundial. Se inició al poco tiempo, todavía con José Sarney como presidente, una campaña en torno al tema de la ingobernabilidad, basada en la idea de que la nueva Constitución volvería imposible de ser dirigido al Estado brasileño debido a la cantidad excesiva de demandas que aprobaba. Esta posición tomaba fuerza frente a la crisis fiscal que ya se había desencadenado en el país, a partir de que la crisis de la deuda externa había hecho que ésta pasase a comandar las políticas económicas de varios gobiernos. Fernando Collor llegó a hacer un discurso televisivo en el que contaba el número de veces que la palabra 'derecho' aparecía en la nueva Carta, en comparación con la menor aparición del término 'deber'.

El gobierno de Collor dio forma al primer proyecto neoliberal conscientemente articulado, tomando el déficit estatal como el nudo de los problemas a ser atacados si se pretendía que el país llegase a la modernidad. Fracasó (primero su plan económico de confiscación indiscriminada del ahorro de la población, y posteriormente el de su gobierno, con el juicio político votado por el Congreso por delitos morales) después de haber sido elegido como candidato outsider en las primeras elecciones presidenciales directas luego de la dictadura, con pequeña ventaja sobre el candidato de la izquierda, Luis Ignácio Lula da Silva, circunstancia que lo había presentado como el "angel salvador" de la burguesía brasileña. Su destitución volvía a profundizar la crisis hegemónica que se prolongaba desde el agotamiento político y económico del régimen militar.

La década del ochenta fue la primera de recesión para la economía brasileña desde los años treinta, impulsada por la deuda externa y por su consecuencia, la crisis fiscal. La indexación general de la economía encubría un proceso de hiper-inflación, en el que se defendían con más éxito e inclusive obtenían beneficios los sectores mejor posicionados en relación con los rendimientos del capital financiero, el cual ya comenzaba a tornarse hegemónico.

Tras intentar algunas alternativas erráticas, el vicepresidente de Collor, Itamar Franco, se decidió por el nombramiento como ministro de Economía del que hasta entonces lo era de Relaciones Exteriores, Fernando Henrique Cardoso. El nuevo ministro era sociólogo, se había formado en la principal universidad brasileña, Sao Paulo, y allí, después de un estudio sobre temas raciales brasileños, elaboró junto con su colega chileno Enzo Faletto una versión alternativa a la marxista de la teoría de la dependencia.1 Posteriormente, Cardoso formuló la llamada "teoría del autoritarismo" como tentativa de explicación de la dictadura militar brasileña, a partir de las tesis del español Juan Linz sobre la evolución

del franquismo. Con esta teoría, Cardoso se transformó en el principal teórico de matriz conservadora de la transición democrática en Brasil, al hacer de la concentración del poder político y económico en las manos del Estado la razón central de la dictadura, absolviendo al capital privado nacional e internacional. Desembocaba así en una teoría liberal de la reconstrucción democrática.2

Cardoso había ingresado en las filas de la oposición institucional a la dictadura en los años '70, y más tarde se convirtió en senador por el estado de San Pablo, mandato que estaba concluyendo cuando fue ascendido al ministerio de Economía. Había estado entre aquellos dirigentes de su partido, la Social Democracia Brasileña, que se manifestaron favorables a la participación en el gobierno Collor un mes antes de su destitución por el Congreso en consideración de la identificación del partido socialdemócrata con el programa de modernización liberal del entonces presidente de la república. Quedaba clara entonces la reconversión ideológica de Cardoso, acompañando el viraje de las corrientes mayoritarias de la socialdemocracia internacional desde la regulación económica al neoliberalismo.

Un neoliberalismo tardío

Como en todas sus versiones latinoamericanas, el programa neoliberal brasileño tomó como centro el combate a la inflación y la estabilización monetaria. Su carácter neoliberal está dado por responsabilizar al Estado por el descontrol inflacionario y por las medidas de restricción del gasto público, privatización de las empresas estatales, apertura de la economía al exterior (supuestamente para abaratar los precios internos e incentivar la competitividad) y desregulación general de la economía. Estos eran los rasgos salientes del Plan Real de Cardoso, llamado así por la creación de una nueva moneda, el Real, con valor a la par del dólar.

Como todo plan de ese tipo alcanzó éxitos inmediatos en el combate a la inflación, mucho más por el ataque a la inercia inflacionaria que por la disminución del déficit público, al que se apuntaba inicialmente como la causa última de la inflación. Funcionó también perfectamente para elegir a Cardoso presidente de la república en la primera vuelta, revirtiendo la ventaja inicial de Lula, basada en un programa centrado en la justicia social y la moralidad política, ausentes de las políticas de estabilización monetaria. El éxito de Cardoso se dio también por la transferencia de ingresos producida en los dos primeros años del plan desde la mitad de la pirámide social para abajo sin afectar los beneficios de la cúpula. Los sectores de menor nivel de ingresos, que no tenían defensa contra el desgaste inflacionario, recuperaron poder adquisitivo, en tanto que los sectores medios, como resultado de la política de contención salarial, aumento del desempleo y descontrol de precios de los servicios personales, perdieron ingresos. El Plan constituyó así un nuevo pacto de elite, basado en que un problema –la inflación- era resuelto transfiriendo su carga a los sectores populares, sin que las elites pagasen el precio de un proceso inflacionario producido por el financiamiento público de la inversión privada.

El Plan de Cardoso se enfrentó mientras tanto a algunos obstáculos que comprometieron rápidamente su capacidad de reactivar el dinamismo de la economía brasileña. El primero fue la crisis mexicana, ocurrida pocos meses después del lanzamiento del Plan, coincidiendo con el comienzo del gobierno de Cardoso y haciendo que el proyecto neoliberal brasileño surgiese de forma tardía, cuando el período de mayor auge de los planes de ajuste fiscal ya se estaba agotando. El segundo fue la sobrevaluación de la moneda brasileña, que aceleró rápidamente los efectos negativos del Plan. Los déficits de balanza comercial y de pagos se volvieron más difíciles de corregir dentro de la lógica del Plan después de la crisis mexicana.

Pero el principal problema del Plan estaba en el mecanismo de estabilización monetaria, basado en la

atracción de capitales externos mediante tasas de interés elevadísimas. Si bien permitió el ingreso de grandes cantidades de capitales, ese mecanismo consiguió atraer básicamente capitales especulativos o aquello que llegaban para comprar a precios desvalorizados empresas privatizadas por el gobierno sin aumentar significativamente el nivel de las inversiones productivas. El tamaño de las reservas, de las que el gobierno se enorgullecía (más de sesenta mil millones de dólares), da en realidad la dimensión de la desconfianza del gobierno en relación al capital que ingresa al país, dispuesto a retirarse, tal como los ciclos recientes de la crisis financiera actual lo demuestran- a la menor señal de inestabilidad.

Por otro lado, las tasas de interés altas representan un freno a cualquier recuperación del crecimiento económico, considerada siempre por las autoridades económicas como una amenaza a la estabilidad monetaria. Las dificultades para el acceso al crédito, tanto de las empresas como de los consumidores, se suman al efecto de la deuda pública, que se multiplicó por cinco desde el inicio de la ejecución del Plan de estabilización monetaria. Un equipo económico que sostenía que el Estado gastaba mucho y mal, y que se proponía sanear las finanzas públicas, provocó un proceso de endeudamiento estatal inédito en el país, que llega al 8% del Producto Bruto Interno. El propio gobierno, al fijar las tasas de interés para la atracción del capital externo, establece al mismo tiempo las tasas con que pagará las deudas. Tal es el mecanismo perverso de la modalidad de estabilidad monetaria escogida y puesta en práctica por el gobierno de Cardoso.

¿Tercera vía o nueva derecha?

En el momento de la destitución de Fernando Collor, un importante prócer de la elite brasileña afirmó que aquella era la última posibilidad de elegir a alguien de derecha como presidente de Brasil. Se abría la posibilidad de un triunfo de la izquierda, o de un nuevo triunfo de la derecha cooptando a alguien originario de la izquierda.

La particularidad de la experiencia neoliberal en Brasil no radica en la aplicación de ese programa por parte de una fuerza política que se reivindica como socialdemócrata. Esto se había dado ya con Mitterrand en Francia o con Felipe González en España, y algo semejante ocurrió con el PRI en México, con Menem en Argentina o con el Partido Socialista en Chile, entre otros. La peculiaridad es que Cardoso no derrotó a una fuerza de derecha, como en los casos de Francia, España, Inglaterra y Chile, sino que rearticula a la derecha unificando a todos sus sectores, y teniendo solamente a la izquierda como fuerza opositora. En las elecciones de 1994, por ejemplo, no hay otro candidato de derecha tradicional, porque todas las fuerzas conservadoras apoyaron a Cardoso, mientras que los candidatos alternativos fueron Lula por la izquierda y Ciro Gómez, un sucesor de Cardoso en el Ministerio de Economía que hoy se reivindica como la versión brasileña de la tercera vía.

Cardoso reunificó a la derecha brasileña y renovó su discurso, dándole un barniz de modernización liberal como cobertura para las viejas prácticas de privatización del Estado. Asumió además el papel de combate a la izquierda: a los partidos de izquierda, a los sindicatos, a los movimientos sociales, al Movimiento Sin Tierra. Adoptó el discurso de la ineluctabilidad de la globalización, cuyas consecuencias sería imposible evitar.

En la práctica desmontó gran parte de la capacidad de planeamiento del Estado brasileño, que fue responsable tanto de la integración del enorme territorio nacional como de la competitividad de la economía del país. A causa del deterioro de la balanza comercial, resultado de la sobrevaluación de la moneda brasileña y de la ausencia de políticas industriales, el Brasil volvió a tener sus exportaciones compuestas básicamente por bienes primarios, como el café y la soja, al mismo tiempo que dejó de ser un gran exportador de automóviles para, a partir de 1994, importar más autos que los que exporta.

En el plano social, después de afirmar que iba a "dar vuelta la página del varguismo en la historia

brasileña", lo hizo por el lado positivo de las conquistas del período de Getulio Vargas. La mayoría de los brasileños dejó de tener libreta de trabajo oficial, deambulando en la economía informal, como parte del mayor proceso de abrogación de derechos sociales que el país ha conocido.

Aunque incluido por Tony Blair en el grupo de los mandatarios autodenominados de "tercera vía", Cardoso tiene dificultades para situarse en una posición de equidistancia entre dos fuerzas, dado que el cuadro político e ideológico brasileño está fuertemente polarizado entre derecha e izquierda. En caso de que Fernando Collor hubiese cumplido una función equivalente a la de Thatcher y Reagan en el Brasil, Cardoso podría aparecer como una especie de "tercera vía". En cambio, el "trabajo sucio" del neoliberalismo apenas fue iniciado por Collor, y es ahora Cardoso el que personifica la desregulación de la economía, el desmonte del Estado regulador, el debilitamiento de las políticas sociales, la desarticulación de la industria nacional, la privatización de las empresas estatales, la apertura indiscriminada de la economía, la política de tasas de interés estratosféricas, la elevación del desempleo a niveles próximos al 20%, e índices de crecimiento aun menores que los de la "década perdida" de los ochenta.

Nafta, Mercosur, Alca

El Brasil dejó así de ser considerado una "potencia intermedia emergente", como era clasificado en los años setenta junto con la India, Africa del Sur, Pakistán, México, Indonesia e Israel entre otros, para quedar reducido a un "mercado emergente", una economía en relación a la cual todos buscan las facilidades para obtener superávits comerciales. El Brasil es el país con el cual EE.UU tiene el mayor superávit comercial, ocupando el extremo opuesto respecto de China y Japón, responsables de los mayores déficits norteamericanos.

En el plano internacional Brasil amoldó su política externa a la línea de Washington, abandonando los restos de su independencia externa. La adhesión reciente a la amenaza de los EE.UU de volver a bombardear a Irak, significó la sustitución de la tradicional posición autónoma del país en relación con los EEUU y Oriente Medio mediante el apoyo automático a las posiciones norteamericanas. Prueba de eso la constituye la adhesión brasileña a la posición de EEUU en cuanto a someter la reincorporación de Cuba a las instituciones continentales a reformas del sistema político cubano, manifestada por el canciller brasileño en la última reunión de la OEA en Venezuela.

Frente a la constitución de los tres mega-mercados mundiales, que excluyen al Hemisferio Sur, la organización del Mercosur por parte de Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay, representó inicialmente un simple mecanismo de defensa en el extremo sur del continente. Sus perspectivas no parecían muy favorables frente a la política de EEUU de integrar selectivamente a los países del continente al Nafta, comenzando por Chile.

La crisis mexicana, entretanto, cambió la situación, permitiendo al Mercosur ganar tiempo para consolidar su espacio y extenderse. Aún Chile, viendo que el Congreso norteamericano no concedería la "vía rápida" al presidente norteamericano para nuevos acuerdos comerciales, se integró al Mercosur. Algo semejante ocurrió con Bolivia, y posteriormente, en vista de los impasses del Pacto Andino, hubo acuerdos con Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú, posibilitando la aparición de un espacio de integración de todo el sub-continente. Incluso fueron establecidos con los países del Mercado Común Centroamericano.

Anclados en ese fortalecimiento y expansión, los países del Mercosur, liderados por Brasil, pudieron resistir la ofensiva norteamericana de extensión del área de Libre Comercio de América (ALCA), nueva estrategia de los EEUU frente a la estagnación del NAFTA. La fecha de inicio del ALCA quedó postergada hasta el año 2005, ningún acuerdo será puesto en práctica sin que todos los demás estén listos, y los países del Mercosur actúan como bloque. Esas tres decisiones cruciales representan un revés para los EEUU.

Los límites del Mercosur están dados por las políticas económicas que se siguen en Brasil y Argentina. El argumento de que sus economías no estarían aún en condiciones de integrarse con los EE.UU. se choca con el hecho de que la competitividad de esos países empeora cada vez más como producto de las políticas económicas de sus gobiernos, que conducen al debilitamiento del poder de competitividad de sus economías, especialmente de sus productos industriales. De persistir esas políticas, la llegada del 2005 encontrará una distancia mucho mayor aún que la actual entre la economía más poderosa del planeta y las debilitadas economías de países como Brasil y Argentina.

¿Qué futuro para Brasil?

El período de distribución del ingreso quedó lejos en el tiempo para Brasil. Todo el esfuerzo del gobierno de Cardoso pasó a ser el de mantener la estabilidad monetaria a cualquier precio, a conciencia de que la legitimidad que posee proviene de ésta. La crisis iniciada en Asia llevó a que el gobierno brasileño doblase las tasas de interés, provocando las previsiones de crecimiento cero, esto es, de estancamiento, cuando el país ya ha exhibido con anterioridad los peores índices de crecimiento a pesar del potencial económico acumulado en décadas anteriores. Para el Brasil el horizonte se reduce hoy a dos posibilidades: conseguir administrar la estabilidad monetaria en el marco actual, condenando por lo tanto al país a un estancamiento prolongado, o ver una explosión de su modelo a partir de un ataque especulativo externo.

Desde el punto de vista político, el gobierno de Cardoso siguió todos los patrones de conducta de gobiernos similares: ejercido por medio de medidas provisorias (iniciativas del ejecutivo que no requieren aprobación del Congreso) a un promedio de 1.6 por día desde 1994, debilitando más aún al Congreso y al Poder Judicial. Batalló por la reforma constitucional que le posibilitase la reelección, e hizo una campaña presidencial basada en abultados recursos de los bancos, grandes contratistas y otras grandes empresas beneficiadas por su gobierno. Destinó 20 mil millones de dólares para la reestructuración de los bancos, ya favorecidos por su política económica, que consolidó la hegemonía del capital financiero en Brasil, al mismo tiempo que suprimió recursos del Estado para políticas sociales y pago de funcionarios. En su carácter de gobierno de la clase dominante brasileña dejó impunes las matanzas cometidas contra los pueblos indígenas de Amazonia, a causa de la complicidad de los gobernadores de los estados de la región con los latifundistas y la policía local.

La superación del neoliberalismo requiere un período de transición, con políticas que ya no pueden recomponer el cuadro político y económico anterior, sino que deben recuperar la capacidad de regulación estatal, esencial para el refortalecimiento de la democracia y el combate contra el indecoroso título de país con la mayor injusticia social del mundo, en el marco internacional. Esto se tiene que dar a través de una política de alianzas dirigida a los otros países del hemisferio sur, tendiente a su profundización en los planos social, tecnológico, cultural y político. Por otro lado, en lo interno, requiere una des-privatización del Estado, creando una verdadera esfera pública que avance en dirección a la socialización del poder.

El Brasil dio pasos en esa dirección en estos años, a contramano del neoliberalismo, por la fuerza del movimiento social e intelectual. Esos pasos se reflejaron en el Movimiento de los Sin Tierra y sus asentamientos, que organizan a casi un millón de personas en comunidades económicamente autosuficientes donde todos los niños van a la escuela y reina un clima de armonía y solidaridad.

Se proyecta también en la política del presupuesto participativo3, así como en la mejor creación de los medios de comunicación brasileños, la TV Cultura, TV pública de San Pablo que presenta las mejores programaciones culturales e infantiles además de informativos más profundos y pluralistas y los mejores programas de debate público de la televisión brasileña, con significativa audiencia.

Electo para un segundo mandato, Cardoso administrará, en el mejor de los casos, la estabilidad monetaria frente a las tormentas internacionales, los desequilibrios internos y la profundización aún mayor de las desigualdades sociales, provocadas por la política económica del gobierno. Su impulso inicial está agotado. De ese modo, la izquierda brasileña tendrá una nueva oportunidad histórica. Su derrota durante la dictadura militar ha quedado mucho más lejana en el tiempo que las ocurridas en Argentina y Chile, donde las consecuencias se hacen aún presentes con fuerza.

Cuando el entonces presidente norteamericano Richard Nixon decía que "para donde vaya Brasil, irá América Latina", pensaba en otro plan. Sin embargo, dado el peso del país en el continente y dada la fuerza social y política que continúa teniendo la oposición de izquierda, el Brasil continuará siendo uno de los principales campos de enfrentamiento al neoliberalismo, pudiendo generar las mejores condiciones para el surgimiento de un gobierno pos-neoliberal.

El acuerdo Cardoso-FMI

La crisis económica internacional, iniciada a mediados del '97 en el sudeste asiático y extendida a la golbalidad del sistema a lo largo del '98, es una crisis cíclica típica del capitalismo. El hecho de que tenga en el capital financiero su eje es consecuencia de que ese capital se ha vuelto hegemónico como resultado de las políticas de desregulación económica llevadas a cabo por el neoliberalismo.

Brasil se ha vuelto uno de los epicentros de la crisis, junto con Rusia, debido a la particular fragilidad de su economía, como fruto de las políticas de los gobiernos de Collor y Cardoso. Después de haber logrado grados de competitividad relativamente altos para una país en la periferia del capitalismo, la economía brasileña fue sometida a un proceso de regresión acelerada por la rápida apertura de su economía, la desregulación y la hegemonía del capital financiero, y la sobrevalorización cambiaria, pilar de la política de estabilidad monetaria del gobierno de Cardoso.

Así, al contrario de países como China e India, que se mantienen mucho menos afectados por la crisis, Brasil ve agotarse su modelo económico, no sólo por la salida sistemática de capitales, que hizo que sus reservas se redujeran a la mitad en tres meses, sino especialmente porque los capitales especulativos ya no entran, aún con la tasa de interés real mas alta del mundo. Aun con la reelección de cardoso, con la manutención de una holgada mayoría en el Congreso y con el préstamo del FMI, Brasil sigue siendo el eslabón mas débil de la crisis hoy en día.

Con las reservas mermándose, con el déficit público, comercial y en la balanza de pagos muy altos y sin señales de que vayan a ser revertidos, Brasil ingresa a la más prolongada y profunda recesión que la generación actual ha conocido. Después de haber crecido a míseros 2% en la década bajó a cero en 1998, y el pronóstico es que tendrá índices negativos en 1999. Así, en el cierre del principal siglo de su historia, después que el país habia logrado niveles de crecimiento acelerados de 1930 a 1980 –con dictadura o con democracia, con distribución o con concentración de renta-, el país cierra melacólicamente el siglo XX, con los primeros años del próximo ya comprometidos.

El segundo mandato de Cardoso está absolutamente comprometido con la administración de la crisis. El gobierno accionó el piloto automático del acuerdo con el FMI, aún a sabiendas de que no podrá cumplir con las metas definidas. Los gobiernos provinciales ven empujadas hacia sí los costos políticos de la política recesiva. La industria cierra miles de puestos de trabajo, mientras que el desempleo se expande a ritmos aterradores. El país es invitado a durísimos esfuerzos, para que, en el mejor de los casos, la economía pueda recuperar sus niveles de fragilidad de ayer. El país no saldría más justo ni más democrático, y menos todavía más soberanos, sino todo lo contrario. A eso se invita a los brasileños, como forma de capear una crisis frente a la cual Brasil se ve fragilizado por las mismas políticas de su gobierno.

Mientras Corea del Sur, sometida a durísimos criterios del FMI, ya empieza a demostrar capacidad de reacción por la existencia de una industria nacional con competitividad externa y a costas de la superexplotación del trabajo, Brasil es uno de los países que más duramente va a pagar el precio de la crisis capitalista actual. En el caso de que el gobierno de Cardoso logre hacer cumplir los objetivos de su acuerdo con el FMI, los costos sociales y económicos serán gravísimos, sacando a Brasil de la lista de economías con capacidad de definir sus propios rumbos de forma mínimamente soberana. De la derrota del acuerdo entre Cardoso y el FMI depende que Brasil pueda salir de la crisis en condiciones de recomponer su economía, reequilibrar sus relaciones sociales y asumir un proyecto de desarrollo soberano. **c**

Notas

***** El autor es profesor de Sociología de la Universidad de San Pablo y de la Universidad del Estado de Río de Janeiro, en Brasil.

Este artículo se publicó originalmente en *Le Monde Diplomatique*, en el mes de octubre de 1998. Fue traducido del portugués por Daniel Campione.

1. La versión marxista de esa teoría tuvo en André Gunder Frank- ver especialmente *El desarrollo del sub-desarrollo,* Máspero, 1987- su formulador inicial, y en el científico social brasileño Ruy Mauro Marini –ver en especial *Dialéctica de la Dependencia*, Era, México, 1974, sus principales exponentes.

2. Ver al respecto Sader, Emir, "Nosotros que amábamos tanto "El Capital" en *El poder ¿Dónde está el poder?,* Ed. Boitempo, Sao Paulo, Brasil, 1996.

Se refiere el autor al Movimiento Democrático Brasileño, único partido legal de oposición en el Brasil dictatorial, dentro de un sistema bipartidista construido desde el Estado, que fue progresivamente liberalizado mediante la inclusión de otros partidos al iniciarse el declive de la dictadura. *A posteriori*, ya en democracia, Cardoso participó con Mario Covas y otros dirigentes en la formación del PSDB, mencionado a renglón seguido por Sader (N. del T.).

Recuérdese aquí que el artículo de Emir Sader es anterior a enero de 1999, cuando se produce la devaluación del real (N. del T.).

3. Veáse el artículo de Bernard Cassen en *Le Monde Diplomatique* de agosto de 1998.

q

Mercosur en la crisis Internacional

Ismael Bermúdez*

En un panel sobre el mercado bursátil de EE.UU. realizado en la cumbre de Davos en febrero de 1999, al que asistieron apenas 40 inversores, se solicitó que levantaran la mano los que pensaban que las acciones de Wall Street no estaban sobrevaluadas: 39 permanecieron quietos, y sólo uno levantó la mano. La consulta le sirvió al principal expositor de ese panel, el economista jefe del Deustche Bank, Ed. Yar, para ratificar el diagnóstico de que en Wall Street estaba en curso "la peor burbuja especulativa de la historia".

La anécdota ilustra que la crisis brasileña es tan sólo un eslabón de una crisis de carácter internacional. Es imposible darle una explicación meramente local a una crisis que estalló en las más diversas regiones del planeta y que de Tailandia a Brasil hizo escala en Corea, Singapur, Malasia, Indonesia, Japón, Rusia, Hong Kong, afectando a fondos estadounidenses, como el Long Term Capital Managment, que tuvo que ser rescatado por medio de una intervención excepcional de la Reserva Federal norteamericana. Todo esto, además, en un proceso que ya lleva dos años.

Cuando en octubre de 1998 Alan Greenspan dispuso una baja en la tasa de interés, el argentino Adolfo Sturzenegger sostuvo "ha pasado lo peor", porque en los últimos 40 días los países desarrollados habrían comprendido que si la crisis se latinoamericanizaba el contagio se trasladaría a los países centrales. El economista cavallista fue más lejos aún y dijo que "Brasil no necesita acelerar su ritmo devaluatorio actual porque la devaluación del dólar y cierta recuperación de los precios internacionales de los commodities representaban una devaluación en términos reales superior al 10% anual" (Clarín, 28/10/98).

El pronóstico del "gurú" cavallista se hizo añicos en apenas dos meses, pero lo más importante es que dos meses antes de la devaluación del real la opinión de Szturzenegger era casi dominante en los círculos académicos del "establishment" mundial. Ello vuelve a demostrar que existe una profunda incomprensión de la realidad financiera y económica del capitalismo mundial.

El colosal endeudamiento de Brasil -una deuda pública externa de 230.000 millones de dólares, una deuda interna de 253.000 millones y una deuda privada de 160.000 millones- no es distinto al que contrajeron todos los países antes mencionados, que cayeron en la cesación de pagos. Tampoco la Argentina es ajena a ese fenómeno, con una deuda pública y privada que bordea los 150.000 millones de dólares, más del doble de la que existía al comienzo de la convertibilidad (1991), con sus cuentas externas "en rojo" y un elevado déficit fiscal -6.000 millones anuales si se incluyen las cifras provinciales), financiados con nuevos endeudamientos.

La deuda pública de Japón es de casi 5 billones de dólares (15 veces el PBI de la Argentina), un 15% más que su PBI, y su déficit fiscal equivale al 10% del PBI, superior al de Brasil en vísperas de la devaluación del real.

Mientras tanto, en Japón "crece la acumulación de stocks, hay más capacidad ociosa, caen las

ganancias corporativas esperadas para 1999 y las órdenes de compras de máquinas, disminuye la confianza en el futuro, se deteriora la situación financiera, se contrae el crédito (especialmente para las PyME), decrecen los gastos en capital, falta un sector que lidere la recuperación, aumenta el desempleo involuntario, el consumo cae por lo incierto que se presenta el futuro, la demanda está estancada para casi todo tipo de bienes, el consumo personal también está estancado, hay un bajo nivel de exportaciones a Asia y un amesetamiento en las exportaciones a economías como la norteamericana y la europea" (Novedades, Fundación Mediterránea, diciembre de 1998).

La deuda pública estadounidense es de 4 billones de dólares, con un déficit externo de 300.000 millones de dólares anuales.

También Inglaterra, que durante 1997 y 1998 subió la tasa de interés para defender el valor de la libra, está en recesión y con una moneda sobrevaluada.

Las perspectivas internacionales son claramente recesivas y deflacionarias, lo que significa que se cierran las posibilidades para que estas naciones llamadas "emergentes" puedan encontrar en el comercio exterior una salida a sus "impasses". Los precios de los principales "commodities" agropecuarios e industriales siguen cayendo por la menor demanda mundial, y porque todos los países presionan con sus exportaciones. La prolongación de la crisis está potenciada por esta realidad.

La llamada crisis de la globalización es una expresión de la enorme sobreacumulación de capitales que no encuentra una salida en la producción. Las principales ramas de la economía mundial - automotriz, siderurgia, informática, petroquímica, petróleo- tienen capacidades de producción excedentes, y se desarrolla una intensa pugna de sobrevivencia de los grandes conglomerados industriales.

Esto explica por otra parte la ola de compras y fusiones entre los grandes colosos de la industria, y también las exigencias para que los distintos países abran los capitales de las empresas y sus sistemas financieros al capital internacional.

En febrero de 1998, en una nota para la revista de FIDE (Fundación de Investigaciones para el Desarrollo), plantée que "la crisis (asiática) sobrevino justamente por la existencia de una sobreacumulación de capitales, de sobreinversiones, de sobrevalorización de los activos en relación con las posibilidades reales de absorción de los mercados cuya contrapartida eran fuertes déficits en sus cuentas corrientes. Los países asiáticos se encontraron en la encrucijada de que ya no podían colocar sus producciones en los mercados internacionales y comenzaron así por la vía de las devaluaciones competitivas, desatando una ola devaluatoria que aún no ha concluido".

La nota agregaba que "Argentina y Brasil no tienen los 'buenos' indicadores del sudeste asiático precrisis, y ahora deben soportar los efectos de una crisis que está tomando carácter global. De ahí que se pueda pronosticar una 'caída' de Brasil y Argentina bajo la forma de una rápida desaceleración económica que podría dar lugar a una recesión, precedida o seguida de una devaluación".

No obstante, la mayoría de los analistas sostiene que la persistente suba de la Bolsa norteamericana desmentiría que el capitalismo esté atravesando por una etapa de crisis, porque la "locomotora mundial" sigue pujante.

Sin embargo, el ascenso de Wall Street mientras bajan las plazas bursátiles en gran parte del resto del planeta, la economía mundial está en franca desaceleración y cae la tasa de ganancia de los principales empresas, es un síntoma de que los fondos buscan "refugio" en EE.UU. porque no existen plazas seguras. Esto mismo amplia la especulación en EE.UU. y provoca una mayor sobrevalorización de los activos, como la que tuvo lugar en todos los países que luego entraron en crisis. Este es el fundamento del vaticinio del economista del Deutsche Bank.

Por todo esto es un error atribuir la crisis actual a una " ideología" o política económica en particular: estamos frente a una "crisis sistémica".

Brasil

La mayoría de los análisis señalan que Brasil se vio obligado a devaluar su moneda por una crisis en su balanza de pagos, por el déficit fiscal o por el volumen de su deuda. En verdad fue por todo eso, y porque las contradicciones e inviabilidad del Plan Real se inscriben dentro de una crisis que es ella misma global, y comprende a los principales centros financieros del mundo.

En consecuencia, quienes limitan la crisis brasileña a un fenómeno local consideran que licuada parte de la deuda, corrigiendo la balanza comercial por la "devaluación competitiva" y un severo ajuste fiscal, a mediados de 1999 Brasil estará en plena senda de crecimiento, como lo sostiene el acuerdo con el FMI firmado en los primeros días de febrero.

Ante todo, la aplicación del plan acordado con el FMI supone un nivel de recesión "a la indonesa" (en 1998 el PBI de Indonesia cayó el 15%). Por ejemplo, el Citibank estima que la recesión será del 6%. Desde mediados de 1998 Brasil está en recesión, y ahora deberá seguir subiendo la tasa de interés para que el dólar y la inflación no se sigan disparando, lo que realimenta la deuda interna y amenaza con mandar a la quiebra a buena parte de su industria, sobreendeudada en moneda extranjera.

Si el nuevo plan del FMI entra en crisis -y las posibilidades de que ello ocurra son muy amplias- podría desatarse un proceso hiperinflacionario como el que conoció la Argentina en 1989/90, y/o una cesación de pagos formal como la de Rusia en 1998.

El planteo de los exportadores paulistas de que una devaluación controlada del orden del 15% le permitiría salir de la recesión se ha revelado como una ilusión, porque en el actual contexto internacional las devaluaciones no son controlables. Es un error creer que en Brasil "triunfó" la burguesía exportadora con eje en Sao Paulo-Rio-Minas Gerais, como opinan algunos autores. Hoy la industria brasileña tiene sus activos desvalorizados, sus deudas potenciadas, el mercado interno desquiciado, y un costo financiero impagable, mientras que las posibilidades de exportación están limitadas por el nivel altísimo de las tasas de interés, la contracción del comercio mundial, y las medidas "proteccionistas" que adoptan la mayoría de los países. La burguesía brasileña está en "cesación de pagos" y deberá entregar sus preciosas joyas, como Petrobras y varios bancos estaduales.

Estamos recién en la fase inicial de la crisis brasileña, cuyo ritmo va a estar dictado además por la evolución de la crisis internacional, ya que aumenta la presión para que EE.UU. incremente la tasa de interés, sigue la presión devaluatoria sobre China y Hong Kong, no se puede descartar la cesación de pagos de otro "mercado emergente", y peor aún, una caída de Wall Street. Por ejemplo, a comienzos de febrero, la revista Business Week señaló que "por mucho que los líderes chinos prefieran mantenerse firmes, pueden verse obligados a devaluar próximamente, incluso en la segunda mitad de 1999".

La crisis brasileña acentúa la recesión argentina. La expansión comercial de la Argentina de los últimos años se debió en gran parte a Brasil, que no sólo absorbía un tercio de las exportaciones, sino que era el único país de peso con el que la Argentina exhibía superávit comercial.

Ahora, por la devaluación del real y la recesión brasileña, deberá producirse un bajón del comercio argentino, tanto de sus exportaciones como de sus importaciones, lo que acentuará la recesión argentina. Las más perjudicadas serán las economías regionales.

Todo esto tendrá su impacto directo sobre las cuentas fiscales porque caerá la recaudación, y además por los subsidios que el Gobierno deberá aplicar a los distintos sectores en crisis. No hay ninguna posibilidad de que el Gobierno brasileño obtenga un superávit fiscal primario del 3 al 3,5% del PBI, como señala el acuerdo con el FMI.

El planteo del gobierno argentino de "dolarizar" la economía tiene en cuenta este escenario: significa que el Gobierno admite que la convertibilidad lleva implícita un riesgo cambiario, lo que se traduce en el pago de una sobretasa de interés. Sin embargo, la dolarización no resuelve ese problema,

porque la sobretasa financiera que paga la Argentina se debe a los desequilibrios de sus cuentas externas y fiscales y su baja competitividad, que no se resuelven con la dolarización. Peor aún, una dolarización podría acentuar la crisis argentina desde el momento en que "eterniza" los actuales precios relativos, salvo que la "dolarización" sobrevenga luego de una devaluación.

MERCOSUR

El Mercosur está "en cuarentena". La devaluación del real modificó la estructura de costos en el Mercosur, alterando por completo la localización y división del trabajo entre las industrias, ramas y empresas de sus países socios. También deprimió la escala de producción en ambos países, lo que implica un sobrecosto por la capacidad ociosa del capital inmovilizado.

Así, por ejemplo, mientras la industria automotriz del Mercosur se preparó para producir 4 millones de autos, en 1999 el mercado regional apenas podrá absorber la mitad, y plantas recién inauguradas están con su personal suspendido. Algunas no pudieron entrar en funcionamiento. Otro dato es correspondiente al comercio bilateral. En el último trimestre de 1998, antes de la devaluación del real, el intercambio entre los dos países se deprimió un 17% por la combinación de la recesión brasileña con la argentina.

Todo esto exacerba las rivalidades comerciales, pudiendo determinar el desplazamiento de empresas de un país al otro, e incluso el retiro de inversiones del Mercosur. Por ejemplo, en los primeros días de febrero, el Credit Agricole Indosuez, banco de inversión del banco francés Credit Agricole, decidió cerrar sus operaciones en Brasil, mientras que "Petrobras deberá reducir sus inversiones en la Argentina" (Gazeta Mercantil Latinoamericana, 1/2/99).

En enero, en medio de la devaluación, el bloque estuvo a punto de la ruptura por los reclamos generalizados de los industriales argentinos de que el gobierno impusiera aranceles y derechos compensatorios por la devaluación brasileña, y por los planteos del Gobierno argentino de que Brasil aplicara un Plan Bonex o la convertibilidad, lo que provocó un principio de "corrida bancaria".

También por la decisión de la Argentina de avanzar con un Tratado de Asociación Monetaria con EE.UU, con el reemplazo del peso por el dólar, porque ese acuerdo significaría la "clausura" del Mercosur por una integración directa con EE.UU. Y lo mismo sucedería en el caso de una dolarización de ambos países, porque pasarían a integrar un mercado continental, con eje en EE.UU.

Cuando se produjo la debacle asiática, el ex-Secretario de Comercio de EE.UU., Mickey Kantor, planteó que la crisis internacional era la oportunidad para que Japón y los países asiáticos abrieran sus economías "a las instituciones financieras extranjeras". Justamente, los paquetes de ayuda lanzados por el FMI fueron condicionados a esta estrategia de absorción de la banca y de los sectores económicos fundamentales de Asia y Japón por parte de los capitales norteamericanos.

Sin embargo, la decisión de Europa de avanzar con una Unión Monetaria y la resistencia asiática ampliaron el cuadro de la crisis, más aún en momentos en que se insinúa una tendencia a la devaluación del dólar.

Esta misma cuestión se plantea en el Mercosur. En el caso de Brasil, la crisis económica tiene como telón de fondo una aguda pugna en torno a las privatizaciones y al sistema bancario.

Se pueden resumir las divergencias en dos temas:

· privatizaciones: aunque la devaluación depreció el patrimonio de las empresas, los inversores extranjeros juzgan que éstas tienen aún un valor demasiado alto. "Mucha gente en los EE.UU. tiene interés en que se profundice la crisis en Brasil para poder comprar activos más baratos" (diario O Estado de Sao Paulo, 7/2/99). Objetan también que la banca oficial, el Banco Nacional de Desarrollo

Económico y Social (BNDES), financie a los consorcios brasileños que compiten en esas privatizaciones. No es casual que el acuerdo con el FMI plantee el compromiso del gobierno brasileño de "intensificar y ampliar el esfuerzo de privatización y de desinversión público, incluyendo los sectores energético y financiero".

· apertura de los bancos: tanto la banca norteamericana como la europea quieren libre entrada en el sistema financiero, para adquirir no sólo bancos estatales sino también los privados.

Por de pronto, la devaluación desvalorizó los activos de las empresas brasileñas y las colocó en situación de mayor endeblez financiera. Por ejemplo, la Companhia Siderúrgica Nacional (CSN), la mayor planta de aceros planos, atraviesa "una situación financiera delicada debido a su elevado endeudamiento en dólares", razón por la cual "congeló" todas sus inversiones. El mismo fenómeno se observa en la mayoría de las empresas del vecino país, incluyendo al coloso Petrobras.

Otro caso es el de los bancos brasileños que fueron degradados por la calificadoras internacionales de riesgo.

Además, en forma más amplia, existe en torno al Mercosur un interés muy fuerte por parte de los capitales norteamericanos y europeos, que desconfían ambos de la apertura de las negociaciones por el ALCA (Area de Libre Comercio de las Américas) y de la conformación de una zona de libre de comercio Unión Europea-Mercosur.

La "dolarización" implicaría aceptar el eje del ALCA, lo que deberá chocar con los intereses europeos, más aún ahora que el viejo continente puso en marcha la moneda común. Se puede esperar una fuerte presión y reacción europea, especialmente cuando los países del Mercosur necesitan del comercio con Europa para compensar la retracción que se observa en buena parte del resto del mundo.

Convergencia

La mayoría de los analistas y economistas argentinos plantean que esta crisis del Mercosur se debe a que el bloque no avanzó en la convergencia y coordinación de sus políticas macroeconómicas. Si se lo analiza con cuidado, podrá verse que entre 1994 y 1998 se dio el período de mayor convergencia de políticas en el Mercosur, a tal punto que se llegó a plantear que se marchaba en dirección a una moneda común.

El Plan Real ancló el tipo de cambio, desplegó una amplia apertura comercial, atrajo masivamente al capital extranjero, le dio un gran impulso a las privatizaciones y flexibilizó el mercado laboral, en la misma línea que la convertibilidad argentina. Esta convergencia explica que la "época dorada" del Mercosur, con un vasto proceso de inversiones y de desarrollo del comercio bilateral, haya sido durante esos cuatro años, que sin embargo concluyeron en la devaluación del real.

No fue entonces la falta de convergencia macroeconómica sino esa confluencia de políticas económicas, la que explica la crisis del Mercosur. La contrapartida de ambos planes económicos convergentes consistió en mayor endeudamiento, desequilibrio externo, y déficits fiscales crónicos, con un colosal agravamiento del cuadro social debido al mayor desempleo y la precarización laboral.

Ahora, debido a la crisis, las políticas económicas de los dos principales socios son divergentes: mientras que Brasil abandonó el ancla cambiaria, la Argentina sigue aferrada al dólar. Además, por la contracción del comercio regional, consecuencia de la recesión de ambas economías, tanto Argentina como Brasil saldrán a buscar nuevos mercados, en algunos casos compitiendo entre sí. Si esto se suma a las propias rivalidades dentro del bloque por la presión exportadora brasileña y las medidas proteccionistas que podría adoptar la Argentina, tenemos por delante un Mercosur tironeado por todas

las puntas.

El problema mayor es cómo vuelven los cuatro países socios del Mercosur a converger en sus políticas. Los interrogantes serían:

· ¿Paraguay, Uruguay y Argentina devalúan sus monedas para restablecer los precios relativos dentro del bloque y con todas las monedas devaluadas el Mercosur se convierte en una plataforma para exportar al resto del mundo?

· ¿Se desvanece el Mercosur a través de trabas comerciales que vayan imponiendo los distintos países para detener la mayor "competitividad" brasileña?

· ¿EE.UU. le ofrece a la Argentina una asociación especial, como punta de lanza para imponer el ALCA a nivel continental?

Se abre un período de conflictos cuya intensidad estará dictada por la evolución de la crisis internacional. Una vez más, la tentativa de integración de América del Sur se desmorona bajo el peso de la crisis internacional, la presión de los centros financieros y la propia incapacidad de los liderazgos nativos para establecer una política común que privilegie el desarrollo económico y social armónico de la región.

Nota

***** Periodista. Licenciado en Economía. Estudios especializados en Francia y Brasil. Desde 1984 se desempeña en el diario Clarín en el Suplemento Económico y en la sección Economía. Fue docente en la UBA. Obtuvo el primer premio en el Concurso Internacional para Periodistas Profesionales organizado por la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA por los trabajos publicados durante 1995 sobre el Mercosur. En 1997, obtuvo el Diploma al Mérito en la disciplina Análisis Económico otorgado por la Fundación Konex. Escribe regularmente en revistas especializadas.

q

El neoliberalismo, una ideología contraria al equilibrio social

Raúl E. Cuello*

1. A modo de recordatorio

P arecía que había muerto con la crisis de 1929 y que alguien se había olvidado de otorgarle su certificado de defunción. Colocó al sistema capitalista al borde de su extinción, de la que fue salvado por el resurgimiento de la ideología clásica aggiornada por J.M. Keynes. Resucitó de la mano de R. Reagan y M. Thatcher en la década de los setenta. Debería pensarse que, a partir de la crisis del Brasil, y no obstante el apoyo que recibe de los centros financieros, ha llegado el momento de efectuar las exequias del neoliberalismo.

De concepción monetarista, privilegiante de las variables monetarias por sobre las que se vinculan con la economía real, ingresó con fuerza en los países emergentes en el marco de la denominada globalización, concepto que en realidad se refiere a la nueva frontera ideológica que se consolida luego de la implosión soviética. Sin embargo, sus impulsores y defensores no advirtieron o no quisieron advertir la flagrante contradicción que existe entre la adopción de un régimen político, la Democracia, que es por definición un estilo de vida con igualdad de oportunidad para todos con un sentido profundamente solidario, y el Mercado, en el que el éxito depende ya no de los méritos sino del poder de negociación de quienes concurren al mismo.

En este encuadre somos testigos de un severo cuestionamiento a la economía como ciencia social, dado que hay serias dudas acerca de su aptitud para contribuir a la solución de los graves problemas que aquejan a la humanidad, las cuales están abonadas por los debates entre los economistas, que en no pocas oportunidades se efectúan desde posiciones francamente opuestas.

El privilegio que algunos otorgan al análisis macroeconómico constituye un enfoque unilateral además de insuficiente, toda vez que el presunto equilibrio atribuible a los "fundamentales" demuestra no garantizar ni el pleno empleo ni la justa distribución de los ingresos. El repliegue del Estado, exigido por el neoliberalismo, no es otra cosa que la pretensión de renuncia por parte de los gobernantes a su función específica: la de gobernar. Dicha función se deja a cargo del Mercado, al que se le atribuyen virtudes que no tiene, dada la ausencia de uno de sus prerrequisitos como es el de la libre concurrencia (lo cual no debe interpretarse como un rechazo a su rol en cualquier economía moderna). Claro está, con el control que debe realizar el Poder Político para evitar la presencia y acción de los monopolios.

Tanto la macro como la microeconomía son por sus consecuencias sociales lo suficientemente importantes como para quedar libradas exclusivamente a acciones privadas, sin las necesarias decisiones públicas. Lamentablemente, a la clase dirigente parece preocuparle mucho más la estabilidad monetaria que la lucha contra la marginación y la exclusión, cuyos antecedentes inmediatos son los altos niveles de desempleo, subempleo e informalidad laboral. Este cuadro no se revierte sin fuertes liderazgos y políticas públicas, apelando solamente a invocaciones voluntaristas.

¿Constituye esta afirmación un cuestionamiento al formidable edificio teórico en el que se apoya la Economía como Ciencia? En modo alguno. El mismo, originado en los aportes de clásicos como W. Petty (1623-1687), A. Smith (1723-1790), T. Malthus (1766-1834), D. Ricardo (1772-1823), K. Marx (1818-1883) y J.S. Mill (1806-1873), por citar sólo a los principales, da lugar a un modelo con fuerte apego a la realidad. La producción ocupa el lugar central.

Era una teoría lúgubre y con una alta cuota de resignación para las clases más pobres, siendo su expresión concreta la famosa "Ley de bronce de los salarios". Las apelaciones a leyes regulatorias del mercado por parte del Estado en defensa de los consumidores, y el intento de establecer principios de equidad en las finanzas públicas, destacan los caracteres de la economía clásica: su realismo, ya que se combina el compromiso con la producción, y la preocupación por los problemas sociales.

Parece oportuno mencionar que uno de sus precursores, William Petty, recomienda ya a mediados del siglo XVII utilizar las finanzas públicas para compensar las fluctuaciones en el nivel de actividad, anticipando en casi tres siglos a la Teoría Keynesiana, con el fin de evitar el paro involuntario1. Es en este autor donde se encuentran las primeras elaboraciones de la contribución al financiamiento del gasto público apoyadas en el principio de la capacidad de pago.

A mediados del siglo XIX se producen cambios culturales a los que la economía no resulta ajena. Como consecuencia del auge que adquiere el análisis matemático debido al avance de la física en momentos en que Charles Darwin (1809-1882)2 da a conocer su teoría sobre "El Origen de las Especies", adaptada al campo de la sociología y la religión con particular entusiasmo por el filósofo Herbert Spencer (1820-1903), otorgándole el sentido ético necesario para justificar al Mercado como el medio más idóneo para la selección de los más capaces.

Dado que los fenómenos que caen bajo el estudio de la Economía son susceptibles de medición y pueden ser expresados por funciones continuas, el uso del cálculo diferencial se coloca como instrumento indispensable, y da lugar posteriormente a la Escuela Marginalista. Entre algunos de los pensadores fundacionales del Neoliberalismo puede citarse a Cournot (1801-1877), Jevons (1835-1882), Menger (1840-1921) y Walras (1801-1866).

Por oposición a la Clásica, esta escuela tiene una concepción individualista y no social, idealista y no realista, caracteres propios del marco intelectual que arranca en 1860. Resulta un ejercicio muy simple encontrar estos rasgos en la mayoría de quienes adscriben a políticas económicas que privilegian al sector financiero de la economía y no al real, elevando al Mercado a la categoría de dogma al tiempo que descreen del Estado en cualesquiera de sus funciones para lograr la verdadera síntesis de los intereses sociales. Rasgos, en definitiva, que definen a los neoliberales.

Se entiende así el uso intensivo de los "supongamos..." y del pizarrón para demostrar cómo las cosas no son como debieran ser, y explicar ex post lo que no se previno antes. Más que una ideología económica es una posición intelectual con un alto contenido de ingenuidad, ya que cuando existe divorcio entre la realidad y los objetivos planteados la equivocada siempre es la primera. Permanentemente hay argumentos para racionalizar los fracasos, que descansan obviamente "en los otros" y no en "nosotros".

2. Introducción

Aunque muchos subestimen la magnitud de la crisis que se inicia con el episodio de Tailandia en julio de 1997, la misma dista de estar resuelta y habrá de prolongarse en el tiempo debido a los encadenamientos inducidos por la globalización. En enero de 1999 alcanza plenamente a Brasil, y la polea de transmisión habrá de impactar en algún momento sobre las economías estadounidense y europea. Aunque parezca un ejercicio de imaginación, basta recordar el grado de exposición financiera

que tienen en los países donde la crisis se manifiesta.

Frente a esta realidad, sería de interés analizar dos cuestiones desde la perspectiva argentina: la primera, las características del escenario internacional como consecuencia de políticas económicas neoliberales, y la segunda, cuál será el curso futuro de la economía nacional, que no podrá soslayar la realidad internacional, la cual la encuentra prácticamente desprotegida como consecuencia de la falta de instrumentos propios y de una regla monetaria, que la hace dependiente de decisiones que se toman en los centros financieros.

Tales cuestiones deben ser abordadas con la mayor objetividad posible y exentas del voluntarismo propio de quienes adhieren a la sabiduría convencional, la cual basa sus predicciones en simples indicadores financieros que sólo reflejan decisiones de operadores especulativos: los que al iniciarse 1999 creían que lo peor ya había pasado, y que en modo alguno puede repetirse la crisis iniciada en 1929 y finalizada en 1933. Pasan por alto que hoy estamos en un mundo más complejo, totalmente interrelacionado, menos provinciano y con situaciones sociales de arrastre de características inéditas. Un mundo, además, que carece de liderazgos políticos.

La línea divisoria entre el progreso y la marginalidad no se encuentra como antaño entre el Norte y el Sur. Existen cortes transversales en el Centro y en la Periferia. Hay islas de prosperidad y exclusión social en cualquier país que se considere. La diferencia puede darse tal vez en el acento que algunos ponen para preservar sus tejidos sociales, lo cual es propio de muchas naciones europeas, con mayor conciencia acerca de la importancia de la geopolítica en la proyección de sus futuros.

Asimismo, la creencia en la eficacia de los mecanismos amortiguadores y de las instituciones financieras para prevenir la ocurrencia de escenarios exentos de colapsos económicos y pánicos financieros, es propia de quienes generalmente sólo proyectan futuros cercanos, extrapolando experiencias con mecanismos de ajustes disímiles. Esta visión optimista baja los mecanismos de autodefensa y pasa por alto que, si tuvieran alguna relación con la realidad, las crisis de México, del sudeste asiático, la moratoria rusa y el colapso brasileño, no deberían haberse producido. Sobran testimonios escritos que certifican los graves errores de predicción en que incurrieron, lo cual no parece producirles ninguna incomodidad, confiando tal vez en una memoria social totalmente amnésica. De esta imputación no queda ajeno el FMI, totalmente desprestigiado por sus absurdas predicciones y apoyos financieros.

Existen focos potenciales de desequilibrios mayores a los del pasado, y vulnerabilidades sistémicas en los mecanismos políticos y técnicos, incapaces de detectarlos para quienes no quieran ver la realidad. Dado que nunca se encuentra la razón del fracaso, siempre se actúa ex post facto, y el costo recae obviamente fuera de los límites que enmarcan los intereses de quienes detentan el poder económico y político.

La crisis presente, aún cuando no tengamos la adecuada perspectiva histórica que brinda el transcurrir del tiempo para evaluarla, no es sólo financiera sino también económica, social, política e ideológica. De allí que reviste connotaciones muy particulares y conduce en su dinámica, aún no concluida, a situaciones muy difícilmente predecibles. Para los argentinos, dada la restricción externa a la que está sujeto el país, que lo torna altamente dependiente de los capitales externos, éste es el encuadre en el que la crisis tiene lugar.

3. El fracaso del neoliberalismo

Hasta hace poco parecía carente de lógica cualquier afirmación vinculada a la reaparición de una crisis que pudiera igualar en sus efectos a la que fuera considerada como la peor del siglo XX. Sin embargo, la realidad está superando a la lógica fundada en la imposibilidad. La razón debe buscarse en

que la lección de la historia no fue aprendida. En aquel tiempo los Bancos Centrales se encontraron imposibilitados de honrar sus compromisos porque las reservas no alcanzaban para satisfacer la demanda en masa de convertir en oro el papel moneda, lo cual produjo de hecho un efecto contagio debido al sentimiento de pánico generalizado, el cual se profundizaba además en la medida que se adoptaban políticas contraindicadas.

En efecto, la lógica de la ideología neoliberal aconsejaba la restricción de los medios de pago y la contracción del crédito para frenar el drenaje de metálico. Y como si se tratara de fichas de dominó, todos los países del patrón oro fueron cayendo en la medida que se quedaban sin respuestas frente a los efectos de la crisis.

La crisis se liquidó después del abandono del patrón oro por parte de los países que se apoyaban en él, pero además por la aplicación de ideas keynesianas que confirieron al Estado la responsabilidad de la implementación de medidas monetarias y fiscales compensatorias del ciclo, por la Segunda Guerra Mundial, y por el ordenamiento cambiario apoyado en los mecanismos creados más tarde en Bretton Woods.

La resolución de la crisis tuvo un fuerte componente de cambio ideológico, una verdadera revolución ideológica, que basó su diagnóstico en el hecho de que la política económica neoliberal fue incapaz de resolver los temas más acuciantes de la sociedad, el desempleo y la injusta distribución de los ingresos, y de que debía hacerse precisamente lo contrario a la terapia recomendada.

Naturalmente, el colocar al Estado como elemento equilibrador de los intereses sociales, y el reconocimiento explícito del papel disruptor de los monopolios, permitieron la expansión económica que sucedió a la contienda bélica, en el marco de un avance tecnológico en todos los frentes del saber humano -desde la medicina a las comunicaciones, desde los transportes a la conquista del espacio- apoyado en la expansión de la frontera producida por la cibernética.

Desde que se liquidan los efectos de la Gran Depresión y hasta fines de los sesenta, el modelo que dio lugar al famoso Estado del Bienestar impuso sus reglas de juego habiendo eliminado los efectos negativos de las consecuencias acarreadas en la etapa anterior, fundada en el crecimiento hacia afuera con libertad absoluta en el movimiento de capitales. Un mérito que no reconocen, ciertamente, quienes oponen el Estado a los intereses de la sociedad. Ello no justifica, por supuesto, los excesos por parte de los que violaron el principio de neutralidad.

Aquella lección de la historia económica no parece haber sido aprendida. El núcleo de la crisis generalizada estuvo en la contracción monetaria simultánea que produjo la disminución de la actividad económica, y se proyectó en desequilibrios presupuestarios que se reforzaban en la medida que se acentuaba la iliquidez. El hecho de que no se encuentren países centrales con régimen de patrón oro y de que los tipos de cambio sean flexibles garantiza a priori que el mundo esté a cubierto de una recesión generalizada, dado que difícilmente Estados Unidos, Europa y Japón se embarquen en una política simultánea de contracción de los medios de pago.

Sin embargo, paradójicamente, ésa es la política que aconsejan a los países emergentes auditados por el FMI, dando como resultado el descenso de la producción y el aumento del desempleo, el déficit presupuestario y la cuenta corriente del balance de pagos. Todo ello, ajustando al sistema por el tipo de cambio administrado o, como en el caso argentino, a partir del sostenimiento de la convertibilidad.

Pero vale la pena reiterar que más arriba se ha expresado *"garantizaría a priori"*, con lo cual queda abierta la posibilidad que aún esa política, pretendidamente expansiva basada en instrumentos monetarios, no arroje resultados positivos o quede superada por el efecto que puede sobrevenir por el lado de los ingresos, si es que se da el reacomodamiento a la baja de los valores a que han llegado las Bolsas de Valores en Estados Unidos y en Europa, dado el efecto contagio proveniente de Asia, el Este Europeo y Latinoamérica.

Si esto ocurre de nada habrán valido los esfuerzos para equilibrar el mercado mediante la reiterada baja de los tipos de intereses, porque el valor de las acciones reflejará la verdadera rentabilidad de las mismas. En ese caso, el efecto riqueza combinado con la suba implícita de la tasa de interés para la inversión y el gasto de consumo producirá un descenso en las tasas de crecimiento norteamericana y europeas. Recién a partir de entonces la crisis se derramará sobre los países centrales, y comenzará a tener un principio de solución el crítico cuadro que se iniciara con el episodio de la deuda ocurrido en México a fines de 1994 y cobrara impulso a mediados de 1997 en el sudeste asiático.

Mientras tanto, la receta basada en la suba de la tasa de interés, la reducción del gasto público y el aumento de los impuestos, contraindicada por la experiencia histórica para combatir la recesión y el desempleo, se mantiene en plenitud por parte de no pocos economistas en los países emergentes, más preocupados por los mercados de capitales que por el bienestar de sus pueblos. Sus conciencias están tranquilas porque a partir de la estabilidad cambiaria, que se sostiene sólo merced al cumplimiento de la receta impuesta desde los centros financieros, confían en que la microeconomía se arreglará sola, y con ella también el desempleo. Lo realmente negativo es que muchos están convencidos de buena fe, y la posición que asumen es propia de una formación académica deficiente.

Dado que el corte transversal de las sociedades, del que no escapa ningún país, muestra el agravamiento de los conflictos sectoriales y el auge de la delincuencia de todo tipo, es imposible no retornar a políticas macroeconómicas con el mayor grado de libertad posible para solucionar la patología de fines del siglo XX. Si así no se hace, la deflación de precios profundizará las tendencias recesivas, cuyas consecuencias sociales aumentarán la polarización.

El pensamiento neoliberal no tiene otra fórmula que resignarse y confiar en que las fluctuaciones del riesgo país no dificulten el acceso a fuentes de financiamiento, que llevan necesariamente al aumento sistemático del endeudamiento externo con sus efectos futuros sobre la cuenta corriente y la estructura del gasto público, en la que los intereses de éste desplazan a otros de alta prioridad social: los contribuyentes de mañana deberán financiar con sus impuestos el gasto que en el pasado disfrutaron sus predecesores, tal como ocurre en la actualidad.

Es fácil advertir que la política que se sigue en los países centrales está en las antípodas de la que se sugiere a los denominados emergentes. Ha dicho bien, aunque tardíamente, el Presidente de Brasil, Fernando Cardoso, cuando expresara que la globalización está planteada sobre relaciones asimétricas. Las mismas son impuestas por el sistema capitalista, que no busca la manera más eficaz para resolverlas, sino la más conveniente para obtener beneficios. Que el sistema funcione mal no significa que hay que eliminarlo, sino que hay que mejorarlo.

Los líderes de los países discriminados por la globalización debieran comprender que gobernar es sinónimo de tomar decisiones, y desechar la idea basada en la unidireccionalidad de la política económica, que no resuelve los problemas presentes, sobre todo cuando al poner el acento en la ortodoxia financiera potencia la inestabilidad de la economía real.

4. La razón de la asimetría

La evidencia empírica es suficientemente rica respecto de la asimetría en los ajustes que practican y aconsejan los centros financieros. En ellos, el papel central se otorga a la política monetaria activa, que ajusta por variación del tipo de interés, y produce según sea el caso la devaluación o revaluación de la moneda. Los tres ajustes practicados a la baja en la tasa de interés por parte de la FED desde octubre hasta diciembre de 1998 posibilitaron el sostenimiento de las burbujas especulativas en los centros financieros, pero sirvieron además para devaluar el dólar, principalmente en relación con el yen.

A la Argentina en cambio se la priva de tener política monetaria, y su ajuste debe producirse por vía

fiscal, esto es, por el aumento de la presión tributaria, considerando a la evasión y la elusión generalizada como datos de la realidad y produciendo reformas que afectan siempre a los sectores de menores ingresos. Se cumple además con el axioma que establece que la concentración del poder económico deviene en la del poder político, y que nadie legisla en contra de sus propios intereses.

La asimetría descripta tiene su costo en términos de neutralidad, ya que habida cuenta de la mayor eficiencia instrumental de la política fiscal sobre la monetaria, los centros financieros distorsionan al mercado internacional de capitales. En efecto, si en Norteamérica se hace necesario incentivar la demanda doméstica, lo más aconsejable sería hacerlo por el lado del aumento del gasto público, la reducción de los impuestos y el rescate de títulos de la deuda interna, esto es, con la política fiscal idónea para recuperar niveles de actividad económica y aumentar la demanda laboral.

Pero los efectos económicos de la política monetaria difieren en sus efectos de la política fiscal. La primera tiene una vinculación mayor con los intereses del sector financiero. Se trate tanto del alza como de la baja de la tasa de interés, los operadores arbitran en los mercados de títulos y acciones, de los que obtienen posibilidades de altos beneficios, normalmente exentos del pago de impuestos. ¿Pero qué ocurre con el mercado de capitales de los países emergentes? La decisión de la Reserva Federal es el sustituto de la política monetaria de la que carecen países con tipos de cambios fijos, ya que en ellos la base monetaria depende del nivel de la tasa de interés que no manejan, y que se ve además influenciada por el denominado "riesgo país".

Si por el contrario la política compensatoria se efectuara en el plano de las Finanzas Públicas, no se transferirían al exterior los citados efectos en los mercados de capitales. Tan pronto como se observe el manejo de la política macroeconómica en Estados Unidos, se verá el uso intensivo de la concepción monetarista en lugar de la fiscalista. Esto significa que el costo del equilibrio macroeconómico se pone en los países emergentes. Se llega así a comprender que la identificación entre el neoliberalismo y los sectores financieros es resultante no sólo de una simple preferencia, sino de una muy alta conveniencia. Para quienes tienen capitales nunca es agradable ni conveniente pagar impuestos.

Pero además, el pasaje de una política macroeconómica clásica contracíclica a otra estructuralmente restrictiva persigue como objetivo fundamental controlar todos los riesgos eventuales de tensiones económicas y no a las tensiones mismas, lo cual constituye una diferencia mucho más que semántica.

En síntesis, debe encontrarse la razón de la asimetría con que se manejan los países centrales respecto de las recetas que se imponen a los países de la periferia en la relación de poder que es utilizada para beneficio de los sectores financieros-económicos dominantes en aquellos que han llegado a constituir una estructura que se antepone a las que conforman los poderes políticos. Naturalmente, cuentan con elementos domésticos que favorecen sus estrategias. En algunas oportunidades, los propios gobiernos.

5. El impacto sobre Argentina

Las consecuencias del neoliberalismo en Argentina bajo el régimen de convertibilidad, pueden ser expresadas sintéticamente: crecimiento con estabilidad, sin efecto derrame sobre la sociedad, habida cuenta que es el único país de América Latina donde los salarios reales bajaron y el desempleo aumentó en mayor medida.

El índice de bienestar medido por el acrecentamiento de la incertidumbre respecto de mantener el empleo, y la creciente marginación y exclusión con sus secuelas en términos de drogadicción, delincuencia, crimen y prostitución, ha descendido en menos de una década hasta el punto de sorprender al observador más pesimista. La gente no sabe ni está obligada a saber de economía, pero sufre sus consecuencias. Su futuro se acota en la medida que se estrecha el presente. Asimismo, la corrupción se

extiende por todo el cuerpo social a medida que los sentimientos de solidaridad se debilitan. La filosofía del Mercado ha permeado en la sociedad de modo tal que ha sido suficiente para desplazar, por incapacidad de sostener sus niveles de ingreso, al 60% de la población.

¿Por qué se ha producido esta situación? La respuesta a tal interrogante insumiría mucho más espacio que el destinado a este ensayo, pero podría sintetizarse a partir del diseño de una política económica que, habiendo conferido el carácter de variable instrumental independiente y única al tipo de cambio, restableció el régimen de convertibilidad que los países con tradición en la materia habían abandonado definitivamente luego de la Gran Depresión. Lo que pudo ser un instrumento recomendable para superar la hiperinflación se constituyó en una verdadera trampa al confundírselo con el objetivo más importante de la acción de gobierno: mantener la paridad cambiaria con el dólar independientemente de la evolución de los factores monetarios y reales en Argentina y Estados Unidos desde que fuera establecida.

Así, el régimen de convertibilidad se convierte en la pieza maestra del neoliberalismo para que, una vez asegurada su vigencia, los acreedores internacionales puedan contar con un seguro de cambio gratuito que los ponga a cubierto de eventuales pérdidas de capital por devaluación del peso. Los intereses diferenciales, más altos que los obtenidos en el exterior, arrojan ganancias importantes para quienes vienen a financiar los desequilibrios de los "fundamentals", basados en la extraordinaria confianza que ofrece el "manejo responsable" de la economía argentina.

Veamos la razón de tales desequilibrios. Primero, en relación con el sector externo. En el año 1998 este desequilibrio, que tiende a aumentar y sostenerse en el tiempo, se ubica en el 5% del PBI. ¿Cómo puede esto ser posible, si en esencia la política económica neoliberal descansa en el argumento del aumento de la competitividad argentina y en consecuencia el país debería generar los excedentes en divisas con su propia producción de modo de acrecentar su endeudamiento sólo en la medida en que estuviera justificado en la inversión de capitales en el sector real de la economía? ¿Se cumplieron los requisitos como para que la competitividad mejorara? Si se concede crédito a los defensores de la ideología neoliberal la respuesta debiera ser afirmativa, pero si se repasa el listado de las condiciones que se requieren para que la competitividad de un país sea real y no imaginaria, veremos que no.

Peor aún. Aunque suene extraño, es posible sostener el punto de vista contrario y decir que la Argentina ha perdido competitividad.

5.1 Criterios para la competitividad externa

Primer criterio: para ser competitivo, cualquier país debe tener en equilibrio a su sector externo. Si no lo está y debe acudir al endeudamiento para cubrir su déficit de cuenta corriente, la tasa de interés que pague debe ser inferior a su tasa de crecimiento. Endeudarse es siempre provechoso en la medida en que la rentabilidad de la inversión sea superior al costo de colocar deuda. No ha sido éste el caso de nuestro país. La tasa de interés promedio de su deuda es superior a la tasa promedio de crecimiento del PBI, no obstante haber alcanzado el 6% promedio anual desde 1991. De acá en adelante, producida la crisis de la deuda brasileña, la primera aumentará más y la segunda disminuirá, aumentando la brecha de pérdida de competitividad.

Segundo criterio: la tasa de inflación no debe ser mayor que la de los países con que se comercia en mayores volúmenes. Si así fuera, los precios habrían de aumentar más que los de los países extranjeros, lo cual de hecho conduciría a la devaluación para restaurar la competitividad perdida. Claro está que cuando el desbalance comercial se hace presente, una forma de recuperar el equilibrio es reduciendo las importaciones por medio de la recesión económica, lo cual permitiría simultáneamente el aumento de las exportaciones. Naturalmente, este mecanismo de ajuste externo no conduce a una posición de equilibrio

del sistema, no sólo por su impacto sobre los niveles de empleo e ingresos, sino porque al mismo tiempo induce un círculo fiscal perverso: menores ingresos estrechan la base imponible, y por ende hay menor recaudación fiscal, afectada además por la menor recaudación de aranceles aduaneros en las importaciones y mayores reintegros a las exportaciones por el recupero del I.V.A. Esta la situación que se registra desde el segundo semestre de 1998 en adelante.

Antes de entonces, la cuenta corriente en rojo se financiaba con el aporte de capitales, lo cual se tenía por virtuoso, sin reconocerse que la mayor demanda de divisas era la consecuencia del exceso de consumo originado en los sectores beneficiados por la regresiva distribución del ingreso y la nunca reconocida sobrevaluación del tipo de cambio.

En consecuencia, se aprecia que no obstante satisfacerse este criterio, el mismo no puede desvincularse de los factores que subyacen a la pseudo-estabilidad y sus beneficiarios.

Tercer criterio: la competitividad requiere de una situación interna de pleno empleo, o al menos que la tasa del mismo sea inferior a la de los países con que se comercia. Esta condición es decisiva y de orden superior a las dos anteriores, dado que carece de sentido acudir al ahorro externo a tasas inferiores a la del crecimiento del PBI y mostrar un escenario de estabilidad total si ello se logra por un paro diferencial mayor. El diferencial de paro habrá de aumentar más a partir de la recesión que se instalará en 1999 como consecuencia de la restricción externa no resuelta por la contracción de la liquidez internacional disponible para los países emergentes.

En conclusión, la aptitud competitiva de un país no se mide por el volumen y calidad de los bienes transados internacionalmente, sino por la forma en que los criterios expuestos quedan satisfechos. En este orden de ideas, queda claro que la economía argentina está inserta en el mundo, al costo de sostener un cuadro social desequilibrado, y no puede en consecuencia considerarse en condiciones de competir internacionalmente brindando al mismo tiempo el bienestar requerido por su población. En realidad, no podría considerarse de otra manera si se concuerda con que el comercio exterior es la expresión productiva del país en condiciones de pleno empleo.

Si el sistema no ha ganado en competitividad externa no genera excedentes para su crecimiento autosostenido, y es natural que tenga desequilibrios en su frente externo que deben ser financiados con endeudamiento, el cual, como se ha visto, no resulta en ventajas económicas por el diferencial de tasas. Pero esto no es todo, porque tampoco la ideología neoliberal ha puesto en orden a las finanzas públicas.

5.2 El déficit fiscal

Constituye un verdadero paradigma para la sabiduría convencional neoliberal. Independientemente del grado de ocupación de la capacidad de producción instalada, se afirma que las cuentas públicas deben estar equilibradas a fin de evitar la emisión monetaria para financiar al Tesoro. La macroeconomía se agota en una muy simple operación aritmética. El pleno empleo se alcanza automáticamente, y poco importan los avances registrados por la teoría económica luego de la Gran Depresión. Sin duda, sus lecciones de macroeconomía no llegaron a los avances registrados desde Keynes en adelante.

Pero como la experiencia de nuestro país lo indica, entre 1991 y 1998 el Gasto Público Consolidado creció nada menos que el 125% en moneda corriente, y aunque los recursos tributarios también crecieron, fueron insuficientes para cubrir la brecha, razón por la cual también ha sido necesario acudir al endeudamiento externo, no obstante el producido por la venta de las Empresas Públicas a las que se consideraba responsables de los déficits del pasado.

De esta manera, la presión sobre los productores argentinos tuvo su antecedente, primero en un tipo de cambio que está sobrevaluado3 y discrimina en contra de los bienes transables, efecto que se acentúa

cuando las cotizaciones de los productos en el exterior son inferiores a sus similares argentinos, segundo en el impacto que aporta a la distorsión de la estructura de precios relativos la mayor demanda de bienes no transables por parte del Estado, y tercero porque deben afrontar el costo del financiamiento del mismo por medio de impuestos distorsivos y la tasa de interés real, que hace atractiva al inversor del exterior la compra de papeles de la deuda pública. Con tasas de inflación a valores anuales muy próximas a las de estabilidad absoluta, el costo diferencial del dinero y la mayor presión tributaria, medida por el Gasto Público, constituyen verdaderos agravios a la producción nacional.

La expansión monetaria que tiene su contrapartida en los movimientos de capitales externos se considera virtuosa, mientras que si lo fuera para la colocación de Títulos del Tesoro constituiría una herejía. No se aprecia, o se oculta deliberadamente, que de esta manera la marcha de la economía argentina depende de una variable que nadie en el país controla: los flujos de capitales. De ellos depende la suerte de vidas y haciendas de los argentinos.

Debido a ello no es de extrañar que se dispense más atención y cuidado a los capitales que a los trabajadores argentinos, sean éstos empresarios o asalariados, y que importen más los juicios del establishment financiero local y externo que los de los argentinos, quienes deben sufrir las consecuencias del injusto planteo neoliberal que discrimina en contra de los verdaderos intereses nacionales.

Al plantear en estos términos la problemática la respuesta es que no hay alternativas a la política actual, como si dentro de las restricciones que impone la misma no hubiera posibilidad de redireccionar los pocos instrumentos de los que se dispone. Esto constituye una verdadera trampa intelectual, que el neoliberalismo ha montado a través de sus códigos, y que hace que los economistas en su gran mayoría "hayan comprado" la receta recesiva frente a la presente crisis. Será tal vez porque sobra ejercicio macroeconómico y falta la vivencia de la microeconomía, pero puede ser también porque algunos estén imbuidos de suficiente realismo como para comprender la situación de desventaja que los países emergentes como el nuestro, tienen frente a la tiranía de los acreedores internacionales, y el hecho de que el futuro está enmarcado por la secuencia de estabilidad o devaluación según sea el caso, pero siempre con sacrificio y costo sobre los pobres y los que se van sumando a esta categoría. No habría en verdad otra alternativa.

El criterio de unidireccionalidad y de falta de alternativas es falso y debe rechazarse de plano aún dentro del planteamiento neoliberal. Por ejemplo, ¿quién puede afirmar que el Gasto Público no puede ser cambiado al igual que la estructura tributaria, ambos objetivando una mayor progresividad? ¿Quién puede afirmar que los organismos de control no puedan funcionar para mejorar la calidad de sus servicios y no cometer abusos tarifarios? ¿Quién puede impedir un sistema adecuado para auditar la oferta de bienes sociales tales como la educación, la salud, la justicia, la previsión social? ¿Qué se opone a un eficiente control de las fronteras para evitar la invasión de mano de obra indocumentada, de muy baja productividad, que se aprovecha del gasto público al tiempo que no tributa y remesa al exterior parte de sus ingresos? ¿Quién puede pensar que se puede producir la apertura de la economía sin tener el organismo aduanero adecuado?

El listado precedente no puede considerarse una agresión al orden constituido de manera directa, pero tan pronto como se lo analice con detenimiento se apreciará que no son pocos los sectores de intereses que se benefician de la baja productividad del Estado y su deficiente funcionamiento por apoyarse en un sistema amiguista y clientelista, y no meritocrático como el que impera en los países que imponen a otros las reglas que no practican.

Al neoliberalismo estas sofisticaciones le importan poco y nada, porque todo el esfuerzo está puesto en mantener el sistema financiero sin tensiones y a la Oficina del Presupuesto en equilibrio, sin atender al principio de restricción presupuestaria, porque siempre está abierta la imaginación para crear o aumentar impuestos que recaen fatalmente sobre el reducido universo de quienes los pagan, y también

porque el déficit encuentra a generosos prestamistas dispuestos a arriesgar sus capitales. Ciertamente, el neoliberalismo requiere, para ser practicado con eficiencia, poco más que sumar y restar.

6. El FMI y el neoliberalismo

Una vez que comienzan las dificultades para afrontar los pagos externos, aparece en escena la inefable presencia del FMI, que con el pretexto de ayudar financieramente a los países para superarlas, lo que realmente hace es evitar las pérdidas de quienes asumieron riesgos financieros más allá de lo prudente y transferirlas a quienes deberán ver incrementados sus impuestos, generalmente los más pobres, de modo que se trasladan al futuro los problemas. El F.M.I. y los consorcios de bancos efectivamente aportan capitales para que el país pague a esos mismos acreedores. En definitiva, lo que importa es seguir cobrando los intereses de la deuda que tienen como contrapartida fondos que no estarán disponibles ni para el consumo ni para la inversión local. El F.M.I. es el auditor del endeudamiento y de la recesión estructural, aunque en alguna etapa haya muestras de crecimiento.

Los neoliberales desconocen un principio mercantil muy elemental: nadie se hace rico pagando intereses. En realidad, la proposición válida es la inversa. Los acreedores realizan su actividad, al igual que los grandes especuladores bursátiles de los países centrales, con poco riesgo, dado que siempre estará presente de un modo u otro la mano salvadora que solucionará las eventuales pérdidas. Algunas veces la Reserva Federal bajando tasas de intereses, y otras el FMI proveyendo fondos.

Distinto sería el caso si quienes se sobrestimaron se hicieran responsables de sus errores y asumieran las pérdidas emergentes, tal como impone el mercado al que pontifican pero en el que no creen a la hora de aceptar sus reglas. En todo caso, debieran renegociar sus créditos como cualquier acreedor, y el aporte internacional dedicarse a la expansión de la economía deudora, con el fin de generar recursos externos que a más largo plazo hagan a la sociedad con mayor capacidad de pago. ¿Por qué deben ser los pobres quienes paguen la fiesta a la que no han concurrido? Sencillamente, porque el FMI y los organismos multilaterales de crédito son funcionales a la operatoria del Neoliberalismo en los países emergentes.

7. Conclusión

Lejos de solucionar los problemas del subdesarrollo, la escuela neoliberal los agrava al polarizar en forma creciente a los sectores sociales. Alertar al respecto no implica en modo alguno una crítica al sistema capitalista ni tampoco a la filosofía liberal, pero sí poner de manifiesto que se trata de una corriente de pensamiento de la que sacan ventajas los especuladores, la cual tiene como mérito el hacer creer a los observadores que es la única fórmula viable en el mundo moderno, y que sus principios deben aplicarse urbis et orbis independientemente de las características propias de cada país. Da lo mismo que sea Brasil, México, Argentina, Venezuela o Corea del Sur.

No son iguales Suecia, Italia, Canadá, Japón o Estados Unidos, pero aplican políticas económicas basadas en sus recursos, sus intereses nacionales y en la concepción geopolítica que los caracteriza. Se trata de un problema práctico y no doctrinario.

Nadie puede realizar la función del mercado con más eficiencia, ni nadie puede realizar la que compete al Estado en su rol de orientador, regulador y árbitro de los intereses sectoriales. Estar en oposición al neoliberalismo es estar en contra de una concepción exclusivamente individualista y no social. Es estar a favor de la equidad distributiva, que sólo puede resolverse aplicando criterios políticos.

Es estar a favor del tejido social, que da el carácter distintivo a cada país porque hace a su propia cultura.

El día en que se comprenda que las Instituciones de Bretton Woods deben volver a abocarse a las funciones para las cuales fueron creadas en el marco de una verdadera red solidaria internacional, entonces el Neoliberalismo pasará a ser un recuerdo del pasado. Será el momento en que sus panegiristas deban asumir los riesgos que recomiendan a otros, razón por la cual dejarán de ganar el dinero tan fácil como lo logran ahora a costa de quienes no tienen recursos para oponerles. Será ese el momento que deje de socializarse el riesgo, tal como ocurre ahora, a fines del siglo XX. **c**

Notas

* Doctor en Ciencias Económicas, UNBA, 1959. Master de Economía, Universidad de Columbia, 1964. Ex-Director de la DGI. Ex-Subsecretario de Ingresos Públicos. Profesor Ordinario Titular de Economía, UCA, desde 1965.

1. W. Petty – Treatise of Taxes and Contributions (1662).

2. La obra de este famoso naturalista inglés, apareció el 24/11/1859, y su edición de 1250 ejemplares se agotó en el mismo día. La obra en general, trata acerca de la evolución de las especies, para lo cual se apoya en la aporte de la paleontología entre otras evidencias.

3. A.Buscaglia, citado por el autor en su libro "Política Económica y Exclusión Social", Ed. Macchi, Julio 1998, Bs.As.

q

Crisis Internacional y Revolución Intelectual *

Marcelo Ramón Lascano**

1. Introducción

L a denominada crisis asiática constituye uno de los hechos más importantes ocurridos hacia el final del presente siglo. Al mismo tiempo, ese fenómeno representa un umbral favorable para llevar a cabo una extraordinaria y oportuna revolución intelectual.

Ello no significa una mera coincidencia. El cambio intelectual es una respuesta que surge de una variedad de circunstancias que requieren energía y resolución para no hacer más dolorosa y difícil la posibilidad de superar circunstancias adversas.

Estas expresiones no constituyen una visión vaga u obscura de nuestro futuro cercano, sino un punto de vista realista, que intenta alertar sobre los efectos políticos, económicos y sociales derivados de desalineamientos particulares, los cuales se expanden peligrosamente por todo el mundo a través de manifestaciones variadas, fuerzas diferentes e impactos diversos.

Dado que la crisis comenzó hace más de un año en el sudeste asiático y se ha ido extendiendo a una velocidad inusual, explicaré algunos aspectos importantes del fenómeno haciendo una distinción desde el punto de vista geográfico, con el objeto de captar los hechos salientes, sus momentos, y finalmente algunas interrelaciones que nos proporcionen una visión global.

A fin de cumplir con ese compromiso metodológico, veremos la evolución de los desórdenes globales actuales, comenzando por Asia y continuando con Rusia y los EEUU como capítulo importante del hemisferio occidental. No mencionaremos a Europa y América Latina más allá de referencias casuales o necesarias para enriquecer o expandir algunos puntos de vista.

Tomando en consideración el debate actual en relación a la crisis y el rol del FMI, no hemos podido evitar tocar un tema sensible que se encuentra en el centro del dilema. Se supone de manera generalizada que los organismos internacionales no pudieron hacer nada para evitar los hechos desde el comienzo. Esto es menos cierto como tema de discusión. Es real que los países que sorpresivamente se encontraron en conflicto habían sido calificados tan generosamente que resulta difícil confiar en los argumentos invocados para explicar su descenso sistemático desde entonces.

La reputación y credibilidad del FMI se debilitaron, y se desataron y extendieron hostilidades entre distinguidos académicos y periodistas respetables. Los argumentos utilizados para demoler reputaciones anteriores son tan fuertes que el WSJ reclamó recientemente la destitución del Sr. Camdessus y del Sr. Summers, director gerente del FMI y subsecretario del Tesoro respectivamente. La petición se funda en el manejo de la crisis, su origen, y sobre todo el mal uso del dinero del contribuyente en dudosos salvatajes.

El impacto y las características de la crisis, el rol de los enormes flujos de capital a corto plazo que cruzan fronteras, y las debilidades que afectan a las instituciones financieras internacionales, junto con los criterios de supervisión dominantes y las pautas para mejorar las funciones en el caso de Bancos Centrales Nacionales en materia de búsqueda de una mayor transparencia, son puntos centrales para

asegurar una eficiente asignación de recursos y criterios de supervisión de entidades financieras.

Para terminar trataremos las nuevas regulaciones diseñadas, aún no vigentes, para evitar perturbaciones financieras recurrentes, mejorar al mismo tiempo el desempeño financiero internacional, y preparar el camino a favor de una mejor y más pacífica integración de los mercados de capital sin afectar los niveles necesarios de estabilidad en las economías nacionales.

La crisis y determinados hechos subsiguientes han inducido una tremenda presión para evitar nuevos fracasos en el ámbito bancario y crediticio, tanto interno como internacional. Ello es precisamente para evitar tremendos costos en términos de producción, riqueza y empleo. Como la crisis se transformó en un fenómeno global, no es necesario decir que ningún país o sociedad podía permanecer indemne una vez que mercados e instituciones importantes resultaran seriamente golpeados por las contingencias críticas. Esto es resultado directo e inmediato de la globalización, con sus costos y beneficios.

En tanto los recientes y dramáticos episodios no susciten respuestas intelectuales adecuadas para superar las dificultades actuales, estamos fuertemente expuestos a repetir malas y dolorosas experiencias. De acuerdo con este punto de vista, voy a ofrecer algunas pautas destinadas a lograr este objetivo. Al hacer esto, debemos subrayar la debilidad regulatoria que rodea a las operaciones financieras internacionales, para proponer algunos cambios desprovistos de ideologías pero estrictamente apoyados en ideas, tiempos, y el uso de herramientas eficientes.

Debido a que la crisis internacional actual está abrumadoramente ligada a asuntos financieros, conviene presentar un amplio espectro de su real magnitud. Por lo tanto, tendremos que apuntar a aspectos políticos y sociales1 relacionados con determinados países, sobre todo Rusia, que tiene un rol y un peso importante en los asuntos internacionales y en la estabilidad de Europa central.

2. De una Crisis Regional a una Turbulencia Global

Aún cuando la crisis deba ser vista como una cadena lógica de hechos contemporáneos e interrelacionados, para una mejor exposición del tema dividiremos el tratamiento de la cuestión en tres etapas independientes. Por otro lado, y para ahorrar tiempo, enfocaremos cada crisis a través de sus aspectos más significativos, siguiendo un orden cronológico según los detonantes convencionales generalmente aceptados como hechos iniciales.

En el caso particular de los problemas asiáticos, dejaremos de lado a Japón. Si se lo incluyera, esta presentación debería extenderse demasiado. El punto inicial de la presente crisis en Asia se identifica con el 2 de julio en Tailandia, y se asocia con la flotación y devaluación del baht, la moneda nacional. La extensión de las dificultades es inseparable de los cambios en las expectativas, el comportamiento de los bancos extranjeros, los efectos tipo rebaño entre los inversores, y las recetas y diagnósticos hechos por las autoridades del FMI junto con algunos bancos de inversiones y autoridades de los EEUU.

La crisis rusa, por su parte, podría ser identificada con la turbulencia financiera que comenzó en julio pasado en ocasión del surgimiento de severos problemas en su sistema financiero, dejando de lado la suspensión de pagos declarada unilateralmente a mediados de agosto de 1998. A pesar de este hecho, en el caso de Rusia los mercados financieros se han desplomado, en un contexto de virtual autodestrucción, debido a una profunda fragmentación política y a la disolución del estado como expresión de unidad nacional. Mientras que los países asiáticos mejoraron y demuestran tener una fuerte infraestructura económica disponible para un eventual despegue, eso no sucedería en Rusia debido al retraso en la base industrial y a las debilidades del sector de servicios. Si incluyéramos en la comparación conceptos tales como deuda externa, reservas internacionales, oportunidades de participación en el mercado externo, etc., el abismo en relación a Rusia sería notable, además de las diferentes consecuencias geopolíticas en

juego.

Finalmente, los EEUU tienen su propia crisis, paradójicamente, cuando el país no tiene desafíos notables. La caída persistente de los índices bursátiles Dow Jones desde mediados de julio de 1998 podría adoptarse como un síntoma inicial. Como en los países asiáticos y en Rusia, los temas financieros pasaron a ser la causa principal de la caída, y su evolución un fuerte indicador, alimentado por una interpretación errónea de los indicadores financieros - "exuberancia irracional" en términos de Alan Greenspan en diciembre de 1996. Ha gravitado además un sinnúmero de pequeños factores, que en conjunto lograron inducir equívocas expectativas sin reflexión previa. En presencia de tal turbulencia, los índices bursátiles pasaron a ser el principal indicador.

Esta descripción parece superficial, pero no lo es. Junto con el periodista Robert Samuelson, podemos decir que los EEUU y el FMI han tomado la delantera en abordar los derrumbes económicos en Asia y otros lugares. Tal vez el error consiste en tratar a cada economía como un caso aislado en lugar de enfocar el problema global como una realidad completa a la luz de nuevas ideas, que por otro lado estuvieron en marcha desde tiempo atrás. De acuerdo con Robert Samuelson, el resultado de algunas disfunciones ha creado una suerte de vacío intelectual y político que no es fácil de llenar una vez que las calamidades han dispersado sus efectos por el mundo2.

En este sentido, la superpotencia ha sufrido consecuencias en dos frentes que están ligados entre sí. Primero, debido a sus extraordinarias responsabilidades mundiales. Segundo, en función de una interpretación limitada o cerrada de algunos hechos, que Peter Drucker había denominado 'nuevas realidades' hace una década. Junto con estos dos aspectos, la tendencia predominante en favor de formular un pronóstico sólo a través de indicadores financieros ambiguos ha desvirtuado no sólo el diagnóstico, sino también el pronóstico. Por esta razón, las inadvertidas pero ciertas palabras de Greenspan cosecharon sólo agrias reacciones. La influencia decisiva de ese tipo de metodología puede haber inspirado a un periodista inteligente como Thomas Friedman, para sostener que Rusia está llevando a cabo un mejor proceso de modernización que Indonesia. En medio de problemas similares y vacíos de poder, hay empero una gran diferencia. Los síntomas de unidad como ex superpotencia se han evaporado dramáticamente en Rusia junto con una impresionante huida y substracción de riqueza.3

Aunque estamos concentrando nuestros esfuerzos y atención en tres regiones de la crisis global, deberíamos dar una mirada rápida al resto del mundo. A propósito, podemos tener una breve evaluación preliminar de este fenómeno en el resto de los países, o quizás mejor sobre las regiones restantes. De acuerdo con una evaluación reciente4 del FMI, los efectos de contagio sobre los mercados monetarios y de acciones en los países africanos al sur del Sahara han sido hasta ahora limitados. Las presiones se han intensificado en los últimos meses, y han llevado a una caída considerable de los mercados de valores y a incrementos en los rendimientos de bonos a largo plazo. En el mismo contexto, se registrará probablemente una lenta recuperación de la inversión extranjera.

En el caso europeo podemos encontrar un impacto limitado hasta ahora en las principales economías, a pesar de alguna exposición financiera en Asia y también en Rusia, notable en instituciones financieras de Alemania. Sin embargo, algunas de las economías en transición han sido esporádicamente golpeadas. En el sector real podemos encontrar hasta ahora ciertos aspectos positivos. La reducción de exportaciones hacia Asia ha contribuido a evitar el sobrecalentamiento en países exportadores en posición de avanzada en el ciclo comercial. Los mercados de títulos, por su parte, se han beneficiado con corridas hacia la calidad a países europeos. Como consecuencia, los mercados de valores han alcanzado nuevas alturas aún en medio de una turbulencia generalizada. En países europeos emergentes, se han encarado a tiempo regulaciones para enfrentar la crisis. Sin embargo, esta situación no garantiza complacencia alguna.

De acuerdo con un informe reciente del FMI, "el impacto de la crisis asiática en la mayoría de los países de la ex Unión Soviética ha sido generalizado aunque modesto."5 El hecho de que los países de la

región hayan acumulado poca deuda externa ha contribuido aisladamente a una posición tranquila. El impacto comercial fue diferente debido a turbulencias monetarias, devaluaciones en los mercados asiáticos, escasa demanda, etc. Los aumentos en las tasas de interés podrían tener un efecto adverso sobre la toma de préstamos y sobre nuevas inversiones.

El impacto comercial tuvo lugar a través de la caída en los precios del petróleo, que afectaron en primer lugar a los exportadores. Aún cuando se espera que aumente la toma de préstamos externos por parte de los países de la ex-Unión Soviética, este hecho podría afectar adversamente el crédito y el costo financiero. Las decisiones que se tomaron para apuntalar las reservas fueron insuficientes para detener las presiones especulativas, y obligaron a un mayor endurecimiento de la política monetaria en 1998.

En los últimos años el Medio Oriente y el Norte de Africa también han sido afectados por un buen número de sacudidas externas, de acuerdo con un informe actual del FMI. Resulta difícil separar el impacto de la crisis asiática de tales sacudidas o de la caída en los precios del petróleo y las pruebas nucleares en la India y Pakistán, entre otros problemas de seguridad regionales. La aguda disminución en los precios del petróleo también ha tenido efectos macroeconómicos dramáticos vía transferencias al extranjero, afectando al mismo tiempo a otros países en la región.

Muchos países de Medio Oriente y del Norte de Africa enfrentan casi simultáneamente vulnerabilidades similares a las registradas en los países asiáticos en crisis, tales como fijaciones de tasa de cambio sumamente rígidas, debilidades en la regulación prudencial y en la supervisión de los sistemas financieros, e insuficiente transparencia.

La crisis asiática no ha sido tan destructiva para esta región como lo fue la crisis mejicana, pero ha tenido significativos efectos sobre las economías menos desarrolladas. La afluencia de capital se redujo considerablemente desde noviembre de 1997. Los mercados de títulos y de valores han ido declinando aún cuando la respuesta política en América Latina fue rápida y decisiva. Como resultado de algunos desalineamientos, tales como déficit fiscal y externo conjuntos, sus impactos respectivos probablemente se extenderán. Con todo, se espera que el progreso sustancial que se hizo al reducir la inflación continuará su curso.

3. La Crisis Asiática: una interpretación del FMI

Como ya se ha dicho, la reciente crisis asiática, dejando de lado a Japón, comenzó el 2 de julio de 1997. Un desorden monetario y expectativas diversas en el mercado de cambio extranjero, provocaron la flotación y la devaluación simultánea del baht. Como consecuencia, los efectos de contagio y de conductas tipo rebaño difundieron la crisis hacia casi toda la región del sudeste asiático. Aunque la variedad de presiones tuvo diferentes impactos, ningún país pudo resistir los duros y rápidos ajustes dirigidos a hacer frente a los dolorosos desafíos reales y potenciales. Indonesia, Corea del Sur, Filipinas y Tailandia han sido los más acosados, mientras que otros países hacen frente a la tormenta en un contexto geopolítico demasiado sensible y estrechamente ligado al resto del mundo. Esto explica en parte la difusión de los desalineamientos globales.

Mas allá de las fuerzas económicas puras y estrictas, la expansión de la crisis se vio fuertemente inducida por un diagnóstico equivocado y por influencia de las peores recetas para detener la marea. La influencia predominante de terapias de choque para solucionar rápidamente algunos problemas emergentes dejó de lado un sinnúmero de detalles claves y de rigor, que tampoco se ven regularmente en análisis inspirados en enfoques convencionales. Por ejemplo, en agosto de 1997, el FMI sorprendentemente elogió a Corea por sus logros, aunque un poco más tarde el país debió sufrir el más severo programa económico jamás experimentado6. Este enfoque lanzó al país a una devaluación drástica y a una compresión monetaria brutal, que por sí mismas agregaron turbulencia y

desestabilización política. El mismo cuadro puede verse en todos lados.

Permítaseme reproducir un breve catálogo elaborado por personal del FMI. Mi objetivo es ofrecer los contenidos de varios puntos que constituyen aspectos medulares en su metodología para interpretar las situaciones críticas, e implementar recomendaciones para corregirlas.

a. De acuerdo a la versión del FMI7 con respecto a la crisis asiática y sus aspectos salientes, el organismo internacional encuentra:

1. Recalentamiento por acumulación de presiones, más evidentes en el caso de déficit externos recientes y en algunos lugares debido a valorizaciones excesivas en los mercados de propiedad y valores;

2. El mantenimiento prolongado de tasas de cambio fijas, en algunos casos a niveles insostenibles, que complicaron la respuesta de las políticas monetarias a las presiones de recalentamiento, y que pasaron a ser observadas como garantías implícitas del valor de cambio, favoreciendo la toma de préstamos externos y llevando a una exposición excesiva el riesgo de cambio externo, tanto en sectores financieros como societarios;

3. Precarios criterios para poner en vigencia regulaciones prudenciales e inadecuadas prácticas para la supervisión de los sistemas financieros, junto con políticas de préstamos dirigidas gubernamentalmente, que llevaron a un agudo deterioro en la calidad de las carteras de créditos bancarios.

4. Problemas resultantes de la limitada disponibilidad de datos y falta de transparencia, los cuales dificultaron que los mercados participantes tuvieran una visión realista de los fundamentos económicos;

5. Problemas de gobernabilidad e incertidumbres políticas que empeoraron la crisis de confianza y alimentaron la renuencia de acreedores extranjeros a renovar los préstamos a corto plazo, lo cual llevó a presiones descendentes sobre los mercados monetarios y de valores.

b. Algunos factores externos también jugaron su papel y muchos inversores extranjeros sufrieron pérdidas sustanciales. Por ejemplo:

1. Los inversores internacionales subestimaron los riesgos, ya que buscaron rendimientos mayores en un momento en que las oportunidades de inversión aparecían menos rentables en Europa y Japón debido a un crecimiento económico lento y a bajas tasas de interés;

2. Dado que varios tipos de cambio en el este asiático estaban atados al dólar estadounidense, las amplias oscilaciones en el tipo de cambio dólar/yen contribuyeron a la intensificación de la crisis a través de cambios en la competitividad internacional. Estos probaron ser insostenibles, en particular la apreciación del dólar estadounidense desde mediados de 1995 en relación al yen. Luego, las pérdidas de competitividad asociadas con monedas pegadas al dólar contribuyeron a retrasar exportaciones en 1996/1997 y a magnificar desequilibrios externos.

El Profesor Jeffrey Sachs8 no comparte en absoluto dichos puntos de vista: "No hay una razón fundamental para la calamidad financiera en Asia, excepto el pánico financiero en sí." Después de tal juicio, dice que la necesidad de una reforma significativa en el sector financiero en Asia es real, pero no causa suficiente para el pánico, y menos una justificación para ajustes macroeconómicos severos.

Asia está tambaleando no por una crisis en los fundamentos, sino por una retirada por iniciativa propia de préstamos a corto plazo. Tal conducta es alimentada por el reconocimiento por parte de cada inversor de que todos los otros inversores están haciendo lo mismo. Dado que las deudas a corto plazo exceden las reservas en moneda extranjera, el pánico es la respuesta. Para Sachs, en ese escenario fue erróneo imponer estrategias severas de contracción macroeconómica, y resulta difícil ver cómo una política monetaria recesiva podría restaurar la calma. Cuando los bancos, tanto locales como extranjeros, rechazaron bruscamente renovar algunos préstamos, todo el sistema se cayó.

Un año más tarde, el FMI9 declaró que "debido a que los problemas en el sector financiero eran la principal causa de la crisis, la pieza central de los programas asiáticos ha sido la reforma completa de los sistemas financieros". Como se puede ver, existe una abrumadora influencia de los enfoques monetarios y eventualmente fiscales. Este criterio no representa en absoluto puntos de vista erróneos, sino que prueba ser una excesiva simplificación de la realidad, lo cual es diferente e implica consecuencias más riesgosas, tal como sucedió.

El mismo FMI10 reconoció que "ya ha comenzado a extraer lecciones de cómo fortalecer la arquitectura del sistema financiero internacional, de manera de disminuir la frecuencia y severidad de perturbaciones futuras." Estas sinceras reflexiones cambian en cierta medida el diagnóstico primario de la crisis, sobre todo en momentos en que la buena gobernabilidad y la lucha contra la corrupción están corporizadas como importantes capítulos en lo que parece ser una nueva agenda, anteriormente plagada de categorías económicas y financieras, que en ocasiones no llegan al núcleo de los problemas.

4. La crisis rusa: un enfoque político

Rusia ha estado por largo tiempo en desorden. Desde la caída del famoso muro de Berlín, el país no encuentra la manera adecuada de encarar los logros necesarios para constituir una sociedad moderna. El país dejó de ser un centro arrogante, y ha pasado a ser una sociedad que no tiene las instituciones indispensables para evolucionar y prosperar. La ansiedad por adoptar instituciones exóticas que jueguen el mismo rol que en las sociedades capitalistas desarrolladas ha terminado en una absoluta frustración.

Toda la historia de Rusia explica lo difícil que ha sido siempre instalar autoridades y establecer prescripciones constitucionales en una atmósfera de tan severas tensiones y contrastes, que la autoridad ha sido regularmente confundida con autoritarismo. En tanto los nativos y los poderes occidentales no entiendan la idiosincrasia rusa, será muy difícil comprender las convulsiones actuales y pasadas11.

En asuntos económicos no debería ser diferente si consideramos la actividad comercial como un capítulo importante de la conducta humana. Por esa razón no interesa subrayar irregularidades que deberían haber sido contempladas antes a la luz de pronósticos cuidadosos. Que las reformas y la privatización masiva fueron un engaño, son argumentos comunes y tardíos en el mismo sentido que "las elites rusas han saqueado el capital nacional y encauzado la mayor parte de las ganancias hacia el exterior." Bajo las mismas reglas, todo lo que sucedió era previsible, y si no fue previsto se debió a un fuerte vacío político, legislativo y judicial. Haber pensado que los Organismos Internacionales, los Bancos o las grandes corporaciones podían haber remediado espontáneamente esa situación bajo el paraguas de las esperanzas democráticas habría sido un grave error, si no una visión superficial de los hechos.

Jim Hoagland12 enfatizó hace poco tiempo que Rusia debe concentrarse en afianzar el imperio de la ley y un auténtico sistema de libre mercado. Estamos de acuerdo en eso, pero cuando acto seguido aboga para que Moscú acepte una participación sustancial de la propiedad extranjera de las sensibles áreas de gas y petróleo, incurre en un grave error, porque parece adherir a tácticas irregulares en vigencia. Estas no favorecen una eventual estrategia dirigida a implantar el gobierno de la ley para regular toda la vida social y no sólo para abrir oportunidades comerciales.

En un contexto de confusión ostensible acerca de las circunstancias nacionales, donde podemos ver la hegemonía predominante del diálogo económico, Charles Krauthammer, nos recuerda el punto central: "¿Por qué deberíamos nosotros interesarnos más por el triunfo del capitalismo ruso que los mismos rusos?"13. Esta es una reflexión sumamente importante, que adecuadamente ubicada y en el contexto debido, podría contribuir poderosamente a solucionar un problema crucial para todo el mundo y específicamente para el pueblo americano.

Para la experiencia rusa reciente, el asesoramiento económico de occidente fue absolutamente errado. Por ejemplo, reformas mal manejadas, como la insistencia según la cual los 15 estados sucesores de la Unión Soviética debían compartir una moneda común, no sólo demoraron los objetivos de estabilización sino que debilitaron el apoyo político para urgentes e indispensables reformas14.

Después del desmoronamiento del sistema político y su economía, vale la pena repetir la aseveración del Profesor Martín Malia: "La única certeza en relación a la crisis presente en Rusia es que marca con certeza el final de una era – los años de Yeltsin – y muy probablemente el final de la teoría, ampliamente proclamada hace sólo una década, que la democracia de mercado ha triunfado como ideal universal."15 En esta experiencia, la liberación de precios, la privatización y el rublo estable, han demostrado por ahora ser una agobiante frustración. Los peligros no están sólo circunscriptos al territorio ruso. La diseminación de los efectos podría proyectar sombrías consecuencias, dado el peso específico de ese país en los asuntos internacionales. Las 7.000 cabezas nucleares disponibles, aparentemente fuera del control de las autoridades centrales, y la exposición de bancos occidentales, especialmente de Alemania, son fuertes testimonios. De diferentes maneras ambos aspectos representan reales amenazas contra los niveles actuales de estabilización, tanto en asuntos militares como en el sistema financiero estadounidense.

5. La turbulencia financiera en Estados Unidos y sus consecuencias: un optimismo financiero excesivo

En medio de un impresionante éxito económico, los EEUU podrían hacer frente a algunos síntomas desestabilizadores en el futuro cercano. Como Lehman Bros afirmó con certeza: las economías en crisis no son en general lo suficientemente grandes como para arrastrar directamente a los EEUU y Europa hacia la recesión. Sin embargo, esos países, y aún más Japón, podrían comenzar a dañar la confianza comercial y consumidora europeas y estadounidenses, en cuyo caso la recesión podría ser probable.

Fuerte crecimiento, empleo casi pleno, sistema financiero saludable, disciplina fiscal y ventaja competitiva internacional en varios campos, son, junto con la alta reputación del dólar, una manifestación global de fuerza. Pero en el mismo contexto la "exuberancia irracional" podría revertir las expectativas y afectar la continuidad de la tendencia al debilitarse los precios de los activos financieros. En este caso, los deudores pueden enfrentar cambios de expectativas debido a modificaciones o postergación de planes para decisiones de consumo e inversión en ejecución.

Por otro lado, la economía de EEUU no se encuentra aislada. Más allá de la fortaleza que representa, la actividad comercial no podría mantenerse independiente del resto de los eventos mundiales. Este hecho es más importante en el medio financiero, tanto interno como internacional. Cotizaciones en declinación en la Bolsa de Wall Street o en cualquier otro lugar demandarán ajustes en los balances que tarde o temprano se reflejarán en el sistema financiero, vía nuevas previsiones y exposiciones bancarias a diferentes niveles de instituciones. En el sector real, por su parte, los países vulnerables a las caídas en los precios de las materias primas en casi 30% ejercerán impacto sobre la actividad comercial estadounidense de dos maneras. Primero, dado que esas pérdidas representarán menores ventas para exportadores estadounidenses. Segundo, porque debido a la situación financiera tambaleante en el exterior algunos bancos acreedores estadounidenses podrían sufrir atrasos, y eventualmente enfrentar insolvencias contraproducentes que extenderían aún más las debilidades sobre todo el sistema.

En estos casos, el mayor riesgo es, como ha dicho recientemente Martin Wolf del Financial Times, que la milagrosa maquinaria de la riqueza podría retroceder16. En tales condiciones no es tarea fácil mantener extraordinarios y dorados indicadores en medio de amenazas de declinación global, si no de depresión. Este escenario es testimonio elocuente de la globalización, sus causas y efectos.

Por muchas razones, la invulnerabilidad estadounidense tiene sus límites, al igual que el excesivo optimismo financiero. Este ha extendido su influencia durante largo tiempo y a registros que nunca antes se habían alcanzado, ni siquiera en el umbral de la legendaria crisis de 1929.

La reciente y severa caída en valores y bonos debería demandar una revisión completa de las prácticas económicas y financieras llevadas adelante en la última década. Resultó inquietante que a pesar de las alarmas que anunciaban problemas en diferentes lugares el hecho no llamara la atención, sobre todo en círculos financieros, como si las interrelaciones entre los mercados de valores, bienes reales y bonos, no fuesen tan importantes.

Una vez que las cotizaciones se desplomaron y las distorsiones se difundieron, algunos sectores rescataron las tempranas advertencias de Greenspan, y parecen ahora estar dispuestos a escuchar otra versión de los hechos que gobiernan la economía global. Aún cuando los EEUU siguen siendo fuertes inevitablemente surgirán desalineamientos financieros. Oculto entre confusiones permanece el problema de la libertad o no del mercado internacional de capitales, y de las nuevas reglas que se requieren para detener acciones especulativas sin interferir en la inversión directa y en los desplazamientos de otros flujos en la arena mundial.

Para evitar la profundización del efecto dominó, según el cual algunas tendencias van desde un país o continente sucesivamente a otros lugares, sería necesario pasar de regulaciones permisivas a otras más estrictas, destinadas a disminuir los impactos de flujos cuyos efectos generan tensiones desestabilizantes. A pesar de la renuencia de sectores empresarios muy comprometidos con arbitrajes irresponsables, el problema está ahora en la agenda, uno de cuyos aspectos más notables lo denuncian la turbulencia destructiva que estamos viviendo y la amenaza de una recesión global que era inimaginable hace poco tiempo atrás.

El problema monetario es la cuestión esencial para corregir las distorsiones globales desatadas y para reclamar a la Reserva Federal que actúe de manera preventiva con el objeto de encarar y compensar las repercusiones implícitas sobre la actividad comercial, las instituciones financieras, y el liderazgo mundial de EEUU.

6. La crisis global y el Sistema Financiero Internacional

El sistema de tasas de cambio fijas de posguerra, si bien inicialmente exitoso, no maduró bien: los gobiernos interfirieron indebidamente en el flujo internacional de capitales, permaneciendo renuentes a corregir tasas de cambio fundamentalmente mal alineadas. El nuevo régimen, el libre flujo o no de capital, y las tasas de cambio flotantes, pudieron ser una decisión costosa.

Esas expresiones, sobre todo cuando provienen de un banco de inversiones líder como Lehman Bros, conllevan un peso mucho más importante debido a que los actores financieros siempre han preferido regímenes de cambio irrestrictos antes que controlados. Pero ahora ha triunfado la necesidad de un nuevo régimen. En consecuencia, parece ser menos cierto y compartido el juicio en favor de un sistema generalizado de movimiento libre de capitales y tasas de cambio flotantes.

En tanto circulen olas especulativas en el globo, parece probable que la situación empeore y que por ende todo se encuentra en discusión. En este contexto particular, un artículo de fondo publicado por el Financial Times de Londres podía decir: "Un retorno a una mayor confiabilidad en los controles de capital sería menos perjudicial para la economía mundial que la protección comercial."

Posturas cambiantes, influenciadas por provenientes en parte del FMI, agencias de evaluación de créditos y en menor medida los medios, fracasaron en comprender los alcances de la liberalización de la cuenta capital de Asia junto con el proceso de desarrollo financiero corporativo. El predominio de

fondos a corto plazo aplicados a financiar inversiones a largo plazo, expuso a algunas economías a severas tensiones de liquidez y a fuertes turbulencias apenas el mismo tipo de fondos se alejan del país, desatando fuertes desalineamientos en las tasas de cambio. En la nueva atmósfera internacional, ningún país puede quedar indemne frente a tales acontecimientos.

El mundo se encuentra bajo presiones que reclaman cambios y soluciones creativas. Tal situación supone la necesidad de innovación, destinada a reparar y mejorar las reglas del juego en el medio financiero. En ese sentido, las organizaciones financieras internacionales deben revisar sus objetivos, reglas y marco legal. La pieza central de la estrategia debería contemplar la movilidad de capitales a corto plazo a través de las fronteras. Debe existir una clara y marcada diferencia entre aquellos flujos desestabilizantes y el resto de fondos que se mueven libremente pero son atraídos por funciones productivas. Chile, Malasia y Colombia han hecho tales distinciones de manera fructífera hace mucho tiempo.

Los países líderes y las instituciones financieras internacionales deberían unirse para llevar a cabo la importante tarea de poner orden en los asuntos mundiales y así impedir la extensión de la ola de países heridos debido a la variedad de desórdenes que amenazan la paz internacional y la prosperidad global. No debe olvidarse que una vez que la crisis amplía su radio de acción, los efectos se diseminan sin detenerse y la depresión y los ajustes pueden durar varios años, como ya ha sucedido durante los treinta. Es muy importante darse cuenta de que estamos enfrentando hechos económicos e históricos de envergadura, que suelen acarrear fuertes cambios políticos en los países y en el mundo. La segunda guerra mundial fue precedida por dificultades económicas y financieras similares.

La idea de un estricto control sobre los fondos a corto plazo a través de las fronteras ha ganado espacio, y se ha incorporado a un nuevo y actualizado vocabulario. El problema es cómo poner en vigencia las nuevas reglas y evitar desviaciones contra el libre comercio. En esta inteligencia, debemos considerar por lo menos tres pautas útiles. Primero, la estrategia debe estar estrictamente limitada a los flujos de capital a corto plazo. Las reglas deben ser claras, de manera de no desalentar inversiones a largo plazo. Segundo, como los controles de capital están a menudo sujetos a distorsiones y corrupción, cuanto más simples sean las regulaciones, mejor. Tercero, esta herramienta debería usarse para apoyar las reformas pero no para evitarlas o posponerlas.17

Teniendo en consideración que este tema ha constituido una pieza central en reuniones recientes y que se deberían hacer considerables esfuerzos para poner en vigencia las nuevas reglas lo antes posible, quienes estén a cargo de las reformas deberían analizar los fuertes lazos existentes entre la crisis monetaria internacional y los trastornos y cambios en las cuentas corrientes de los balances de pagos junto a los regímenes de tasas de cambio fijas o flotantes, con el objeto de proteger en cierta medida los sistemas económicos de abruptas embestidas especulativas. El tema de las monedas nacionales vinculadas con monedas fuertes, tales como el dólar o el marco, merece atención para diseñar políticas comerciales eficientes y mitigar los grados de vulnerabilidad que se desprenden de un amplio espectro de pagos internacionales, tales como los denominados invisibles.

La búsqueda de esa compatibilidad no es una cuestión menor debido a la falta de control oficial sobre los bancos, en un contexto de amplia movilidad de capitales de corto plazo que podría transformarse en un cóctel internacionalmente explosivo. De la misma manera sería peligroso aceptar incondicionalmente un sistema de tasas de cambio fijas sin controlar los flujos extranjeros de corto plazo, independientemente de los estrictos requerimientos técnicos en materia de préstamos bancarios. Sería útil repetir una reflexión reciente del W.P.18 sobre hechos recientes de singular importancia: el contragolpe en Hong Kong y Malasia refleja un enojo creciente entre los líderes comerciales y oficiales en toda Asia contra el poder de los mercados financieros mundiales para desestabilizar sus economías. El Sr. Mahathir Mohamad19 por su parte agregó "El único modo de manejar la economía es aislarla de los especuladores y negociantes de monedas". Para él, "el libre mercado ha fracasado por sus abusos."

Créase o no, la futura reforma está siendo pensada y basada en las mismas premisas: excesos y abusos.

7. La necesidad de una revolución intelectual

Estamos viviendo en circunstancias especiales en un mundo cambiante. El fin de la historia constituye una suerte de fantasía, destinada a anunciar la muerte de las ideologías. Dado que esta premisa supone el triunfo de la democracia y el capitalismo como único modelo social capaz de alcanzar la felicidad colectiva, se debería reconocer que ese enfoque implícitamente ignora que tanto la democracia como el capitalismo representan otra clase de ideología, más allá de que apoyemos abiertamente sus postulados.

En tanto se pretenda aplicar el "modelo" en todo el mundo, sin considerar aspectos nacionales y culturales específicos, aquél también se transforma en una ideología peligrosa. El enfoque asiático conocido como "una manera diferente de hacer las cosas", y la insistencia occidental de adaptarlo de acuerdo a nuestras propias características, son testimonio de presiones ideológicas. La demoledora y compulsiva crítica occidental en contra del estilo asiático está, paradójicamente, debilitando nuestro propio mundo occidentalizado, dado que la crisis actual no ha dejado ningún país indemne, ni siquiera los EEUU a pesar de su poder y prosperidad.

La crisis asiática, mal manejada por los organismos internacionales, particularmente el FMI, no es independiente de las presiones y métodos ideológicos. Como consecuencia, todo el sistema financiero mundial experimenta fuertes dificultades que todavía no han terminado. Los Profesores Sachs, Radelet, Feldstein y Stiglitz han escrito extensamente sobre los fracasos intelectuales y los daños comerciales resultantes de la terapia aplicada bajo el paraguas del FMI. Más recientemente, Paul Krugman20 hizo lo mismo a través de un conjunto de recomendaciones destinadas a paliar la crisis en Japón, la cual no sólo está durando demasiado, sino que está diseminando peligrosas amenazas al resto del mundo.

El mundo tiene necesidad de nuevas ideas. No esquemas arrogantes o inflados que se ponen automáticamente en movimiento, sino respetar las particularidades nacionales en un contexto que, aunque lleno de reglamentaciones, sirva para favorecer la convivencia internacional sin interferencias en los asuntos locales o internos. El nuevo enfoque no debe dañar a terceros países ni perturbar el mínimo equilibrio que ya se ha alcanzado en diversos asuntos internacionales. China e India, a pesar de encontrarse fuera de programas bajo la supervisión del FMI, están menos dañados que los países que sucumbieron a las presiones occidentales para adoptar "prácticas más eficientes y saludables." Es notable el caso de Tailandia. De acuerdo a Joe Stiglitz, "si Tailandia hubiese mantenido las regulaciones en contra de fondos de corto plazo y no hubiera atendido a pautas de 'afuera', quizás el país no estaría ahora sufriendo su primera crisis en tres décadas"21.

La intervención del FMI al final ha complicado el escenario. Desde julio de 1997, a través de drásticas políticas fiscales y monetarias implementadas para encarar una crisis local o regional, la receta empeoró las cosas debido a la rápida transmisión de conflictos a través de los sistemas financieros. Las acciones, los bonos, las propiedades, no pudieron resistir las consecuencias, y los intereses mundiales se han visto perjudicados en medio de una enorme turbulencia. El objetivo de restaurar algunas nociones exóticas de equilibrio a través de fuertes frenos ha sofocado la actividad económica y empeorado el manejo fiscal y monetario. Como resultado, las tasas de interés también aumentaron dramáticamente. La sabiduría convencional ignoró una vieja regla de Schumpeter, escrita en 1928: "El crédito pasa a ser un elemento esencial en el proceso de innovación." En Asia, debido a ajustes inadecuados, el crédito casi ha desaparecido, privando a la actividad comercial de un ingrediente vital en el proceso capitalista o en economías monetarias. En Rusia, aún cuando se trate de un contexto diferente, la escasez del crédito generó los mismos efectos, pero en medio de una extraordinaria turbulencia política y débiles

instituciones.

El error consiste en aplicar frenos donde no corresponde. Frente a una crisis financiera típica, sin embotellamientos globales, esa estrategia sólo genera recesión, desempleo, y una profundización de las tendencias subyacentes. Las recetas actuales son tan erróneas, que hace sesenta años Schumpeter nos advirtió acerca de los posibles resultados de ciertas políticas restrictivas. Es más fácil sofocar la prosperidad con una tasa alta de interés que aliviar la depresión con una baja tasa. Este punto de vista es muy importante en este momento no sólo para los EEUU sino también para Japón. De hecho, tasas más altas podrían detener la expansión sostenida presente en Estados Unidos. Tasas bajas, por su parte, no cambiarían en Japón las tendencias negativas en su actividad económica, aún cuando el país tiene enormes ahorros y fuertes reservas internacionales. Bajo una recesión o depresión, nadie solicita créditos a menos que las expectativas cambien drásticamente.

Por estas razones, deberíamos prestar atención a las nuevas realidades, y con Peter Drucker buscar nuevos paradigmas diseñados para las presentes circunstancias. Los nuevos paradigmas no suponen necesariamente un cambio radical. Por el contrario, buscamos con ello afirmar nuestros valores culturales y preservar nuestros fundamentos económicos, que nacieron hace veinticinco siglos y se desprenden de nuestras raíces griegas y latinas, tales como los mercados libres, precios justos, libertad de elección, principio de subsidiaridad, propiedad privada, e imperio de la ley. Por supuesto, dejando grados aceptables de libertad que permitan a cada país conservar sus tradiciones culturales y religiosas como garantía de libertad sincera.

Se supone que la comunidad internacional encontrará los medios para encarar esta crisis y doblegar su turbulencia financiera y los desórdenes sociales. Los líderes mundiales ya han adoptado algunos pasos para hacerlo lo antes posible. Se ha dicho también que nuevas reglas financieras internacionales van a ser puestas en vigencia para rescatar a algunos países de sus propias crisis y retomar cuanto antes el camino del crecimiento.

En el centro de la escena se debería establecer algún control de fondos de corto plazo cuando cruzan las fronteras, de la misma prudente manera que el GATT, según sus reglas a favor del comercio mundial y en contra del proteccionismo y las prácticas desleales, que habían estado distorsionando las transacciones antes de su creación hace medio siglo22.

Hemos dicho bastante acerca de una reforma financiera adecuada a las circunstancias, pero es necesario subrayar el tema debido a que trasciende los meros ajustes de corto plazo. Lo que yace en el centro del asunto es tanto recuperar el crecimiento generalizado como prever nuevos fracasos financieros, cuyas consecuencias podrían profundizar la crisis. Como dijo William Pfaff23 recientemente: "EEUU ha dado pruebas de ser perfectamente capaz de distinguir entre cruzadas e intereses." Para evitar un cuestionamiento severo, evitemos salvatajes y otros intereses ocultos y comencemos la elaboración de reglas sobre una base segura y duradera. Para atacar con éxito el descenso global, deberíamos entender y no subestimar la complejidad de la sociedad internacional en un clima donde la relevancia del modelo americano está ampliamente exagerado.

El enorme monto de dinero comercializado diariamente debería estar sujeto a reglas claras y estables. Se lo puede llamar control de cambios con o sin supervisión bancaria a niveles nacionales e internacionales. Al hacerlo de esta manera, el dinero de corto plazo debe estar en el centro de la estrategia. En ningún caso las regulaciones deberían representar restricciones contra inversiones extranjeras o sobre fondos de mediano y largo plazo. Por supuesto, para lograr que las cosas funcionen adecuadamente, las reglamentaciones monetarias deberían complementarse con regulaciones comerciales de acuerdo con el estatuto de la OMC24.

Por otro lado, los programas de ajuste diseñados por el FMI tienen que ser controlados para evitar las mismas recetas para males diferentes. El Profesor Krugman lo hizo así al proponer un modelo diferente para hacer frente a la crisis que afecta a la segunda economía del mundo. Mientras que el FMI y la

sabiduría convencional han estado recomendando un ajuste tradicional, sobre todo monetario y fiscal a la manera rutinaria, las propuestas de Krugman están destinadas a provocar un impacto inflacionario para vencer la fuerte resistencia al gasto por parte de los consumidores japoneses. Bajo condiciones inflacionarias, el ahorro es penalizado como si estuviera sujeto a un impuesto25.

En una economía con fuerte capacidad disponible, la idea clave es provocar una sacudida inflacionaria para inducir a gastar más y ahorrar menos. El alza de precios en un contexto de baja retribución para el ahorro monetario podría inducir a gastar y hacer que el sistema funcione a niveles más altos. En tanto la oferta pueda exceder la demanda, este hecho debería compensar la brecha y renovar el dinamismo nacional y mundial.

Finalmente, paradigmas nuevos y actualizados deberían contemplar y evaluar la totalidad de los nuevos instrumentos financieros, y la velocidad a la que se están expandiendo los agregados monetarios, y simultáneamente examinar la mejor manera de mejorar las finanzas públicas internas en un mundo integrado y acosado hasta ahora por una multitud de desafíos en los frentes social y político, que han estado perjudicando a países y regiones sin diferencias marcadas.

La coordinación entre países y organismos internacionales tales como el FMI, BIS, OMC y otros, debe contribuir a profundizar las reformas bancarias y los criterios de supervisión de la misma manera. Para asegurarnos de alcanzar nuestros objetivos, no debemos confundir o identificar regulación con represión. La última tiende a asegurar coercitivamente el comportamiento adecuado del sistema. La primera sólo persigue poner límites para prevenir su expansión indeseable. Junto con propuestas específicas sería indispensable adoptar las llamadas reformas de segunda generación, que comprenden la justicia, la educación y la administración pública, como así también el conjunto del sistema financiero público y privado para mejorar el dinamismo social y la felicidad colectiva.

8. Consideraciones finales (post scriptum)

Las reflexiones que siguen responden a la necesidad de actualizar un tema económico-financiero, que sin duda está en el núcleo de todas las agendas de discusión internacionales.

En "La Crisis Financiera en Asia y la Economía Internacional", publicado por la Fundación Okita, habíamos anunciado las reformas que se insinuaban en el horizonte. Transcurrida la reunión conjunta IMF-World Bank en octubre de 1998, y en estado de gestación de nuevas directivas, vale la pena volver sobre un tema que seguramente influirá sobre el futuro global de una manera decisiva.

Una revolución intelectual como la que encabezaron los clásicos (Smith, Ricardo, S. Mill) arrasando el sistema mercantilista, o Marx y Engels desafiando al capitalismo liberal, necesita independencia de juicio, inspiración en las nuevas realidades, e imaginación creadora como la del Lord Keynes de la Teoría General, concebida precisamente para salvar al capitalismo de acechanzas que durante la crisis de los '30 no constituían fantasías doctrinarias.

En esta inteligencia, la revolución intelectual que aquí nos ocupa está limitada sólo a poner orden en el desorden "sistémico" que gobierna el sistema financiero internacional. Las iniciativas se debaten, como siempre, entre extremos. El abanderado de la libertad irrestricta, Milton Friedman, dice que "la crisis económica global es el resultado de la intervención gubernamental en el mercado, internamente vía préstamos, subsidios o impuestos y externamente vía el FMI y otras dependencias" (WSJ Octubre 13,1998). En la otra punta, George Soros, un intelectual refinado, especulador y filántropo, "quiere evitar que el sistema capitalista global se destruya a sí mismo... por imperio de una suerte de fundamentalismo de mercado que podría arrastrar al planeta a una grave crisis" (The Crisis of Global Capitalism). Entre otras iniciativas, propicia una corporación de seguro de crédito internacional con amplias funciones y facultades ordenadoras. El famoso tema del riesgo moral y los costos privados está

implícito en su enfoque.

En el núcleo de la cuestión yace el fenómeno de los movimientos internacionales de capital. A nadie medianamente sensato se le puede ocurrir que los vientos de reforma escondan la intención de implantar trabas indiscriminadas a los mismos. En esencia, las iniciativas subrayan las imperfecciones que generan y el peligro que conllevan los flujos de corto o cortísimo plazo, dejando amplio margen para la inversión extranjera directa y los movimientos de fondos de mayor duración o madurez. En esta inteligencia se recuerda que los países menos lastimados, como la India y Taiwan, escaparon a la turbulencia gracias a criterios discriminatorios o defensivos compatibles con las disposiciones del estatuto del FMI, en tanto éste admite regulaciones en la cuenta capital de los balances de pagos según las necesidades ponderadas de cada miembro.

El debate se centra entonces en la liberalización completa de la cuenta capital, sin omitir ajustes en los sistemas financieros nacionales e internacional. Hasta hace poco tiempo, era impensable rebelarse contra el criterio de apertura sin restricciones. Empero, la crisis en países sanos y enfermos modificó los enfoques con algún realismo digno de mención. El mismo Camdessus denunció la "liberalización desordenada" de los capitales (La Nación, Octubre 27, 1998). Como recuerda Martin Wolf (Frail Orthodoxy, FT, Octubre 21, 1998), "la respuesta honesta a la pregunta hasta dónde liberalizar y cómo regular mejor los mercados financieros no tiene una respuesta universal". Por ello se impone una solución para cada circunstancia, aunque en otro contexto internacional más atento y seguramente más regulado.

A la prudencia no se llegó sin auscultar nuevos fenómenos financieros. Por ejemplo, los volúmenes en juego son espectaculares y cualquier cambio brusco no deja nada en pie. A mediados de 1997, por ejemplo, los capitales que llegaron a mercados emergentes alcanzaron un valor anual de 400.000 millones de dólares. A mediados de 1998 esa magnitud era igual a cero (IMF, Survey, Noviembre 2, 1998, p.340). Hans Tietmeyer, del Bundesbank, también reclama examinar si los fondos de cobertura pueden continuar como hasta ahora afuera de los sistemas de supervisión (IHT, Octubre 5, 1998), habida cuenta de la exposición que conllevan y de su potencial inestabilidad. En los EEUU los fondos mutuales representan la mitad del PBI y están apenas supervisados por unos doscientos agentes. Cualquier traspié dentro o fuera de los EEUU sería una catástrofe. Transacciones cambiarias globales equivalentes a un billón y medio de dólares diarios también conllevan incógnitas que desde hace tiempo sirven para justificar reformas ordenadoras no meramente burocráticas.

Frente a los prejuicios que se levantan contra intentos disciplinantes, es útil mencionar la invalorable opinión de Jagdish Bhagwati, insospechada de dirigismos. Dice el profesor de Columbia que "no es lo mismo libre comercio y libre movilidad de los capitales. El comercio no está expuesto a conductas tipo rebaño, pánicos, especulación desestabilizante y flujos autojustificados de especulación con monedas" (IMF Survey, Noviembre 2, 1998, p.337).

La nueva arquitectura, hasta cierto punto expresión de una revolución intelectual pendiente, debería contemplar no sólo el ordenamiento eficiente del sistema financiero internacional como un todo, sino impedir así mismo que sistemas financieros nacionales irresponsablemente administrados convivan con liberalizaciones en la cuenta capital que entrañan un ostensible y expandible potencial desestabilizador. Ello supondría una manera estratégica de adelantarse, hasta donde se pueda, a futuras y peligrosas turbulencias. En esta dirección parecieran ir las iniciativas proyectadas, aunque todavía no están en vigor.

El grupo de los 24 sobre cuestiones monetarias sostuvo que los países deberían ser cautelosos respecto de la liberalización de las cuentas capital de los balances de pagos. Los ministros que lo integran acordaron que debe quedar abierta la posibilidad de aplicar medidas para neutralizar la exposición resultante de ingresos y egresos privados de fondos especulativos y contrarrestar excesivas actividades en los mercados de cambios y de valores inspiradas en arbitrajes y especulaciones desestabilizantes.

El grupo de los 7, por su parte, propicia el refuerzo del sistema:

1) promoviendo sanas y transparentes corrientes de capital en un contexto de mejoras regulatorias;

2) fortaleciendo las instituciones y organismos existentes;

3) mejorando la supervisión de los sistemas financieros y la vinculación con instituciones internacionales;

4) afirmando sostenibles sistemas cambiarios en las economías emergentes, respaldados por políticas macro-consistentes;

5) incluyendo al sector privado en el manejo de las crisis.

El Interim Committee de la Junta de gobernadores del FMI, por su parte, puntualizó entre otras cosas que la apertura de las cuentas capital deberá llevarse a cabo de una manera ordenada, gradual y bien programada, en un contexto de solidez financiera interna y de prudente manejo. Siguiendo esta inspiración, el Sr. Camdessus desarrolló su concepción de la nueva arquitectura a implantar. Se basaría en cinco elementos esenciales cuya mera lectura anuncia, de llevarse a cabo, el principio de ejecución de la revolución intelectual todavía pendiente, básicamente en la arena de las relaciones financieras internacionales y en un contexto donde la disciplina de los sistemas financieros nacionales constituye una condición necesaria para afirmar su propia virtualidad.

Si las prescripciones enunciadas progresaran y las imperfecciones se corrigieran, las crisis no desaparecerán pero el mundo se habrá independizado, hasta cierto punto, de aventuras perversas y peligrosas que están además totalmente al margen de una concepción predominantemente productiva de la economía y de ésta como disciplina al servicio del bien ser del género humano antes que del mero bienestar, en tanto éste supone una limitación con relación a otros apetitos también respetables del homo economicus.

En este contexto habría que desentrañar las causas explicatorias para saber por qué las disparadas financieras tienden con regularidad a preceder tormentas en otros ámbitos del quehacer social y conllevan peligrosas desarticulaciones en el denominado orden internacional. Una respuesta podría encontrarse en el vertiginoso y desproporcionado ritmo de crecimiento de la liquidez primaria y de los múltiples sucedáneos del tradicional dinero tangible y giral, en una fértil atmósfera de creatividad financiera, como los derivativos entre otros, cuyas magnitudes y eventual impacto sistémico se ignoran olímpicamente, a pesar del potencial desestabilizador resultante de su amplio radio de acción.

Este último fenómeno no es nuevo. Lo habíamos tratado en un artículo a fines de 1995 recordando algunas magnitudes ya elocuentes. Mientras que el comercio mundial creció el 125% entre 1983 y 1993, las tenencias de activos extranjeros en bancos aumentaron el 250% y la emisión de bonos de renta fija el 300%. Los derivados financieros en diez años crecieron 1000%. Una década antes, James Tobin sugirió la necesidad de limitar impositivamente esa expansión si podía llegar a comprometer la estabilidad internacional. Después, en 1995, David Feliz y Dornbusch reiteraron inútilmente las advertencias. Sic transit gloria mundi. **c**

Bibliografía

- Financial Times, Controlling Capital Flows, Septiembre 2, 1998.
- Friedman, Milton. Markets to the Rescue, WSJ Octubre 13, 1998.
- Hoagland, J., Russia on the brink, WP Septiembre 3, 1998.
- IMF Survey, Agosto 31, 1998.

- IMF Finance and Development, Junio 1998.
- IMF Finance and Development, Septiembre 1998.
- Jenkins H. W., Russia a Deadbet, WSJ Septiembre 2, 1998.
- Krauthammer, Ch., Oligarchy of Thieves, WP Septiembre 4, 1998.
- Krugman P., What is wrong with Japan and Further notes on Japan's liquidy trap (internet).
- Krugman P., Japan's trap, Fortune Septiembre 7, 1998.
- Lascano, MR, "El derrumbe de la URSS y la crisis de los ajustes", AF Agosto 28, 1992.
- Lascano MR, "El derrumbe de la URSS... en Reflexiones sobre la Economía Argentina", Macchi, Bs. As., 1996.
- Malia, M., In Russia the liberal Western Model has failed, IHT Septiembre 5 y 6, 1998.
- Park, Y., Financial crisis and macroeconomic Adjustment in Korea. Draft, Marzo 1998.
- Pfaff W., In America Radical globalizers talk like missionaries, IHT Julio 9, 1998.
- Sachs, J., The IMF is a power unto itself, FT Diciembre 11, 1997.
- Samuelson, Robert, The crisis is global, WP. Agosto 3, 1998.
- Soros, G., The crisis of global capitalism, Public Affairs, 1998.
- Stiglitz, J., Universo Económico, Agosto 1998.
- Sugawara, S., Malasia moves to shield itself from speculators, WP Septiembre 2, 1998.
- Wolf, M., Threats of Depression, FT Agosto 26, 1998.
- Wolf, M., Frail orthodoxy, FT Octubre 21, 1998

Abreviaturas

AF - Ambito Financiero
BIS - Banco Internacional de Arreglos
FT - Financial Times
FMI - Fondo Monetario Internacional
IHT - International Herald Tribune
IMF - International Monetary Fund
NYT - New York Times
WSJ - Wall Street Journal
WP - Washington Post
WTO - World Trade Organisation

Notas

* Conferencia dictada en la Universidad de Wisconsin (OshKosh) – Oct. 12. 1998. Traducción del idioma inglés a cargo de la profesora Elida Marta Colella (traductora pública)

** Doctor en Economía Monetaria y Bancaria (Posgrado), Doctor en derecho y Ciencias sociales. Profesor Titular Ordinario de Política Económica (Universidad de Buenos Aires). Ex Secretario de

Hacienda de la Nación. Consultor de Organismos Multilaterales. Autor de varios libros, periodista económico.

1. Ambos fenómenos se refuerzan y han modificado radicalmente el panorama histórico
2. The Crisis is Global, WP. Agosto 3, 1998
3. Jenkins H. W. "Russia a Deadbeat" Wall Street Journal – Sept. 2, 1998.
4. IMF "Finance and Development" - Sept. 1998, p. 14.
5. IMF "Finance and Development" - Sept. 1998, p. 16.
6. Park, Y. "Financial Crisis and Macroeconomic Adjustment in Korea", Draft, March 1998; Sachs, J. "The IMF is a power unto itself" F.T. Dec. 11, 1997.
7. IMF "Finance and Development", June 1998, p. 18 y 5s.
8. Sachs J. "The IMF is a power unto itself" F.T. Dec. 11/98.
9. IMF Survey Aug. 31, 1998, p. 280.
10. Ibid. P. 281.
11. Lascano, M.R. "El derrumbe de la URSS y la crisis de los ajustes" A.F. 28/8/92 y "Reflexiones sobre la Economía Argentina" Macchi, 1996 – p. 63 y 55.
12. "Russia on the Brink" W.P. Sept. 3, 1998.
13. "Oligarchy of thieves" W.P. Sept. 4, 1998.
14. Sachs, J. F.T. Dec. 11, 1998
15. Malia, M. "In Russia the liberal western model has failed" IHT Sept. 5-6, 1998.
16. Threats of Depression, Aug. 26, 1998.
17. F.T. 'Controlling Capital Flaws' Sept. 2, 1998.
18. W.P. Sept. 2, 1998 "Malaysia moves to shield itself from speculators" por Sandra SUGAWARA
19. Citado por SUGAWARA, Sept. 2, 1998.
20. Krugman P., "What is wrong with Japan" and "Further notes on Japan Liquidity Trap" in Krugman Home Page (Internet)
21. Stiglitz, J. Universo Económico, Agosto 1998.
22. GATT Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio.
23. Pfaff, W. "In America, Radical Globalizers talk like Missionaries" IHT, July 9, 1998.
24. Organización Mundial de Comercio. En sigla WTO
25. Krugman Paul "Japan's Trap" P.K. Home, May 1998, Fortune Sept 7, 1998.

q

Posguerra fría, "neodecisionismo" y nueva fase del capitalismo: el alegato del Príncipe-gobernante en el escenario global de los '90

Fabián Bosoer* y Santiago Leiras**

"Cuando se ejerce el poder político se está imponiendo una manera de contar la realidad (...) El poder también se sostiene en la ficción. El Estado es también una máquina de hacer creer".

Ricardo Piglia, *Críticas y ficciones, 1993*

El presente trabajo propone un análisis de las características que adquirieron los procesos de decisión política a la luz de las transformaciones provocadas por el proceso de globalización, en un contexto de crisis de la representación política y del modelo estatal de organización institucional de la segunda mitad del siglo. Particularmente, focaliza su perspectiva en el surgimiento y decurso de estilos de liderazgo presidencial de carácter decisionista, poniendo especial énfasis en su naturaleza e impacto sobre los aspectos filosófico-políticos que sustentaron dichos procesos y justificaron una determinada forma de ejercicio del poder.

Si bien se tomarán como principales casos los de varios países latinoamericanos y sus procesos políticos iniciados los años '90, el ejercicio al que invita esta perspectiva es el de la política comparada y su relación con la teoría política contemporánea, en la percepción de que, detrás de la problemática del Estado y la crisis de la política y sus grandes relatos explicativos, ha actuado, paralelamente un denso proceso de repolitización. Dicha re-politización está definida por la necesidad de generar legitimidades supletorias frente a la dispersión de las estructuras de autoridad y de la capacidad sustantiva de decisión en los centros de cada entidad política estatal-nacional, sometida a estímulos y tensiones a la vez integradores y disgregadores por dentro y por fuera, por arriba y por debajo de lo que constituyeron sus instituciones, aparatos administrativos y esferas de dominio territorial, material y simbólico.

Se entenderá aquí por "neo-decisionismo", de manera preliminar, un modelo de decisión política fuertemente concentrado en la figura presidencial, y un replanteo y adecuación de los regímenes y tradiciones presidencialistas a partir de la doble transición desde autoritarismos a regímenes democráticos y del estatismo económico a políticas de libre mercado, desregulación y activa inserción a los ritmos impuestos por el proceso de globalización capitalista. Este nuevo decisionismo se instala con fuerza irresistible como concepción de la gobernabilidad asentada en las prerrogativas y la 'perfomance' de un Ejecutivo decisor, que establece su supremacía indiscutida sobre los demás poderes como guardián del orden político y constitucional y gran y expeditivo reformador económico y administrativo.

Pero no sólo nos encontraremos frente a un estilo de decisión política, sino que además dicha

fórmula –una verdadera teoría del poder- se presentará como una matriz ideológica que ofrece herramientas argumentales para definir, y pretender imponer con distinta suerte, una nueva estructuración del sistema político. Denominaremos "matriz ideológica" a un principio de legitimación sustentado en:

a) una determinada interpretación de la historia que resignifica el pasado;

b) una resemantización de los fundamentos del poder político como constructor de orden social;

c) una estructura normativa capaz de articular los contenidos doctrinarios, jurídicos y organizacionales de la decisión política.

Este neo-decisionismo llega a ser identificado en ciertos casos no solamente como una estrategia para el gobierno "en tiempos difíciles" o como una mera adaptación a situaciones cambiantes o de excepcionalidad, sino como característica principal o núcleo de la doctrina filosófico- jurídica que fundamenta un nuevo modelo estatal. Dicho modelo se corresponde con una forma de democracia "delegativa", entendiendo por tal una arrogación de facultades discrecionales por parte de la instancia superior de decisión surgida de elecciones libres, una evaluación de la decisión eficaz como principal prueba de legitimidad política, un "umbral de aquiescencia" popular sostenido en el tiempo y manifestado como consenso difuso o apatía ciudadana, en condiciones más o menos garantizadas de pluralismo, y con vigencia constitucional y renovación periódica de mandatos a través de mecanismos de sufragio.

Asimismo, deriva de esta doctrina una reinterpretación de carácter organicista de la división de poderes del Estado, incorporada del liberalismo republicano y democrático, como "división de funciones" de un mismo y único poder. En no pocos casos ello remite a un sustrato de tradiciones políticas herederas de las teologías políticas, renuentes a la secularización, y reaccionarias frente a la tradición occidental de las revoluciones modernas.

Se irán configurando de este modo los soportes necesarios de un discurso de legitimación que llega a adquirir alta eficacia simbólica en un tiempo signado por los imperativos de la gobernabilidad de los Estados y del ajuste estructural de las economías nacionales, sometidas como nunca antes a las condiciones impuestas por la economía global. Tal modelo interpretativo, que adquiere la forma de "discurso de legitimación", resulta un dispositivo adecuado para explicar la reestructuración del Estado nacional y su inserción, definida de manera unívoca a los esquemas de transnacionalización y globalización de las economías como una nueva "razón de Estado"1.

En otros términos, mientras se universalizan la democracia liberal y el libre mercado como principios aceptados para el funcionamiento de las sociedades, se requiere un argumento fuerte para justificar la concentración del poder en momentos en que el armazón estatal pierde su entidad monolítica y su alcance de cobertura. Se encontrará tal argumento en una resuelta reducción a la unidad encarnada en un "nuevo Príncipe", con legitimidad de origen y formato constitucional, como único modo de dar cuenta y ofrecer respuestas satisfactorias y eficientes frente a lo que se evidencia como un retroceso irreversible de las estructuras estatales: algo que ciertos ensayistas definirían como un agotamiento de la "matriz estadocéntrica" de organización social y política.

Las presidencias de Carlos Menem (Argentina, 1989-1999), Boris Yeltsin (Rusia, 1991-2000) y Alberto Fujimori (Perú, 1990-2000) son arquetípicas de dicho modelo político, que si bien entronca con antecedentes arraigados en sus respectivas culturas y tradiciones, presentará características comunes. Estas tres presidencias se distinguen además por cubrir la totalidad de la última década del siglo como timoneles omnipresentes de sus países. En los tres casos, en efecto, se repetirá el mismo esquema: a) legitimidad de origen democrático y plebiscitario, surgida en situaciones de derrumbe o emergencia y convertida en argumento, de salvataje primero y refundacional luego, del sistema político o del Estado; b) modificación y adaptación de la Constitución acorde con la nueva "razón de Estado"; c)

reforzamiento de los poderes presidenciales, definición explícita o implícita de una "doctrina de necesidad y urgencia" y utilización de los decretos como principal expresión de la decisión política; d) sujeción o avasallamiento de las instituciones parlamentarias y de control de los actos administrativos de gobierno; e) discurso y políticas de gobierno que combinan liberalismo económico y hegemonismo político conservador, en una combinación que deja fuera del tablero o descalifica a otras expresiones del pluralismo político; f) reelección presidencial, introducida por reforma constitucional; g) incapacidad para resolver el problema de la sucesión, en tanto los atributos de gobernabilidad y las reglas de juego establecidas quedan fuertemente emparentados con la figura presidencial y sujetos al decisionismo de palacio.

Viejo y nuevo decisionismo: de la soberanía estatal al mercado global

El concepto de decisionismo aparece como anillo al dedo sobre terrenos culturales e institucionales, abonados históricamente por la propensión al protagonismo del caudillo o líder carismático y por la dificultad para incorporar la idea de un orden político sobre la base de un sistema permanente de reglas de juego acordadas socialmente.

En su dimensión legal, política o ética, el decisionismo se presenta como una implacable refutación de los argumentos contractualistas sostenidos por la tradición liberal. Desde diversos puntos de vista podría describirse como su inversión simétrica. Es la negación empírica de los principios del constitucionalismo, el opuesto de su concepción del orden político fundado en el ideal de la discusión racional y la armonización entre intereses y valores conflictivos a partir de instituciones de arbitraje y principios de justicia e igualdad consagrados y protegidos por instituciones y leyes.

Esta contraposición puede visualizarse en distintas polaridades. En el plano jurídico opondrá la excepción a la norma, la decisión personal a la normatividad impersonal, la competencia (¿quién decide?) al contenido sustancial (¿qué se decide?). En el plano político opondrá la soberanía del Estado al poder difuso y disolvente representado por la sociedad; el Estado asociado con la guerra y la política a la moralidad burguesa, la economía y la tecnología; la dictadura presidencial al parlamentarismo. En el plano filosófico, finalmente, opondrá la decisión política a la discusión pública y crítica.

Por otra parte, las teorías políticas "decisionistas" pueden distinguirse por tres rasgos básicos comunes: atribuyen una importancia central y definitoria a la decisión en las cuestiones políticas, conciben la soberanía como el poder de decisión definitivo, y tienen al "estado de excepción" (o de emergencia) como la manifestación más pura y el modelo operativo propio de ese poder definitivo1. El mismo concepto de crisis queda indisociablemente atado, desde su misma acepción etimológica, al de la decisión política, tanto más política cuanto más excepcional sea. En tal sentido, para el decisionismo la crisis y la decisión política se implican y precisan mutuamente.

Cabe recordar que la elaboración teórica de Carl Schmitt, autor contemporáneo del concepto2, se desarrolla en un horizonte histórico signado por la crisis del liberalismo político en la Europa de la primera posguerra, producto de la incapacidad para dar respuestas institucionales a las transformaciones estructurales derivadas de la segunda revolución industrial (1870-1914). La crisis institucional y estatal de la Alemania de la República de Weimar (1919-1932) es epicentro de este gran caldero histórico que desembocará en el ascenso del nacionalsocialismo.

La transición del capitalismo de libre mercado a una estructuración monopólica del sistema capitalista (producto de la intensificación de la competencia externa, el creciente proceso de cartelización de la economía con el consecuente predominio de las burocracias profesionales en los ámbitos público y privado, y la redefinición del rol del aparato estatal) tuvo una fuerte influencia sobre

la crisis ideológica del liberalismo. Los mencionados cambios estructurales constituyeron una amenaza a determinados valores sociales y políticos defendidos por el liberalismo del siglo XIX, como la libertad (entendida en sentido negativo, como resultado de la ausencia de restricciones institucionales por parte del Estado), el parlamentarismo democrático (amenazado por el surgimiento de un movimiento obrero colectivamente organizado y de los partidos socialistas de masas, en un contexto de pérdida de confianza de la burguesía en su capacidad para la consolidación de su proyecto político), y la diferenciación entre las esferas pública y privada (dado el creciente nivel de interrelación entre Estado y sociedad civil, producto de la creciente gravitación social del Estado). En definitiva, el concepto de decisionismo permite a Schmitt dar cuenta de la situación política de su tiempo, definida en términos gramscianos como crisis orgánica.

Igualmente relevante es la interpelación radical que hace Schmitt a las pretensiones del positivismo jurídico de fundar la legitimidad del Estado en un orden legal normativo impersonal y objetivo, al atribuir a esa pretensión la raíz originaria del derrumbe del Estado de Derecho parlamentario. Distingue entre Estados "legislativos", basados en un sistema cerrado de legalidad separado de su aplicación, y Estados "juridiccionales", "gubernativos" y "administrativos", según sea la función estatal que predomina en ellos: la sentencia de los jueces, la voluntad personal soberana y el mando autoritario de un jefe de Estado, o las ordenanzas de carácter objetivo a través de las cuales "las cosas se administran a sí mismas".

Tales modelos estatales, clasificados a la manera de "tipos ideales" weberianos (a los que Schmitt encuentra más fértiles para explicar la realidad estatal que las clásicas distinciones de la teoría aristotélica entre monarquía, aristocracia y democracia, y menos "inocentemente", más útiles que la antítesis entre dictadura y democracia), tienen cada uno un tiempo y una correspondiente tendencia política afín.

Así, en épocas de normalidad y concepciones jurídicas estables prevalecerá el Estado jurisdiccional y aparecerá una justicia separada del Estado, que será custodia y defensora del Derecho. En tiempos de grandes cambios o transformaciones revolucionarias aparece un Estado gubernativo o administrativo, que puede apelar, dirá Schmitt, a *"la necesidad objetiva, la situación real, la fuerza coercitiva de las relaciones, las necesidades de la época y a otras justificaciones no basadas en normas sino en situaciones fácticas"3.* Tanto el Estado gubernativo como el Estado administrativo atribuyen una cualidad especial al mandato concreto que se ejecuta y se obedece sin más. Estos tipos de Estado, argumentaría el teórico alemán intentando salvar a la Constitución del Weimar mediante el refuerzo del presidencialismo con "plenos poderes", *"ponen fin a los alegatos de los abogados, propios del Estado jurisdiccional, lo mismo que a las interminables discusiones del Estado legislativo parlamentario, y reconocen valor jurídico positivo al decisionismo del mandato inmediatamente ejecutorio"*4.

Aunque los paralelismos entre períodos históricos vastos suelen provocar distorsiones y forzamientos en el análisis comparado, habrá de notarse una singular actualidad de tales argumentaciones de los años '20 hacia fines de la década del '80.

a) La definición del "soberano" como "quien decide sobre el estado de excepción" y es representante del pueblo en su unidad por encima de los intereses parciales y la lucha de los partidos políticos.

b) La defensa del presidencialismo como expresión y custodia de la unidad del Estado, y la crítica del parlamentarismo "partidocrático" y pluralista por "disolvente", ineficaz y fuente de discordia y corrupción.

c) La idea de que el orden jurídico reposa sobre una decisión y no sobre una norma (la legitimidad como decisión política, y la legalidad como ordenamiento normativo derivado de aquélla decisión).

d) La distinción entre norma jurídica y existencia política del Estado, entendida ésta como la unidad política de un pueblo y aquella como su expresión.

e) La noción de que "una Constitución no se apoya en una norma como fundamento de validez, sino en una decisión política" como fundamento de su legitimidad.

Estos componentes de "decisionismo" acompañaron los discursos y prácticas de las presidencias Menem, Fujimori y Yeltsin, pero quedaron particularmente expresados en los tres casos en el momento de introducir, durante sus primeros mandatos, reformas constitucionales destinadas no sólo a permitir la reelección presidencial sino también a demostrar que detrás del orden jurídico existía un poder decisor superior5.

Ahora bien, el "nuevo decisionismo" o "neodecisionismo" del que se habla en los '90 tiene importantes diferencias con aquel decisionismo originario descripto y defendido por Schmitt, que surgía como un momento de reconstrucción de la estatalidad soberana frente a "la gran transformación" que sacudía y ponía en crisis al paradigma liberal del capitalismo autorregulado. La gran transformación de los '80-'90, el mercado global, y las políticas económicas que lo instituyen y aseguran, muestra en determinados contextos nacionales o regionales (como el latinoamericano en los casos de Brasil, Argentina, Perú, Bolivia) una afinidad electiva con formas jurídicas y políticas de cuño decisionista. Aparece así una nueva estatalidad más permeable, que redefine sus modalidades de relación con la sociedad6.

De este modo, podría decirse que el decisionismo "estatalista"de los años '20 deviene decisionismo "gubernativo" y antiestatista en los años '90.

En tanto el discurso de legitimación del "orden neoliberal" se sostiene en la liberación de energías y fuerzas contenidas (las del capital regulado por el Estado o contrapesado por las fuerzas del trabajo organizado), presupone que tal liberación puede generar situaciones de crisis, resistencias a sus efectos perniciosos y/o puntos de ruptura, es decir, situaciones que desde la escala nacional aparecen como casos críticos y derivan en estados de excepción. Por eso, el establecimiento de tal modelo de organización social basado en el funcionamiento libre del mercado precisaría de mecanismos de autoestabilización y control. Es en ese sentido que una legitimación eficientista y una gestión decisonista pueden ayudar tanto para desmontar el aparato estatal regulador y prestador de servicios como para neutralizar los casos críticos y las resistencias a dicho desmantelamiento.

El nuevo intervencionismo del Estado, necesario para garantizar las nuevas reglas de juego en las que puedan desencadenarse "las fuerzas libres y espontáneas del mercado", aparece acompañado por dos lógicas contradictorias de legitimación, y por lo tanto por un nuevo balance entre legitimación y represión. El orden del mercado, en tanto se caracteriza por conformar una soberanía difusa en los aspectos político-sociales y por manifestarse solamente en forma espectral en la esfera pública estatal, no puede legitimarse sino a partir de una lógica eficientista para conjurar una crisis, que por otra parte es invocada como la única alternativa posible a las políticas neoliberales. Frente a esa lógica, los procesos deliberativos y órganos de control horizontal se muestran como ineficaces y perversos. De ahí que la legitimación democrática pueda ser considerada como contradictoria con la legitimación eficientista del mercado. Pero aún así, el descontento frente a la ineficiencia y obsolescencia del aparato estatal opera como una masa crítica de aquiescencia social, y en última instancia de legitimación para formas de "ejecutivismo decisionista" ensayadas y practicadas desde las presidencias.

Existe, en efecto, una demanda de decisión eficaz antes que una imposición de la misma. Sobre tal demanda, incluso exacerbándola, trabaja el argumento decisionista conjugando la metáfora social del mercado, propia del liberalismo utilitarista, con la teoría elitista de la democracia, sostenida por el neoconservadorismo, y sobreimprimiendo ambas al imaginario político clásico del populismo.

Por un lado se entiende a la democracia como un marco de competencia entre gestores de lo público que permite seleccionar elites eficientes. Y contrariamente a otra vertiente del pensamiento liberal, que se centra en torno a ideas como democracia directa, participación popular, representación política y ciudadanía activa, se considera que la democracia "como representación de voluntades" resulta un

despropósito y hasta un peligro.

Asimismo, se defenderá la desvinculación entre representantes y representados como un modo de reducir las inevitables discrepancias de la democracia directa. En la tradición elitista éste era el argumento republicano de la representación política, en el sentido de que el Parlamento reduce y homogeneiza las alternativas, sea porque los parlamentarios son pocos y más afines socialmente, o porque conforman un cuerpo calificado para resolver racionalmente y arribar a juicios compartidos, alejados de "los rumores de la plebe". La democracia sólo funciona, en esta perspectiva, si se garantiza que los parlamentarios sean independientes en sus decisiones de todo control y compromiso específico con los votantes. Una vez elegidos, toman sus decisiones según su parecer

De este modo, para la argumentación elitista, en la que convergen las posiciones neoliberales y neoconservadoras, la democracia funcionará mejor en la medida en que se limiten los problemas de agregación de intereses y demandas, estrechando las opciones abiertas, y manteniendo así la "racionalidad" del comportamiento entre los actores y su capacidad para tomar decisiones adecuadas. Como se observa, el libreto puede asimilar "la democracia" al "mercado", y llega a la conclusión de que el mejor modo de limitar lo susceptible de ser votado o decidido es a través de una constitución que incorpore contenido normativo específico u otorgando el monopolio de ciertas decisiones a instituciones y mecanismos en donde no funciona la democracia: por ejemplo, vía la ampliación de facultades presidenciales delegadas, o la completa autonomía de los Bancos Centrales7 .

Pero por otro lado la amalgama se completa con una figura presidencial portadora de la promesa de conciliar la modernización económica, la identidad cultural y el poder político, de volver a unir lo que está fragmentado y suplir las distancias que separan al pueblo de las elites. A dicha figura se le conceden todos los rasgos atávicos de la cultura política personalista y la identificación con los liderazgos carismáticos portadores de la promesa de redención en la imaginación colectiva. La gran contradicción y paradoja se manifestará precisamente en el momento en que el mayor poder discrecional y la mayor concentración del poder se conviertan en la mayor garantía, y a la vez la mayor debilidad y amenaza, para la seguridad jurídica y la confianza macroeconómica de los mercados.

Si en el ámbito local-nacional esto implicó un avance de la capacidad de imposición de la voluntad política del gobierno frente a los otros poderes y fuerzas sociales en detrimento de un desarrollo de las instituciones representativas y deliberativas y de mercados competitivos, en la perspectiva global consistió en una respuesta funcional frente a la pérdida de capacidad del Estado nacional para decidir políticas económicas, cuya formulación le fue expropiada en su mayor parte, "hacia arriba" y "hacia afuera" por las escalas transnacionalizadas y supraestatales de decisión, y "hacia adentro y hacia abajo", por los poderes privatizados o los fenómenos de desgajamiento del poder central.

Una consecuencia de ello será el deslizamiento en la propia imagen acerca de la naturaleza del orden político representado por el Estado, de su raíz liberal-contractualista como "pacto de sociabilidad y autogobierno", a su núcleo hobbesiano más crudo como "pacto de sujeción", con el énfasis puesto en la necesidad de "controlar y organizar la violencia" y reducir la capacidad decisoria a la unidad frente a los peligros de disgregación o fractura, a las tendencias centrífugas del poder y a las amenazas a la vida cotidiana de las personas y sus bienes8 .

Se trataría entonces de una doble tarea: reconstituir o defender un núcleo constitutivo del orden político (la decisión soberana en tiempos excepcionales), y garantizar una determinada racionalidad en el funcionamiento de la sociedad sustentada en la lógica del mercado. ¿Cuál será el actor destinado a cumplir ese papel? Es aquí donde aparece la figura del "nuevo Príncipe", una revisión no explicitada de Nicolás Maquiavelo de la que mucho tiene para decirnos Antonio Gramsci en sus notas sobre el pensador florentino, la política y el Estado moderno9, escritas contemporáneamente al ascenso del fascismo en la Europa de los años '20.

Gramsci explica que *"El Príncipe"* de Maquiavelo, obra basal de la política moderna, puede ser estudiado como ejemplificación histórica de un "mito" soreliano (por George Sorel), es decir, de una ideología política que no se presenta como una fría utopía ni como argumentación doctrinaria, sino como *"la creación de una fantasía concreta que actúa sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar y organizar su voluntad colectiva"*. De este modo puede entenderse que el personaje construido por Maquiavelo era una figura cargada de simbolismo, un organismo en el que podrían resumirse los gérmenes de una voluntad colectiva plasmada luego en un tipo de Estado o en un proyecto de nación.

Para Gramsci, el lugar de este "mito-Príncipe" estaba destinado a ser ocupado, en los tiempos contemporáneos, por el partido político. Pero al mismo tiempo no descartaba que dicha figura pudiera encarnarse en un individuo concreto en particulares circunstancias: *"cuando se enfrenta un gran peligro inminente que provoca la inmediata exacerbación de las pasiones y del fanatismo, aniquilando el sentido crítico y la corrosividad irónica que pueden destruir el carácter "carismático" del condottiero (...) donde se suponga que una voluntad colectiva ya existente, aunque desmembrada, dispersa, haya sufrido un colapso peligros y amenazador... y sea necesario reconcentrarla y robustecerla"10.*

La hiperinflación argentina de 1989, la desintegración/implosión de la Unión Soviética en 1991, y la guerra interna en Perú hacia fines de los 80 son tres ejemplos claros de condiciones propiciatorias para la emergencia de esta especie de liderazgo "piloto de tormentas" con reminiscencias mesiánicas11. Veremos cómo se transmuta aquel personaje que proviene de la historia y se gesta desde una trinchera de confrontación y reacción frente al reformismo democrático en vía muerta, para instalarse, una vez en el poder, como Príncipe modernizador y al mismo tiempo garante del orden.

Crisis estatal, neodecisionismo y crisis de representación:
un repaso a las perspectivas teóricas

Durante la década del '80, el tratamiento del tema de la representación política aparece dentro del marco de la democracia como eje central, con especial énfasis en el rol de los partidos políticos y del sistema de partidos como protagonistas centrales del proceso democrático, así como también, en tanto objeto de la reflexión teórica acerca del poder . Se estaba lejos entonces de las perspectivas más ominosas y los oscuros nubarrones que fueron arruinando el artificio del "fin de la historia", el pensamiento único y el becerro de oro de la globalización, que recetaba "democracias liberales+economías de mercado" como último evangelio secular de alcance universal en las puertas del tercer milenio.

La inserción de la nuevas democracias de América Latina en un contexto internacional caracterizado por la hegemonía ideológica y política del neo-conservadorismo en los Estados Unidos e Inglaterra, como asimismo del neo-liberalismo económico en los países de Europa continental en forma paralela con la crisis y descomposición del régimen social de acumulación imperante en nuestro continente, dio lugar a diversas reformulaciones y modelos de abordaje.

Una primera línea de investigación puso el acento en la caracterización de las nuevas modalidades de representación a partir del concepto de "neo-populismo", pero no sólo como expresión de carácter institucional, sino también como principal sustento en la implementación de políticas de ajuste estructural en las democracias instauradas en América Latina.

La transgresión programática apareció entonces como un elemento innovador en la tradición política de los populismos en Latinoamérica. Son una muestra elocuente de ello los cambios iniciados en la Argentina a partir de 1989 por el gobierno de Carlos Menem. El proceso de privatización de servicios en manos del sector publico, y la búsqueda de distintos mecanismos de desregulación de las relaciones sociales, como por ejemplo la flexibilización laboral, aparecieron en contradicción con la concepción tradicional del peronismo, en la cual el Estado se constituía como un actor central en el proceso de producción de bienes y servicios, y ejercía además una suerte de tutelaje social a fin de garantizar el

ejercicio de los derechos sindicales y políticos.

La carencia de un discurso político movilizador fue otro de los elementos que se destacaron. A diferencia de lo que ocurría con el peronismo histórico no hay una definición de "enemigos políticos", ni el trazado de una divisoria de aguas nítida, encontrándose los enemigos fuera de la política (especuladores, narcotraficantes, etc.). En forma congruente con las características del discurso descriptas, el líder aparecería aquí como una figura política protectora, un personaje sin aristas que evita el conflicto con sus interlocutores.

La constitución de alianzas, de amplio eclecticismo desde el punto de vista ideológico y básicamente guiadas por el pragmatismo en el periodo post-electoral, aparece como una cuarta característica. En la Argentina ha dado lugar a la convergencia entre el justicialismo y el liberalismo conservador, plasmada en el "menemismo". En Perú produjo la liquidación del sistema político tradicional y el surgimiento de una elite de dirigentes, "apolíticos" pero ligados directamente por su lazo de lealtad incondicional al Presidente. En Rusia condujo a la mixtura de distintos intentos de reformismo de centro-derecha liberal y variantes de conservadurismo poscomunistas entrecruzados con nacionalismos. En los tres casos, la estabilidad del sistema político pasó a sostenerse fundamentalmente sobre una coalición de fuerzas que conformaron "el partido del orden y las reformas". Los bloques políticos más previsibles abrieron el camino hacia el gobierno a estas alianzas de nuevo cuño y generaron correlativos realineamientos en las fuerzas opositoras. En estos casos, aquellas concertaciones político-partidarias imaginables para una transición progresiva que habían sido una parte obligada de la reflexión sobre la transición cedieron su lugar a alianzas pragmáticas o recomposiciones ulteriores que fueron producto de los nuevos clivajes12.

Alianzas eclécticas, desmovilización y desactivación pronta del conflicto, con propagación massmediática de consensos difusos o "llamadores episódicos de atención" y transgresiones programáticas, son todas características de ese híbrido que puede caber bajo la fórmula de un "nuevo populismo". Algunos teóricos verán un "populismo de nuevo cuño". Otros llegarán a plantear que se está frente a una verdadera "contrarrevolución política"

> *"Según Joseph de Maistre, contrarrevolución no es una revolución de signo contrario, sino lo contrario de una revolución. Es lo contrario porque para conquistar y ejercer el poder recurre literalmente a recursos y procedimientos contrarios a los de una revolución. Si el Peronismo fue una revolución movilizacionista, cuasi corporativista y estatista, como otras revoluciones desde la mexicana a la rusa, el Peronismo con Menem, enancado en la legitimidad democrática restaurada ofrece al espectador el espectáculo de una revolución 'a la de Maistre'. No moviliza, desestatiza y simultáneamente desprivatiza el Estado. Si el peronismo creó una clase obrera fuerte y una burguesía débil, el menemismo pareció haber fortalecido a la burguesía y debilitado al sindicalismo. (...)Sólo una adecuada comprensión del peronismo, como eje o federador del apiñamiento centrípeto que exhibe el sistema partidario argentino, síntesis de partido atrapatodo catch all y videopolítica, hace posible explicar esta transformación"13.*

Desde una perspectiva diferente, y ya en clave ideológica y apologética, se coincidirá sin embargo en la caracterización de esta "revolución conservadora", interpretando que *"la mayoría de las revoluciones han sido 'revoluciones desde arriba' (como fue) el caso de Napoleón III en Francia o de Bismarck en Alemania"*14. Se compara aquí al "bonapartismo" y el "bismarckismo" con el peronismo en la Argentina, y se sostiene que, en todos los casos, su carácter revolucionario está dado por un liderazgo que logra la suficiente cohesión social para afrontar y resolver desde el Estado, *"en cada momento histórico, el desafío central de la época". "Entre 1945 y 1955, el peronismo enfrentó y resolvió, con la fuerza de una revolución social desde abajo expresada en la fuerza del 17 de Octubre, el desafío de la incorporación del mundo del trabajo al sistema de decisiones políticas. A partir de 1989, con el liderazgo de Menem, enfrentó y resolvió, con una profunda transformación estructural*

realizada a través de una 'revolución desde arriba'- fundada en el consenso y la legitimidad democrática- la crisis de gobernabilidad que agobiaba al país desde 1955"15.

Esta reflexión encuentra sustento en el carácter incluyente en lo social y movilizador en lo político del viejo populismo. Los mismos atributos y recursos pueden encontrarse también en este "nuevo populismo", y en su capacidad para garantizar la movilización de la ciudadanía a través de la representación/escenificación massmediática en eficaz reemplazo de las modalidades tradicionales de movilización política de masas. En un contexto sociopolítico signado en su origen por la crisis del Estado-fiscal y de autoridad (a la vez económica -recesión más inflación- y social -desintegración de lazos sociales e inseguridad colectiva), el caudillo que moviliza y lidera el descontento frente a la política des-estatizada se transforma, una vez en el poder, en el presidente que repolitiza al Estado encarnándose él mismo en su expresión unívoca 16.

Una segunda línea de análisis prefirió poner el acento en el carácter "delegativo", no sólo de las democracias, sino también de los mecanismos de representación en las sociedades democráticas. Esto supone el desplazamiento de un tipo de estrategia, con anclaje en los partidos y el sistema de partidos, a un estilo de representación que privilegia la acción de liderazgos providenciales en situaciones de excepción:

> *"Las democracias delegativas crecen sobre una premisa básica: el que... gana la mayoría en las elecciones presidenciales (las democracias delegativas no congenian demasiado con los sistemas parlamentarios) está facultado para gobernar el país como crea conveniente, y hasta tanto lo permitan las relaciones de poder existentes, por el término en que ha sido elegido. El presidente es la encarnación del interés nacional, el cual en tanto presidente, es de su incumbencia definir. Lo que hace en el gobierno no necesita parecerse a lo que dijo o prometió durante la campaña electoral: está autorizado para gobernar como lo crea conveniente..."17.*

La utilización del término "democracia delegativa" implica un intento de repensar los regímenes políticos instaurados durante las últimas dos décadas, alejado de los parámetros que permiten definir a las democracias institucionalizadas, propias de los países capitalistas desarrollados. Al respecto, el autor de la categoría, Guillermo O'Donnell, puntualizaría:

> " *al usar el término 'delegativa' me refiero a una concepción y práctica del poder ejecutivo según la cual por medio del sufragio se le delega el derecho de hacer todo lo que le parezca adecuado para el país. También demuestra que las democracias son intrínsecamente hostiles a los patrones de representación normales de las democracias, a la creación y consolidación de las instituciones políticas y, específicamente, a lo que denomino "rendición de cuentas horizontal". Con esto me refiero al control de la validez y legitimidad de las acciones del ejecutivo por parte de otros organismos que son razonablemente autónomos de aquel*".

Otro aspecto a destacar es la coexistencia de valores e instituciones políticas de carácter democrático y autoritario, situación que se describe en los siguientes términos:

> "*En estas situaciones, Estados ineficaces coexisten con esferas de poder autónomas y con base territorial. Estos Estados son incapaces de asegurar la efectividad de sus leyes y sus políticas a lo largo del territorio y el sistema de estratificación social. Las regiones periféricas al centro nacional (que por lo general sufren más las crisis económicas y cuentan con burocracias más débiles que el centro), crean (o refuerzan) sistemas de poder local que tienden a alcanzar grados extremos de dominación personalista y violenta (patrimonial y hasta sultanista, en la terminología weberiana), entregados a toda suerte de prácticas arbitrarias. En muchas de las democracias que están surgiendo, la efectividad de un orden nacional encarnado en la ley y en la autoridad del estado se desvanece no bien nos alejamos de los centros nacionales y urbanos*".

La crisis del Estado en tanto representación de legalidad y la consecuente incapacidad para hacerla

cumplir en forma efectiva, lleva a la construcción de una democracia con una "ciudadanía de baja intensidad", cuyo significado es el siguiente:

"*en muchas 'zonas marrones' se respetan los derechos participativos y democráticos de la poliarquía, pero se viola el componente liberal de la democracia. Una situación en la que se vota con libertad y hay transparencia en el recuento de los votos pero en la que no puede esperarse un trato correcto de la policía o la justicia, pone en tela de juicio el componente liberal de esa democracia y cercena severamente la ciudadanía. Esta bifurcación constituye el reverso de la compleja mezcla de componentes democráticos y autoritarios en estos Estados*".

Pero ¿puede afirmarse que la descripción del "nuevo animal teórico" al que hace referencia O'Donnell sea un subtipo distinto de los modelos schumpeteriano y utilitarista de democracia?18 Esto es, aquellos modelos que entienden a la democracia en su definición restringida como régimen político que permite la rotación electiva de las elites políticas en el ejercicio del gobierno.

Podrá sostenerse, en efecto, que las democracias institucionalizadas de los Estados Unidos y Europa Occidental también han visto instalados liderazgos políticos fuertes a partir de los años ´8019. Fue el caso de Ronald Reagan en Estados Unidos, Margaret Thatcher en Inglaterra, Felipe González en España, Helmut Kohl en Alemania, y Francois Mitterrand en Francia. También podrá defenderse con verosimilitud que tal fórmula política de democracia presidencialista en Latinoamérica no es sino la comprobación de un exitoso proceso de "normalización" de sistemas políticos constitucionales, que por primera vez en su historia pudieron conjugar su legitimidad con su eficacia en términos de gobernabilidad tras décadas de golpismo, militarismo e inestabilidad política.

Sin embargo, creemos que ambas perspectivas relegan la significación e implicancias que tiene este nuevo estilo decisionista de liderazgo presidencial, y sobre todo sus presupuestos filosóficos e ideológicos. Sin desconocer de cualquier modo que efectivamente respondieron a la existencia de un cierto "clima de época" en el marco del proceso de transformación de las nuevas democracias de América Latina en los años `90, signado por la agudización de la crisis de la representación política tradicional, la ingobernabilidad, la caducidad virtual de los modelos estatales vigentes, la pérdida de la base de sustentación económica, y la pérdida de la confianza pública sobre la eficacia de las prácticas institucionales democráticas, recién reinstaladas, tras el colapso de los regímenes burocrático-autoritarios, a partir de la década del ´80 .

Un nuevo fenómeno del orden global: las democracias "iliberales"

Una consecuencia a destacar en este nuevo escenario internacional de multiplicación y simultáneo debilitamiento de los actores estatal-nacionales, despolitización del Estado y repolitización de la cuestión del poder, ha sido el surgimiento de regímenes democráticos electos cuyas características definitorias son la relativa irrelevancia de los límites constitucionales sobre el ejercicio del poder y la existencia de fuertes restricciones –por acción u omisión- en el ejercicio de los derechos y garantías individuales.

La perplejidad que generan estas nuevas democracias llamadas "iliberales"20, adjetivación que calificará su baja calidad en formas constitucionales y contenidos ciudadanos, radica en los fuertes conflictos y tensiones que plantea, en términos axiológicos y en las prácticas concretas, con los fundamentos del liberalismo constitucional y el modelo de democracia contenido en el desarrollo histórico del estado de derecho. Tras la caída en dominó de los autoritarismos occidentales y los regímenes comunistas del Este europeo y Asia, se construyó una línea recta –o serpenteante, pero en todo caso siempre hacia un mismo punto- de transiciones hacia democracias constitucionales y estados

de derecho dentro de un mismo movimiento evolutivo que suponía también la entrada rápida en la economía capitalista y el libre mercado21.

El fin de la Guerra Fría y del mundo bipolar dio paso a una disolución del mapa imperial y una ampliación del sistema internacional, con la multiplicación de la cantidad de Estados nacionales: los 44 que podían contarse en 1850 se convirtieron en 60 en 1938, luego 108 en 1963 con la ola de independencias y el proceso de descolonización, y 194 en 1995 tras la desintegración de la Unión Soviética y la fragmentación o secesión de otros Estados multinacionales, como la ex Yugoslavia22 .

Consecuentemente, el paisaje se puebla de procesos políticos nacionales derivados de la llamada "tercera ola" de la democratización23, ubicada entre 1974 y 1990, y del descongelamiento de las reivindicaciones nacionalistas, sobre todo a partir de 1990.

De los 195 Estados-nación que conformaban al año 1998 el sistema internacional, 118 fueron pasibles de ser catalogados como revestidos de características democráticas en términos de una mayor participación política a través del ejercicio del sufragio universal. Pero desagregando un poco más dicho indicador de acuerdo con los datos que suministra el informe *"Freedom in the world"* de la Freedom House, el 50% de aquellos países que han transitado de regímenes calificados como "autoritarios y/o totalitarios"24 a regímenes democráticos, ha garantizado en forma preferencial la legitimación de los gobiernos por la vía de elecciones o referéndum por sobre el goce de los derechos y garantías individuales y el desarrollo de instituciones democráticas sólidas. Ni hablar de aquellos casos que, como Bielorrusia, Kasajstán o Serbia, pasarían a figurar al mismo tiempo tanto en las listas de los Estados criminales y violadores de las libertades y los derechos humanos como en las de las nuevas democracias. O de otros tantos, sobre todo en Africa, en los que la introducción del pluralismo y los mecanismos electorales terminaron replicando los conflictos étnicos y fomentando las guerras tribales.

Acotando tan amplio espectro de descongelamiento de regímenes cerrados y autoritarismos centralistas al abanico de países que en América Latina y la antigua órbita de la Unión Soviética hicieron su transición, puede observarse que estas nuevas democracias obtienen legitimidad y perduran a partir de su razonabilidad como regímenes con elecciones competitivas, con rotación en el poder o permanencia de un mismo partido. El régimen presidencialista, exacerbado, tiende a producir naturalmente el requerimiento de liderazgos fuertes y capaces de actuar con discrecionalidad como representantes de la Nación y del pueblo.

Mientras tanto, los tres pilares de la democracia liberal constitucional –el estado de derecho, la separación de los poderes y la vigencia de los derechos humanos fundamentales- adquieren carácter nominal o se subordinan a la "razón de Estado", llamada contemporáneamente "gobernabilidad". El peligro de semejante resultado es doble. Por un lado, la posibilidad de provocar el propio descrédito de las democracias recientemente institucionalizadas por el vaciamiento de sus contenidos y la pérdida de las expectativas colectivas. Por el otro, un deslizamiento liso y llano hacia su componente represivo y autoritario25.

Dicho de otro modo: regímenes democráticos emergentes con sociedades civiles débiles o incipientes y estados jaqueados por fuerzas centrífugas y presiones centrípetas derivan, en el mejor de los casos, en democracias que no pueden resolver la ecuación legitimidad-gobernabilidad. O toman por el camino de la gobernabilidad en detrimento de su legitimidad y hacen descansar ésta última sobre las aptitudes de un liderazgo plebiscitario, o a la inversa, mantienen su legitimidad de origen y ejercicio a costa de un debilitamiento y pérdida de su capacidad de gobierno.

El decisionismo presidencialista como teoría del poder, y las distintas variantes de neoconservadorismo populista de mercado como contenido ideológico, se han presentado en los '90 como una cabal expresión, y al mismo tiempo como un intento de respuesta a dicho dilema.

Algunas conclusiones preliminares

Ha sido nuestro propósito analizar las características de los procesos de decisión política a la luz de las transformaciones provocadas por el proceso de globalización, en un contexto de crisis del modelo estatal de organización institucional de la segunda posguerra, crisis de representación política, y surgimiento de un nuevo estilo de liderazgo presidencial de carácter decisionista. Se ha querido poner especial énfasis, a tal efecto, en el análisis de los aspectos filosófico-políticos que sustentan este nuevo modelo de decisión estatal como una pretendida teoría supletoria del poder legítimo.

Como sostuviéramos precedentemente, el nuevo decisionismo tiene importantes diferencias con aquél originario planteado por Schmitt, sobre todo en referencia a la centralidad del Estado. Mientras que el primero se presenta como un momento de reconstrucción de la estatalidad soberana frente a "la gran transformación" que sacudía y ponía en crisis al paradigma liberal del capitalismo autorregulado, el decisionismo de fin de siglo surge en un contexto marcado por otra gran transformación, con eje en el mercado global y en políticas económicas que lo instituyen, o que aspiran a insertarse en él, y que tendrán, en determinados contextos nacionales o regionales (por ejemplo, en América Latina, en países como Brasil, Argentina, Perú, Bolivia) una afinidad electiva con formas jurídicas y políticas de concentración del poder. Aparece así una nueva estatalidad, más permeable pero igualmente densa en contenido y significación política, que redefinirá sus modalidades de relación con la sociedad a partir del "contrato social" o "pacto de sujeción" que la prohijó, basada en la evocación permanente de su situación originaria; una crisis sin retorno del Estado-fiscal y de autoridad (a la vez económica -recesión más inflación- y social -desintegración de lazos sociales e inseguridad colectiva), y la crisis de los mecanismos de representación política.

En este nuevo escenario internacional de regímenes democráticos electos, cuya característica definitoria es la relativa irrelevancia de los límites constitucionales sobre el poder y la existencia de fuertes restricciones sobre el ejercicio de los derechos y garantías individuales, se ofrece una nueva variante que intenta explicar y/o normalizar los procesos políticos desarrollados en términos de "democracias iliberales". Estas nuevas democracias obtienen legitimidad, y se consolidan, a partir de su razonabilidad como regímenes con elecciones competitivas, con rotación en el poder o permanencia de un mismo partido. Pero los tres pilares de la democracia liberal –el estado de derecho, la separación de los poderes y la vigencia de los derechos humanos fundamentales- adquieren carácter nominal o subordinado a la "razón de Estado", llamada contemporáneamente "gobernabilidad", residiendo su peligro en la posibilidad de provocar el propio descrédito de las democracias recientemente institucionalizadas por el vaciamiento de sus contenidos y la pérdida de las expectativas colectivas o la acentuación de sus componentes represivos.

Esto es así en la medida en que la acción de gobierno basada en la decisión eficaz como exclusiva fuente de legitimidad aún por sobre la legalidad constitucional, al colocarse en las antípodas del primado de la representación, la deliberación y la discusión que está en la base del sistema parlamentario, el equilibrio y la división de los poderes que sustenta el estado de derecho, desinvolucra a las fuerzas y actores sociales del compromiso que caracteriza a la democracia y queda prisionera de sus propios "éxitos".

En el momento en que dicha eficacia administrativa se volatiliza en manos de las "fuerzas del mercado" o se vuelve fútil a los ojos de los centros de poder y formación de la opinión, la representación social hipotecada se cobra su deuda, y todo vuelve a pasar por la excepcionalidad de la decisión y la amenaza de la emergencia y la extrema incertidumbre.

Si para el discurso optimista del liberalismo conservador de principios de década la política era algo a superar, su consagración como ideología finalista del poder contribuyó en gran medida a la paralización de las dinámicas democráticas que se habían instalado y expandido a lo largo de estos años

de manera irrefrenable. Dichas dinámicas resultaron cuestionadas a la postre tanto por el lado de las fallas de la representación como por el de la irresolución e inoperancia. El Estado, mientras tanto, se liberó de sus compromisos y de sus déficit acumulados, pero ello se tradujo en un primer momento menos en una renovación de la política y un robustecimiento de los centros activos de la sociedad que en un formidable propulsor de los movimientos del capital por un lado y en situaciones extendidas de indefensión, anomia e intemperies de variada índole por el otro.

El campo estatal, en tanto, quedó a merced de una colonización múltiple de intereses personales, lazos de lealtad multipropósito por parte de grupos dirigenciales, y entrelazamiento entre función pública y negocios privados, con la consiguiente proliferación de hechos de corrupción, enriquecimientos patrimoniales poco claros, y por otro lado una mayor visualización de lo que ocurre en la gestión de gobierno debida a la centralidad de los medios de comunicación como escenificación de la política y foro de fiscalización del funcionamiento del sistema político26.

Al mismo tiempo, la tensión entre la búsqueda de una relegitimación "como fuera" de la autoridad política y la erosión de sus fundamentos, que fue actuando desde dentro del propio discurso antipolítico, tendió la alfombra para el despliegue del arsenal de respuestas demoledoras provistas setenta años antes por Schmitt de cara a la crisis de las democracias liberales. De un lado, a través de discursos autoritarios de restauración o regeneración política y búsquedas restitutivas respecto de distintas formas de orden social que se consideraron perdidas, amenazadas o desvirtuadas. Del otro, a través de corrientes antipolíticas que encontraron su fórmula de repolitización en el protagonismo de los grupos sociales, el comunitarismo libertario o localista, la rebelión del "hombre común", o el espejismo de la cibersociedad y el mito de la racionalidad ordenadora del mercado, en un paisaje feudalizado, inhóspito y posmoderno. El sueño de la razón neoliberal, una vez más, terminó así engendrando sus monstruos más temidos o realizando sus deseos inconcientes, dentro o fuera de las fortalezas de la civilización capitalista.

Entretanto, otros actores, fuerzas y tendencias fueron abriéndose paso por entre las murallas geopolíticas derruidas, los antiguos bastiones inexpugnables de la soberanía estatal y la política de bloques, ayudados ahora sí por la globalización de las comunicaciones, la formidable accesibilidad a la información, y una mayor conciencia global en cuestiones como la protección de los derechos humanos y del ecosistema, la persecución y el juzgamiento internacional a responsables de genocidios y crímenes contra la humanidad, o la intervención humanitaria en zonas de conflicto o catástrofes.

Los resquicios y las fallas del tablero internacional fueron poblándose así de sucesos imprevistos, generadores de cadenas de hechos sin control y de nuevos actores y referentes: líderes políticos dispuestos a romper el espejo/espejismo del "pensamiento único", jueces con proyección y jurisdicción extraterritorial, intelectuales, desencantados magnates y gurúes de las finanzas internacionales, identificados todos por un hilo conductor: la visualización de respuestas globales diferentes y la ruptura respecto de las convenciones y estatutos de realidad que dominaron la escena y dieron el poder político a aquellos "Príncipes gobernantes" de los años '9027. **c**

Notas

* Fabián Bosoer es Licenciado en Ciencia Política de la Universidad del Salvador, Secretario Académico de la carrera de Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires (1996/99) y titular de la cátedra Teorías del Estado y la Planificación de la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la UBA, investigador, ensayista y periodista. Publicó "La trama gremial;1983-1989" y "El hombre de hierro" (Editorial Corregidor) con Santiago Senén González.

** Santiago Leiras es Licenciado en Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires, Docente e

Investigador de la Facultad de Ciencias Sociales y del Ciclo Básico Común de la UBA, y Profesor Principal de la Universidad de Belgrano. Ha publicado numerosos artículos vinculados con la problemática de la democracia y la democratización en América Latina

1 Este marco conceptual ha sido oportunamente desarrollado en Bosoer Fabián y Leiras Santiago: *"Los Fundamentos filosófico-políticos del Decisionismo Presidencial: Argentina 1989-1999".* Ponencia presentada en el IV Coloquio Internacional de Filosofía " La filosofía Hoy", organizado por la Fundación Bariloche. San Carlos de Bariloche. Río Negro. 24 al 27 de junio de 1998 . Forma parte, asimismo, del Programa de Investigación UBACYT "La nueva democracia argentina: cambios y continuidades" dirigido por Julio Pinto.

2. Heller, Agnes. *"La decisión, cuestión de voluntad o de elección"*, en Zona Abierta, Número 53. Madrid, 1989. Ver de Carl Schmitt, principalmente, *"El concepto de lo político*".Editorial Folios, Bs.As.,1984; *"La dictadura"*, Ed. Alianza, Madrid,1985 y *"Legalidad y legitimidad"*. Editorial Struhart, Bs. As., 1994. Para una buena síntesis del pensamiento schmittiano, afín a Schmitt, ver Cagni, Horacio, en el estudio preliminar a *"Escritos de Política Mundial*", Ed.Heracles, Bs.As., 1995. Para un rescate crítico, José Aricó, en el prefacio a la edición de Folios de "*El concepto de lo político*". Una aproximación más reciente al concepto de decisionismo como crítica al liberalismo, en Negretto, Gabriel, *"El concepto de decisionismo en Carl Schmitt: el poder negativo de la excepción"*, Revista Sociedad, de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, núm.4, 1994.

3. *"Soberano es quien decide sobre el estado de excepción"* comienza escribiendo Schmitt en su "Teología Política", en 1922, y agrega: *"la decisión sobre lo excepcional es la decisión por antonomasia"*. Antes, en su libro sobre la Dictadura (1921), Schmitt sostiene que *"la soberanía, es decir, el Estado mismo consiste... en determinar con carácter definitivo qué son el orden y la seguridad pública cuando se han violado..."*.De este modo*, "todo orden descansa en una decisión, y también el concepto del orden jurídico..."*.

4. Schmitt, Carl. *"Legalidad y legitimidad"*, Ed. Struhart, Bs.As., 1994. Pags.21/30. Ver, también, Herrera, Carlos Miguel. "*La polémica Schmitt-Kelsen sobre el guardián de la Constitución*", en Revista de Estudios Políticos, Número86, Madrid. 1994.

5. Schmitt, C. *"Legalidad y Legitimidad"* .op. cit..

6. En 1992 Fujimori produce un autogolpe de Estado disolviendo el Parlamento y el Poder Judicial, que ofrecían resistencias a su poder de decisión. Convocará un año después a una asamblea constituyente, reformará la Constitución y será reelegido en 1995. En 1993, Boris Yeltsin ordena el bombardeo de la sede del Parlamento, con el que mantenía una verdadera "querella de las investiduras": la Duma votó por quitarle al presidente la facilidad de emitir decretos(ukases) mientras éste propuso establecer un régimen de "excepción" apoyado en una nueva constitución de neto corte presidencialista que subordinaba a la legislatura. Resuelto "manu militari" el conflicto de poderes, se aprueba una nueva Constitución y Yeltsin fue reelegido en 1996. Carlos Menem tuvo mejor suerte: con triunfos electorales sucesivos mantuvo mayoría propia en el Congreso, que le permitía llevar adelante sus políticas de gobierno. Sin embargo, en sus primeros cinco años de gestión había dictado 336 decretos "de necesidad y urgencia", instrumento de excepción que había sido utilizado en sólo 35 ocasiones en la completa historia constitucional argentina. Para lograr que se le habilite la posibilidad de un segundo mandato consecutivo, acuerda con la oposición una reforma constitucional que se concreta en 1994 y es reelegido en 1995. En los tres casos los presidentes reelegidos lograron más amplios resultados electorales que cuando resultaron consagrados por primera vez.

7. Medici, Alejandro. *"El decisonismo en el discurso y prácticas jurídico políticas del estado argentino. 1989-1997. Sus consecuencias para la calidad de la democracia".* Anteproyecto de Tesis

para la IV Maestría en Teorías Críticas del derecho y la democracia en Iberoamérica. Alternativas democráticas ante el siglo XXI. Madrid. 1998 (Mimeo).

8. Ovejero Lucas, Félix. *"La diáspora liberal. La crisis del liberalismo como filosofía política"*. Revista Claves de Razón Práctica. Núm.75. Madrid, set.97. Ver también Dubiel, Helmut, *"¿Qué es neoconservadurismo?"* .Ed. Anthropos, Barcelona, 1993 y Taguieff, Pierre-André, *"Las ciencias políticas frente al populismo: de un espejismo conceptual a un problema real*", en *"Populismo posmoderno"*, F.Adler, P.Piccone y otros. Universidad de Quilmes, Bs.As., 1996. También, en el mismo libro, Piccone, Paul *"Populismo posmoderno"*.

9. Como señalara Eric Hobsbawm a mitad de los años 90, *"la principal amenaza en las próximas décadas no provendrá del exterior sino del interior. Las guerras más factibles se librarán entre grupos armados dentro de una región –que tal vez ni siquiera sean guerras civiles formales- con o sin la participación de potencias externas. El peligro consiste en la desintegración de instituciones, Estados y las tramas de la sociedad. En otras palabras, la amenaza no está encarnada por algún conquistador externo o la tiranía, sino por la anarquía interna"* (Hobsbawm, Eric: *"La amenaza ahora está adentro"*, Revista especial de Clarín, 50 aniversario, Buenos Aires, agosto de 1995).

En el mismo sentido, apunta Armand Mattelart sobre esta erosión de las bases del Estado como monopolio del poder: *"El poder se les escapa a los Estados en tres direcciones: hacia las colectividades locales, hacia las empresas privadas y hacia los organismos internacionales. Las instituciones gubernamentales son vestigios de una era de crecimiento de formas diversas e independientes"* (Mattelart Armand: *"La Communication-monde",* Ed. La Découverte, Paris, 1992. Hay edición en español)

10. Gramsci, Antonio. *"Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno"*, Ed. Nueva Visión, Bs.As.1984. Pág.9/24, Gramsci, A. Op cit.

11. El singular fenómeno, novedoso a la vez que profundamente tradicionalista, representado por el liderazgo carismático de Fujimori en Perú dio pié a los más diversos análisis de tipo "culturalista" y hasta psicoanalítico: *"El presidente es apoyado plebiscitariamente por los sectores de la población que lo asocian con el personificado orden autoritario, considerado con frecuencia como única opción de supervivencia (...) Mientras que la mayoría de los presidentes peruanos se caracterizaron, independientemente de su orientación ideológica y de su actuación política, por su habilidad retórica y su carisma, el presidente Fujimori, hijo de inmigrantes japoneses y educado en su estricta tradición, encarna la imagen del hombre práctico, que no parece conferir plena importancia al dominio de la lengua castellana. Da la impresión de constituir una figura identificatoria relevante para los migrantes andinos que hablan un castellano motoso y se sienten ajenos en su propio país(...) La magnitud de lo arcaico en la relación líder-masa se expresa, por ejemplo, en el hecho de que el Presidente entrega computadoras en lugares donde no se cuenta con fluido eléctrico. Puede conjeturarse que su interés principal se centra en la expectativa de que la población lo perciba como el generoso donante y salvador. Pero los "obsequios" representan también fetiches, símbolos que ni se pueden comer ni son siempre útiles. Lo que se escenifica es el pensamiento y la acción casi religiosa de los residuos de un sistema social totemístico interesado en la dramatización de la necesidad real...*" César Rodríguez Rabanal. *"La violencia de las horas. Un estudio psicoanalítico sobre la violencia en Perú"*. Ed. Nueva Sociedad, Caracas, 1995. p.14

12. Otros países vivieron circunstancias y procesos semejantes a comienzos de la década del 90, tanto en América latina como en Europa del Este. Bolivia, durante las presidencias de Jaime Paz Zamora y Gonzalo Sánchez de Losada; Brasil, con Fernando Collor de Mello; Ecuador, con León Febrés Cordero, Sixto Durán Ballén y el efímero Abdalá Bucaram; y, en Polonia, Lech Walesa, reflejaron la tensión entre liderazgos presidenciales no tradicionales, con sesgos autoritarios o populistas, pugnando por imponerse sobre Parlamentos adversos. La combinación de sistemas

presidenciales con representación proporcional en el Congreso influyó fuertemente en dicho conflicto. En estos casos, el resultado les fue adverso y el decisionismo presidencialista abortó o fue limitado, con consecuencias igualmente complejas para la gobernabilidad.

13. Kvaternik, Eugenio. *"El peronismo de los '90: un análisis comparado".* Revista Agora. Número 3**.** Buenos Aires. Invierno 1995. Ver también, de Torre, Juan Carlos, *"América Latina: el gobierno de la democracia en tiempos difíciles"*. Serie documentos de Trabajo. Instituto Di Tella. Buenos Aires. Julio 1994 y "*El proceso político de las reformas económicas en América latina"*, Ed.Paidós, 1998; Yannuzzi, María de los Angeles. *"La modernización conservadora"*. Ed. Fundación Ross, Rosario, 1995. Cavarozzi, Marcelo. *"Autoritarismo y democracia (1955-1996). La transición del Estado al mercado en la Argentina".* Ed. Ariel, Bs.As.1997.

14. Castro, Jorge. *"La tercera revolución".* Ed.Catálogos, Bs.As., 1998. p213/225.

15. Castro, Jorge. Op.cit.

16. Ver Cheresky, Isidoro. *"¿Hay todavía lugar para la voluntad política?. Consenso economicista, liderazgo personalista y ciudadanía en Argentina".* ISEN, Grupo Editor Latinoamericano. Bs.As, 1998. También, Palermo, Vicente y Novaro, Marcos. *"Política y poder en el gobierno de Menem"*.Ed. Norma, Buenos Aires, 1996. También, estudios anteriores pero de lectura obligada, Nun, José, *"Populismo, representación y menemismo"*. Revista Sociedad, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, Núm. 5. Octubre 1994; Borón, Atilio, *"El experimento neoliberal de Carlos Saúl Menem"*, en *"Peronismo y Menemismo"*, Ed.El Cielo Por Asalto, 1995. La descripción desarrollada por Cheresky, citada al principio, vuelve sobre la cuestión del Príncipe moderno como mito con fuerza histórica y lo inserta precisamente en el terreno de los tiempos de la videopolítica: *"El liderazgo personalista alude a un poder encarnado, pero no se trata del de un individuo en su carácter de particular, sino de una construcción de una imagen pública. En este sentido el líder se conforma por la significación de los hechos pasados que se le atribuyen, la persona condensa un sentido, está asociada a un estilo, como resultado de acontecimientos que se han idealizado"*.

17. O'Donnell, Guillermo. *"Acerca del estado, la democratización y algunos problemas conceptuales. Una perspectiva latinoamericana con referencia a países pos-comunistas*". Revista Desarrollo Económico, Bs.As. número 130.Vol. 33. Julio-Septiembre 1993.

18. Respuela, Sofía. *"¿Democracia delegativa?. Apuntes críticos al concepto de Guillermo O'Donnell"*, Revista Sociedad.Núm.8. Facultad de Ciencias Sociales, UBA, 1996.

29. Pinto, Julio. *"El neoconservadorismo y su proyección ideológica"*, en *"Las nuevas democracias en el Cono Sur: cambios y continuidades"*, UBA, 1996.

20. Difunde el concepto, por primera vez, Zakaria, Fareed en *"The rise of the Iliberal Democracy".* Revista Foreign Affairs. Noviembre/ Diciembre 1997.

21. Se entiende en términos clásicos por "constitucionalismo", el respeto básico hacia el principio del gobierno de la ley, mientras que el liberalismo será definido a partir de la defensa de las libertades individuales.

Cabe recordar que el surgimiento del constitucionalismo liberal es el resultado de cuatro grandes tendencias históricas en Occidente: 1) surgimiento de la idea del gobierno de las leyes (no de los hombres): se impone el principio de supremacía de la ley, siendo ésta el instrumento a partir del cual los mandatos políticos tienen validez, a partir del principio de legitimidad de carácter racional-legal (siguiendo las categorías de Max Weber); 2) poder del Parlamento: junto al gobierno debe existir un cuerpo separado que lo controle que al mismo tiempo tenga la función de generar las leyes; 3) separación entre las esferas públicas y privada: existen ámbitos reservados a la privacidad de los ciudadanos en los que el gobierno no puede ni debe intervenir. Esto supone una concepción negativa del concepto Libertad, dado que se concibe la misma en función de la ausencia de coacción y/o

restricción institucional alguna por parte del Estado; 4) redacción de una Constitución: esto supone la elaboración de un documento donde se deja constancia de la existencia de los límites al ejercicio del poder y de los derechos y garantías individuales, siendo ejemplo histórico de ello la redacción de la Constitución de los Estados Unidos en el año 1787. Ver Orlandi, Hipólito y Zelaznik, Javier, *"El gobierno"* en Pinto, Julio (compilador). *"Manual de Introducción a la Ciencia Política"*. Eudeba, Buenos Aires.1995)

22. Ver De la Maisonneuve Eric, *"La metamorfosis de la violencia; Ensayo sobre la guerra moderna"*, Nuevo Hacer-Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1998. Delmas Philippe, *"El brillante porvenir de la guerra*", Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1995.

23. Huntington, Samuel. *"La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX"*. Ed.Paidós, Bs.As., 1994. Para Huntington, que en los años 60 analizara en *"El orden político en las sociedades en cambio"*, la "ingobernabilidad" de las democracias en el Tercer Mundo por un exceso de demandas sociales sin instituciones que las pudieran canalizar, esta "tercera ola democratizadora" de los años 80 puede ser considerada como el desarrollo político global más importante de fines del siglo XX. Toma aquí como referencia empírica de su teoría a cerca de 30 países del sur de Europa, Latinoamérica, el este de Asia y el este de Europa, que, entre 1974 y 1990, pasaron de tener un régimen autoritario a tener un régimen democrático de gobierno. La definición que defiende Huntington de "democracia" es aquí la clásica de Schumpeter: "El método democrático -dice- es el acuerdo institucional para llegar a las decisiones políticas, en el que los individuos ejercitan el poder de decidir por medio de una lucha competitiva mediante el voto del pueblo".

24. Morlino, Leonardo. *"Los autoritarismos"* en Pasquino Gianfranco y Matteucci Nicola, *"Manual de Ciencia Política"*, Editorial Alianza. Madrid.1991.

25. Para una contextualización de este enfoque ver Touraine, Alain *"Crítica de la modernidad"*(1994), *"Qué es la democracia"(*1995) y *"¿Podremos vivir juntos?*; *iguales y diferentes* (1997), Fondo de Cultura Económica, Bs.As.; Tenzer, Nicolás, *"La sociedad despolitizada. Ensayo sobre los fundamentos de la política"*, Paidós, Bs.As., 1991; Wallerstein, Immanuel, *"Después del liberalismo",* Siglo XXI Editores, México, 1996; Dahrendorf, Ralf, *"La cuadratura del círculo".* FCE, México, 1996. Son perspectivas contrapuestas y enriquecedoras para confeccionar un interesante caleidoscopio de época.

26. Ver Balandier, Georges. *"El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación"*. Paidós, Bs.As., 1994. Edelman, Murray. *"La construcción del espectáculo político",* Ed.Manantial, Bs.As,1991.

27. Cuatro personajes y cuatro sucesos que, en los finales de 1998, reflejaron esta percepción de estar atravesando un cambio de época y un viraje respecto de lo transcurrido en los últimos años.

En octubre, George Soros, personaje emblemático del capitalismo financiero de fin de siglo, publica "La crisis del capitalismo", libro que continúa y extiende el argumento de un artículo anterior ("La amenaza capitalista") y constituye un fuerte alegato contra lo que llama "fundamentalismo de mercado", responsable, según él, de que el sistema capitalista global se haya vuelto "insostenible" y precise una reforma profunda.

En esos mismos días, Henry Kissinger publica un artículo en los principales diarios del mundo en el que responsabiliza al Fondo Monetario Internacional por la crisis financiera y señala que "la globalización extrema y el capital especulativo están poniendo en peligro la estabilidad política de los países emergentes". Se imponen, también para Kissinger, nuevas reglas de juego para los mercados.

El juez español Baltasar Garzón produce una conmoción mundial, también en octubre, al solicitar a la justicia británica la detención del ex dictador chileno Augusto Pinochet que había viajado a

Londres a operarse de una hernia. Acusado de genocidio, torturas, asesinatos y secuestros, Pinochet queda arrestado y allí deberá aguardar durante varios meses la tramitación de su juzgamiento internacional. Se estableció así un precedente histórico de globalización de la justicia, en consonancia con una conciencia global respecto de los derechos humanos.

Finalmente, en noviembre, en una Venezuela agobiada por el colapso de su modelo estatal dependiente de la renta petrolera, un teniente coronel de 44 años, curtido en la vida cuartelera, se alza con la presidencia de su país barriendo del mapa al sistema de partidos y la dirigencia política tradicional. Hugo Chávez, último eslabón del decisionismo de fin de siglo, asume el 2 de febrero de 1999 jurando por una "moribunda Constitución"y, como primer acto de gobierno, firma un decreto convocando a un referéndum que habilite una Asamblea Constituyente para redactar una nueva Carta Magna. Dice allí que se propone "transformar el Estado y crear un nuevo ordenamiento jurídico", al tiempo que solicita al Congreso "poderes extraordinarios" para poder gobernar.

q

Poder estatal y capital global: los límites de la lucha política

Mabel Thwaites Rey* y José Castillo**

Introducción

H ace ya tres décadas, el entonces llamado Tercer Mundo se había convertido en un fantasma que recorría el mundo y aterrorizaba al capital. Hoy, de los vencedores de Sierra Maestra, el discurso de Argel y la ofensiva final vietnamita, pareciera que hemos pasado a la retórica del ascenso y crisis de los mercados emergentes: el capital huye (¿aterrorizado?) de supuestos territorios no confiables para su valorización, y los gobiernos se postran de rodillas ante el Dios del Capital Global pidiendo perdón por los pecados que provocaron su retirada, preguntándose desesperados cuáles fueron esos pecados.

Pero ¿es realmente tan omnímodo el poder del Capital Global? La pregunta es esencial para cualquier proyecto político enraizado en las clases subordinadas. Asumir el poder del capital como extraño, no dependiente del poder del trabajo, al que se enfrenta desigualmente y se espera vencer con la lógica del relato bíblico de David y Goliath, es un error teórico similar al que llevó en aquel momento de emergencia de masas a no comprender la unidad de la relación capital-trabajo y a fetichizar las formas que asumían las luchas del Tercer Mundo de liberación nacional como disputas en el marco de la contradicción Nación-Imperio.1

Nuestra mirada parte de enfocar el proceso global de redefinición de la relación Capital-Trabajo-Estado a nivel mundial, y procura dar cuenta de la dimensión contradictoria que asume la forma Estado al cristalizar conflictos que expresan la lógica del capital, pero también y en un mismo movimiento el poder del trabajo, con el propósito de encontrar algunas pistas para entender el sentido que deberán tener las opciones impugnadoras del sistema de cara al próximo siglo.

Como punto de partida reafirmamos2 nuestra inscripción en la tradición de la crítica de la economía política, que cuestiona la naturalización y escisión fetichizada de los campos económico y político. El no fijarse límites dentro de las estrecheces del sistema permite pensar sin reificar histórica o lógicamente las instituciones propias del capitalismo, y no aceptar la existencia separada de "lo político" y "lo económico". No habrá entonces racionalidades ni necesidades económicas autónomas de las relaciones de poder, ni cursos inexorables a partir de ellas.

Los estados nacionales y la economía mundial

En los últimos años se ha insistido en que hubo un cambio cualitativo en la relación del Estado nacional *vis a vis* el mercado mundial que obliga a una redefinición de los términos tradicionales de los conceptos de soberanía y autonomía estatal. El avance del proceso de mundialización capitalista conocido como "globalización" ha cambiado los escenarios materiales y simbólicos sobre los que se construyeron las relaciones entre los estados y al interior de ellos en la etapa que siguió a la Segunda

Guerra Mundial. La crisis del modelo de Estado benefactor y el auge de la lectura y el recetario neoliberal se esparcieron por el mundo, junto a una visión hegemónica que sirvió para acotar sustancialmente los márgenes de elección y decisión autónoma.

Se afirma que esta mutación en la economía mundial implica que, aunque la mayor parte de la actividad económica sigue teniendo carácter nacional o local, el núcleo básico que marca los ritmos y orientaciones de inversión e influye sobre los mercados, es global: tiene la capacidad de funcionar como una unidad en un ámbito que abarca todo el planeta, a través de sistemas de información y redes de transporte informatizados.

Es preciso destacar que el cambio es de carácter cualitativo, porque la economía capitalista es desde sus orígenes un sistema global, y la referencia al mercado mundial ha signado el funcionamiento de las economías nacionales desde un principio. Lo que se ha transformado es la forma en que ese mercado mundial influye en el decurso cotidiano de cada Estado nacional.

Revisemos algunos conceptos. El Estado nacional es una "forma" que asumen las relaciones capitalistas globales3, una suerte de momento acotado de la sociedad global sobre un espacio territorial delimitado. Una de las características del capitalismo es la fractura de la sociedad global en una multiplicidad de Estados. Como dice Burnham*, "la más importante tensión del capitalismo contemporáneo es la constitución política nacional de los Estados, junto al carácter global de la acumulación. Aunque las relaciones de explotación sean globales, las condiciones para éstas se establecen nacionalmente, y los Estados soberanos se integran a la economía política global a través del mecanismo de precios"*4. Por eso, un rasgo central del capitalismo es precisamente la necesidad de expresarse en Estados nacionales, que son los que aseguran en cada territorio las condiciones de reproducción global.

Los aportes de Holloway (1993) y Burnham (1996) son fundamentales para entender que la particularidad de los Estados tiene que ver con las diversas formas de "captura" del capital. Pero para salir de una suerte de "lógica del capital" es preciso especificar la relación contradictoria, históricamente variable, de la relación Capital-Trabajo. Las tendencias mundiales nos permiten entender los movimientos globales de esa relación, sin los cuales es imposible descifrar a los Estados nacionales particulares, pero ello no nos exime de analizar cómo las relaciones globales se materializan en concreto en cada sociedad (cómo adquieren su forma histórica en tanto "momento" específico de la totalidad), en la medida en que también está en juego la pretensión fundamental del capitalismo de ser un proyecto de reproducción social que va más allá de lo económico en sentido estricto. Lo primero que sale a la vista es que si bien todos los Estados compiten entre sí, como afirma Holloway, para atrapar porciones de capital, y en esto es lo mismo ser Francia que Ruanda o Brasil, no puede dejar de notarse que la capacidad "constitutiva" de cada uno para hacerlo difiere diametralmente, lo cual no es un dato menor.

La emergencia del capitalismo como sistema mundial en el que se integran cada una de las partes en forma diferenciada plantea desde el inicio una tensión entre el aspecto general (modo de producción capitalista dominante), que comprende a todos sus integrantes en tanto organizador del todo, y el específico de las economías de cada Estado nación (formaciones económico-sociales), insertas en el mercado mundial, que arrastran sus historias y relaciones sociales peculiares.

Hay entonces contradicciones constitutivas que diferencian la forma en que cada economía establecida en un espacio nacional se integra en la economía mundial, las cuales se expresan al interior de los Estados nación adquiriendo rasgos diversos. La problemática de la especificidad del Estado periférico5 se inscribe en esta tensión, que involucra la distinta "manera de ser" capitalista y se manifiesta en la división internacional del trabajo. De ahí que las crisis y reestructuraciones de la economía capitalista mundial y las cambiantes formas que adopta el Capital Global afecten de manera sustancialmente distinta a los Estados del centro que a los de la periferia. La tensión, entonces, entre lo general capitalista y lo específico periférico, está permanentemente presente.

Como sostienen Mathías y Salama, existe una lógica propia de la economía mundial entendida como un todo estructurado y jerarquizado que trasciende la de cada una de las economías de los Estados nación que la componen. Esta forma de entender la economía mundial permite concebir de manera original el papel de las economías desarrolladas, que imprimen al conjunto lo esencial de sus leyes sin que ello implique que éstas se apliquen directamente a la periferia. Para estos autores, *"...el Estado será el lugar donde va a cristalizarse la necesidad de reproducir el capital a escala internacional (...) Es el lugar por donde transita la violencia necesaria para que la división internacional del trabajo se realice, porque es el elemento y el medio que hacen posible esa política"* (1986: 43/44).

Por su parte, Holloway (1993) afirma que "*cada Estado nacional es* un *momento de la sociedad global, una fragmentación territorial de una sociedad que se extiende por todo el mundo. Ningún Estado nacional, sea rico o pobre, se puede entender en abstracción de su existencia como momento de la relación mundial del capital. La distinción que se hace tan seguido entre los Estados dependientes y los no-dependientes se derrumba. Todos los Estados nacionales se definen, histórica y constantemente, a través de su relación con la totalidad de las relaciones sociales capitalistas".* Sin embargo, aclara que ello no implica que la relación entre el Capital Global y los Estados nacionales sea idéntica, ya que éstos son momentos distintos y no idénticos de la relación global. Por otra parte, la fragmentación del mundo en sociedades nacionales lleva a que cada Estado tenga una definición territorial acotada, que implica una relación específica con la población dentro de ese territorio. Es justamente esta demarcación territorial la que explica que cada Estado nacional tenga una relación peculiar con la totalidad de las relaciones capitalistas.

Siguiendo este razonamiento, Holloway (1993) sostiene que *"los Estados nacionales compiten...para atraer a su territorio una porción de la plusvalía producida globalmente. El antagonismo entre ellos no es expresión de la explotación de los Estados periféricos por los Estados centrales, sino que expresa la competencia -sumamente desigual- entre los Estados para atraer a sus territorios una porción de la plusvalía global. Por esta razón, todos los Estados tienen un interés en la explotación global del trabajo".*

Mathías y Salama, por su parte, definen a la economía mundial como un todo en movimiento, que conserva pero modifica continuamente las relaciones de dominación: *"Esas modificaciones expresan, a su vez, que la jerarquización no se pone en cuestión en lo que tiene de esencial y que subproduce formas nuevas. La política económica de un Estado en la periferia puede así buscar adaptarse a las transformaciones que sufre la división internacional del trabajo y a la vez influir sobre ésta. Es por lo tanto, a la vez, expresión de una división internacional del trabajo a la que se somete y expresión de una división internacional del trabajo que intenta modificar"* (1986: 41).

Esta forma de concebir el capitalismo, por ende, apunta a eliminar toda ilusión de disolver los antagonismos clasistas en una unidad, el Estado nación periférico, frente al Estado nación central "dominante". Porque en el capitalismo la contradictoriedad de intereses atraviesa la dimensión esencial de capital-trabajo más allá de las diferencias de especificación territorial. Sin embargo, rescatar al mismo tiempo la dimensión constitutiva que diferencia la "forma de ser" capitalista en un Estado nación periférico de la "forma de ser" en uno central, contribuye a elucidar una dimensión fundamental para entender el sentido de la lucha de clases y sus posibilidades de desarrollo en cada Estado.

La odisea latinoamericana: de los regímenes de la "heterodoxia" a la ortodoxia económica

La dimensión del Estado aparece recortando un espacio social que tiene límites geográficos concretos, e imponiendo un orden en esencia coercitivo pero también de ejercicio de la hegemonía, lo

que implica la inclusión de la dimensión consensual. Resulta imprescindible entonces entender tanto que cada Estado nacional no es una entidad completamente autónoma, como las características específicas que asume ese Estado en tanto que momento particular de la sociedad global en cada etapa histórica.

Tomemos por ejemplo la Argentina a partir de su configuración como uno de los Estados nacionales en que lo político está fragmentado. Lo peculiar del caso argentino es que en los últimos años ha aparecido en el discurso económico de los sectores dominantes locales e internacionales como uno de los países emergentes "modelo". Ello no la ha salvado, no obstante, de la tan mentada falta de diferenciación en su capacidad de atrapar porciones del capital global.

La crisis expresada en el marco global, que nos muestra lo ficticio de la valorización del capital en la década, se entronca con los severos problemas de legitimación de muchos países cuyos gobiernos aplicaron lo que denominaremos el "ajuste ortodoxo". Es preciso recorrer la génesis de estos gobiernos para analizar cómo se articularon específicamente con la lógica del capital.

Los ajustes ortodoxos, de los cuales va a surgir el llamado "proceso de transformaciones" de un conjunto de economías latinoamericanas (Argentina, Brasil, Perú, Bolivia), nacieron como consecuencia del fracaso estrepitoso de las variantes "heterodoxas" que se habían ensayado durante la década de los ochenta. El triángulo entre reactivación, cumplimiento de compromisos internacionales y desarrollo de alguna política de equidad social, terminó siendo mortalmente insalvable.

Como afirma Salama, *"…la especulación aumenta. El desarrollo del mercado financiero se efectúa sobre bases particularmente malsanas, ya que expresa un efecto de convicción: las sumas depositadas no sirven para la inversión en el momento mismo en que parte de la plusvalía consagrada al pago de los servicios de la deuda aumenta. La especulación se desarrolla, la industrialización tiende a dejar el lugar a la desindustrialización, y los ingresos no siguen el movimiento en la base con el mismo ritmo, la inflación se desarrolla y se transforma en hiperinflación"6.*

Puede decirse que los procesos de reforma estatales de los noventa, en los que las privatizaciones de activos constituyeron una parte significativa, tuvieron el sentido de tornar funcionales a las estructuras estatales para las nuevas formas de acumulación exigidas por la reestructuración del Capital Global, que ya estaba dictada por las recomendaciones del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial como vehículo de resolución de la crisis de la deuda. Como proceso de reconstitución social, sin embargo, por ese entonces sólo reconocía antecedentes en los países desarrollados, inspirados en el diagnóstico y las políticas de corte neoconservador.

El proceso de transformaciones emprendido en América Latina cristalizó en un severo disciplinamiento del polo del trabajo, que ya había comenzado en varios países de la región a mediados de los setenta con las Dictaduras Militares, pero que sin embargo, y a pesar de la ferocidad de la represión, no había logrado quebrar el conjunto de conquistas políticas y sociales ganadas durante la vigencia del modelo de sustitución de importaciones7.

En ese contexto, el viejo andamiaje estatal creado para un modelo de acumulación superado entorpecía los requerimientos de valorización y circulación capitalista prevalecientes. Es así que las privatizaciones de empresas públicas, elemento central de estos programas, tuvieron el doble objetivo de obtener los recursos necesarios para satisfacer la deuda externa e interna, y de constituirse a la vez en garantía del profundo ajuste estructural en tanto importante señal hacia el mercado mundial para atraer capitales. Desde este último ángulo, podrían explicarse como intentos del Estado nación de hacerse más atractivo para atraer y capturar el capital que circula por el mundo en su volátil forma monetaria.

Ello estaría confirmando cómo los Estados nación buscan retener al capital dentro de sus fronteras, porque en tanto momento de las relaciones sociales capitalistas necesitan reproducir a la sociedad en su conjunto, o al fragmento encerrado en el territorio del Estado nación, *qua* capitalista. De este modo, las privatizaciones constituyeron oportunidades de negocios de rentabilidad segura en un momento de

difícil valorización productiva del capital a nivel mundial, por lo que representaron el reparto de las principales áreas entre los capitales concentrados operantes en el territorio nacional tanto de origen "nacional" como transnacional, sin más norte que la valorización rentable y el riesgo mínimo.

Pero lo que definitivamente pondrá a Latinoamérica en el rubro de "los mercados emergentes" es su disciplinamiento monetario. La Argentina resulta interesante como caso límite. En marzo de 1991 se declara la Convertibilidad del peso por dólar, con una paridad fija de 1 a 1 establecida por ley. Casi inmediatamente el país empieza a ser considerado por el capital financiero como un lugar atractivo para su valorización. Hasta entonces, salvo en los casos de las cuasi-rentas ofrecidas por servicios monopólicos privatizados, el ingreso de capital a la Argentina había sido escaso. A partir de la Convertilidad se da una aceptación clara y sostenida de la imposición de la economía global a través de la apertura total a las demandas de acumulación a escala mundial, adscribiendo a una lógica que políticamente acepta de manera explícita la alta velocidad de rotación del capital.

Partiendo del capital global, se puede descubrir la "racionalidad" de los capitalistas de un Estado nación moviendo su capital libremente allí donde convenga. Entonces, la idea del Estado como "capitalista colectivo en idea" perdería el requisito ¿sustantivo? de la territorialidad. De ahí que puede entenderse por qué los capitalistas no invierten en un territorio nacional periférico más allá de que de vivan en él, buscando valorizar su capital a partir de su "inmovilización" como capital productivo, lo que implicaría la creación de puestos de trabajo posibilitadores de la reproducción material de las clases subalternas, y por ende de la socialización capitalista, y tiendan en cambio a competir por lograr mejores condiciones individuales de valorización en otros territorios.

En rigor, es el Capital y no "los capitalistas" quien gobierna el proceso, imprimiendo su lógica global a las decisiones que, fogoneadas por los capitalistas individuales, va tomando el Estado. La consecuencia principal es que al Estado nación le resulta difícil garantizar la reproducción de la relación social capitalista en su espacio territorial, en la medida en que los capitales individuales adquieren el poder necesario como para plasmar en el aparato estatal una lógica al servicio de la valorización que les es individualmente más conveniente a escala mundial (principalmente financiera), con independencia de una reproducción social general, sostenida y a largo plazo, del propio Estado nación como momento específico y delimitado territorialmente.

En la medida en que prima la valorización financiera, el requerimiento es hacer "líquido" el capital y no inmovilizarlo en la producción de rentabilidad incierta. Esta tendencia, que se fue profundizando desde mediados de los setenta, conllevó la desinversión productiva, la consecuente desindustrialización, y con ella la pérdida de poder relativo de los trabajadores, de sus organizaciones sindicales, y de las instituciones públicas sostenedoras del "compromiso" estatal de socialización de la fuerza de trabajo. En América Latina en general, y en la Argentina en particular, esta tendencia se fue desarrollando paulatinamente a partir del quiebre violento producido por la Dictadura Militar, que tuvo como objetivo primordial cambiar radicalmente las bases mismas del modelo económico social preexistente, ya en crisis. La estructura estatal sirvió a partir de entonces para la valorización individual de algunos pocos grandes grupos que acrecentaron su poder relativo.

Cuando el proceso de succión quedó concluido y sobrevino la explosión de la crisis ante la incapacidad de hacer frente al endeudamiento externo (hiperinflación de 1989), la solución reclamada por los acreedores, es decir, el canje de deuda por activos públicos, devino el corolario casi "natural" e insoslayable. La "racionalidad" de esta etapa del capitalismo indicaba la necesidad de desprenderse de un aparato estatal productivo y de servicios al que era imposible sostener, y que por lo tanto se tornaba disfuncional para los nuevos tiempos. De este modo se solucionaban varias cuestiones. Por una parte se enviaban señales claras hacia el mercado mundial para atraer capitales, y por la otra se eliminaba una porción significativa de capacidad de mediación estatal. La necesidad del Estado de mantener la apariencia de "neutralidad" legitimante tiene el costo de introducir, aún acotadamente, elementos

referidos al "bien común", e incorporar a otros actores sociales con demandas y capacidad de negociación para decidir cómo, cuándo y en qué invertir, y sobre todo, a qué precio se deben prestar los servicios y vender los productos. Eliminar estos espacios estatales implica disponer de una capacidad de manejo más inmediata que acota notablemente los márgenes de mediación.

La crisis global: jaque a la ortodoxia exitosa

El desarrollo central del proceso privatizador y la consolidación de la política económica de la convertibilidad argentina coexistieron con la burbuja de pseudovalorización que se volcó sobre los países "emergentes" luego del desplome de los valores japoneses a partir de 1991. Por eso resulta pertinente remontarse un poco en el tiempo, a fin de analizar el cambio de escenario a partir del derrumbe mexicano de diciembre de 1994.

En este punto, la introducción del concepto de crisis nos obliga a una conceptualización sobre ésta: la crisis global necesita ser explicada, y no tomada solamente como dato exógeno de la reducción de grados de libertad de los Estados para implementar políticas monetarias y fiscales.

Las crisis implican una violenta reversión del capital ficticio sobre su base real. Así sucedió en 1930. A diferencia de las situaciones del siglo XIX, el keynesianismo planteó por primera vez una salida a la crisis sin la eliminación de capitales enfermos (desvalorizados), sino en cambio por la violación de la restricción monetaria8, es decir, recurriendo a la emisión. Aparecerían entonces las inyecciones monetarias, tendientes a evitar el desplazamiento violento de los capitales desvalorizados, a cambio de una cierta socialización de las pérdidas vía la inflación. Ello se consolidó claramente con la regulación keynesiana mundial al final de la Segunda Guerra, a partir de los acuerdos de Bretton Woods. Los llamados "treinta años gloriosos" del fordismo se basaron en la capacidad de "administrar" la lucha de clases en el seno de las instituciones del Estado Benefactor, con una restricción monetaria constantemente violada, pero inmediatamente reconstituida a partir de la aceptación de hecho de esa desvalorización por parte de las clases subordinadas, cuyos salarios terminaban siempre rezagados respecto del aumento de precios.

La crisis de 1973 y los craks de 1987 y 1994 plantearon y lograron inyecciones de fondos como forma de evitar la destrucción de capitales. Si bien ya no era posible hacer funcionar eficientemente la maquinaria de Regulación Keynesiana Mundial, aún era posible evitar una liquidación en masa de capital. Hoy observamos cómo reaparece, multiplicada varias veces, la desesperada búsqueda por parte de porciones desvalorizadas del capital, de que una vez más se viole la restricción de la ley del valor y se salga en su rescate. Las actuales dificultades para encontrar una posición unificada en cuanto al rescate mundial se expresan en las posiciones contradictorias de todos los actores que construyeron originalmente la regulación de Bretton Woods, y aún en la provisorias formas de resolución creadas en 1973, 1987 (crack de Wall Street), 1991 (caída de la Bolsa Japonesa), y 1994 (Efecto Tequila).

La crisis fordista -y aquí, siguiendo a Hirsch, ponemos énfasis en la caída de la tasa de ganancia como fenómeno explicativo9-, hizo que, ante la incertidumbre respecto de las posibilidades de valorización en las actividades productivas, el Capital encontrara un refugio supuestamente seguro en las actividades financiero-especulativas. Como estrategia de largo plazo, la libre circulación planetaria del capital se constituyó en un arma sin precedentes para condicionar al polo del trabajo. En tanto en el capitalismo si no hay inversión no hay generación de actividad productiva y por ende no hay trabajo, el manejo de la escasez de capital destinado a la producción coloca a los trabajadores ante un virtual chantaje: "si ustedes no se allanan a las nuevas condiciones que creemos necesarias para recuperar la ganancia, nosotros no invertimos, ergo, ustedes no tienen trabajo, ergo, no pueden reproducir sus condiciones de vida". Este fue el contexto en el que se delineó la trayectoria tecnológica de la

reconversión posfordista, con una contracción fenomenal de los puestos de trabajo10. La fragmentación, flexibilización y precarización laboral, resultan así correlativas a la pérdida de poder de negociación del trabajador industrial clásico.

Si se entiende que las crisis expresan las contradicciones de la acumulación del capital -y aquí retomamos a Hirsch- podemos decir que nos encontramos ante la materialización de la incapacidad del capital para construir un nuevo ciclo largo como el fordista luego de la crisis de los setenta. Esto no quiere decir que no se haya producido una acumulación feroz del capital: se produjo coexistiendo con una incapacidad para construir lo que los regulacionistas llaman un nuevo "modo de regulación". Esta incapacidad institucional, esta ausencia de una suerte de renovado "keynesianismo planetario", no se debe simplemente a la falta de un nuevo liderazgo mundial ni puede verse tampoco a partir de las debilidades del sistema de relaciones económicas internacionales.

El poder aparente del capital en su expresión monetaria, que se materializa en su comportamiento como ariete justificador del neoliberalismo en su lucha por eliminar las conquistas históricas de los trabajadores, no debe hacernos olvidar que el Capital es una relación social en y a través del trabajo. Como bien señala Bonefeld *"el capital existe solamente a través del trabajo vivo como sustancia de valor y, por lo tanto, valor excedente…el Capital no puede autonomizarse a sí mismo del trabajo vivo; la única autonomización posible es del lado del trabajo"11* Esto resulta hoy esencial: la crisis actual nos muestra cómo ese aparente poder omnímodo del capital, utilizado como chantaje para desintegrar el poder del trabajo, retrocede en avalancha ante la no realización de las promesas de valorización. Y arrastra detrás de sí no sólo al capital que ingresa a los países y permanece en la forma líquida, sino también a innumerables proyectos productivos, algunos afincados por décadas en cada territorio. Hoy observamos, entonces, cómo las preocupaciones de los Estados pasan a ser no sólo "atrapar" porciones de capital que fluyen financieramente, sino evitar que se vayan los supuestamente seguros y afincados productivamente.

Por ello es preciso destacar cómo la "lógica del capital" expresa, aunque resulte paradójico, el poder del polo del trabajo. Y es desde ahí que puede hablarse de un cierto fracaso del proyecto neoconservador: fracaso en el triunfo12. En los países centrales el polo del trabajo comenzó a ponerle freno a la ofensiva del capital (huelgas de telepostales, camioneros y autopartistas en EE.UU.; huelgas francesas de fines de 1995; triunfos electorales de las oposiciones a los gobiernos neoconservadores), mientras que el Capital buscó su valorización en los países emergentes asiáticos y latinoamericanos13. Pero en la mayoría de los casos prevaleció la relación Dinero-Dinero (D-D'), por sobre la de extracción de plusvalor: o bien la valorización puramente financiera, o bursátil, o bien a través de rentas monopólicas14 (que no son otra cosa que redistribuciones de plusvalor).

Analizar la crisis asiática como un punto particular implica preguntarse por qué se construyó la burbuja financiera. Y aquí resulta central recordar que el conflicto con el polo del trabajo puso también en cuestión la superexplotación. Recordamos especialmente la larga huelga coreana, los meses previos al estallido de Thailandia de agosto de 1997. Por otra parte, si bien la lógica del capital podía construir un espacio territorial, inestable desde el estallido de los conflictos en Corea pero existente al fin para la extracción del plusvalor, no lo tenía para la realización de éste. De ahí los terribles apalancamientos financieros, la especulación sobre los proyectos inmobiliarios, y la crisis de la industria automotriz coreana, por citar sólo algunos ejemplos destacados.

Vemos entonces que el estallido de la crisis en Asia expresa también, si bien contradictoriamente, la fragilidad del capital productivo afincado en esta parte del planeta. Algo similar había pasado en México en 1994: el llamado "Efecto Tequila" tuvo una relación concreta con la crisis del régimen político mexicano15, que se expresaba ese año en la emergencia zapatista y la crisis del partido de gobierno. Ambos momentos (México 1994 y Asia 1997/98) no deben ser leídos solamente como un proceso donde los capitales fugan autónomamente, sino que expresan una conflictualidad, que se potencia a partir del

derrame en cadena de la propia crisis, como por ej. la caída del gobierno Indonesio en 1998.

"Racionalidad" del capital y "racionalidad" del estado

Mucho se discute acerca de la racionalidad o irracionalidad del capital. Se puede entender su movimiento internacional y su estructura nacional, y llegar a explicar por qué hay "racionalidad" capitalista en términos de los capitales dominantes. Desde este ángulo, la adecuación del aparato estatal a los requerimientos de la competencia de "atrapar" el capital global puede resultar "racional", pero en la medida en que el Estado nación no depende sólo de la reproducción del capital mundial sino también de la reproducción del capitalismo dentro de sus fronteras, la pregunta es qué pasa con el proyecto de reproducción social. El capitalismo constituye un orden social que precisa validarse. A partir de la reproducción material intenta, y por lo general consigue, legitimarse integrando al conjunto de la sociedad en una estructura jerarquizada. El Estado tiene la función de sostener ese orden, de organizarlo y darle sentido. Cuando el capitalismo en tanto sistema económico-social no logra socializar al conjunto de la población de un territorio dado, se producen quiebres en el Estado nación como instancia articuladora: sobrevienen crisis políticas, económicas, sociales, ideológicas, culturales.

Si los Estados nación tienen como misión capturar al Capital Global para reproducir a la sociedad, habría que preguntarse de dónde sale su racionalidad o irracionalidad, si es que cabe, para lograr que esa captura se produzca. Aparecen aquí las clásicas cuestiones de la relación clase dominante/Estado y del carácter periférico o central del espacio de valorización capitalista nacional determinado históricamente. Entonces, cuando se dice que un Estado o una clase dominante no se comporta con "racionalidad capitalista", suele olvidarse la peculiaridad del espacio nacional periférico -el lugar donde operan los capitalistas individuales en tanto parte de la relación social capitalista- en la valorización del capital mundial, y la correlación de fuerzas que se expresa en cada sociedad en los distintos momentos históricos.

Como señalábamos más arriba, son los sectores dominantes "internos" y "externos", en tanto que capitalistas, los que en última instancia logran imprimir su racionalidad a la gestión y morfología de lo estatal. Ello no se establece por definición estructural a priori o en función de un parámetro abstracto de lo que debería ser un "capitalista colectivo en idea" que piense la totalidad más allá de lo inmediato, sino que tiene que ver con la dinámica de la lucha de clases. La percepción de las tareas a cargo del Estado referidas a la socialización de la fuerza de trabajo se relaciona directamente con la correlación de fuerzas que está en la raíz misma de la forma de acumulación, incluidos sus procedimientos técnicos. Como proyecto de reproducción social acotado en un espacio físico, y con las formas de convivencia que implica, es en esa lucha, en esa correlación, que se definen los límites de la reproducción social "racional" para el capital. Está claro que el capital no tiene patria, que fluye incesantemente hacia donde obtiene mejores condiciones de reproducción. Pero también es cierto que no puede entenderse la categoría capital sin la categoría Estado (como derivación lógica, pero fundamentalmente como categoría histórica específica), porque es precisamente a partir de la garantía estatal que puede extraerse el plusvalor. Economía y política son entonces partes de una unidad: la relación social capitalista16. Y el Estado, como garante de la relación social capitalista, recibe su "racionalidad" precisamente de preservarla más allá de los intereses concretos o a pesar de ellos. De ahí deviene su apariencia de neutralidad. Pero la materialidad de la producción estatal, es decir, qué hace, cómo lo hace, en qué forma, con qué herramientas, se especifica en un proceso complejo que expresa las contradicciones de la lucha, generalmente mediada y cargada de múltiples significaciones, entre intereses opuestos: los capitalistas por obtener mayores cuotas de plusvalor, y los trabajadores por defender sus condiciones de vida. De ahí que los Estados nunca pueden "saber" a ciencia cierta qué es lo más correcto o "racional" para la reproducción capitalista en cada momento histórico, y por ende no están exentos de "errores" y contradicciones.

Es preciso tener en cuenta que la "racionalidad" capitalista implicada en el Estado como "capitalista colectivo ideal", que supone asumir la reproducción de ambos polos de la relación social capitalista, no puede ser explicada solamente como producto directo de las necesidades del capital, sino que debe ser entendida como el resultado de la lucha y de la fortaleza o debilidad relativas del polo del trabajo para imponer los límites de su propia reproducción como clase. Se advierte aquí la paradoja de que es precisamente la fuerza del trabajo17 la que compele al capital a garantizar su reproducción, la que otorga "racionalidad" al Estado capitalista como proyecto de reproducción social general, y provee simultáneamente los elementos para la pervivencia del sistema a través de su legitimación (siendo a la vez, y contradictoriamente, la razón de su movimiento "irracional").

La contradictoriedad de la lucha política

Para comprender la dinámica de las instituciones estatales y ubicar el contexto de las luchas populares *frente a* y *en* el Estado es preciso tener en cuenta la dimensión contradictoria sustantiva que lo atraviesa. Las mismas instituciones que pueden ser interpretadas como un logro popular, devienen legitimadoras del sistema capitalista. ¿Se trata entonces de desecharlas por legitimadoras, o de aceptarlas por tener el carácter de "conquista"? La respuesta acertada no parece estar en ninguno de los dos términos, sino en la complejidad que su interrelación supone.

Más allá de toda crítica necesaria, si entendemos que las instituciones benefactoras se materializaron como consecuencia de una respuesta del capital a la activación del trabajo (como dice Holloway, a la fuerza creciente del trabajo), no podemos dejar de elucidar la importantísima contradicción implícita. Si por un lado tienen el efecto fetichizador de hacer materialmente aceptable la dominación del capital, y de ahí construir el andamiaje ideológico que amalgama a la sociedad capitalista y la legitima, por otra parte en términos de los niveles y calidad de vida populares constituyen logros significativos a los que sería absurdo renunciar. Es ésta la principal contradicción que opera a la hora de enfrentarse críticamente a los procesos de reestructuración estatal: la misma conquista que beneficia, se convierte en la base de la legitimación del capital. Tal contradicción es precisamente la fuente de las mayores confusiones teóricas y prácticas respecto a la forma Estado, y torna muy compleja la batalla por su desfetichización y superación por un orden alternativo.

Es necesario tener presente que el Estado es un lugar-momento de la lucha de clases y, sin olvidar la naturaleza esencial que lo define como capitalista (reproducir a la sociedad *qua* capitalista), es preciso rescatar el sentido de aquellas cristalizaciones que fueron producto de luchas históricas y a partir de allí profundizar la confrontación por cambiar la base de las relaciones sociales de explotación. No es posible decir que hay que "defender" al Estado capitalista, ni denostarlo por serlo mas allá de toda compleja articulación de intereses contradictorios materializada en su seno, ni enseñarles a los capitalistas a actúen con racionalidad a largo plazo de "capitalista colectivo". Se trata más bien de rescatar aquello que, definido en términos de lo colectivo, debe necesariamente remitir a los intereses mayoritarios y confrontar con la lógica desigualadora y excluyente del capital.

Cabe aquí dar una vuelta de tuerca más para complejizar la contradictoriedad de la que venimos hablando. Se ha dicho que las instituciones de bienestar significaron la respuesta estatal a la lucha de las clases populares por hacer que sus demandas se incluyeran en la agenda pública, es decir, fueran consideradas como cuestiones socialmente relevantes y por ende susceptibles de respuesta estatal. Ahora bien, esta resolución constituye una "sutura", un intento de solución que congela, al institucionalizarlo, el problema planteado por el sector social que encaró la lucha por resolverlo, en el sentido de la resolución que el Estado le da a la cuestión18. Deja entonces de ser "problema" para convertirse en institución pública, y de ahí en más deja de ser una cuestión pública a nivel de la sociedad civil para

pasar a gobernarse con la lógica de lo estatal y adquirir su peculiar dinámica. Precisamente el mapa de las instituciones estatales refleja, en cada caso histórico, los "nudos de sutura de las áreas que las contradicciones subyacentes han rasgado en su superficie". La morfología estatal está signada por la necesidad de responder a las crisis y cuestiones que se plantean desde la sociedad con sus contradicciones, fraccionamientos y superposiciones19.

Es en este sentido que puede analizarse la crisis de las instituciones benefactoras, que, creadas originalmente para dar cuenta de determinadas problemáticas sociales, se trastocan para atender otros fines sin cambiar su apariencia exterior. Aparecen así como cáscaras vacías, que no obstante retienen el "nombre" de lo que alguna vez fueron. Lejos de constituirse en "sutura", porque ya no logran ni siquiera garantizar la acumulación o legitimar la dominación, dejan abierta la herida original que pretendieron resolver, que ya tampoco es la misma: se ha infectado. El capital ofrece entonces su solución, impecablemente racional en los términos de su propia lógica: eliminar la institución y con ella el problema que le dio origen, que deja de ser una "cuestión socialmente problematizada" merecedora de ser incluida en la agenda pública.

Si se insiste en que el Estado es más que la mera expresión de la lógica del capital, no debe olvidarse que en el aparato estatal se materializan las complejas relaciones de fuerzas que especifican a la relación social capitalista entendida como un todo. No puede entonces resultar indiferente para los trabajadores, por ser capitalista, cualquier institución estatal. No es lo mismo tener leyes laborales protectoras que flexibilización total. No es lo mismo contar con prestaciones de seguridad social garantizadas legalmente que dejarlas libradas a las fuerzas del mercado. Todos los logros históricos de los trabajadores merecen y deben ser defendidos, pero no referidos a un mítico Estado Benefactor que nunca superó las fronteras capitalistas y como tal entró en crisis, sino a aquella dimensión de "problema social" que debe ser resuelto a favor de los intereses mayoritarios.

En esta línea, coincidimos con Roux cuando plantea que *"la superación del capital como vínculo de dominio-subordinación y la construcción de un nuevo tipo de relaciones basadas en la libertad y en el reconocimiento recíproco entre personas, pasa entonces no por la desaparición de la política y del Estado, pero tampoco por su reproducción –con otro nombre y otros protagonistas- tal y como hoy nos los representamos. Pasa más bien por la recuperación de la política y el Estado como dimensiones humanas: por la superación de aquel tipo de relación social que, enajenando la vida, corporalidad, trabajo y voluntad de los seres humanos, resulta también en la confiscación de la política, en la transferencia del poder de autodeterminación de los hombres en un poder vivido como ajeno, y en la política y el gobierno como actividades especializadas y monopolio de unos cuantos"* 20.

Aparecen aquí algunas preguntas: ¿cuál es el lugar de lo público, de la gestión de lo colectivo, de la decisión democrática de lo cotidiano? ¿Cómo es posible recrear la noción del "auto-gobierno" popular con la complejidad de un mundo crecientemente globalizado?

La globalización de los mercados financieros, facilitada por la tecnología de las comunicaciones, permite escindir hasta límites insospechados al capitalista como agente económico territorialmente situado del capital como fuerza monetaria que circula velozmente y sin restricciones. Así, el horizonte de inversiones ya no tiene para los dueños del capital las mismas fronteras precisas de antaño, y puede mudarse con la velocidad que permiten las teclas de una computadora. Esta volatilidad del capital es uno de los aspectos que más problemas plantea a los estados nacionales, compelidos a capturar una porción del capital que circula para hacerlo productivo, y con ello reproductor del orden social territorial. Pero tal como la actual crisis mundial lo está testificando, los Estados suelen resultar impotentes para controlar tanto los flujos financieros y monetarios que determinan sus economías como los flujos de información mediática, y de ahí la crisis de su propio papel institucional y el debate en torno a qué funciones conserva el Estado nacional en un mundo globalizado. Más aún, el papel que juegan organismos financieros internacionales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial en

la definición de las políticas económicas y sociales de los países endeudados, pone seriamente en cuestión la capacidad de los Estados para diseñar estrategias autónomas.

Sin embargo, si mantenemos nuestra afirmación de que economía y política son aspectos indisolubles de una realidad única, no habrá decursos económicos inexorables por encima de las relaciones de fuerza sociales y políticas que les dan sustento. En ese plano, el campo de la política todavía conserva límites territoriales, en el sentido de dar forma a comunidades en las cuales, mediante algún mecanismo de participación social, se toman decisiones que afectan a sus habitantes. Aunque la relación capital-trabajo tiene una dimensión global, no puede eludirse la importancia de cómo se expresa en cada ámbito estatal acotado, donde influyen múltiples factores sociales y políticos.

La conquista de la autonomía de las mayorías para plasmar sus intereses materiales y simbólicos en acciones estatales es por cierto un proceso complejo y de resultado incierto. Sin embargo, frente al creciente poder de las instancias supranacionales en las cuestiones nacionales, no parece quedar otra alternativa que articular las luchas locales con las mundiales. La unidad internacional ya no será entonces una mera utopía del pasado, sino una necesidad impuesta por el presente, aunque para que pueda plasmarse haga falta todavía otorgar nuevos sentidos a las luchas nacionales. **c**

Bibliografía

- Aglietta, Michel, Regulación y crisis del Capitalismo, Siglo XXI, México, 1988.
- Bonefeld, Werner, Práctica humana y perversión. Entre la Autonomía y la Estructura, en Revista DOXA 13/14, Buenos Aires, 1995.
- Bonefeld, Werner, et al (ed), *Open Marxism, Vol. I*, Pluto Press, London, 1992.
- Bonefeld, Werner, et al (ed), *Open Marxism, Vol. II*, Pluto Press, London, 1992.
- Bonefeld, Werner, et al (ed), *Open Marxism*, *Vol. III,* Pluto Press, London, 1995.
- Burnham, Peter, *Estado y mercado en la Economía Política Internacional: una crítica marxiana*, en *Revista DOXA Nro.16*, Buenos Aires, Primavera-Verano 1996-1997.
- Castillo, José, *Qué legitimación para qué crisis,* en *Realidad Económica Nra. 114/115,* Buenos Aires, 1993.
- Castillo, José, *Estado, Capital y Conflicto Social: la delimitación teórica imprescindible de un proyecto alternativo,* en *Revista DOXA nros. 9/10*, Buenos Aires, 1994.
- Dinerstein, Ana, *Capital Global, Trabajo y Sindicatos: acerca de las formas y los contenidos,* en *Revista DOXA nro.16,* Buenos Aires, 1997.
- Lipietz, Alain y Danielle Leborgne, en *El Posfordismo y su Espacio,* Realidad Económica Nro.122, Buenos Aires, 1994.
- Marx, Karl, El Capital (tomos I, II y III), Siglo XXI, Buenos Aires, 1985.
- Hirsch, Joachim, Fordismo y Posfordismo. La crisis actual y sus consecuencias, en Los Estudios sobre el Estado y la Reestructuración Capitalista, Fichas Temáticas de Cuadernos del Sur, Buenos Aires, 1992.
- Hirsch, Joachim, *The State apparatus and social reproduction: Elements of a Theory of the Bourgeois State,* en Holloway, John y Sol Piccioto, *State and Capital: a marxist debate,* Edward Arnold, London, 1978.
- Holloway, John, *Globalización del Capital y Reforma del Estado*, en *Revista DOXA nros. 9/10*, Buenos Aires, 1994.
- Holloway, John, *Circulación del Capital y lucha de clases global,* entrevista de Mabel Thwaites

Rey y Ana Cecilia Dinerstein, en *Revista DOXA 9/10*, Buenos Aires, 1994.

- Holloway, John, Los zapatistas y el Capitalismo Mundial, en DOXA nros. 13/14, Buenos Aires, 1995.

- Holloway, John y Sol Picciotto, La teoría marxista de la crisis, el capital y el Estado, en Estado y Economía: crisis permanente del Estado Capitalista, Sociedad de Ediciones Internacionales, Bogotá, 1980.

- Keynes, John Maynard, Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero, FCE, México, 1945.

- Lenin, Vladimir, El imperialismo, etapa superior del capitalismo, Editorial Anteo, Buenos Aires, 1974.

- O' Donnell, Guillermo, Acerca del Estado, la democratización y algunos problemas conceptuales. Una perspectiva latinoamericana con referencia a países poscomunistas, en Desarrollo Económico 130, vol.3, , Buenos Aires, 1993.

- O' Donnel, Guillermo, Apuntes para una Teoría del Estado, en Oszlak, Oscar (comp.), Teoría de la Burocracia Estatal, Paidós, Buenos Aires, 1984.

- Oszlak, Oscar y Guillermo O'Donnell, Estado y políticas estatales en América Latina: hacia una estrategia de investigación, en Revista Venezolana de Desarrollo Administrativo nro.1, Caracas, 1982.

- Roux, Rinha, 1998, *Las razones del Manifiesto*, en *Etica y rebelión. a 150 años del Manifiesto Comunista*, La Jornada Ediciones, México,1998.

- Salama, Pierre y Gilberto Mathías, El Estado Sobredesarrollado, Ediciones Era, México, 1983.

- Salama, Pierre, La intervención del Estado y la Legitimación en la crisis financiera: el caso de los países latinoamericanos semi-industrializados, Ponencia del Coloquio "El crack de 1987 y el futuro de la economía mundial", París, 1988.

- Thwaites Rey, Mabel y López, Andrea, Auge y ocaso de la intervención estatal o la difícil legitimación de la ley de la selva, en Revista DOXA nro.2, Buenos Aires, 1990.

- Thwaites Rey, Mabel, Que Estado después del estatalismo. Un análisis de la política de privatizaciones en la Argentina (1984-1993), ponencia a la II Conferencia Internacional del Instituto Internacional de Ciencias Administrativas, Toluca, 1993.

- Thwaites Rey, Mabel, *La azarosa privatización de Aerolíneas Argentinas. Paradigmático testimonio de un cambio de rumbo.* Tesis de Maestría en Administración Pública, Buenos Aires, 1993.

- Thwaites Rey, Mabel, *Las Paradojas de una contradicción : apuntes sobre el Estado y las privatizaciones,* en *Revista DOXA 9/10,* Buenos Aires, 1994.

Notas

* Abogada. Es Magister en Administración Pública (UBA), cursó la Maestría en Ciencias Sociales en FLACSO y actualmente es doctoranda por la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA. Profesora Adjunta regular de las materias Fundamentos de Ciencia Política y Administración y Políticas Públicas y Titular de Sociología Política, todas de la Carrera de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Miembro del colectivo editorial de la revista DOXA. Especialista en las temáticas de Teoría y Reforma del Estado. Es autora de más de treinta trabajos sobre su especialidad, aparecidos en publicaciones nacionales y extranjeras.

** Lic. en Economía (UBA), cursó la Maestría en Administración Pública (UBA). Profesor Titular

de "Economía Política" y "Ciencia Política y Teoría del Estado" en la Maestría de Planificación Urbana y Regional (UBA), Adjunto de "Elementos de Economía y Concepciones del Desarrollo" y "Sociología Política", ambas de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA) y Titular Regular de "Economía Política" en la Facultad de Ciencias Sociales de la UNCPBA. Miembro del Colectivo Editorial de la Revista DOXA. Estudioso de la relación Política-Economía, es autor de numerosos materiales de esa temática.

1. No siendo el eje central del presente artículo, señalamos sin embargo que las debilidades teóricas provenían de la concepción de Estado que subyacía en la denominada Teoría de la Dependencia. Para ver una crítica amplia al respecto ver el Capítulo Anexo a Salama, Pierre y Gilberto Mathías, *El Estado Sobredesarrollado*, Ediciones Era, México, 1983.

2. Ver al respecto artículos en DOXA 9/10, 1994.

3. Como dice Peter Burnham, *"las luchas entre Estados han de ser entendidas, en un nivel más abstracto, como las luchas entre capital y trabajo que asumen más y más el carácter de poder nacional del capital sobre el trabajo".* En *Estado y mercado en la Economía Política Internacional: una crítica marxiana*, DOXA Nro.16, Buenos Aires, Primavera-Verano 1996-1997.

4. Idem.

5. Utilizamos el término "periférico" sin que esto implique una adscripción a la llamada Teoría Centro-Periferia ni a la concepción dependentista. Simplemente nos parece una palabra que expresa más claramente un "topos" que las otras que tenemos alternativamente a disposición (subdesarrollados, semi-colonias, "emergentes").

6. Salama, Pierre, *La intervención del Estado y la Legitimación en la crisis financiera: el caso de los países latinoamericanos semi-industrializados,* Ponencia del Coloquio *"El crack de 1987 y el futuro de la economía mundial"*, París, 1988.

7. Con la excepción de Chile.

8. Al respecto ver Aglietta, Michel, *Regulación y crisis del Capitalismo,* Siglo XXI, México, 1988

9. Hirsch, Joachim, *Fordismo y Posfordismo. La crisis actual y sus consecuencias,* en *Los Estudios sobre el Estado y la Reestructuración Capitalista*, Fichas Temáticas de Cuadernos del Sur, Buenos Aires, 1992. Aclaramos al respecto que concebimos a la tendencia a la caída de la tasa de ganancia como una dimensión que contiene a su interior la lucha de clases, a partir de la dinámica de la tasa de explotación y de los motivos que construyen la trayectoria de la composición orgánica del capital.

10. Lipietz, Alain y Danielle Leborgne, en *El Posfordismo y su Espacio,* Realidad Económica Nro.122, Buenos Aires, 1994, señala como se dieron un conjunto de proyectos de reconversión industrial que apuntaban explícitamente a desplazar fuerza de trabajo de ramas o regiones que habían expresado el mayor peso combativo en las luchas de fines de los sesenta. El ejemplo citado es el de la FIAT de Turín, con los proyectos Robogate, Digitron y LAM.

11. Bonefeld, Werner, *Práctica humana y perversión. Entre la Autonomía y la Estructura,* en DOXA 13/14, Buenos Aires, 1995.

12. Es obvio que no podemos hablar de "fracaso" a secas del neoconservadurismo: las privatizaciones se realizaron, muchas organizaciones del trabajo se desmantelaron y la ofensiva ideológica se hizo sentir, sobre todo durante los ochenta.

13. Excede este trabajo, pero corresponde decir que también fracasó estrepitosamente el intento de construir un polo de valorización productiva a partir de la reconstrucción capitalista del Este Europeo y la ex-URSS.

14. Apropiación de activos "privatizados".

15. Así la emergencia zapatista en enero de 1994, el asesinato del candidato presidencial oficialista (Colosio) en el mes de marzo, y la crisis del partido gobernante, llevaron a la decisión de no tocar el tipo de cambio, a pesar de su incapacidad para ser sostenido a su paridad hasta la asunción del nuevo presidente en Diciembre. Recordamos que esa devaluación fue el desencadenante "financiero" de la crisis.

16. Holloway, John y Sol Picciotto, *La teoría marxista de la crisis, el capital y el Estado,* en *Estado y Economía: crisis permanente del Estado Capitalista*, Sociedad de Ediciones Internacionales, Bogotá, 1980.

17. Holloway, John, *El enigma descubierto: surgimiento y caída del keynesianismo,* en Relaciones 5/6, México, 1980.

18. Particularmente útiles son aquí los trabajos de Oscar Oszlak y Guillermo O"Donnell.

19. Así, O'Donnell dice que "la arquitectura institucional del Estado y sus decisiones (y no decisiones), son por una parte expresión de su complicidad estructural y, por la otra, el resultado contradictorio y sustantivamente irracional de la modalidad, también contradictoria y sustantivamente irracional, de existencia y reproducción de la sociedad" (1984, p.222).

20. Roux, Rinha, 1998, *Las razones del Manifiesto*, en *Etica y rebelión. a 150 años del Manifiesto Comunista*, La Jornada Ediciones, México,1998.(p.131).

q

"Pensamiento único" y resignación política: los límites de una falsa coartada

Atilio A. Boron*

I. Globalización: realidad y ficción

Un argumento favorito de los ideólogos y funcionarios gubernamentales en América Latina es que la novedad sin precedentes de la globalización ha puesto punto final a los viejos paradigmas y modelos de políticas públicas y a las tradicionales formas de concebir la articulación entre estado, mercado y sociedad. Según lo expresan sus voceros más enfervorizados, el keynesianismo está muerto, al igual que el "desarrollismo", esa criatura de Raúl Prebisch y la Comisión Económica para la América Latina, para ni hablar de la "planificación central" utilizada por los regímenes socialistas. En el discurso de los intelectuales y técnicos adscriptos a la hegemonía del capital financiero internacional, el neoliberalismo se erige en la única alternativa. Fernando H. Cardoso sintetizó con su cartesiana claridad el nuevo sentido común de la época al decir que "fuera de la globalización no hay salvación; dentro de la globalización no hay alternativas".

Sin embargo, pese a su luminosa brillantez, la expresión del presidente del Brasil no pasa de ser un ingenioso sofisma y, como tal, profundamente equivocado. En efecto, una mirada cuidadosa al proceso histórico demuestra que la globalización está lejos de ser una novedad en esta parte del mundo. Desde 1492, cuando se produjo su violenta incorporación a la expansiva economía-mundo mediante el "descubrimiento" y la conquista de América, los pueblos aborígenes de esta región padecieron en carne propia el carácter necesariamente global del capitalismo. Aprendieron también que en dicho sistema pueden coexistir, durante siglos, regímenes de esclavitud y servidumbre –como las que sobrevivieron en ciertas partes de América Latina y el Caribe hasta finales del pasado siglo– con formas altamente evolucionadas de organización capitalista de la producción. Y que, ante la debilidad de las respuestas políticas de los países de la periferia, la globalización puede causar estragos: en esta parte del mundo la primera ola globalizadora diezmó poblaciones, destruyó ciudades e imperios, exterminó pueblos enteros y aniquiló lenguas y culturas. No hay razones para suponer que la ola actual vaya a ser más benigna.

Este carácter histórico-universal del capitalismo y su incomparable dinamismo que lo lleva a expandirse por todo el planeta son dos de las razones por las cuales, hace poco más de un siglo y medio, Marx y Engels escribieron en uno de los pasajes más clarividentes y perceptivos del *Manifiesto* que

> "Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. ... Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. ... Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas ... por industrias que ya

no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país sino en todas las partes del globo".

Y culminan, premonitoriamente, advirtiendo que:

"La burguesía ... obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burgueses. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza" (Marx y Engels, pp. 23-24).

Como puede apreciarse, lo que hoy llamamos globalización es un fenómeno de muy antigua data. Tal como lo plantean Samir Amin, Paul Bairoch, Aldo Ferrer e Immanuel Wallerstein entre otros, su edad es tan antigua como la del capitalismo: casi cinco siglos. (Amin, 1997b pp. 2-6; Bairoch, 1998; Ferrer, 1997: pp. 22-26; Wallerstein, 1974: p. 67)

Más allá de las controversias que pudiera suscitar la interpretación que Marx y Engels hicieran sobre el curso del desarrollo capitalista hasta mediados del siglo pasado, lo cierto es que el pasaje citado demuestra una asombrosa exactitud a la hora de describir los rasgos principales –no sólo económicos– del capitalismo de finales del siglo XX. Si la capacidad de anticipar y predecir cursos futuros de desenvolvimiento es un criterio básico para evaluar la cientificidad de las teorías, entonces la superioridad teórica del marxismo por sobre las teorías rivales de inspiración liberal es aplastante. El mundo que predecían no sólo Adam Smith y David Ricardo, con el atenuante de su mayor distanciamiento en relación a nuestra época, sino también el que pronosticaron los teóricos principales de la economía burguesa contemporáneos o posteriores a Marx, como Marshall, Walras y Jevons, tiene poco que ver con lo que efectivamente conocimos. El optimismo que éstos depositaban en los efectos niveladores e igualitaristas de los mercados fue rotundamente desmentido por los hechos. Sus ilusorias expectativas de que la competencia entre las firmas iría a impedir la constitución de los monopolios no corrió mejor suerte, y su supersticiosa confianza en la capacidad auto-regulatoria de los mercados se vio brutalmente defraudada con las dos guerras mundiales, la Gran Depresión y el cruento colapso del orden económico liberal de los años treinta. El mundo de hoy, y no sólo la economía sino también la sociedad y la cultura, se parece mucho más al que anticiparan Marx y Engels en el *Manifiesto* que a cualquier otra teoría. Las sombrías predicciones de George Soros vienen a ser un tardío y malhumorado reconocimiento de que los diagnósticos de los autores del *Manifiesto* siguen siendo correctos en lo esencial. "El sistema capitalista global responsable de la remarcable prosperidad de este país", dijo el financista en una audiencia ante el Congreso norteamericano el 15 de Septiembre de 1998, "se está cayendo en pedazos." (Soros, p, xi)

En resumen: la globalización, que en la hermenéutica neoliberal contemporánea aparece como "la gran novedad" de nuestros días, fue observada con extraordinaria precisión hace más de ciento cincuenta años, y sus tendencias principales fueron identificadas con no menor exactitud en esa misma época. Smith y Ricardo también llegaron a advertir este carácter globalizante del capitalismo, pero las limitaciones de su perspectiva teórica les impidieron extraer las radicales consecuencias a las que sí llegaron los fundadores del materialismo histórico.

¿Qué significa todo esto? Que la retórica de la globalización –o quizás su intencionada "mitologización"– distorsiona severamente los hechos al presentar lo que es una tendencia intrínseca y secular del modo de producción capitalista como si fuera un momentáneo e inesperado resultado. El carácter estructural, conciente y premeditado de este proceso ha sido subrayado por numerosos autores y, en fechas recientes, muy especialmente por Samir Amin. (Amin, 1997a: pp. 1-45) La manipulación ideológica a la que se presta el concepto de globalización es de tal naturaleza que conduce a sus víctimas a creer que sus efectos y consecuencias son obra de ciegas fuerzas impersonales, la mera "secreción natural" de un orden económico global en donde no existen estructuras, clases, intereses económico-corporativos ni asimetrías de poder que cristalicen en relaciones de dependencia entre las naciones. (Gómez, 1997) Por si lo anterior fuera poco tal distorsión ideológica contribuye a diseminar la idea de

que la única respuesta posible ante la globalización es la pasiva sumisión con la que hombres y mujeres aceptan resignados las catástrofes naturales. Como veremos en la última parte de este trabajo, tal ficcionalización de la globalización desempeña funciones político-ideológicas sumamente importantes a la hora de legitimar las políticas neoliberales, pero poco tiene que ver con la verdad.

II. Globalización: lo viejo y lo nuevo

Es necesario por lo tanto distinguir mitos de realidades, máxime en tiempos de confusión como los que nos tocan vivir. En el discurso neoliberal predominante sobre la globalización hay mucho más de fantasía apologética que de un análisis sobrio y objetivo de los capitalismos "realmente existentes". No deja de ser llamativo que exista un consenso casi unánime entre los estudiosos del tema acerca de las distorsiones mistificantes que el uso corriente del término globalización posee. Difícilmente podría hallarse en la literatura económica una coincidencia tan grande, todo lo cual nos obliga a examinar muy cuidadosamente los argumentos hegemónicos esgrimidos por la doctrina neoliberal sobre este fenómeno. Obviamente que no es una pura casualidad que sea ésta la visión socialmente más difundida del fenómeno, y que los medios de comunicación de masas —una de las estructuras que más éxitosamente resistió los embates del impulso democrático desplegado a lo largo de este siglo– compitan por promover una actitud conformista y resignada ante la globalización cuya funcionalidad para las clases dominantes es más que evidente.

En realidad, tal como sostiene uno de los más importantes estudiosos del tema, Paul Hirst, lo que caracteriza a la economía contemporánea es el ingreso a una nueva y acelerada fase de crecimiento de las tendencias globalizantes de la economía internacional. Este autor identifica tres grandes etapas en dicho proceso: una primera, coincidente con *la belle époque*, que transcurriera entre 1870 y 1914 con tasas de crecimiento medias del comercio y la producción mundiales en torno al 3.5 % anual. En esta misma etapa la exportación de capitales, principalmente desde el Reino Unido y en menor medida Francia, Alemania y otros países europeos, ya sea bajo la forma de inversiones directas o en cartera, alcanzó niveles en proporción al producto bruto que hasta el día de hoy siguen sin ser superados. Según Hirst, los Estados Unidos, Argentina, Australia y Africa del Sur eran "los tigres económicos de la era Victoriana, ... y sus principales ciudades representaban en ese entonces lo que Shanghai o Taipei son en nuestros días" (Hirst, p. 104).

La segunda fase de este proceso coincidió con el *boom* de la postguerra, y se extendió hasta la crisis del petróleo a mediados de los años '70. Entre 1950 y 1973 el crecimiento del comercio mundial fue en promedio del orden del 9.4 % anual, mientras que el del producto fue del 5.3 % anual. En otras palabras: el comercio creció al doble que la producción, y lo importante es que tanto uno como la otra lo hicieron muy por encima de los niveles registrados en el período de la *belle époque* . Con razón observa nuestro autor que esta "época de oro" de la expansión capitalista internacional –cuyos índices superan en varios órdenes de magnitud a los que se conocerían, a partir de finales de los setentas con el apogeo del neoliberalismo– tuvo lugar en el marco de los acuerdos de Bretton Woods y con fuerte intervencionismo estatal, tasas de cambio semi-fijas y movimiento de capitales rigurosamente controlados, algo digno de recordar en los tiempos que corren (Hirst, p. 104).

La última fase es la que comienza una vez que las economías industrializadas concluyeron sus procesos de ajuste ante los impactos del *shock* petrolero de 1973-1979. La reorganización económica resultante de la crisis del keynesianismo se produjo en un clima de exacerbación ideológica signado por lo que muy acertadamente Raúl Prebisch denominara "el retorno de la ortodoxia", es decir, la reimplantación de principios y políticas como las que habían ocasionado el derrumbe de 1929: liberalización de los movimientos de capitales, desregulación de los mercados financieros, y adopción de

tasas de cambio fluctuantes. Si bien en el período 1983-90 la expansión del comercio internacional fue muy fuerte aquélla no llegó a superar los registros del período keynesiano (Hirst, p. 105).

Ahora bien: el reconocimiento de las antiguas raíces de la globalización capitalista (o, en otras palabras, de todo lo "viejo" que aparece ahora disfrazado como una novedad absoluta) no implica desconocer la existencia de tres nuevos desarrollos que le han dado a la fase actual un dinamismo extraordinario:

(a) Por un lado, una vertiginosa mundialización de los flujos financieros, cuyo crecimiento ha sido muy superior al del producto y el comercio mundiales, o al también espectacular crecimiento de las inversiones extranjeras. Esta patológica "hipertrofia" de las finanzas internacionales tuvo una evolución extraordinaria a partir de la crisis del petróleo, y muy particularmente del triunfo del proyecto neoliberal de desregulación y liberalización de la esfera financiera. La resolución de la pugna hegemónica que se había desatado en el seno de las clases dominantes de los países industrializados en favor del capital financiero creó las excepcionales condiciones políticas que hicieron posible el auge sin precedentes de las transacciones financieras internacionales. Si bajo la divisa del "pleno empleo" en boga en los años de la posguerra se alinearon los sectores industriales y todas las fracciones del capital territorialmente fijadas, para quienes el primero aseguraba la prosperidad de sus negocios, bajo las banderas de la "estabilidad monetaria" y el "equilibrio fiscal" se nuclean la fracción financiera y los grupos y sectores para quienes la valorización del capital descansa principalmente en sus habilidades especulativas y en la maximización de las posibilidades que les ofrece el circulante líquido para pergeñar operaciones en tiempo real en los más apartados confines del planeta. El capital financiero puede florecer y prosperar aún cuando actúe sobre mercados internos deprimidos y con desempleo de masas, como lo demuestra sobradamente la experiencia latinoamericana en los años ochenta.

Es debido a ésto que el torrente financiero internacional ha crecido a un ritmo exponencial, a tal grado que hoy en día alarma a los capitalistas más lúcidos, como George Soros, preocupados no sólo por la ganancia del presente sino fundamentalmente por la estabilidad a largo plazo del sistema y el lucro del mañana. Si en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial el volumen de las transacciones financieras internacionales representaba unas cinco veces el tamaño del comercio mundial, en la actualidad la proporción estimada es de aproximadamente quinientos a uno. Según Colin Leys, la suma diaria que circula por los mercados financieros internacionales es de 1,2 billones de dólares (U$S 1.200.000 millones), cifra que en poco más de una semana iguala al producto bruto de los Estados Unidos, la mayor economía del mundo, y superior a las reservas atesoradas por todos los bancos centrales del mundo. En apenas seis horas estos mercados transan una cifra equivalente al PBI de la Argentina; en siete horas la de México, en ocho la del Brasil. (Leys, 1996)

Una pregunta insoslayable se refiere al grado de vinculación entre esta agigantada presencia del capital financiero y la economía real. Sobre este tema, las más diversas corrientes teóricas parecerían coincidir en un hecho: existe una muy débil relación entre los movimientos financieros y los de la economía real. Este diagnóstico es compartido tanto por autores que se inspiran en la tradición marxista (como, por ejemplo, Pierre Salama, José Luis Fiori y María da Conceição Tavares) como por quienes son tributarios del pensamiento liberal, como Peter Drucker, por ejemplo. Una monótona regularidad ratifica lo que venimos diciendo: la disminución de la tasa de desempleo en los Estados Unidos, sin duda un buen dato desde el punto de vista de la salud del sistema económico, suele por lo general suscitar pesimismo en los mercados financieros y actitudes reticentes en los grandes operadores, lo que se refleja en las correspondientes caídas del índice Dow Jones. Peter Drucker, un autor insospechado de simpatías socializantes, observaba recientemente que la extraordinaria movilidad del capital especulativo se deriva del hecho de que "no cumple ninguna función económica ni financia nada". Por eso mismo no obedece a ninguna lógica económica o racionalidad de ningún tipo. "Es volátil y cae fácilmente en pánico a causa de rumores o acontecimientos inesperados". (Drucker, p. 162) Por algo Keynes proponía la "eutanasia

del rentista", recordemos.

En el caso de los flujos financieros procedentes de los Estados Unidos hacia América Latina y el Caribe, esta disyunción es aún mucho más acusada: aproximadamente la mitad de los capitales que salen de la plaza norteamericana con ese destino se dirigen hacia las Islas Caymán y otros "paraísos fiscales" del Caribe, países no caracterizados por cierto por su desempeño industrial, sus innovaciones tecnológicas o el tamaño de sus mercados. (Chomsky, 1998) Además, se estima que sólo el 3 % de las transacciones financieras internacionales tiene que ver con el comercio internacional de mercaderías, lo que significa que casi la totalidad de los flujos financieros que hoy cruzan el planeta en todas direcciones son puramente especulativos, desvinculados de la economía real, y por supuesto del bienestar general de la población (Chesnais, p. 244). De ahí el nombre que se le ha dado a la actual fase de la economía internacional, "capitalismo de casino", una actualización de la vieja caracterización leninista del "capitalismo parasitario" en tiempos de la Primera Guerra Mundial y que fuera ratificada poco tiempo atrás por Alan Greenspan al denunciar "la irracional exhuberancia de los mercados." En su triunfo, el neoliberalismo transmutó la vieja obsesión keynesiana de practicar la "eutanasia del rentista" en la aniquilación del productor.

(b) El segundo elemento novedoso de la actual fase de la globalización capitalista lo constituye la cobertura geográfica sin precedentes que ha alcanzado este proceso, que ha creado por primera vez en la historia un espacio capitalista universal, sometiendo o integrando a su expansiva dinámica aún a países como la China, cuya organización económico-social es por ahora, estrictamente hablando, no-capitalista. Una somera inspección de los datos históricos revelaría que el "mundo capitalista" de fines de siglo pasado era mucho más acotado y circunscripto que el de nuestros días: el Atlántico Norte, Europa Occidental, las regiones litoraleñas de América Latina y el Caribe, y algunos enclaves aislados de Asia y Africa. En la actualidad, el espacio capitalista ha alcanzado dimensiones planetarias, y sus leyes de movimiento se imponen aún en países como China, Cuba y Vietnam, incapaces de ponerse a cubierto de la feroz lógica mercantil que rige la marcha de la economía mundial. El "Segundo Mundo" ha desaparecido y las atrocidades del Khmer Rouge o la autarquía albanesa aparecen como una perversa imagen especular del precio que habría que pagar ante cualquier tentativa de desvincularse de los mercados mundiales.

(c) La tercera novedad de la fase actual de la globalización es la extraordinaria universalización de las imágenes y mensajes audiovisuales, un proceso controlado casi exclusivamente por un puñado de enormes oligopolios mediáticos que operan a escala planetaria. Algunos autores han optado por denominar como "macdonaldización" a la uniformización cultural resultante de este fenómeno, por cuanto el mismo implica la imposición o consentida adopción de valores, estilos culturales, íconos e imágenes proyectadas planetariamente a partir de la singularidad de la experiencia norteamericana y de un modelo de consumo completamente standarizado, descontextualizado, fetichísticamente igualitario, barato y de baja calidad, cuya representación paradigmática está dada por la cadena de ventas de hamburguesas (Castellina, 1997; Featherstone, 1996). Siguiendo las precoces observaciones de Gramsci sobre este asunto, podría pensarse que la "macdonaldización" del mundo viene a rubricar el audaz proyecto de reforma intelectual y moral lanzado por la burguesía norteamericana con el "fordismo." Una mirada crítica sobre este tránsito del "fordismo" al "macdonaldismo" no puede dejar de reparar en el significado que tiene el pasaje de un modelo de sociedad pautado a partir de una radical reorganización del proceso productivo, como la impulsada por Henry Ford en sus plantas automovilísticas, a otra inspirada en los "éxitos" comerciales del *fast food* . En todo caso, esta creciente homogeneización cultural ha sido un instrumento poderosísimo para la creación de un "sentido común" neoliberal que exhalta las oportunidades que ofrece el mercado, lo que tal vez constituye el triunfo más notable de la restructuración regresiva del capitalismo actualmente en curso.

El "pensamiento único" requiere como contrapartida una opinión pública igualmente única. Gramsci subrayó la importancia de este asunto en repetidas oportunidades al decir que "las 'creencias populares' ... tienen la validez de las fuerzas materiales" (Gramsci, 1966: 34). Este proceso ha sido facilitado por el carácter profundamente antidemocrático de los medios de comunicación de masas, los cuales en la mayoría de los países logran ejercer una influencia pública sin contrapesos ante la inexistencia de efectivas disposiciones legales y/o prácticas institucionalizadas que garanticen siquiera un mínimo nivel de control democrático sobre ellos. La legislación antimonopólica que respetan aún los gobiernos más proclives al dogma neoliberal no encuentra contrapartidas cuando se trata de los medios de comunicación de masas: las "megafusiones" que tuvieron lugar en los Estados Unidos en 1995 (Time-Warner y la CNN por un lado; la ABC y Disney por el otro) son una prueba vociferante de lo que venimos diciendo (Ramonet, 1998: p. 119). Si a ello le añadimos aquello que Pierre Bourdieu denomina la "censura invisible", la técnica del "ocultar mostrando" y la inercia sistémica del "campo periodístico" en favor del conformismo y la pasividad, completamos un cuadro en el cual las clases dominantes a nivel internacional tropiezan con pocos obstáculos a la hora de "manufacturar un consenso", para utilizar la feliz expresión de Noam Chomsky. Se destinan recursos multimillonarios y toda la tecnología mass-mediática de nuestro tiempo a los efectos de producir un duradero lavado de cerebro colectivo que permita la aplicación aceitada de –y la conformidad popular ante– las políticas promovidas por los grandes beneficiarios del orden neoliberal (Bourdieu, p. 19-29).

La aceleración y profundización de las tendencias globalizantes del capitalismo, así como su creciente impacto y cobertura geográfica, se vieron favorecidas por los formidables desarrollos tecnológicos que tuvieron lugar desde mediados de los años setenta, muy especialmente en el campo de las telecomunicaciones, la informática, la microelectrónica y los medios de transporte. Estos cambios han venido a sancionar el triunfo del tiempo sobre el espacio, a resultas del cual el mundo se ha "comprimido" dramáticamente por las nuevas tecnologías, que permiten enviar mensajes y movilizar ingentes sumas de dinero de un rincón a otro del planeta en milésimas de segundos. Huelga aclarar que este fabuloso progreso tecnológico estuvo lejos de ser neutro en sus impactos clasistas, toda vez que transfirió ingentes recursos económicos, políticos y simbólicos a las manos del nuevo "pacto de dominación" global, hegemonizado por el capital financiero, que detenta el control de tales instrumentos. Expresión de esto son la sólida amalgama formada por el conjunto de prescripciones conocido como el Consenso de Washington y la impetuosa "macdonaldización" cultural del mundo, gracias a la cual los intereses y valores de las clases dominantes del sistema han alcanzado una supremacía sin precedentes en la historia de la humanidad.

III. Contratendencias

No basta con denunciar los excesos mistificadores de la retórica celebratoria de la globalización capitalista. Para posibilitar una evaluación sobria, inmunizada ante las estridencias retóricas del discurso de la globalización, es preciso dejar de lado las palabras y observar cuidadosamente los datos objetivos que exhiben los capitalismos "realmente existentes". Al efectuar esta sencilla operación se comprueba que los alcances reales de la "globalización" son más modestos de lo que se pretende hacer creer a la opinión pública.1 Comencemos examinando algunos datos "sueltos" pero sumamente ilustrativos: sólo el 17 % de la población de la India vive fuera de sus aldeas de origen, mientras que una proporción aún menor lo ha hecho en la China, dos países que en su conjunto comprenden poco menos de la mitad de la población mundial. Y en los Estados Unidos, potencia integradora del capitalismo global, apenas algo más de un tercio de los miembros de la Cámara de Representantes ha alguna vez salido del país, mientras que el resto sencillamente carece de pasaporte. ¿Un mundo globalizado?

Aldo Ferrer apela a la sensatez cuando nos exhorta a recordar otros antecedentes fundamentales y a extraer de ellos sus consecuencias lógicas: más del 80 % del producto mundial se destina a los mercados internos, y en consecuencia las exportaciones globales representan en conjunto algo menos del 20 % de la producción mundial. Con datos como éstos hablar de "un mundo globalizado" resulta por lo menos temerario. Y si en lugar de los productos hablamos de los productores entonces nos encontramos con que 9 de cada 10 personas trabajan para los mercados de sus respectivos países. Hay globalización, es cierto, pero es mucho menor de lo que se dice. El tan publicitado "crecimiento vía exportaciones" (*export led growth*), que los ideólogos neoliberales promueven persistentemente como la panacea para enfrentar los desafíos de la globalización, ignora un dato crucial de las economías desarrolladas: que en éstas el motor principal del crecimiento no se encuentra en la satisfacción de la demanda originada en algunos remotos mercados de ultramar sino en el dinamismo del mercado interno, que consume la mayor parte de lo que allí se produce. Contrariamente a lo que opinan los expertos del FMI y el BM, y a lo que hacen los gobiernos de América Latina, no existe ni un solo caso en la historia económica internacional que demuestre que el desarrollo haya sido alcanzado mediante la perversa combinación de auge exportador y mercados internos deprimidos, desempleo de masas y bajos salarios. Esa fórmula es una ruta segura para la perpetuación del atraso y el subdesarrollo. La distancia que separa el discurso hegemónico de la globalización –ése que no desinteresadamente repiten machaconamente funcionarios, economistas satisfechos, y gran parte de los "medios de desinformación de masas"– de la realidad es muy grande (Ferrer, 1997: p. 20).

Es por eso que al examinar las cifras relativas a la "apertura comercial" –un verdadero artículo de fe en el catecismo económico del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional– se comprueba, no sin sorpresa, que entre 1913 y 1993 las economías de Francia, Japón, Holanda y el Reino Unido lejos de haberse "abierto más" desde el punto de vista del comercio exterior, hicieron exactamente lo contrario: acentuar la importancia de sus respectivos mercados internos. La siguiente tabla sintetiza con elocuencia lo que venimos diciendo:

Tabla I
Proporción del total del intercambio comercial
(importaciones más exportaciones)
sobre el Producto Bruto Interno de países seleccionados

	1913	**1993**
Francia	35.4	32.4
Alemania	35.1	38.3
Japón	31.4	14.4
Holanda	103.6	84.5
Reino Unido	44.7	40.5
Estados Unidos	11.2	16.8

Fuente: Thompson , p. 163.

¿Qué nos demuestra este cuadro? Que sólo Alemania y los Estados Unidos avanzaron en la dirección de "abrir" cautelosamente sus economías a los flujos comerciales internacionales mientras que Japón, el

éxito económico más significativo del siglo XX, hizo exactamente lo contrario, cerrando la suya en una proporción por encima del cincuenta por ciento. En el caso de los Estados Unidos, conviene recordar que a pesar de la desaforada retórica libremercadista de los años Reagan/Bush su "coeficiente de apertura" sigue siendo sumamente bajo: aproximadamente igual al que tenían las economías latinoamericanas en las décadas de la industrialización sustitutiva de importaciones, y que, según los modernos clérigos neoliberales, fue la causante de nuestro atraso y subdesarrollo. Sucede que, tal como bien lo señalara Noam Chomsky en varios de sus escritos, tanto los Estados Unidos como el Reino Unido sólo comenzaron a predicar la virtud de las ideas neoliberales una vez que la ventaja competitiva alcanzada luego de 150 años de políticas férreamente proteccionistas –persuasivamente auspiciadas por Alexander Hamilton desde las etapas iniciales de la joven república– se tornara prácticamente inalcanzable para la abrumadora mayoría de los países. Además, su actual entusiasmo por el libre mercado no les impide valerse de un complejo arsenal de medidas para-arancelarias de distinta naturaleza, destinadas a defender su mercado interno del acoso de los competidores externos. Cualquier productor latinoamericano sabe lo engorroso y difícil que resulta exportar tanto a los Estados Unidos como a Europa. El resultado, en consecuencia, es un bajo coeficiente de apertura como el que se muestra en la tabla precedente. En el caso del Reino Unido, debe mencionarse el hecho de que la mayor incidencia del comercio exterior refleja un rasgo idiosincrático de su economía, cual es la histórica gravitación de la City londinense en su carácter de centro neurálgico del viejo orden liberal decimonónico.

Ahora bien, si se estudian otros aspectos de las relaciones económicas internacionales, las conclusiones son coincidentes con las anteriores: sólo en el Reino Unido los activos y los pasivos externos de los bancos comerciales alcanzan a una cifra cercana al cincuenta por ciento del total, y esto, una vez más debido al peculiarísimo papel internacional desempeñado por la City. No puede dejar de recordarse que Londres es la plaza financiera más antigua del mundo, y que si bien el volumen de negocios transados en Tokio es superior al de aquélla, no ocurre lo mismo a la hora de evaluar la variedad y sofisticación de sus instrumentos de colocación. (Chesnais, p. 258) En Francia, en cambio, la proporción de los activos y pasivos externos desciende abruptamente hasta cerca de un 30 %, llegando a las proximidades de un 15 % en el caso de Alemania, un 10 % para el Japón, y menos aún para los Estados Unidos. ¿Hasta qué punto pues se encuentra "globalizado" el sistema financiero de los países desarrollados? Parecería que no en un grado demasiado significativo. Lo mismo cabe decir en relación a los fondos de pensión, que continúan siendo fenómenos económicos bastante poco expuestos a las vicisitudes de la "globalización". En el caso de Alemania sólo un 3 % de los mismos se hallan invertidos en el exterior, proporción que sube al 4 % en los Estados Unidos, al 5 % en Francia, al 9 % en Canadá, al 14 % en el caso del Japón, y al 27 % en el Reino Unido, por las razones arriba mencionadas. Como si lo anterior fuera poco, prácticamente no existen extranjeros en los directorios de las grandes empresas que manejan los fondos de pensión aludidos más arriba. (Thompson, pp. 164-165)

Por último, una rápida inspección de los datos comparativos sobre el gasto público revela el carácter mitológico de otras de las supuestas consecuencias de la globalización: que como resultado de esta última, para sobrevivir en el competitivo escenario internacional se habría vuelto necesario "achicar" el estado y reducir el gasto público. De este modo la "globalización" impulsaría la inexorable privatización de las empresas estatales y los salvajes recortes en los presupuestos del sector público. Sólo estas políticas, únicas e inapelables, serían las que posibilitarían la adopción de estrategias exitosas para sobrevivir en un mundo que requiere cada vez mayor libertad para los mercados, y que impone renovadas barreras a las intromisiones de los estados y a las tentativas de los gobernantes de inmiscuirse en asuntos que no son de su competencia. Como lo demuestra la tabla II, tales afirmaciones, repetidas *ad nauseam* por los voceros del neoliberalismo, no pasan de ser vulgares "ideologemas" incapaces de resistir la más elemental prueba de la experiencia.

Tabla II
Gastos totales de los gobiernos, 1970-1995
(como % del PBI a precios de mercado)

	1970	1980	1990	1995
Austria	39.2	48.8	49.3	52.7
Francia	38.9	46.6	50.5	54.1
Alemania Occidental	38.5	48.0	45.3	49.1*
Italia	34.2	41.9	53.2	53.5
Japón	19.4	32.6	32.3	34.9
Suecia	43.7	61.2	60.7	69.4
Reino Unido	37.3	43.2	40.3	42.5
Estados Unidos	31.6	33.7	36.7	36.1

Notas: * Corresponde a la Alemania unificada.
Fuente: Thompson, p. 167.

Estos datos demuestran cómo en los "capitalismos realmente existentes" (y no en el universo ilusorio que imaginan los ideólogos neoliberales) el tamaño del estado, medido por la proporción del gasto público total en relación al PBI, no cesó de crecer. Tal como lo hemos señalado en otro lugar, lo que efectivamente ocurrió en la década de los ochenta fue una desaceleración en el ritmo de crecimiento del gasto público, y no, como pregonan aún los economistas del "establishment" financiero internacional, un radical desplome del mismo al estilo de lo que hemos venido padeciendo en América Latina. (Boron, 1997a: pp. 186-188 y 224-228) Una cosa es crecer más lentamente en relación a los extraordinarios índices de la posguerra, y otra muy distinta que se produzca una reducción en el tamaño del estado. Una vez más, el caso británico presenta algunas particularidades dignas de ser tomadas en cuenta, pero que aún así no invalidan la conclusión general expuesta más arriba. En efecto, pese a lo estentóreo de su retórica, la experiencia gubernativa de Margaret Thatcher y John Major apenas si se tradujo en una caída en el tamaño del estado inferior a un 1 % del PBI. La famosa consigna de producir el *roll back* del presupuesto público para regresarlo a las viejas épocas pre-keynesianas quedó reducida a una piadosa mentira. La razón de fondo de este fracaso de los proyectos neoliberales tiene que ver con un hecho bien simple: que las conquistas populares coaguladas en lo que hoy conocemos como el "Estado de Bienestar" se convirtieron en cláusulas constitutivas y no negociables del contrato social de los capitalismos de la postguerra en el mundo industrializado. Pensar que una ocasional modificación en la correlación electoral de fuerzas podría dar por tierra con dichas cláusulas consistió, quizás, en el principal error de los estrategas neoliberales.

En el caso norteamericano, como es sabido, el "contrato social keynesiano" careció de la fortaleza y amplitud evidenciadas en Europa. Sin embargo, los doce años signados por la hegemonía republicana demostraron la "insoportable levedad" de la propaganda neoliberal: al promediar la Administración Bush lejos de disminuir el tamaño del gasto público norteamericano se había acrecentado en 3 puntos del PBI en relación al que existía antes del comienzo de la "cruzada privatista" de Ronald Reagan. Esta tendencia expansiva del gasto público se verificó asimismo en el Japón, y con rasgos mucho más marcados, en el resto de los capitalismos desarrollados. En síntesis, una mirada sobria a datos recientes producidos por el FMI, el Banco Mundial o la OECD, revelaría que desde la década de los ochenta la

abrumadora mayoría de los estados del Primer Mundo vio aumentar la participación del gasto público sobre el PBI, incrementar sus ingresos tributarios, acrecentar el déficit fiscal y la deuda pública, e inclusive, en no pocos casos, el empleo en el gobierno. Al comenzar la década de los '90 la proporción de empleados públicos sobre el total de la población era del orden del 8.3 % en Alemania, 9.7 en Francia, 8.5 en el Reino Unido, y 7.2 en los Estados Unidos, por contraposición a cifras cercanas al 3.5 % para Brasil, 2.8 en Chile y una cifra similar para la Argentina luego de la "reforma del Estado" puesta en práctica por el gobierno de Menem, eufemismo para aludir a una salvaje política de despidos masivos financiada por el Banco Mundial con préstamos encaminados a recargar aún más el peso de la deuda externa. (Calcagno y Calcagno, 1995: 29-31)

En consecuencia, el discurso supuestamente técnico del *downsizing* y el desmantelamiento del Estado no parecería ser otra cosa que una estrategia retórica destinada a manipular la voluntad política de los "eslabones más débiles" de la cadena imperialista, toda vez que, como lo demuestra palmariamente la experiencia latinoamericana, el remate de las empresas públicas ha significado un pingüe negocio para los acreedores externos y sus aliados locales. Los datos disponibles acerca del crecimiento del estado le dan la razón a John Williamson cuando sostiene que "Washington no siempre practica lo que predica". (Williamson, p. 17) No sólo Washington: ni en Bonn, Roma, Paris o Tokio la tan mentada "reforma del estado" es una política seriamente considerada en los capitalismos avanzados. Tan es así que un reciente informe especial de la revista *The Economist* , difícilmente sospechable de poseer inclinaciones izquierdistas, lleva por título "La Mano Visible". Luego de un exhaustivo análisis de los datos relativos al comportamiento del sector público en los países de la OECD el artículo concluye, con un tono melancólico, que *the big government is still in charge.* Pese a las tan proclamadas "reformas neoliberales", entre 1980 (época en que se lanzaron los programas de ajuste y los planes de austeridad fiscal) y 1996, el gasto público de las 14 naciones más avanzadas de la OECD subió del 43.3 % del PBI al 47.1 % (*The Economist* , 1997: p. 8). Datos de todo tipo confirman lo que para *The Economist* es una lamentable realidad, cuyas conclusiones se sintetizan de este modo:

> "El crecimiento de los gobiernos de las economías avanzadas en los últimos cuarenta años ha sido persistente, universal y contraproductivo. ...En Occidente, el progreso hacia un gobierno más pequeño ha sido más aparente que real. Si se examina cuidadosamente el asunto, aún los reformistas más convencidos -Ronald Reagan en los Estados Unidos y Margaret Thatcher en el Reino Unido- no lograron gran cosa. En el resto de Occidente el estado siguió creciendo, salvo por los efectos ocasionales de alguna crisis fiscal". (*The Economist*, 1997: p. 48)

En conclusión, el problema de las economías latinoamericanas no radica en el tamaño de sus estados o en la magnitud de su gasto público, sino precisamente en lo que, por comparación con las economías desarrolladas, se revela como la raquítica constitución de los primeros y la crónica insuficiencia y debilidad del segundo. Comparados con los apolíneos estados de los países de la OECD, los latinoamericanos aparecen como enanos deformes y viciosos: son cuantitativamente pequeños y grotescamente desproporcionados, y para colmo de males ineficientes y corruptos, aunque en grados variables según los países.

El problema en el caso de América Latina se complica porque no hay camino al desarrollo que no requiera de la existencia de un estado "fuerte". Claro está que, para evitar confusiones, es preciso distinguir esta posición de la que tradicionalmente ha sostenido el neoliberalismo en América Latina: para algunos de sus representantes –pensemos en un Alvaro Alsogaray en la Argentina, un Jaime Guzmán en Chile, un Roberto Campos en Brasil–, el estado "fuerte" por el que tantas veces clamaron, y al que tantas veces sirvieron con unción, es el estado despótico y represor que ensombreciera nuestra región en los años setenta. "Fuerte" para "desaparecer" opositores, destruir sindicatos, suprimir partidos políticos, clausurar parlamentos, desmantelar a las universidades, amordazar a la prensa y someter a la sociedad civil. Pero, tal como lo señalaran en innumerables oportunidades Ruy Mauro Marini y Agustín

Cueva, eran estados de una patológica debilidad y de un servilismo sin límites a la hora de relacionarse con los grupos y clases dominantes. No es ése, por cierto, el sentido que nosotros le asignamos a la expresión estado "fuerte". Haciendo pie en algunas elaboraciones de Linda Weiss, pero yendo más allá del punto al que llega esta autora (preocupada por la problemática de la reestructuración industrial) podríamos provisoriamente definir a la fortaleza estatal como la capacidad para gobernar a la sociedad civil, que se encuentra dividida en clases antagónicas, y para disciplinar a los mercados y a los agentes económicos, incluyendo principalmente a los grupos dominantes. Un estado de este tipo requiere a su vez una sólida legitimidad democrática, sin la cual su fortaleza tarde o temprano comenzaría a erosionarse irremisiblemente (Weiss: 1997, pp. 15-17; 1998). "Fuerte", por ejemplo, para garantizar agua potable a las 1.500 millones de personas que en el Tercer Mundo carecen de ella sin que exista la más remota probabilidad de que el mercado se encargue de abastecerlas: se trata precisamente de las clases y grupos sociales más pobres de esos países, de los desocupados crónicos, de quienes apenas si alcanzan un nivel mínimo de educación y no pueden sino aspirar a empleos precarios e inestables en el mejor de los casos, y que construyen sus humildísimas viviendas en terrenos cuya posesión es más que incierta. En México, por ejemplo, 13 millones de personas carecen de agua potable y 27 millones habitan casas sin desagues cloacales. ¿Quién sino el Estado, a partir del primado de una lógica no-mercantil, podría hacerse cargo de satisfacer esas necesidades?(Excelsior, pp. 3-A y 40)

Finalmente, quisiéramos concluir esta sección discutiendo otro elemento que fluye a contracorriente de las concepciones de uso común sobre la globalización: la creencia de que los principales actores de la escena económica global, las "mega-corporaciones", se han independizado por completo de cualquier "base nacional", adquiriendo de este modo un definido carácter "transnacional". Es notable el arraigo que ha adquirido una leyenda como ésta, que se contradice abiertamente aún con las informaciones empíricas más elementales relativas al mundo empresarial de nuestros días. ¿Cómo reconciliar estos rasgos supuestamente supranacionales o "postnacionales" de las grandes corporaciones con el hecho de que menos del 2 % de los miembros de los directorios de las mega-corporaciones americanas y europeas son extranjeros, y que menos del 15 % de todos sus desarrollos tecnológicos se originan fueran de sus fronteras "nacionales"? A pesar del alcance global de sus operaciones, la Boeing o la Exxon son firmas norteamericanas, como la Volkswagen y la Siemens son alemanas y la Toyota y la Sony son japonesas. Cuando sus intereses son amenazados por gobiernos hostiles o competidores desleales, no es el Secretario General de la ONU o el Consejo de Seguridad el que toma cartas en el asunto, sino los embajadores de los Estados Unidos, Alemania o Japón quienes tratarán de corregir el rumbo y proteger a "sus" empresas. La experiencia recogida en este sentido en la Argentina de los noventa es abrumadora. Noam Chomsky cita una encuesta reciente efectuada por la revista *Fortune* en donde las cien principales firmas transnacionales del mundo, sin excepción, declararon haberse beneficiado de una manera u otra con las intervenciones que realizaron en su favor los gobiernos "de sus países", y el 20 % de ellas reconocieron haber sido rescatadas de la bancarrota gracias a subsidios y préstamos de diverso tipo concedidos por los gobernantes. Dados estos antecedentes, ¿qué sentido tiene seguir hablando de "empresas transnacionales" o "globales", o de la erosión y disolución de los "estados nacionales"? (Chomsky, 1998; Kapstein, 1991/92).

Por supuesto, al igual que en las otras dimensiones ya analizadas, existen importantes variaciones nacionales: ciertos estados tienen mayores posibilidades de controlar a sus capitalistas que otros. Por ejemplo, los gobiernos del Sudeste Asiático mantienen un control mucho mayor sobre las empresas de la región que el gobierno norteamericano sobre las de los Estados Unidos. Los gobiernos de la periferia, por otro lado, tienen pocos recursos para controlar a las grandes transnacionales: éstas pueden imponer allí su ley ante una debilísima (y casi siempre corrupta) autoridad pública, pero la ecuación está muy lejos de ser inmodificable. Y ésto, en buena medida, porque siempre existirán condiciones coyunturales

que, en distintos momentos, puedan potenciar o debilitar la capacidad de los estados de controlar a las fuerzas del mercado. La experiencia de este siglo es muy clara al respecto: en épocas de depresión económica o guerra los márgenes de control de los gobiernos sobre las empresas se acrecentaron significativamente en todos los países, tanto en el centro como en la periferia. Superadas estas circunstancias dramáticas la situación fue revertida, pero nunca regresando al punto de partida, y ésto es lo que se encuentra en la base de la persistente crítica de revistas como *The Economist* al así llamado "intervencionismo" estatal.

Sintetizando: la globalización existe como tendencia, acentuada en la fase actual del desarrollo capitalista internacional. Sus efectos son sumamente "heterogéneos y desiguales", variando considerablemente según países, regiones, y ramas de actividad económica. Sin embargo, sus dimensiones reales son mucho menores de lo que nos quiere hacer creer la interpretación neoliberal dominante, y existen poderosas contratendencias que sería erróneo subestimar.

IV. La economía neoclásica y el nuevo "fundamentalismo de mercado"

En la narrativa neoliberal, la globalización aparece como un torrente irresistible que arrasa con los mercados nacionales, derrumba las fronteras del estado, y homogeiniza inexorablemente a las sociedades y las culturas. Ante una fuerza supuestamente tan descontrolada e incontrolable como ésta, el único curso sensato de acción que se abre para los gobiernos responsables y prudentes –dice el discurso ortodoxo– no es otro que el de inclinarse ante la globalización, cediendo a su empuje y absteniéndose de ofrecer una resistencia que sólo obraría en un sentido contrario al deseado. Una actitud de serena y realista aceptación de un proceso como éste, que en el relato neoliberal es análogo al de las ciegas fuerzas de la naturaleza, es lo único que puede minimizar los gravísimos costos que acarrearía toda inútil resistencia a las temibles fuerzas del mercado.

Uno de los síntomas más claros de la crisis terminal de la economía neoclásica es el fanatismo con el cual sus cultores adhieren a esta distorsionada visión de la economía internacional y del actual proceso de globalización. A nadie se le puede escapar la llamativa similitud existente entre el pensamiento religioso más primitivo y la economía neoclásica: el mundo está poblado por una multitud de criaturas pecaminosas y malvadas, los gobiernos, que se permiten incurrir en todo tipo de inconductas (el así llamado "populismo económico", que se manifiesta en indisciplina fiscal, inflación, hipertrofia del sector público, demagogia salarial, etc.), provocando de este modo la ira de los mercados globalizados, que en represalia castigan a los pecadores enviándolos al infierno de la inestabilidad financiera, la fuga de capitales, la deuda externa, los golpes de mercado, la hiperinflación, la recesión, el desempleo de masas y la pobreza. Sólo que ahora quienes en sus apetitos descontrolados comen la fruta prohibida del Arbol de la Sabiduría de la economía neoclásica no son los primigenios Adán y Eva sino los gobiernos de la periferia capitalista, provocando la furia del nuevo Yhavé encarnado en la omnipresencia y omnipotencia de los mercados globales.

Son muchos quienes en el pasado acusaron a los economistas liberales de "endiosar" a los mercados, a la vez que sin pudor alguno procedían a satanizar al estado. Sin embargo, podría decirse, parafraseando a Emile Durkheim, que aquellas –las de Adam Smith y David Ricardo– eran formas elementales y comparativamente inofensivas de la vida religiosa. El culto a la globalización neoliberal, en cambio, mata. Muchos pagaron con sus vidas los desaciertos y los mitos de la economía neoclásica y la política económica por ella inspirada en América Latina, la ex-Unión Soviética y los países del Este europeo. Según un informe oficial, en la Argentina mueren 15,000 niños de entre 5 y 15 años de edad por causa de enfermedades fácilmente curables si el Estado dispusiera de un presupuesto adecuado para salud

pública. (Secretaría de Programación Económica, p. 18) De acuerdo a lo divulgado en un reciente informe de la UNICEF, en la Rusia de Boris Yeltsin la esperanza de vida al nacer de los varones se redujo en poco más de seis años entre 1989 y 1994, condenando a millones de personas a vivir en promedio seis años menos como tributo a la sabiduría de las recetas económicas del neoliberalismo. (UNICEF, p. 27.) En México, luego de quince años de políticas neoliberales, la estatura promedio de una muestra nacional de adolescentes mexicanos disminuyó en casi dos centímetros, un repugnante "milagro económico" de la economía de libre mercado. (Laurell, p. 7) Pese a la contundencia de estos datos Jeffrey Sachs sostiene, sin evidencia plausible y apelando a rebuscados tecnicismos dirigidos a obviar lo que no puede ser obviado, que "todavía no hay un consenso acerca de los efectos de la economía globalizada sobre la distribución del ingreso dentro de los mercados avanzados y emergentes". (Sachs, p. 107) Conviene recordar que fue este mismo autor –padre de los "milagros económicos" boliviano y ruso– quien a comienzos de los años ochenta aseguraba que no había razones para dejar de prestar dinero a las dictaduras latinoamericanas y que la eventualidad de una "crisis de la deuda" era altamente improbable. ¿Estará tan atinado en su juicio el dia de hoy?

Recapitulando, es posible extraer dos conclusiones: (a) el discurso mistificante de la "globalización" ha desembocado en la exaltación de un "pensamiento único" que clausura con su falso realismo y su resignado posibilismo la capacidad de pensar políticas alternativas y de "ver" las perniciosas consecuencias económicas, sociales y políticas de aquellas que se están implementando. Al "pensamiento único" corresponde la "política única"; (b) este nuevo determinismo resulta altamente funcional a los intereses de la nueva coalición dominante del capitalismo internacional, que ha obtenido un rotundo triunfo al convertir al neoliberalismo en un verdadero sentido común epocal (Boron, 1997b).

Los críticos del neoliberalismo tropiezan invariablemente con la misma respuesta: éste es el "único modo de gestionar seriamente a la economía". Teóricos que han construído su reputación mundial oponiéndose en nombre de la libertad al supuesto "determinismo" del pensamiento marxista, ahora predican con insólito fervor la inexistencia de alternativas y adhieren al más radical determinismo. Se impone, nos dicen, archivar las dañinas utopías del pasado. Debemos "olvidar" todo lo que hemos dicho y escrito, o escuchado y leído. Los gobernantes latinoamericanos hicieron suyo el slogan publicitario de Margaret Thatcher: *"TINA: there is no alternative"*, y aseguran con fingido realismo que lo que se está haciendo es lo único que se puede hacer. Para esto cuentan con la asesoría de los ideólogos del capital transnacional, en no pocos casos viejos "izquierdistas" que con el paso del tiempo encontraron nuevas avenidas para encauzar más provechosamente su incurable devoción por los dogmas. Según el "pensamiento único" la globalización impuso un modelo de gestión inexorable, que sería presuntamente el que prevalece en los capitalismos desarrollados. O nos adecuamos a sus mandatos y "entramos al Primer Mundo" –como dice el Presidente Menem– o nos autocondenamos a la exclusión, la decadencia, y finalmente a un desenlace apocalíptico al estilo de Cambodia bajo el Khmer-Rouge. El principal propagandista del "pensamiento único" en el *New York Times* , Thomas L. Friedman, lo dice con la tosquedad característica de la derecha norteamericana: "Hoy, sólo hay vainilla de mercado libre o Corea del Norte. ... El mercado libre es la única alternativa ideológica que queda. Una sola vía, diferentes velocidades. Pero una sola vía." (Friedman, p. 25) No hay escapatoria ante los tentáculos de la globalización. Los gobiernos tienen las manos atadas, y, si son sensatos y responsables, lo único que les cabe hacer es acompañar este proceso de la mejor manera posible, "adaptándose" a las nuevas realidades y tratando de sacar partido de algunas de las oportunidades que la globalización ofrece a los más audaces y desprejuiciados. En un *lapsus linguae* sumamente significativo los teóricos del capitalismo global utilizan un vocablo cargado de fúnebres reminiscencias, "nichos", para referirse a las supuestas oportunidades que ofrecen los mercados internacionales. En suma: la política económica nacional fue sustituida por las cotizaciones de la bolsa de New York, Tokio y Londres. Lo que queda es el camino de una serena y constructiva resignación. Parafraseando un viejo adagio de la política, en la visión del neoliberalismo "los estados reinan y los mercados gobiernan".

Ahora bien: ¿qué grado de seriedad tienen estos argumentos? Ninguna. Escuchemos antes que nada la opinión de John K. Galbraith, uno de los más importantes economistas de este siglo: en una entrevista concedida al diario italiano *Corriere della Sera* y reproducida en Brasil por la *Folha de São Paulo,* Galbraith sostuvo que "la globalización ... no es un concepto serio. Nosotros, los americanos, lo inventamos para disimular nuestra política de penetración económica en otros países". (Galbraith, p. 2-13) Por lo tanto, gran parte del discurso neoliberal de la globalización está constituído por una acumulación de simples ideologemas, racionalizaciones tendientes a ocultar, detrás de la supuesta inexorabilidad del "sentido común neoliberal", una opción político-económica muy clara en favor de los sectores más concentrados del capital. El determinismo neoliberal tiene como objetivo, como coincidentemente lo recuerda Samir Amin, legitimar las estrategias del capital imperialista dominante. "La forma de la mundialización" –añade– "depende en definitiva y como todo lo demás de la lucha de clases"(Amin, 1997). Y en una etapa histórica signada por la derrota de la clase obrera y de las fuerzas progresistas, la forma que asume la mundialización expresa de manera cristalina la nueva correlación de fuerzas en favor del capital.

Como vimos más arriba, la contradicción entre el discurso neoliberal y la realidad de los capitalismos contemporáneos es escandalosa. En varios de sus escritos, Noam Chomsky ha sugerido que estas mistificaciones no son para nada inocentes: contribuyen a des-responsabilizar a los gobiernos neoliberales y a las grandes mega-corporaciones transnacionales de las nefastas consecuencias de sus políticas. Si aumenta el desempleo, caen los salarios reales, se acrecientan las ganancias, se concentra el capital, se derrumba el sistema de salud pública, se desatiende a la educación y se destruye el medio ambiente, todo es atribuible a una conveniente e inimputable nebulosa, la "globalización" y no a las políticas que promueven las clases dominantes. El desempleo aumenta debido a la terca intransigencia de los trabajadores que no aceptan la "flexibilización" de los mercados de trabajo, tal como ocurre en países lejanos en los cuales los asalariados trabajan diez o doce horas diarias por veinte dólares semanales. Y si los salarios reales caen, es porque hay un exceso de personas dispuestas a trabajar por cualquier precio y porque las empresas deben recortar sus costos tanto como les sea posible apelando a todos los recursos imaginables. Si por otro lado reaparecen plagas medievales a finales del siglo veinte, ello se debe a la necesidad de asegurar un superávit de las cuentas fiscales que atraiga a los capitales externos, todo lo cual exige una radical reducción del gasto público. De este modo no hay nadie, ni el gobierno ni las grandes empresas, a quien culpar. Todo ocurre debido a la "globalización". Y como dice Hayek, si no hay nadie a quien atribuir responsabilidades tampoco tiene sentido hablar de justicia o injusticia: nadie dice que un terremoto o una inundación son injustos, asegura Hayek, porque nadie es responsable de su ocurrencia. Lo mismo sucede con los mercados.

Pero entonces, ¿cómo entender que en un mundo así de "globalizado" y unificado los japoneses hayan tenido, hasta antes de su crisis y por un extenso período histórico, una tasa de desempleo del 3 % y los argentinos una que oscila entre el 15 y el 18 %? ¿Por qué Alemania puede tener un mercado laboral muy regulado y ser competitiva mientras se aduce que Brasil "no es competitivo" por la supuesta rigidez de su mercado laboral? ¿Por qué los países "reformados" de América Latina saludan el advenimiento de la globalización liquidando sus sistemas estatales de seguridad social, mientras que un país como Singapur, muchísimo más integrado a los flujos del capitalismo globalizado que cualquiera de nuestra región, ha mantenido hasta la fecha un sistema estatal de seguridad social? Respuesta: porque en realidad el impacto de la "globalización" está siempre mediado por las políticas públicas y la conducta de los gobiernos. Como bien lo observa José M. Gómez los datos reales sobre el funcionamiento de la economía capitalista invalidan cualquier pretensión de "extraer conclusiones simplistas y, al límite, peligrosas del tipo 'fin del Estado', o sobre la indiferenciación de situaciones nacionales o la superación de la idea de economía y proyecto nacional." (Gómez, p. 22) En consecuencia, la idea de la desaparición de los estados nacionales, o su incurable "impotencia" ante la fuerza arrolladora de la globalización, es un mito comparable a aquél que predica la evaporación de la geografía y el eclipse de los mercados

nacionales. Las políticas concretas que adopten los gobiernos fueron y siguen siendo decisivas para modelar, orientar, y en algunos casos neutralizar, los influjos de la globalización. La adopción de estas distintas políticas dependerá a su vez de la correlación objetiva de fuerzas sociales que existan en cada sociedad, las que dan forma al poder del estado y fijan la agenda con las prioridades de las políticas públicas.

En suma: la experiencia demuestra que ante las tendencias supuestamente avasallantes de la "globalización" existe un considerable repertorio de respuestas nacionales. No respondió de la misma manera Corea del Sur, cuyo formidable desarrollo se dio en el marco de un sistemático aumento de los salarios reales en los últimos veinte años, que Argentina o Brasil, donde éstos se desmoronaron a partir de los ochenta. Más allá de sus dificultades actuales, ocasionadas en gran parte por la furia especulativa de los mercados y por la necesidad de "ajustar cuentas" con uno de los paladines de un modelo de desarrollo capitalista que se aleja significativamente de los preceptos del neoliberalismo, lo cierto es que Corea del Sur fue el único país que en el último medio siglo fue capaz de traspasar las fronteras que separan al subdesarrollo del desarrollo. Al revés de lo que aconteciera en América Latina, en Corea las ideas neoliberales siempre fueron consideradas como extravagancias ideológicas poco conducentes al buen manejo de la cosa pública. Esta apreciación estaba tan arraigada que ni siquiera los años de la ocupación norteamericana lograron erradicarla. Por consiguiente, en Corea se adoptó una estrategia de desarrollo basada en la protección del mercado interno, una fuerte y diversificada intervención estatal, el estricto control de las transacciones financieras, y una política salarial que en las últimas dos décadas se tradujo en un aumento persistente de los ingresos de los trabajadores, es decir, lo contrario a lo acontecido en América Latina. Los resultados están a la vista.

Por consiguiente, la mayor o menor apertura comercial, o el grado diferente de exposición a las fluctuaciones del sistema financiero internacional, no son "accidentes naturales" o manifestaciones de una inescrutable providencia divina, sino productos históricos que expresan los resultados, siempre provisorios y cambiantes, de la dialéctica entre las fuerzas empeñadas en conservar el orden social existente y aquellas que pugnan por superarlo. Si el gasto público en América Latina viene bajando en dirección al promedio del Africa sub-Sahariana mientras que en los países de la OECD aumenta ininterrumpidamente, esto no se debe a que nuestras economías se encuentran integradas a los mercados mundiales mientras que las de la OECD se "cerraron" a sus influjos, sino a los resultados concretos de las luchas sociales que garantizaron una exitosa defensa del sector público y del Estado de Bienestar. Suecia y Alemania están tan expuestas a la "globalización" como Bangladesh y Gabón: ¿por qué los gobiernos de América Latina procuran igualar los salarios que reciben sus trabajadores en función de los últimos y no de los primeros? Si ocurre una cosa en lugar de la otra, es por la debilidad del movimiento obrero y las fuerzas de izquierda, y no por un supuesto fatalismo de la historia.

La globalización no necesariamente conduce al "dumping social" o a las políticas anti-obreras. Su impacto, que es indiscutible, siempre se encuentra mediado por las políticas públicas y el desempeño gubernamental. También por la acción de los grandes conglomerados económicos, la fuerza de los partidos y sindicatos, y, en una palabra, el activismo y la capacidad de movilización de la sociedad civil. La colusión entre los gobiernos y las mega-corporaciones transnacionales utiliza convenientemente a la globalización como un pretexto para justificar las políticas económicas que protegen a los ricos y acrecientan el poder y la riqueza de los grandes monopolios internacionales, mientras que descargan el peso de la crisis sobre los hombros de los más débiles y necesitados.

V. La globalización como "etapa superior" del imperialismo.

Enfrentado al gran desafío de tratar de comprender las significativas novedades que exhibía el

capitalismo a comienzos del siglo XX, Lenin concluyó en su clásica obra que el advenimiento de los monopolios y la práctica desaparición de la competencia debían ser teóricamente reinterpretados como manifestaciones de un tránsito hacia una "fase superior" del capitalismo: el imperialismo. Su actitud desprejuiciada y objetiva (que contrastaba con quienes habían hecho del marxismo un dogma fosilizado e inservible) permitió iluminar las transformaciones de la que no podían dar cuenta las interpretaciones canónicas del marxismo de la Segunda Internacional.

A finales del siglo XX, las tendencias y contradicciones de la economía capitalista internacional podrían sintetizarse, parafraseando a la clásica formulación leninista, diciendo que la globalización constituiría una nueva "fase superior" –y por ende más altamente evolucionada, penetrante, y abarcativa– del imperialismo, dotado ahora de inéditos poderes de desestructuración y reestructuración regresiva tanto de las arcaicas como de las más modernas formaciones sociales del capitalismo internacional. Sobradas evidencias comprueban que el predominio indiscutido de los monopolios apuntado por revolucionario ruso en los años de la Primera Guerra Mundial, lejos de haberse agotado, se acentuó considerablemente, facilitado en gran parte por los nuevos desarrollos tecnológicos de nuestra época. En ese sentido, sólo metafóricamente podríamos hablar de una nueva "fase", dado que el antecedente fundamental del tránsito de la libre competencia al imperialismo, a saber, la hegemonía de los monopolios, no solamente ha permanecido incólume sino que se ha acentuado extraordinariamente en la etapa actual. Tremenda paradoja: la realidad muestra que las economías latinoamericanas –y el caso argentino es un ejemplo notable– se encuentran mucho mas sometidas a los dictados de las grandes empresas transnacionales, la banca internacional y los gobiernos extranjeros que en la década de los sesenta, cuando florecía la literatura sobre la dependencia. Sin embargo, como foco de un debate teórico-ideológico, el tema virtualmente ha desaparecido. La realidad de la dependencia se ha profundizado, pero la hegemonía ideológica del neoliberalismo ha hecho que toda mención al problema de la dependencia o de la soberanía nacional quedase relegada en los márgenes del debate público.

Dos de los mayores estudiosos de la economía global, Paul Hirst y Grahame Thompson, han planteado la necesidad de distinguir cuidadosamente entre dos modelos de organización de la economía mundial: uno, la "economía internacional", y el otro, la "economía global". La primera es aquélla en la cual los principales actores son las economías nacionales. La segunda se caracteriza por el hecho de que en ella las distintas economías nacionales se encuentran subsumidas y rearticuladas en un sistema de procesos y transacciones internacionales (Hirst y Thompson, pp. 7-13). La conclusión a la que llegan ambos autores luego de un medular estudio es que la economía mundial se encuentra aún muy lejos de ser una economía global. Según Hirst y Thompson, los teóricos de la globalización han sido incapaces de demostrar que las fuerzas y los agentes supranacionales desempeñan un papel decisivo en la dinámica de la economía mundial. Se soslaya asimismo que en el pasado se registraron otros episodios de acelerada internacionalización de la economía, y que de ninguna manera los mismos resultaron en la imposición de una dinámica global al sistema; que las corporaciones transnacionales son relativamente pocas y que las realmente exitosas operan desde –y con la protección de– una base nacional en la cual se encuentran sólidamente arraigadas y protegidas; y por último, que las perspectivas de avanzar en la regulación de la economía mundial por la vía de la cooperación internacional, la formación de bloques comerciales y el desarrollo de nuevas estrategias nacionales que toman en cuenta la internacionalización, no están de ninguna manera agotadas. La conformación de la Unión Europea y la creciente coordinación de políticas macroeconómicas entre Europa, los Estados Unidos y Japón, son otras tantas pruebas que demuestran que la hora de una economía genuinamente "global" aún no ha llegado (Hirst y Thompson, pp. 195-196).

Este diagnóstico es, en líneas generales, congruente con el elaborado por Linda Weiss cuando en sus análisis sobre la reestructuración industrial demuestra que "lejos de ser sus víctimas, los estados "fuertes" deben más bien ser considerados como facilitadores (o a veces, quizás, "perpetradores") de la

globalización" (Weiss, p. 20). Los avances en la globalización de la economía capitalista han sido en gran parte consecuencia de políticas estatales que respondían a los intereses de las coaliciones dominantes de los países centrales, hegemonizadas por el capital financiero. La desaforada desregulación y liberalización de las finanzas internacionales no fue un resultado "neutro", dependiente de los desarrollos tecnológicos y comunicacionales, sino la consecuencia directa del auge de los gobiernos neoliberales y de las políticas por ellos adoptadas en favor de las fracciones hegemónicas del capital. Como lo demuestra concluyentemente Weiss, la expansión internacional del capital financiero, industrial y comercial de Japón, Corea, Singapur, Taiwán y de los Estados Unidos y Europa, lejos de ser un fenómeno microeconómico originado en el seno de las empresas, respondió a una estrategia política tendiente a reposicionar a estos países en el cambiante escenario económico internacional, y contó para estos efectos con toda la colaboración de los distintos órganos gubernamentales, desde el MITI en Japón hasta el Departamento de Estado en los Estados Unidos. (Weiss, p. 23) La idea tan cara al ideario neoliberal de la "desaparición" del estado-nación o de su creciente irrelevancia, carece de asidero empírico serio.

Las enseñanzas de la historia son, una vez más, aleccionadoras: en las fases anteriores de aceleración de la internacionalización de la economía, sobre todo en el período 1870-1914, llama la atención la ausencia de un discurso que a partir de tales procesos pronosticara, como escuchamos hoy día, la obsolescencia del estado. Por el contrario, muchos de los modernos estados nacionales fueron precisamente organizados o considerablemente robustecidos en esa época, como Alemania, Japón y los Estados Unidos. Otros, como el Reino Unido o la misma Alemania, establecieron en esos mismos años los cimientos del *welfare state*. Como bien observa Hirst, en esa época nadie advertía la existencia de una contradicción entre la acelerada internacionalización de los procesos económicos y la expansión del sector público y el gasto social, algo que hoy constituye un artículo de fe para los neoliberales (Hirst, p. 105). Esta conclusión es avalada en un trabajo realizado por Geoffrey Garrett, en el que se demuestra que no sólo los argumentos actuales sobre la globalización no son nuevos en absoluto, sino que los dos períodos anteriores de acelerada globalización (finales del siglo XIX y la década del '70 de este siglo) coincidieron con la construcción de los estados nacionales y la fuerte expansión del activismo estatal en materia económica. Garret también comprueba que, contrariamente al discurso dominante, no existe evidencia alguna que permita sostener que la globalización ha impulsado en los países de la OECD una carrera hacia estándares neoliberales de formulación de políticas económicas, como apertura indiscriminada, flexibilización laboral, o liberalización financiera. Quienes persistieron en su fidelidad al legado keynesiano (obviamente que *aggiornado*) y a las políticas intervencionistas, no fueron más afectados por la fuga de capitales que los gobiernos, por ejemplo, el británico, que abrazaron con ardiente pasión el credo neoliberal. En palabras del autor:

> "si un gobierno desea ... expandir la economía pública puede hacerlo (incluso puede aumentar los impuestos al capital para solventar los nuevos gastos) sin que ello afecte su competitividad comercial o estimule a los productores multinacionales a abandonar el país." (Garrett, p. 919)

Por consiguiente, como demuestra la experiencia de los países desarrollados, la efectividad del chantaje extorsivo de las fuerzas del mercado tiene directa relación con la complacencia gubernamental. La raíz del problema no se encuentra por lo tanto en la globalización, sino en la respuesta que los gobiernos latinoamericanos están dando ante los desafios que ésta plantea. Una respuesta dogmática y fundamentalista que busca legitimar una política de penetración y conquista de mercados por parte de las mega-corporaciones internacionales, penetración y conquista para las cuales se requiere de la entusiasta cooperación de los gobiernos anfitriones. Una complacencia gubernamental que avala, por sus actos tanto como por sus múltiples deserciones y el abandono de sus indelegables responsabilidades, el apocalíptico proyecto de restructuración regresiva del capitalismo motorizado por el gran capital financiero internacional. Este proyecto, en caso de triunfar, no sólo produciría un holocausto social a

escala planetaria de proporciones incalculables –un universo de varios miles de millones condenados a condiciones infrahumanas de existencia, presionando cada vez con más fuerza sobre los dispositivos de seguridad de la minoría rica del planeta– sino que, además, afectaría irreparablemente la sustentabilidad ecológica de la vida en nuestro planeta. No se trata pues de la inexistencia de alternativas sino de la inexistencia de una voluntad política para adoptar un curso de acción que ponga fin a tanta barbarie, y de la transitoria debilidad de las fuerzas populares, de izquierda y democráticas, para imponer un camino alternativo. No sería exagerado afirmar que ante la catástrofe que nos amenaza estas condiciones se modifiquen rápidamente y permitan el renacer de la esperanza. **c**

Bibliografía

- Amin, Samir 1997b "Capitalisme, imperialisme, mondialization", trabajo presentado al seminario sobre "El Neoliberalismo y las Alternativas de la Izquierda Europea" (Amsterdam: University of Amsterdam, mimeo).
- Amin, Samir 1997a *Capitalism in the Age of Globalization* (London and New Jersey: Zed Books)
- Bairoch, Paul 1998 "The main economic aspects of globalization in a historical perspective: myths and realities". Trabajo presentado al seminario sobre "Globalizaciones: dimensiones, trayectorias y perspectivas" (SCASSS: Estocolmo, Octubre 22-25)
- Boron, Atilio A. 1997a *Estado, Capitalismo y Democracia en América Latina* (Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del CBC)
- Boron, Atilio A. 1997b "La sociedad civil después del diluvio neoliberal", en Emir Sader y Pablo Gentili, compiladores, *La trama del neoliberalismo* (Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del CBC).
- Bourdieu, Pierre 1997 *Sobre la Televisión* (Barcelona: Anagrama).
- Calcagno, Alfredo Eric and Alfredo Fernando Calcagno (1995) *El Universo Neoliberal. Recuento de sus lugares comunes.* (Madrid/Buenos Aires: Alianza Editorial).
- Castellina, Luciana 1997 "La cultura macdonaldizada" , en *Página/12* (Buenos Aires), 1º de Junio.
- CEPAL 1994 *Panorama social de América Latina* (Santiago: CEPAL).
- CEPAL, 1992 *Equidad y Transformación Productiva. Un Enfoque Integrado* (Santiago: CEPAL)
- Chesnais, François 1996 *A Mundialização do Capital* (São Paulo: Xamá Editora)
- Chomsky, Noam 1998 *Noam Chomsky habla de América Latina* (Buenos Aires: Editorial 21).
- Chomsky, Noam y Heinz Dieterich 1996 *La Sociedad Global* (Buenos Aires: CBC/Liberarte).
- Cufré, David 1997 "Chile se vacunó contra la crisis regulando", *Pagina/12* (Buenos Aires), 20 de Noviembre, p. 14.
- Drucker, Peter 1986 "The changed world economy", en *Foreign Affairs* , Volumen 64, Nº 4.
- Drucker, Peter 1997 "The Global Economy and the Nation-State" en *Foreign Affairs* , Volumen 76, Nº 5.
- Edwards, Sebastián 1993 *America Latina y el Caribe . Diez años después de la crisis de la deuda* (Washington, D. C. : Banco Mundial) 34-35).
- Excelsior, 1999 "Unos 500 millones de habitantes de 29 países padecen escasezde agua" (México, 19-3-1999), pp. 3-A y 40.
- Featherstone, M. 1996 "A globalização da complexidade. Pósmodernismo e cultura de consumo", *Revista Brasileira de Ciencias Sociais* (São Paulo), Nº 32.

- Ferrer, Aldo 1997 "Hechos y Ficciones de la Globalización" (Buenos Aires: Academia Nacional de Ciencias Económicas).

- Fiori, José Luís 1997 *Os moedeiros falsos* (Petrópolis: Vozes)

- Friedman, Thomas L. 1999 "La guerra fría era como el sumo", *Página/12* (Buenos Aires) Abril 4, pp. 24-25.

- Galbraith, John K. 1997 "Entrevista a John Kenneth Galbraith", *Folha de São Paulo* (São Paulo, Brasil), 2 de Noviembre de 1997.

- Garrett, Geoffrey 1998 "Mercados globales y política nacional: ¿colisión inevitable o círculo virtuoso?, en *Desarrollo Económico* (Buenos Aires), Volumen 38, Nº 152, Enero-Marzo de 1998.

- Gómez, José María 1997 "Globalização da política. Mitos, realidades e dilemas", en *Praia Bermelha* (Rio de Janeiro), Vol. I, Nº 1.

- Gramsci, Antonio 1966 *Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo Stato moderno* (Torino: Enaudi)

- Hirst, Paul 1998 "Globalização: mito ou realidade?" , en José Luís Fiori *et al. Globalização: o fato e o mito* (Rio de Janeiro: EDUERJ).

- Hirst, Paul y Grahame Thompson 1996 *Globalization in question* (Cambridge: Polity Press).

- Kapstein, Ethan 1991/92 "We Are Us: The Myth of the Multinational," *The National Interest* (Winter).

- Laurell, Asa Cristina 1998 "Social Policy Issues in Latin America", paper presented to the Conference on "Globalizacións and Modernities: experiences and perspectives in Europe and Latin America", organized by CLACSO/SCASSS/EURAL, Buenos Aires, June 28/July 1st, 1998.

- Leys, Colin 1996 "Monopolies and Globalization", *Red Pepper* (London) Junio, Nº 25.

- Marx, Karl y Friedrich Engels 1966 *Manifesto del Partido Comunista* , en Marx, Karl y Friedrich Engels, *Obras Escogidas en Dos Tomos* (Moscú: Progreso)

- Naim, Moisés 1993 "Latin America: Post-Adjustment Blues" *Foreign Policy* Fall, Nº 92, pp. 133-150.

- Przeworski, Adam. 1985 *Capitalism and Social Democracy* (Cambridge.: Cambridge University Press).

- Ramonet, Ignacio 1998 "Los nuevos amos del mundo", en Le Monde Diplomatique.Edición Española, *Pensamiento crítico vs. Pensamiento único* (Madrid: Editorial Debate).

- Sachs, Jeffrey 1998 "International Economics: Unlocking the Mysteries of Globalization", *Foreign Policy* , Primavera, Nº 110.

- Santiere, Juan José 1989 "Distribución de la carga tributaria por niveles de ingreso" (Buenos Aires: Banco Mundial).

- Secretaría de Programación Económica 1994 *El Gasto Público Social y su Impacto Redistributivo* (Buenos Aires: Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos)

- Soros, George 1998 *The Crisis of Global Capitalism* (New York: BBS, Public Affairs)

- Tavares, María Conceição y José Luís Fiori 1993 *Desajuste Global e Modernização Conservadora* (Rio de Janeiro: Paz e Terra)

- *The Economist* 1997 "The Future of the State", September 20th -26th.

- Thompson, Grahame 1997 " 'Globalización' and the Possibilities for Domestic Economic Policy", en *Internationale Politik und Gessellschaft*. (Bonn) Nº 2.

- UNICEF 1995 *Poverty, Children and Policy: Responses for a Brighter Future* (Florencia:

UNICEF)

- Wallerstein, Immanuel 1985 *The Politics of the World Economy. The States, the Movements and the Civilizations* (Cambridge: Cambridge University Press).

- Weiss, Linda 1997 "Globalization and the Myth of the Powerless State", en *New Left Review* (Londres), Septiembre/Octubre, Nº 225.

- Weiss, Linda 1998 *The Myth of the Powerless State: Governing the Economy in the Global Era* (Cambridge: Polity Press).

- Williamson, John 1990 "What Washington means by policy reform" (Washington: Institute for International Economics)

Notas

* Secretario Ejecutivo de CLACSO y Profesor titular de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Ex Vicerrector de la Universidad de Buenos Aires y miembro del Consejo Superior de la misma universidad (mayo de 1990 a abril de 1994). Autor, entre otros, de los libros: Memorias del capitalismo salvaje (Imago Mundi, Buenos Aires); The Right and Democracy in Latin America, coeditado con Maria do Carmo Campello de Souza y Douglas Chalmers (New York, Praeger) y Estado, capitalismo y democracia en América Latina (Oficina de Publicaciones del CBC, Buenos Aires)

1. Hemos abordado algunos de estos aspectos en nuestro "Réquiem para el neoliberalismo", en *Periferias* (Buenos Aires: Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas), Año 2, Nº 3, Segundo Semestre. de 1997.

q

Las turbulencias del capitalismo a fines de siglo

Héctor Walter Valle*

"S in embargo, luego de haber podido observar directamente el "socialismo de guerra" en Inglaterra y el continente europeo, y seguir también la experiencia "bolchevique" en Rusia, Keynes rompió con la tesis que sostenía que el capitalismo debía ser sinónimo de laissez faire, supuesto este último en el cual veía por el contrario "una leyenda, un paseo por la metafísica". En adelante, tal era su convicción, se ofrecía la posibilidad de organizar la economía de forma adecuada a la necesidad de garantizar su buen funcionamiento, sin quitarle sin embargo su carácter capitalista" (Paul Mattick, "Marx et Keynes, les limites de l'economie mixte", Ed. Gallimard, París 1969).

"La economía mundial se asemeja a un aeroplano que ha perdido dos de sus cuatro motores, con un tercero que empieza a descomponerse. El Japón ya está en recesión. Una fuerte desaceleración en China puede llevar a su gobierno a devaluar. Muchas economías emergentes en Asia están sufriendo su más profunda declinación económica en medio siglo. El rublo ruso se hunde precipitadamente. Latinoamérica puede ser la próxima región que enfrente perturbaciones. "Last but not least", Wall Street continúa tambaleándose. ¿Cuántas malas noticias más recibiremos antes que capote el aeroplano?" ("As bad as it gets?", The Economist, August 29th 1998).

¿Lejos del piso todavía?

El alboroto en torno a la situación brasileña y su efecto cascada, fundamentalmente sobre la Argentina pero también con impactos no desdeñables sobre los mercados internacionales de capital, no debe distraernos de ciertas señales preocupantes que emite la economía norteamericana. Son más bajas las hipótesis de crecimiento para 1999, con su previsible impacto sobre los socios en el Nafta, el desequilibrio en su cuenta corriente se acerca a los 170.000 millones de dólares (el 3,5% del PBI), y recientemente se asistió a una cierta aceleración en los índices de precios mayoristas.

Todo ello se tornó en claramente incompatible con los sucesivos récords que venía alcanzado el Dow Jones hasta el 13 de enero de 1999. Se trata de una nota crítica para la decisión adoptada por la FED, bajando las tasas de interés.

Se advierte en consecuencia que la crisis mundial no cesa de espiralizarse, y sus ondas ya no dejan costa sin vulnerar. Todo indica que en ese maremoto la Argentina es la economía más afectada por las turbulencias del Brasil. Como ha ocurrido cada vez con mayor frecuencia a lo largo del último quinquenio, otra vez nos encontramos en el centro de un proceso tumultuoso, cuyo punto de arranque puede establecerse esta vez a mediados de 1997, cuando se iniciara el ciclo de las perturbaciones asiáticas.

Uno de sus puntos culminantes estuvo constituido por el derrumbe de la economía rusa. Con elevado poder simbólico debido al lugar donde ocurre, el mismo permite comprobar el fracaso de un ensayo que a principios de la década había sido privilegiado como laboratorio de ensayo para demostrar las

decisivas ventajas del capitalismo de libre mercado frente a cualquier esquema alternativo.

Transcurrida menos de una década, puede definirse a los frutos recogidos, en los que no es menor la responsabilidad del FMI, como una expresión soez de lo peor que puede dar el capitalismo. Entre otras, una de sus manifestaciones, es el alto grado en que esa economía se encuentra infectada por las mafias. Según el Banco Mundial, éstas ya controlan más del 40% del PBI ruso.

No es la única lección que puede recogerse de los agitados tiempos que vivimos. Los hechos vienen a demostrar con su crudeza que la caída del muro de Berlín nada tuvo que ver con un eventual "final de la historia". Apenas asistíamos al agotamiento del modelo del socialismo real, pero rápidamente salió a la luz el anacronismo de restaurar un esquema de capitalismo salvaje que había sido abandonado por obsoleto luego de la gran crisis de los años '30. Era inevitable por lo tanto que se ingresara en una nueva, incierta e inquietante etapa del proceso histórico.

A poco andar, ésta permitió comprobar el grado en que el paradigma neoliberal se ha mostrado incapaz de resolver las contradicciones e incertidumbres que él mismo genera. Lo que ya estaba claro luego de las experiencias de Thatcher y Reagan fue ampliamente ratificado con su generalización durante los 90' a los países del este europeo, y con los ensayos latinoamericanos "exitosos" como el argentino.

Quien quiera verlo puede advertir la inviabilidad de una ideología dieciochesca formalizada por Adam Smith en tiempos del ocaso del artesanado, cuando se pretende utilizarla como instrumento teórico que sirva para otorgar base racional a las decisiones que deben tomar los actores económicos en el presente. Estos operan frente a las contradicciones de la sociedad contemporánea -la de las empresas transnacionales y la globalización financiera, pero también la de los subsidios agrícolas y el enorme poder militar de los Estados Unidos-, que poco o nada tienen que ver con los postulados de la competencia perfecta que han adoptado los fundamentalistas del mercado.

No es menor la incompatibilidad que existe entre el referido fundamento ideológico y las tecnologías informáticas y comunicacionales de las que disponen los agentes que operan a nivel macro o microeconómico, las cuales están adelantando las condiciones del siglo por nacer. La combinación resulta tan peligrosa como la de religiosos fundamentalistas armados con ojivas nucleares.

A la hora de elegir el herramental de la teoría económica más adecuado a ellas, esas tecnologías de punta serían más compatibles con la ideología y la praxis de la hoy execrada planificación macroeconómica. Recordemos que se trata de encontrar un marco indicativo para las decisiones individuales y colectivas que deben adoptarse en los mercados globalizados del dinero y los bienes. Nada más lejano a los paradigmas de la libre competencia.

Como resultante de todas estas contradicciones, que empujan hacia formas superiores de anarquía en un sistema anárquico por naturaleza, se advierte que durante las fases de auge que atraviesa el ciclo, cada vez más cortas y concentradas sólo en algunas regiones del planeta, las economías crecen pero acompañadas de una creciente regresividad distributiva. En esas etapas se agudiza tanto el desequilibrio entre sectores y/o regiones del planeta, como la tendencia a la exclusión social que tipifica al capitalismo en el mundo. Esta es la tendencia predominante desde mediados de los 70' hasta la actualidad, vale decir, una vez agotado el ciclo de los años dorados que siguió a la segunda postguerra, que va de la mano del gran deterioro en la relación salarial.

En las etapas recesivas, cuando aparecen las turbulencias (hemos tenido dos en apenas tres años, el tequila en diciembre de 1994 y el tifón asiático en julio de 1997, aún en pleno desenvolvimiento), las mencionadas pulsiones al desempleo y la exclusión salen fortalecidas. En esos momentos de la crisis, si bien las contradicciones del sistema se tornan particularmente nítidas, muchas de las expresiones caóticas no son fácilmente explicables. Es necesario forzar groseramente los elementos interpretativos para analizar las explosiones violentas, por ejemplo, en términos de la lucha de clases.

Precisamente porque no se trata de violencia "de clase", ejercitada para acelerar el cambio hacia otro sistema social, sus alcances son impredecibles. Estos modelos "de mercado" se muestran totalmente inaptos para encontrar otra solución que no pase por la represión. Otro tanto pasa con el ejercicio de políticas económicas anti-cíclicas. De hecho, la recomendación tradicional del ajuste como práctica para salir de la recesión, normalmente actúa de modo pro-cíclico.

Como resultado, las tensiones sociales y económicas se agravan. Mientras tanto, en piloto automático, los responsables de la gestión económica permanecen a la espera de un cambio en las condiciones exógenas que reglan la evolución de las economías nacionales.

En consecuencia, cuando se ingresa en una fase crítica no se visualizan sus límites tanto en el tiempo como en el espacio. Ello se debe en buena medida a los propios efectos de las políticas pro-cíclicas de las que hablábamos más arriba. Los remedios, tipificados en las recomendaciones del FMI se muestran no sólo incapaces para resolver el problema, sino peor aún, muy eficaces para agravarlo. Ello explica que uno de los blancos principales de la crítica sea el Fondo Monetario Internacional.

Recientemente, este último ha mostrado además una notable capacidad para catalizar, más allá de lo puramente económico, lo peor que puede tener una sociedad cuando ingresa en el terreno de las turbulencias. Tal el caso de las explosiones racistas que acompañaron a la expulsión de Suharto o el ya referido apogeo de las mafias que acompañan a Yeltsin.

Los peligros de una crisis sistémica

En la raíz de las caóticas tendencias que actualmente sacuden al mundo hay dos fenómenos de gran potencialidad desestabilizadora, los cuales maduraron a lo largo de la década pese a que no faltaron voces de alerta sobre el peligro que engendraban. Su ocurrencia no debe sorprender, ya que se encuentran en la esencia del modelo de capitalismo de libre mercado actualmente hegemónico en vastas áreas del planeta, combinados con los desarrollos definidos como el "modo asiático" de capitalismo.

Uno de ellos esta constituido por la incompatibilidad creada entre los volúmenes de inversión llevados a cabo especialmente en la región asiática de ciertos bienes de tecnología intermedia (por ejemplo automóviles y electrónica) frente a la real capacidad de los mercados mundiales, habida cuenta de la mayor regresividad distributiva, para absorber los frutos de esas nuevas capacidades productivas instaladas.

El otro resulta de la extrema inestabilidad implícita en el funcionamiento de los mercados globalizados de capital. En este sentido, fenómenos tales como el dinero virtual, el desarrollo de nuevas formas especulativas como los mercados de derivativos, y las "fugas hacia la calidad" cuando aparecen señales de alerta en ciertos mercados específicos, se trate de naciones o bienes, otorgan una enorme volatilidad a los movimientos del dinero, generando mayor desestabilización adicional. La combinación de ambos elementos resulta explosiva.

Volviendo al primero, se constata que ha provocado una generalizada sobreoferta de manufacturas, las cuales en las condiciones actuales del mundo sólo pueden digerirse a medias. Ese fenómeno ya estaba presente en 1996, previo al estallido en los mercados de capitales. Puede decirse que ésta es una crisis de sobreproducción , particularmente en el caso de la electrónica, computación, acero e insumos petroquímicos. Ni hablar de los stocks de automóviles sin vender que amenazan al mercado mundial, y que están descolocando rápidamente a las terminales radicadas en los países industrializados de altos salarios.

Ello no se debe a que no existan necesidades insatisfechas por tales bienes en amplias regiones del planeta. Por una parte, en las economías maduras el consumo de tales manufacturas de tecnología intermedia ya evoluciona vegetativamente, mientras que en el resto del planeta se concentra en sectores

minoritarios de la población. La cada vez mayor regresividad distributiva y la creciente exclusión social predominante en los "mercados emergentes" reducen el poder adquisitivo de la población deprimiendo la demanda a los bienes imprescindibles de subsistencia. Todo ello ancla la demanda mundial por manufacturas.

Cabe recordar que en el caso de los "nuevos tigres", donde arrancó la última crisis (en Indonesia, Tailandia o Filipinas), la competitividad que habían adquirido sus exportaciones de manufacturas fue forzada gracias a los bajos niveles salariales, la vigencia generalizada del trabajo infantil y la vista gorda frente al daño ecológico, factores que permitían bajar costos. Otro tanto ocurre en China. Ahora, esta forma de generar excedente a partir de la super-explotación del trabajo y los recursos naturales parece haber encontrado un límite objetivo en su contradicción con el estado de la demanda.

El comportamiento de la demanda internacional por manufacturas ha provocado en los últimos años una notable tendencia bajista en los precios, la cual termina afectando la rentabilidad proyectada de las inversiones. A ello se sumó una plétora de emprendimientos de dudosa viabilidad encarados en la región, por ejemplo en las áreas de servicios e inmobiliaria, que sin embargo encontraron financiamiento en los bancos. La insolvencia del sistema bancario actuó de forma pro-cíclica.

El otro gran problema, por el lado de la oferta, está constituido por la declinación experimentada por la economía japonesa en los años 90', que no encuentra un muevo patrón de crecimiento donde compatibilizar su enorme capacidad de ahorro con el desarrollo de nuevas formas productivas que le permitan competir tanto con los otros países industrializados como con el resto de la región. En este caso, la masa de créditos de dudoso recupero otorgados para inversiones japonesas en la región, también actúa anclando la crisis.

En resumen, las severas dificultades que atraviesan las economías del Asia deben ser interpretadas básicamente como originadas en una crisis de sobreproducción, que se combina y alimenta con una fuerte tendencia bajista en la tasa de ganancia para las actividades tanto productivas como de servicios localizadas en la región, claramente incompatibles con las tasas de interés.

Todas estas perturbaciones ocurren pese a la sobreexplotación del trabajo que predomina en la mayoría de esos países. ¿Acaso esa fuente de excedentes de agotó? La situación se agrava desde mediados de 1997 con el derrumbe en los niveles de actividad de los países asiáticos y su rebote sobre el crecimiento económico mundial y los precios de las materias primas. No cabe pasar por alto que, una vez puestos a prueba, los sistemas bancarios de la región han mostrado que habían sido altamente incompetentes en su asignación de recursos. Su elevada cartera morosa, se convierte ahora en otra perturbación para superar la crisis.

El mercado de materias primas como transmisor de la crisis

Hagamos un paréntesis para estudiar lo que ocurre con los precios de las materias primas. El conjunto de circunstancias descriptas no solamente ha provocado una sensible contracción en la magnitud de las demandas originadas en los países directamente afectados por el derrumbe de sus mercados y de sus monedas. Tuvo además un correlato en una agresiva corriente de exportaciones hacia terceros países. También, debido a los contagiosos efectos de la crisis, se ha expandido sobre el conjunto de la región y en las naciones vinculadas comercialmente con ésta. Una de las poleas de transmisión fueron las cotizaciones de las materias primas.

Contrariamente a lo que pensaban los apóstoles del neoliberalismo argentino, la crisis asiática rebotó velozmente en nuestras economías, y no solamente por su impacto sobre los mercados financieros. A lo largo de la década, el consumo de commodities había crecido en aquella región notablemente por

encima del promedio mundial. Estos países son los responsables por casi dos tercios del incremento ocurrido en la demanda de petróleo y sus manufacturas durante el lapso 1992/96. Su participación en el consumo mundial pasó del 12 al 15%.

La participación en el consumo de productos petroleros por parte de Corea y el conjunto integrado por Malasia, Filipinas y Tailandia, pasó del 5 al 6,5%. Un comportamiento similar se advierte en los consumos de insumos producidos por las industrias metálicas básicas, caucho, cereales y oleaginosas. En estos últimos casos, el país cuyas demandas crecieron más fue China.

En consecuencia, muchos mercados que hace apenas un año se proyectaban como expansivos, actualmente enfrentan una etapa recesiva con gran incertidumbre acerca de su futuro. Más aún, para algunos commodities de origen agropecuario o forestal como la madera, el arroz, el caucho natural y los aceites vegetales, la gran depreciación de las monedas del sudeste asiático puede estimular la sustitución de ciertas importaciones, especialmente de alimentos, originadas en países como la Argentina.

Además, hasta principios de 1999 el sudeste asiático constituía un creciente mercado para los alimentos, pero actualmente el desplome de la demanda asiática ha debilitado notablemente los precios agrícolas. Como se recordará, éstos ya venían castigados por la sobreoferta existente, tanto en el mercado de los Estados Unidos como internacionalmente.

Se estima que como consecuencia de la situación asiática declinaron principalmente las cotizaciones para cuatro materias primas: cobre, níquel, caucho natural, y madera. Asimismo, tuvo una importancia predominante en la declinación experimentada por los precios de otros commodities como petróleo, zinc y plomo.

En el caso del aluminio, el acero, los productos cárnicos, el maíz y los oleaginosos, la influencia principal sobre sus precios no se origina en la caída de la demanda originaria de los países asiáticos, sino en el hecho que tales productos han actuado difundiendo los efectos de la referida crisis al resto del mundo, perjudicando a los otros países productores y beneficiando a los consumidores.

Cabe particularizar en el caso de los hidrocarburos. A partir de octubre de 1997 cuando cae la economía coreana, y hasta marzo de 1998, los precios del petróleo perdieron el 25%. Los factores determinantes de tal evolución fueron: 1) la caída de la demanda originada en los países afectados por la crisis asiática; 2) las ya referidas altas temperaturas en el invierno del hemisferio norte; 3) un aumento en la producción por parte de los países de la OPEP; 4) existencias consideradas anormalmente altas en todas las etapas de la cadena productiva respecto de los niveles del año anterior.

La caída en los precios del petróleo no sólo afecta a los países que dependen directamente de su producción sino también a quienes los proveen de equipamientos y manufacturas de todo tipo. Ya se verifica, en efecto, un replanteo de los programas de explotación, extracción y transporte de crudo. En contrapartida, bajos precios para el petróleo implican menores costos tanto de transporte como de la energía consumida en la industria y para la calefacción de los hogares.

Vale la pena repasar las consecuencias para Latinoamérica. La caída en el precio del cobre ha sido grande y ha tenido difundidas implicaciones sobre las economías afectadas. Ello se debe en parte a la importancia que la exportación de cobre tiene en los ingresos de divisas para los países productores. La reducción que experimentaron los precios entre junio de 1997 y fines de 1998 se atribuye fundamentalmente a las consecuencias ejercidas por la crisis asiática. El consumo por parte de esos países pasó del 5,5% al 8,25 % del total mundial entre 1992 y 1996.

Para apreciar adecuadamente estos aumentos participativos, conviene advertir que ocurren pese a la reactivación experimentada por las demandas originadas en los Estados Unidos y Europa en igual período. Se estima que la declinación en esos precios es más grave que la anterior, que había tenido lugar en 1993. Los tres principales países afectados por la caída de los mercados son Chile, Mongolia y Zambia.

Los problemas para Latinoamérica no concluyen con la caída en el mercado del cobre. En términos generales, se advierte que si la reducción en la demanda global ha impactado severamente sobre los precios de las commodities, los cambios más importantes tuvieron lugar en el caso del petróleo, el cobre, el café y el azúcar, todos productos típicos de esta región. Solamente una reactivación generalizada en 1999 o la aparición de contingencias climáticas adversas en el hemisferio norte podrían ayudar a que tal situación se revierta más o menos rápidamente.

Los productos latinoamericanos tienen una exposición limitada respecto de la demanda asiática de materias primas. Las excepciones están constituidas por Chile con una exposición del 39%, y Perú con el 25,33% respectivamente de sus exportaciones totales. En el otro extremo, Venezuela dirige apenas el 2% de sus ventas externas a los mercados asiáticos.

Ahora bien, mientras el grado de exposición directa de las exportaciones latinoamericanas respecto de la crisis asiática es limitado, sí se verifican importantes efectos secundarios. El efecto de las devaluaciones en esos países ha incrementado la competitividad de sus exportaciones, no sólo respecto a las exportaciones de bienes similares por parte de los países latinoamericanos, como ocurre con las manufacturas de origen industrial brasileñas o mexicanas, sino también ganando terreno en los mercados internos de países como la Argentina sustituyendo producción local por abastecimiento asiático.

En el caso de nuestro país, merecen ser observados también algunos casos puntuales relevantes, como el de la caída en la cotización internacional de los productos cárnicos. Dicha tendencia choca con un comportamiento en sentido inverso verificado por la cotización del ganado. Ello se debe a que en la fase actual el ciclo ganadero atraviesa una etapa de retención con el propósito de recomponer los rodeos. Tal combinación de factores deja fuera de competencia a los frigoríficos de exportación, al sumarse con otros como el atraso en la devolución de los impuestos a la exportación.

Los impactos sobre la Argentina

Una de las consecuencias de que estemos frente a una crisis de sobreproducción es obviamente que el encontrarse repentinamente trabajando con altos niveles de capacidad ociosa implica que las utilidades realizadas resultan notablemente inferiores a las que se esperaban cuando se decidieron las inversiones. Ello supone también la existencia de volúmenes anormalmente elevados de stocks, que demandan financiamiento adicional. Todas estas circunstancias deben ser atendidas tomando nuevos préstamos, cuyo riesgo no deja de crecer. Se suma al dinero absorbido por los ya referidos emprendimientos inmobiliarios y el desarrollo de proyectos de infraestructura "de prestigio", cuyo recupero no es menos dudoso.

Inevitablemente esta situación debía impactar en los mercados de capitales, ampliándose la masa de préstamos incobrables y tornando muy volátil al comportamiento de los capitales, manejados a partir de criterios de asignación de recursos en función de su rentabilidad esperada, y con criterios acerca de las expectativas a corto plazo que los tornan muy volátiles. Así ocurrió, y consecuentemente el principal afectado fue el Japón, que es el mayor acreedor del mundo. Esta interpretación fortalece la imagen de una crisis básicamente estructural, y largamente más grave que la ocurrida con el tequila.

La menor disponibilidad de financiamiento externo, el aumento de los spreads para la obtención de préstamos, y la caída de los precios en los mercados accionarios, impactan fuertemente a países que, como la Argentina, enfrentan además un derrumbe en las cotizaciones para sus principales productos de exportación. En consecuencia, en nuestro país tendremos tasas más bajas, quizá negativas o nulas en 1999, de crecimiento global. Y en la Argentina, ello siempre quiere decir mayor desempleo.

Pero no son menores los riesgos derivados de los efectos indirectos. En primer lugar están los derivados de las consecuencias de la crisis sobre la economía del Brasil, que se muestra muy vulnerable tanto debido a la pérdida de competitividad de sus exportaciones manufactureras respecto a las asiáticas,

como a causa de su gran inestabilidad en el plano fiscal, con un desequilibrio permanentemente bombeado por los crecientes servicios de la deuda pública.

Por último, cabe señalar que un segundo foco de peligro para la Argentina está constituido por los rebotes sobre los mercados de capitales de situaciones como las del Brasil o Rusia, que provocan una permanente pulsión alcista en la prima de riesgo, elevando el costo de nuestro endeudamiento. Como es sabido, éste constituye un dato central para economías como la nuestra, cuyo crecimiento es altamente dependiente del financiamiento externo para sus déficits. Ello nos lleva otra vez a los vínculos entre el modelo de la convertibilidad y la elevada vulnerabilidad externa de nuestro país.

Teoría y práctica de la crisis

La evaluación objetiva de todas las tendencias desestabilizantes que están ganando espacio en el mundo lleva a esperar que, si continúan profundizándose, se asista a una solución clásica de la crisis. Esta inevitablemente pasará por la destrucción de capital, en la intensidad que sea necesaria para recomponer su tasa de ganancia. Como es sabido, cuando se habla de capital no sólo se está haciendo referencia a máquinas e instalaciones que son desactivadas, stock de materias primas y bienes intermedios cuyos precios se desvalorizan, o activos financieros que se derrumban. Se trata también de capital humano, ampliando los márgenes del paro.

Para entender la situación actual vale la pena echar una ojeada a lo ocurrido en los años 30'. Los paralelismos entre aquella situación y la actual son muy tentadores, y no solamente por los rasgos comunes que pueden observarse en términos de burbujas especulativas, créditos irrecuperables e inversiones de dudosa viabilidad que se registran a lo largo y lo ancho del mundo. Quizá la evidencia más inquietante surge al advertir la miopía común en el encuadre ideológico, que entonces y ahora ha servido de base al diagnóstico del pensamiento dominante.

Claro está que, además de los cambios ocurridos desde entonces en el proceso histórico en todas sus dimensiones (productivas, sociales y geopolíticas, entre otras), el dato relevante es que a diferencia de lo sucedido en los 30', hasta ahora la crisis no pasa por los Estados Unidos ni por los principales países europeos. No sólo ambos están atravesando una fase expansiva, sino que ésta se muestra todavía sostenible a mediano plazo. Y éste no es un dato menor.

Sin embargo, a medida que la crisis se va desenvolviendo, se prenden más señales amarillas en el tablero de la economía americana, particularmente en lo que hace a los pronósticos para el mediano plazo, que pueden preludiar un cambio de sentido en las corrientes de capital. Un cambio de tendencia en el mercado accionario, la devaluación del dólar y la baja en las tasas de interés, pueden venir a complicar el financiamiento del cada vez mayor desfasaje comercial externo de los Estados Unidos, y terminar llevando a reajustes posteriores mucho mas violentos y dolorosos para recuperar los equilibrios básicos, precisamente en las postrimerías de la administración Clinton.

Tampoco debe descartarse que desde los países industrializados de Europa y los Estados Unidos, a cuyas orillas se acerca ahora la tormenta, salgan las señales para llevar a cabo profundos cambios de política económica que impliquen, con el nombre que se les quiera dar y con fórmulas modernas, el retorno al keynesianismo. Esa no es por ahora la tesis del FMI. Su titular persiste en imponer la medicina del ajuste a las naciones que se ven necesitadas de solicitar su auxilio.

Vale la pena recordar que todo el desarrollo teórico y las propuestas políticas de Lord Keynes tenían por objeto salvar al capitalismo de la catástrofe a la que en esos años lo llevaba la praxis neoliberal que los gobiernos emplearon generalizadamente hasta los 30'. En última instancia, planteaba una selección de instrumentos diferentes, alternativos por ejemplo al libre mercado o el patrón oro, pero siempre para obtener el mismo objetivo: una óptima asignación de recursos que maximizara la masa de beneficios, compatible con el pleno empleo. Capitalismo puro.

En la práctica ello implicó, especialmente a partir de la segunda postguerra, la construcción de nuevos consensos sociales acerca del crecimiento y la distribución de los frutos de la productividad, que genéricamente se conocieron como "estado de bienestar". Los mismos permitieron al mundo atravesar una de sus más largas fases de crecimiento sostenido. Como sucede con todas las cosas, a la larga se agotó.

Ello ocurrió a principios de los 70', y fue sucedido por la restauración neoliberal, que actualmente se muestra también en una etapa terminal. ¿Estamos en las vísperas de una restauración neokeynesiana? No cabe descartarlo, como tampoco a la revitalización del marxismo, que ha mostrado su vigencia como el mejor instrumento para interpretar la crisis. Veamos si puede mejorar su desempeño cuando se trata de proponer estrategias aptas para el desarrollo. **c**

Nota

* Licenciado en Economía Política, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires. ILPES-CEPAL 1965/6 Postgrado en Desarrollo Económico. STAYE en Desarrollo Económico en la Universidad de Grenoble, Francia, 1972/73. ILPES-CEPAL 1965/6 Postgrado en Desarrollo Económico. Director Nacional de Estadísticas y Censos, 1990/1991. Director de Censo Nacional de Población 1991. Subsecretario de Programación Económica 1989/1990. Director Nacional de Planificación CONADE 1976-1978. Presidente de la Fundación de Investigaciones par el Desarrollo (FIDE), desde 1991 hasta la fecha. Director de la revista FIDE- Coyuntura y Desarrollo, 1978/1989 Vice Presidente Segundo del Consejo Profesional de Ciencias Económicas de la Capital Federal,1982/1986.

q

Sobre las relaciones del mercado y financiero laboral en América Latina y en Asia del Norte y del Sudeste

Pierre Salama*

L as trayectorias económicas de los últimos treinta años son diferentes en América Latina y en Asia del Norte y del Sudeste1. En el primer caso el crecimiento surgió gracias al desarrollo del mercado interior y luego se hundió en la crisis y en una hiperinflación creciente, para finalmente ser estimulado por la apertura casi sin reservas a los mercados internacionales. En el otro, el crecimiento vino desde el exterior, por la "sustitución de las exportaciones" y un control explícito de las importaciones, por lo menos en las economías llamadas de primera generación (Corea del Sur, Taiwan, Singapur). Este crecimiento se alimentó luego del aumento del poder adquisitivo, debido precisamente al crecimiento realizado, al punto de que en los años '80 el desarrollo del mercado interior fue más responsable del crecimiento que el mercado exterior. En los dos casos los regímenes de acumulación estuvieron marcados fuertemente por el sello financiero, pero de manera diferente. Los efectos sobre el modo de gestión de la fuerza de trabajo en América Latina y en Asia son distintos en cada caso.

El dinero parece producir dinero naturalmente. y las relaciones entre el mercado financiero y el mercado laboral aparecen como relaciones de interdependencia. Más precisamente, los dos mercados se presentan a la vez como separados y dependientes: lo que pasa en un mercado puede traer consecuencias en el otro. Un descenso en el índice de desocupación puede, por ejemplo, ser mal percibido por la Bolsa, pues podría significar una reanudación inflacionista que produzca una alza de las tasas de interés.

El objeto de este estudio es mostrar que el desarrollo del mercado financiero puede ser más o menos favorable al desarrollo del laboral, pero que puede darse también una relación inversa, la cual tiende a dominar hoy. Las relaciones entre el mundo financiero y el laboral van más allá de ser simples relaciones de interdependencia, y en este sentido tienen un carácter *orgánico*. Estas relaciones, difíciles de delimitar en los períodos de desarrollo, son más visibles en los períodos de crisis y se manifiestan de diferente manera, ya sea que la crisis financiera tenga como origen una valorización insuficiente del capital empeñado, como se puede observar en algunos países asiáticos, o que sea directamente financiera, consecuencia de una desconfianza de los mercados financieros internacionales provocada por ejemplo por un desequilibrio profundo y creciente del balance de las cuentas corrientes, como se puede constatar en la mayor parte de las economías latinoamericanas. El resultado consiste siempre en una reestructuración industrial y bancaria y un acrecentamiento de la flexibilidad laboral bajo una forma u otra, numérica en principio, funcional después2. Las manifestaciones del crecimiento del mercado financiero y de su crisis, cualquiera sea la causa, no son las mismas sobre los modos de dominación en el mercado laboral.

1. Sobre algunos hechos salientes y algunos problemas ligados a la incorporación de tecnología

Después de haber seguido un modelo centrado en la sustitución de las importaciones, como en América Latina, ciertas economías asiáticas optaron a partir de los años '60 por un modelo extravertido llamado "de sustitución de las exportaciones". El crecimiento fue continuo, y una segunda generación de países emprendió el mismo camino que los primeros en los años '70 y '80. Como en América Latina, a excepción de Hong Kong, el Estado interviene fuertemente en la actividad económica, tanto directa como indirectamente. A diferencia de la mayoría de las economías latinoamericanas con excepción de Brasil, en las economías llamadas de la primera generación (Singapur, Taiwan, Corea), el Estado aventajó a menudo las evoluciones de la economía mundial y buscó imponer las inflexiones necesarias del aparato de producción (Amsten, 1989; Peix y Rivière d'Arc, 1997), todo ello mediante una política de investigación y de formación ambiciosa. Si hoy hay una liberalización de la economía, está fuertemente dirigida y controlada, a excepción del sector bancario. A diferencia de los países latinoamericanos excepto Argentina, las desigualdades salariales no son muy pronunciadas, y el mejoramiento del poder adquisitivo permitió que la dinámica del crecimiento para el mercado interior sea relajada cuando las exportaciones sufren un desvío. Finalmente, a diferencia de las economías latinoamericanas, la tasa de ahorro y la tasa de inversión son particularmente elevadas, sin denominador común con las que dominan en América Latina.

En las economías latinoamericanas la tasa de formación bruta del capital se mantuvo igual a la de los días subsiguientes de la "década perdida" de los años '80 (baja del PBI por cabeza más o menos pronunciada en el período según los países con excepción de Colombia, gran inflación, hiperinflación contenida o creciente), a una financiarización importante de las empresas, y a una evolución de los salarios poco favorable al trabajo. La liberalización de los mercados fue en general rápida y brutal, cercana a un "big bang" (P. Salama y J. Valier, 1994 para un análisis y bibliografía): liberalización del comercio internacional (baja consecuente de los derechos de aduana y de las limitaciones cuantitativas a la importación, reducción sensible de las formas administrativas), liberalización financiera (desintermediación, es decir, papel acrecentado del mercado para las operaciones de préstamos y créditos en detrimento de los bancos, desregulación importante a fin de disminuir los costos de transacción y facilitar los movimientos de capitales, destabicación de los mercados a fin de facilitar la venida de capitales del exterior), retirada masiva del Estado de la actividad productiva e infraestructural (privatizaciones, reducción masiva de las subvenciones a la exportación). Las economías latinoamericanas se abren rápida y fuertemente al exterior, pero su grado de apertura se mantiene mucho más acá que el de las economías asiáticas. Paralelamente a esta inserción más pronunciada que en el pasado en la economía mundial, con los intercambios de mercaderías y sobre todo de capital, comienza a desarrollarse la integración regional y se modifican profundamente las relaciones que estas economías mantenían con sus vecinos: la tasa de apertura de México aumenta considerablemente, y la participación de su comercio con los Estados Unidos, ya preponderante en el pasado, se acentúa todavía más. El Mercosur acerca muy rápidamente a dos países vecinos, Argentina y Brasil, que prácticamente se ignoraban en un pasado reciente.

La inversión crece poco en relación a los años '80 en América Latina con excepción de Chile3, pero cambia de *forma* en la medida en que incorpora tecnologías de punta, a diferencia de los años '80. El desarrollo consecuente de la productividad reduce la brecha tecnológica con los países desarrollados, pero la inversión crece demasiado débilmente como para permitir un aumento suficiente en la productividad del trabajo y volver competitivas a las industrias afectadas por la retirada del Estado y la apreciación fuerte de las monedas respecto del dólar. Las nuevas tecnologías demandan nuevas formas de organización del trabajo, pero no las implican necesariamente. No hay un determinismo tecnológico en la materia como numerosos estudios lo mostraron4. Por el contrario, se puede considerar que la

insuficiencia de inversión y por lo tanto de equipamiento puede ser compensada, en términos de productividad del trabajo, por formas específicas de dominación sobre el mercado laboral. La flexibilidad adquiere entonces más importancia. En estas condiciones de competencia avivada por la apertura, la reducción de los costos unitarios del trabajo, a falta de inversiones suficientes, pasa en parte por la búsqueda de flexibilidad en la fuerza de trabajo5, sin que ésta sea ligada necesariamente a la naturaleza de las tecnologías utilizadas. Dado que la insuficiencia de inversión se explica en parte por los arbitrajes a favor de las actividades financieras, el peso del mundo financiero en el esquema empresarial incita más fuertemente que en el pasado a buscar una flexibilidad mayor en el trabajo.

Productividad, salario y tipo de cambio son los componentes del costo unitario relativo al trabajo. Cuando la competitividad está centrada en los precios, y por lo tanto en los costos y casi nada en la calidad, y/o cuando la variedad de cada producto es débil, ese costo unitario adquiere una importancia muy grande. Hemos observado un estrechamiento de la brecha tecnológica con los países del centro, nuevo en las economías latinoamericanas, y más antiguo en las economías asiáticas llamadas de primera generación. Sin embargo, sería un error limitar el análisis a la progresión más rápida de la productividad laboral. Lo que importa es ante todo el nivel relativo de la productividad laboral respecto de los países del centro, y posicionar este nivel respecto de la brecha salarial y la evolución diferenciada de los tipos de cambio. La productividad media en el sector industrial es más débil en estas economías que en las del centro. Ciertamente, la diferencia tiende a reducirse, pero por un lado la variación permanece muy grande, o incluso se acentúa entre los sectores de baja productividad donde predomina el empleo informal, amenazados por la apertura, y los sectores de alta productividad donde se tiende a desarrollar el empleo precario y una flexibilidad acrecentada por la mano de obra; y por el otro, la variación o heterogeneidad en el seno de ciertos sectores es igualmente importante. Tanto, que el costo unitario relativo del trabajo es inferior al de las economías del centro sobre ciertos segmentos de línea de producción, las economías tienen una ventaja relativa, y es posible que se desarrolle sobre esos segmentos una sustitución de las exportaciones. Esto es lo que pasó en Asia. La productividad laboral aumentó de modo importante porque la inversión no sólo progresó considerablemente sino que también cambió su forma, incorporando nuevas tecnologías y relegando los productos simples a las economías de segunda generación, a fin de especializarse en la producción de productos más complejos con elasticidad más importante. Como consecuencia de este desarrollo de la productividad, los salarios reales siguieron su progresión, sobrepasando en estos últimos años a la de la productividad. El agravamiento del costo unitario del trabajo fue intensificado por la atadura de la moneda nacional al dólar, lema en curso de apreciación en estos últimos años. El nivel del salario y la búsqueda de nuevas formas de organización del trabajo se vuelven centrales en la lógica del régimen de acumulación, centrado en el desarrollo de las exportaciones en el contexto de una liberación creciente de la economía, de una autonomía más elevada que en el pasado de los grandes grupos industriales frente al Estado, la cual se traduce por el contrario en una capacidad debilitada de definir una política industrial. La búsqueda de una intensificación de las combinaciones productivas hacia más capital, e incluso más trabajadores calificados, unida a una sustitución de bienes fabricados entre los productos simples y los que son más sofisticados, plantea ineluctablemente el problema del paso de una competitividad centrada en el precio a otra centrada en la calidad del producto. La competencia sobre estos segmentos con los países desarrollados se vuelve más difícil y la presión sobre la evolución de los salarios se eleva más cuando estas sustituciones encuentran obstáculos importantes.

En las economías latinoamericanas, el aumento de la productividad laboral puede no ser suficiente para permitir que tengan lugar aumentos de salario consecuentes, siempre en el marco de una economía que se abre al exterior liberándose. Más precisamente, dos factores intervienen como obstáculo y limitan el desarrollo de las exportaciones. El primero proviene del abandono de las medidas de estimulación de la exportación y la liberación de los mercados. En las economías latinoamericanas, estas medidas coincidieron con un retardo en la productividad laboral (la brecha de productividad se había acrecentado

como consecuencia de la "década perdida" de los años '80, es decir, de la debilidad de la inversión, de la financiarización de las empresas y de los comportamientos rentistas acentuados en el curso de este período) y con una mutación de las industrias de la mayoría de los países desarrollados debida a la introducción de la informática en numerosas ramas. El segundo factor concierne a la evolución del tipo de cambio. Cuando estas economías hacen reposar su crecimiento en la movilidad internacional de capital, la apreciación del tipo de cambio real respecto del dólar no resulta de una política económica errónea: es el producto directo de las elecciones efectuadas para salir de la crisis inflacionaria que esos países atravesaban. En otras palabras, la lógica misma de este nuevo régimen de acumulación, caracterizado por una fuerte imposición del mercado financiero sobre el productivo, conduce inevitablemente a una apreciación de la moneda nacional, y a la vez a devaluaciones brutales cuando la crisis sobreviene, excepto si, en lugar de una flexibilidad de los cambios, los salarios pueden bajar considerablemente y las condiciones de trabajo evolucionar rápidamente hacia una flexibilidad acrecentada y una precarización pronunciada. La Argentina ofrece un caso casi puro de estas evoluciones, donde el salario real medio baja, la productividad se acrecienta considerablemente, y la desocupación se mantiene a niveles muy elevados a pesar de las tasas de crecimiento sustanciales del PBI. La Argentina es el único gran país en el que la variación entre el salario medio de los trabajadores no calificados y el de los trabajadores calificados se acrecienta con una particularidad: los dos bajan, pero uno más rápidamente que el otro6. Mejor manejadas que en América Latina, en las economías de la primera generación la liberalización de los intercambios y la inserción más grande de su mercado financiero en los mercados financieros internacionales dan al dólar un papel más importante.

Aunque los regímenes de acumulación sean diferentes entre las economías asiáticas de la primera generación y las de la segunda, entre aquéllas y las grandes economías latinoamericanas la apreciación de las monedas nacionales aparece más como el reflejo de la lógica de sus regímenes de acumulación respectivos, la dominante financiera hoy, que como el producto de políticas económicas erróneas. Estén considerablemente abiertas al comercio internacional o no, su inserción en el mercado financiero internacional las coloca al nivel de los cambios. Por un lado acentúa la presión hacia una evolución moderada de los salarios medios (incluso una baja en los casos extremos) seguida de una caída durante las crisis, y por el otro refuerza la necesidad de exportar más cuando la brecha comercial aumenta como consecuencia de los efectos de la apreciación sobre las importaciones, lo cual tiende a acentuar más aún la presión sobre los ingresos del trabajo e invita a una flexibilidad mayor aún.

2. De un mercado financiero "virtuoso" a una crisis de valorización en Asia o el retorno del mercado financiero sobre el laboral

La crisis de valorización del capital proviene por un lado de una insuficiente progresión de los mercados externos respecto del dimensionamiento creciente de la oferta, no porque estos mercados hayan conocido todos una disminución mundial, sino porque estos países conocieron un descenso de su competitividad. En estas condiciones sus cargas financieras aumentan, en términos relativos, de manera desmesurada, y las empresas fuertemente endeudadas se encuentran frente a las consecuencias de un financiamiento laxo. Por otro lado, la forma conglomerada pudo en un primer momento favorecer, en ciertos países como Corea, economías "de aglomeración", y permitir la socialización de las pérdidas iniciales con nuevos proyectos de ganancias sobre otros más antiguos, constituyendo una fuerza de negociación con el Estado lo suficientemente grande como para continuar obteniendo ayudas consecuentes de parte de éste. En un segundo momento, esta forma compleja poco transparente pudo generar todavía más costos de transacción y frenar la externalización necesaria de ciertas producciones, debido a que esta crisis financiera es provocada en parte por una crisis de valorización más importante

que la crisis financiera que conoció México en 1994. La recesión profunda provocada por esta crisis duró poco tiempo y sus consecuencias sociales fueron importantes, pero México pudo reanudar con el crecimiento, después de una devaluación masiva, un desarrollo importante de sus exportaciones hacia los Estados Unidos (Weintraub, 1997) y un agravamiento de su endeudamiento. Se puede pensar que éste no será el caso para la mayor parte de las economías asiáticas, y que el retorno al crecimiento pasará por una modificación sensible del régimen de acumulación anterior.

Ciertamente las empresas en Asia financiaron sus inversiones masivas a partir de sus propios recursos, pero también pidiendo prestado de manera excesiva. Pudieron pedir masivamente prestado debido a que en estos últimos años la liberalización se desarrollaba impulsando a los bancos a dar crédito sin un análisis preciso de los riesgos incurridos7. La razón deudas/fondos de las empresas alcanza niveles elevados, muy superiores a los observados en los países desarrollados8. Los grupos industriales practicaron entonces, más fácilmente que en otros lados, la estrategia de la "huida en delantera", diversificando sus producciones, sobredimensionando sus capacidades de oferta, y apostando a la vez a la baja de costos ocasionada por las economías de escala y de conglomerado.

Los conglomerados han practicado la no transparencia de sus cuentas. Es entonces difícil por el momento hacer un análisis fiable de la valorización de su capital y de su evolución en los principales sectores. Tenemos sin embargo algunos datos bastante groseros, reveladores de la profundidad de esta crisis. En su informe de 1998, la BRI calculó la evolución del coeficiente marginal de capital, medido como la relación de la tasa de interés real de crecimiento del PBI y la razón inversión respecto del mismo PBI. De los cinco países estudiados (Corea, Indonesia, Malasia, Filipinas y Tailandia) sólo Indonesia conoció un aumento ligero de este coeficiente entre los períodos 1986/90 y 1991/96. En los otros lugares bajó, pasando en Corea de 32,9 a 20,2; en Malasia de 25,1 a 22,1; en Filipinas de 20,5 12,2 y en Tailandia de 32,6 a 12,9 (BRI, 1998, p.38 y siguientes), lo cual se traduce, desde un punto de vista macroeconómico de la inversión, en una nueva fase de rendimientos decrecientes más o menos pronunciados. Más significativa sin duda es la evolución de la relación entre inversión directa extranjera y expansión de las exportaciones (ídem. p.39). Esta relación se debilitó en los años '80, más exactamente en el período 1992/96, en el conjunto de los países, más particularmente en Tailandia.

El régimen de acumulación volcado hacia las exportaciones tiene entonces un talón de Aquiles. El ritmo de las exportaciones debe ser mantenido a un nivel elevado. Si éste no es el caso, la vulnerabilidad financiera de las empresas resulta amenazada, y con ella la de los bancos. Es lo que se produjo a partir de 1996. El entorpecimiento del servicio de la deuda de las empresas se vuelve excesivamente importante a partir de que el crecimiento de la producción disminuye. A diferencia de los financiamientos Ponzi analizados por Minsky, no es tanto la elevación de la tasa de interés lo que vuelve difícil la conciliación entre el grado de liquidez y el endeudamiento, sino la baja de la rentabilidad debida al estrechamiento relativo de los mercados.

La caída de la Bolsa se autoalimenta de la de los cambios. Presente en numerosos países, la crisis se desarrolla allí donde empleo y poder adquisitivo se amasan fuertemente. La flexibilidad del trabajo se acrecienta con la proyección de la crisis financiera sobre el nivel de actividad de la producción. Resultado de la crisis, el acrecentamiento de la flexibilidad laboral (licencias, baja de los salarios, precarización, intensificación por introducción de otros modos de dominación en el trabajo) es entonces buscado como condición de su adelanto. Las elevaciones de las cotizaciones bursátiles se compensan con la caída de la masa salarial. La reorganización de las empresas debilitadas por la crisis se traduce en la puesta en obra de modos de gestión de la fuerza de trabajo más flexibles que en el pasado. Trabajo precario, intensidad del trabajo, desocupación, se desarrollan con la puesta en escena de organizaciones laborales tendientes a reducir los tiempos muertos y valorizar mejor los equipamientos en plaza. Si el desarrollo del mercado financiero no tiene (o tiene pocos) efectos sobre el modo de organización laboral en Asia del Norte y del Sudeste, la crisis financiera, a modo de revancha, actúa profundamente sobre los

modos de gestión laboral.

Por el contrario, en las fases de crecimiento es difícil atribuir la búsqueda de una mayor flexibilidad laboral y de un rigor salarial al desarrollo de las bolsas en las economías asiáticas. Éste ha sido igualmente muy importante, y hasta la crisis reciente las cotizaciones fueron menos volátiles que en América Latina, pero más que en las economías desarrolladas.

La búsqueda de una mayor flexibilidad laboral y de una moderación salarial no es producto de una financiarización9 importante de las empresas. Éstas mantienen tasas de inversión muy elevadas, del orden del doble de las observadas en América Latina. Ciertamente la flexibilidad deseada por las empresas se origina en las mutaciones técnicas, pero también y sobre todo en los medios para contrabalancear la pérdida de competitividad sufrida. Aquélla constituye un medio para restablecer la valorización del capital, en la medida en que los otros resultaron insuficientes (segmentación, deslocalización de las producciones más simples hacia las economías asiáticas de segunda generación, deslizamiento hacia productos más sofisticados, con coeficiente de investigación más importante). Sin embargo, el mercado financiero juega un papel diferente del que veremos en América Latina. Aunque las tasas de interés hayan sido particularmente bajas, y las ayudas a la inversión numerosas y variadas, los gravámenes de interés son cada más vez más pesados. Basta con que la competitividad de las empresas esté comprometida, para que la progresión de sus exportaciones no sea suficiente para enfrentar el servicio de su deuda. La parte de este servicio en el valor agregado aumenta entonces desmesuradamente. Los créditos dudosos de los bancos se incrementan, y el riesgo que éstos corren se concretiza. Su capitalización se vuelve aún más insuficiente, no pueden enfrentarla, y el contagio se desarrolla, tal como lo hemos visto. Hay una relación entre la progresión de los salarios y el servicio de la deuda de las empresas, pero ésta existe por medio de la valorización aún más difícil del capital. La incapacidad para imponer una flexibilidad más elevada de la fuerza de trabajo y frenar el desarrollo de los salarios disminuye la valorización del capital y pone delante los problemas financieros analizados, hasta tal punto que el régimen de acumulación de tipo "sustitución de las exportaciones" no se modifica y el contexto de liberalización en el que éste se desarrolla no vuelve a ser objeto de discusión.

3. El mercado financiero, freno a la acumulación y a los salarios en América Latina

La financiarización de las empresas en la época de la "década perdida" de los años '80 había pesado mucho sobre los ingresos laborales. Modos de dominación arcaicos habían resurgido en el trabajo: la jornada laboral, extendida a fin de atenuar los efectos del drástico descenso de los ingresos, transportaba de la actualidad a la plusvalía absoluta "a la antigua" (Salama in Chesnais, 1996). Con el final de la crisis, la situación cambia. El mercado financiero no juega exactamente el mismo papel, y sus efectos sobre el trabajo son diferentes. La rápida apertura de las fronteras condujo a una destrucción-reestructuración del aparato de producción, imponiéndose la destrucción sobre la reestructuración, contrariamente a las predicciones de los defensores de la rápida liberalización de los intercambios y de la retirada del Estado de la economía. El intenso desarrollo de las exportaciones y la transformación de su contenido no son sin embargo suficientes para compensar el desarrollo de las importaciones. La reestructuración del aparato industrial no es lo suficientemente rápida e importante como para que las empresas modernizadas puedan exportar masivamente y transformar positivamente y de manera durable el saldo de la balanza comercial, pues las inversiones no son, en efecto, lo suficientemente elevadas respecto del PBI. Las bolsas conocen un desarrollo considerable, no sólo porque vienen capitales del extranjero en ocasión de las privatizaciones, sino también porque las empresas arbitran a favor de emplazamientos lucrativos. El descenso relativo de su tasa de inversión pesa entonces sobre la gestión

laboral. Se buscan formas originales de dominación en el trabajo a fin de compensar la falta de ligazón con el descenso de la inversión. Esto es lo que vamos a mostrar.

La brecha comercial se acrecienta considerablemente, tanto más en la medida que la moneda es fuertemente apreciada, porque el fin de las hiperinflaciones fue muy rápido y el tipo de cambio nominal permaneció fijo o levemente variado respecto al dólar, y a la vez porque un tipo de cambio nominal estable es una condición necesaria para la entrada de capitales. A partir de entonces nos encontramos con la siguiente paradoja. Por un lado la liberalización financiera impone una relación más o menos estable de la moneda nacional frente al dólar, y su éxito favorece la entrada de capitales, que tiende a apreciar un tipo de cambio real ya fuertemente apreciado por la reducción de la inflación, y la mayor firmeza del cambio nominal respecto al dólar. Por el otro, la apreciación del tipo de cambio real respecto al dólar, que en estos últimos años fue apreciada de la misma manera respecto de otras divisas claves, frena el desarrollo de las exportaciones al mismo tiempo que estimula las importaciones. En estas condiciones la brecha comercial está condenada a agrandarse, y con ella el déficit del balance de las cuentas corrientes10, siendo muy estrechos los márgenes de maniobra para manipular el tipo de cambio real.

El mantenimiento e incluso el aumento de las tasas de interés, condición necesaria pero insuficiente para atraer capitales, por un lado vuelve más vulnerables los bancos, principalmente haciendo descender en parte el valor de sus activos, incitándolos a otorgar malos créditos y aumentando el riesgo de falta de pago de los deudores (Mishkin, F, 1995; Goldstein, M y Weatherstone, D., 1997), y por el otro eleva considerablemente el costo de los ingresos e incita a rever el descenso de los proyectos de inversión por dos razones: una ligada al costo, y la otra a la posibilidad de arbitrar a favor de la compra de bonos del tesoro más rentables que la inversión misma.

La vulnerabilidad de los bancos, ya debilitados por la rápida liberalización de los mercados financieros y el aumento de los créditos dudosos, aumenta cuando los depósitos no siguen el mismo ritmo del crecimiento de las tasas de interés, y su capitalización se vuelve más apremiante cuando la crisis aparece (M. Gavin y R. Haussman, 1995). El costo para recapitalizar los bancos y socializar sus pérdidas, ciertamente más bajas que en Asia, alcanza dimensiones considerables (Giron, A. y Correa, E., 1997). Éste es calculado por el BID en México en el 15 % del PBI ("The Economist", 25/7/1998), y debería conducir a un aumento considerable de la deuda interna.

El conjunto formado por los déficit externos y las tasas de interés elevadas explica por un lado el hecho de que los salarios y la nueva organización de la fuerza de trabajo constituyan variables claves para aflojar la coacción externa, y por el otro la necesidad imperiosa de transformar estas economías en "economías casino". Esta doble coacción resulta de la lógica particular del régimen de acumulación que expusimos. Nos encontramos entonces en presencia de un verdadero círculo vicioso. Aligerar el peso de estas coacciones implica necesariamente un cambio en el régimen de acumulación y el rompimiento con la liberalización a ultranza del conjunto de los mercados. No hacerlo significa condenarse a una repetición e los encadenamientos11, tal como lo muestran los ejemplos recientes de México y de Argentina12, pero no hacerlo es también evitar las consecuencias políticas de un costo social demasiado elevado, que otra política económica podría probablemente provocar. Esto explica que los gobiernos sean conducidos a practicar la "política del avestruz", buscando legitimarse invocando las leyes inexorables de la economía, concebidas a partir del prisma del "pensamiento único". Explica también que una crisis económica no basta, y que hace falta pasar por crisis políticas para imaginar y poner en práctica otros caminos más creíbles.

Resulta claro que que las relaciones entre el mercado financiero y el laboral son diferentes en Asia y en América Latina, al menos en las fases de crecimiento. En América Latina el desarrollo impetuoso de las bolsas y su importante volatilidad constituyeron un atractivo para las empresas industriales. Lejos de aumentar de manera importante sus inversiones en el sector productivo, éstas mantuvieron el

comportamiento rentista que se había desarrollado durante la "década perdida", relativizándolo. El arbitraje entre mercado financiero e inversión conduce a una financiarización de las empresas relativamente elevada. Este arbitraje pesa sobre los modos de gestión de la fuerza de trabajo en un contexto de apertura y de liberalización elevada y rápida del conjunto de los mercados. En otras palabras, la coacción más acentuada sobre las formas de flexibilidad numérica y funcional, una estabilización, e incluso una regresión de los salarios reales por el juego de contratos más precarios que en el pasado, y el aumento de la desocupación facilitado por la desregulación del mercado laboral, no pueden ser comprendidos sin poner por delante el comportamiento coactivo de las empresas en un contexto de liberalización de la economía y de desarrollo del mercado financiero. Capitalización bursátil en fuerte crecimiento y repartición funcional de los ingresos más concentrada son el producto de un mismo proceso: la una no puede ser comprendida sin la otra.

Con el desarrollo de los mercados financieros, el origen de las ganancias financieras se vuelve vago y misterioso. El dinero parece producir dinero, y el mercado financiero es capaz de crear el valor de sí mismo. El capital financiero -la tierra, el trabajo y el capital físico en el paradigma neoclásico- se vuelve en cierta medida un "factor de producción" remunerado por lo que produce. Mercado laboral y financiero parecen sin embargo cohabitar de manera conflictiva: lo que es bueno para uno parece malo para el otro, y recíprocamente. Las relaciones entre ellos son complejas. El mercado financiero se compensa con la plusvalía, pero permite producir más plusvalía. Cuando ayuda a la producción de plusvalía, ya sea porque permite adquirir capitales suficientes para invertir o porque disminuye el riesgo para las operaciones de cobertura, es "virtuoso", porque produce más de lo que cuesta. Si tuviéramos que hacer una comparación, sería con los trabajadores del comercio. Improductivos según Marx, lo son indirectamente, porque permiten la realización de las mercaderías y pueden acelerar la rotación del capital. Cuando conduce a arbitrar en detrimento de la inversión, porque los beneficios alcanzados son superiores a los esperados en la producción, pesa sobre las condiciones laborales. El "milagro de los pequeños panes" es una ilusión: el dinero solo no produce dinero si no es por el trabajo, y, si parece producirlo en el sector financiero, es porque proviene, por múltiples vías y por mecanismos difícilmente legibles, del trabajo. Son estas vías y estos mecanismos los que intentamos poner al día, tanto cuando el mercado financiero parecía jugar un papel virtuoso, como cuando se volvía parasitario. A la vez virtuoso y parasitario, la segunda característica se impone hoy sobre la primera. **c**

Bibliografía

- Aglietta, M. (1995). *Macroécomie financière*. La découverte, Collection Repères, Paris.
- Amsden, A. (1989). *Asia´s Next Giant. South Korea and Late Industrialization*. Oxford University Press, New York.
- Artus, P. (1998). "Economie réelle et placemnets financiers dans les pays émergents". Service de la recherche de la Caisse des Dépôts et consignations, Paris.
- BRI (1997, 98). Rapports annuels, Genève.
- Chesnais, F. (ed.) (1996). *La mondialisation financière*. Syros, Paris.
- Gavin, M y R. Hausmann (1996). "Overcoming Volatility in Latin America". Rapport de la BID, 1995. "Les origines des crises bancaires: le contexte macro-économique. Problèmes d'Amérique latine" nº21, La documentation française, Paris.
- Giron, A y E. Correa (1997). *Crisis bancarias y carteras vencidas UNAM, UAM.* La Jornada ediciones, México.

- Goldstein, M. y D. Weatherstone Senior (1997). *The Seven Deadly Sins: Presumptive Indicators of Vulnerability to Financial Crises in Emerging Economies.* Institue for International Economics. Mimeo, Washington.

- Hanson, G.H. R.C. Feenstra (1997). "Foreign direct Investmen and relative wages: Evidences from Mexico's Maquiladoras". Journal of International Economics, vol 42, nº3/4.

- Hirata H., B. Lautier y P. Salama (ed) (1998). "Les transformations du travail (Amérique latine, Asie)", Revue *Tiers Monde* nº154, PUF, Paris.

- Hochraich, D. (1998). "Crise financière et competitivité dans les pays d'Asie, au delà de la crise monétaire", en Les études du CERI, Fondation nationales des sciences politiques, Paris.

- Humphrey (ed) (1995). "Industrial Organization and Manufacturing Competitiviness in Developing Countries", *World developement,* vol 23, nº1.

- Miotti, e. y otros (1997). "Fragilité des systèmes bancaires des économies émergentes" y "Retour sur la crise asiatique" en Études de la Caisse des dépôts et consignations. Mimeo, Paris.

- Pais, C. y Rivière d'Arc H. (1997). *Esprit d'entreprise et nouvelles synergies de part et d'autre du Pacifique.* Maison Neuve et Larose, Paris.

- Salama, P. (1989) "La dollarisation". La Découverte, Collection Agalma; (1996) "La financiarisation excluante: les leçons des économies latno-américaines" en Chesnais (op. cit.); (1998) "De la finance à la flexibilité en Amérique latine et en Asie du Nord et du Sud est", *Tiers Monde*, PUF, nº154, Paris.

- Salama, P. Y J. Valier (1994). *Pauvreté et inégalités dans le Tiers Monde.* La Découverte.

Notas

* Profesor de la Universidad de París (París XIII) y coordinador del Centre d'Etudes des Dynamiques internationales (CEDI-GREITD). Especialista en economía de la pobreza, financiarización en América Latina y economía de la droga. Entre sus obras se destacan: Introducción a la economía política (junto a Jacques Valier; Nueva Era, México) L'Amérique Latine dans la crise (Maspero, París); El Estado sobredesarrollado (junto a Gilbert Mathias; Nueva Era, México); La Dolarización (Siglo XXI, México); La Economía gangrenada. Ensayo sobre la hiperinflación (junto a Jacques Valier; Siglo XXI, México) y, recientemente, Neoliberalismo, pobrezas y desigualdades en el Tercer Mundo (junto a Jacques Valier; Miño y Dávila Editores, Bs. As.)

1. En adelante, utilizaremos "Asia" para referirnos a "Asia del Norte y del Sudeste".

2. Según la Ocde, la flexibilidad "numérica" abarca todas las formas cuantitativas de la flexibilidad, internas o externas a la empresa, y tiene por objeto los salarios y el empleo. La flexibilidad "funcional" es de orden cualitativo y se refiere a la adaptabilidad de la mano de obra empleada, es decir, a la organización del trabajo y la posibilidad de modificarla.

3. Ésta aumenta aunque las estadísticas no lo muestren todavía. Las importaciones están constituidas, sobre todo, por productos de equipamiento y por productos intermediarios. La apreciación relativamente fuerte de las monedas nacionales después del fin de las grandes inflaciones hace descender relativamente el valor de los bienes de producción respecto de los bienes de consumo; hay entonces una subapreciación del valor de las inversiones. En general, hay un acuerdo para valuarlo en dos puntos del PBI aproximadamente. Este descenso relativo del valor de los bienes de producción juega el mismo papel que un progreso técnico *capital saving* en el sentido de Mrs.

Robinson (1956): acrecienta la eficacia del capital. Finalmente, podríamos agregar que las importaciones de productos de equipamiento incorporan nuevas tecnologías, de manera tal que, para retomar una expresión de Kaldor, la forma de la inversión cambia. Estos nuevos bienes de inversión tienden a transformar aparatos de producción devenidos obsoletos por la crisis del endeudamiento y la insuficiencia consecuente a la vez en inversiones e importaciones, y acrecientan la eficacia del capital y la productividad del trabajo suscitando modos de organización del trabajo diferentes y una relación entre trabajo calificado – trabajo no calificado a favor de los primeros (Feenstra y Hanson, 1997). La apertura, en este punto preciso, permite a las industrias nacionales beneficiarse con las economías externas de escala internacional y obtener rendimientos crecientes.

4. Ver, por ejemplo, el conjunto de investigaciones presentadas en el número de la revista "Tiers Monde" (Tercer Mundo) coordinado por Hirata, Lautier, Salama (1998) y/o el número de "World Development" (Mundo Desarrollado) editado por Humphrey (1995).

5. W. Cline , principal economista del Instituto de Finanzas Internacionales de Washington, de paso en Buenos Aires fue entrevistado por "Página/12" el 3/8/1998. Después de haber apoyado calurosamente la política gubernamental, relativizado la crisis financiera, abogado por que el peso no sea devaluado, recomendó un acrecentamiento más importante de la flexibilidad laboral.

6. Lo que no quiere decir que los ingresos de los trabajadores muy calificados del sector privado no aumenten.

7. Con la liberalización, los bancos se liberan a una competencia más fuerte. La reducción de los márgenes que resulta de ello, acentuada por el aumento de las tasas de interés sobre los depósitos, y la más fuerte volatilidad de las tasas de interés provocada por el fin del encuadramiento del crédito y de las tasas, los conducen a correr más riesgos que en el pasado, tanto más cuanto que, por un lado, el contexto macroeconómico se vuelve sobrelíquido, los capitales afluentes del extranjero, atraídos por las tasas de interés más elevadas que en los países de origen; por el otro, los bancos se lanzan a nuevas actividades para las que no tenían necesariamente la experiencia requerida; y, finalmente, la asimetría de información (que conduce a una "selección adversa" y a un "azar moral" tanto más fácilmente porque el crecimiento del PBI es fuerte) es elevada. La BRI, en su informe de 1998 (p.126 y siguientes), utiliza repetidas veces la expresión "extraordinario" para calificar la expansión del crédito dirigido, no sólo a las empresas, sino también al sector inmobiliario en pleno desarrollo. Según Miotti y otros (1998), los bancos asiáticos, hacia fines de 1996, son más líquidos, más eficaces que los bancos latinoamericanos, pero menos rentables, menos solventes y sobre todo menos capitalizados. Los riesgos de quiebra tienen, entonces, aún más posibilidades de aparecer ya que la garantía del Estado disminuye a medida que la liberalización avanza.

8. Según "The Economist" (El Economista) del 29 de noviembre de 1997, entre los treinta "chaebois" [aparente neologismo, palabra no existente en el idioma francés] más importantes de Corea, 25 tienen una razón deudas/fondos propios superior a tres, entre los que en diez es de más de cinco, contra una razón normal de uno en las economías desarrolladas.

9. Se dice que hay una financiarización cuando el diferencial de rentabilidad entre el sector productivo y el sector financiero, a favor de este último, conduce a las empresas a frenar sus inversiones en su actividad principal en provecho de inversiones financieras. Recordemos que el grado de financiarización de una nación o de una empresa se mide por una razón donde el numerador está compuesto por los activos y el denominador de estos últimos a los que se agregan los activos reales. (Ver P. Salama, 1990, 1994; M. Aglietta, 1995).

10. Otros factores contribuyen a la amplitud de las necesidades de capitales: los gastos de turismo, cuya fuerte producción se explica por la apreciación de las monedas nacionales respecto al dólar, los gastos ligados al retorno de los beneficios y dividendos de las firmas multinacionales, cuya progresión está a la medida de la internalización del capital creciente, el desarrollo de los gastos

ligados a la compra de títulos extranjeros y, finalmente y sobre todo, el servicio de una deuda externa fuertemente creciente y su amortización.

11. Los déficits del balance de las cuentas corrientes en porcentaje al PBI se vuelven demasiado importantes y gravan la credibilidad de la política económica del gobierno, los capitales huyen buscando preservarse de una devaluación y de un cese de pago de los bancos y la crisis financiera estalla. Las trayectorias económicas se vuelven entonces profundamente irregulares, al crecimiento sucede no sólo una simple recesión, sino también una crisis, un poco como en el siglo XIX en las economías europeas.

12. Después de los déficits abismales de la balanza comercial y la crisis financiera que resulta de ella, las fuertes devaluaciones en 1994 y 1995 provocaron importantes excedentes comerciales, rápidamente transformados en déficits a partir de 1997 en México. En Argentina, el efecto "tequila" como consecuencia de la crisis financiera mexicana frenó el proceso de degradación de los intercambios exteriores a favor de una profunda recesión. No habiendo practicado la devaluación (siendo ésta anticonstitucional...), la Argentina conoce nuevamente déficits importantes y superiores a los que se preveían con el retorno del crecimiento.

q

Políticas monetarias: auge, esclerosis e implosión

Carlos E. Scavo *

D urante el apogeo del monetarismo, hace casi 20 años, todo el mundo devoraba ávidamente cualquier nuevo indicador sobre medios de pago. Los bancos centrales tenían metas monetarias explícitas y escrutaban hasta el más mínimo desliz de datos buscando pistas sobre futuros trastornos entre los tipos de interés. Desde entonces, el monetarismo - la idea de que, si se acelera la creación de moneda automáticamente se genera mayor inflación- ha perdido la vigencia de otrora. A medida que el nexo moneda-inflación parecía diluirse, los bancos centrales fueron dejando de lado las metas fijas.

Sin embargo, al filo del siglo existe la impresión de que la moneda, si no el monetarismo ortodoxo, vuelve por las suyas. El Sistema de Reserva Federal (SRF) recomienza a seguir de cerca el crecimiento de la oferta monetaria en Estados Unidos. El Banco Central Europeo (BCE) resolvió aplicar metas específicas una vez que el euro se transforma en moneda de curso legal, temperamento tomado del Bundesbank. Así, en diciembre de 1998, en forma totalmente sorpresiva, el BCE, aún nonato en los papeles, impuso una rebaja de tasas directrices a los once adherentes iniciales. El grupo ya conocido como Eurolandia unificó esos niveles en 3% anual, salvo Italia, que fijó 3,5% hasta el 4 de enero de 1999.

Entre las economías grandes, sólo el emisor alemán no ha dejado de fijar metas tendientes a controlar los medios de pago. El resto, en general, prefiere operar sobre la inflación usando las tasas para constreñirla a determinado espectro, como ocurre en Gran Bretaña o Suecia. Otros países europeos usan paridades cambiarias, y el SRF no fija metas explícitas para masa monetaria (M), inflación o dólar. En su lugar, monitorea una compleja gama de indicadores.

Parece claro que controlar la oferta monetaria sirve sólo si la relación entre moneda y producto bruto interno (PBI) nominal, ergo la inflación, es estable y predecible. La influencia de la oferta monetaria sobre los precios y la producción depende en las economías nacionales, tomando la UE como tal cuando haya un BCE en pleno, de su velocidad de circulación. Y ahí aparece el problema actual, que remite al campo político vía la economía física.

Esa velocidad puede acelerarse de pronto. Ello ha sucedido ya en casi todas las economías durante esta década, por efectos de nuevos instrumentos financieros en perpetua mutación, desregulaciones de todo tipo y deterioro del monitoreo sobre fondos de muy corto plazo (hot money). Verbigracia, tras moverse de modo bastante predictible durante el decenio anterior, la oferta monetaria amplia (M2) en EE.UU. se acelera bruscamente desde 1991/2. Ello torna anacrónicos a los instrumentos y mecanismos usuales del SRF.

Desde hace algunos meses, empero, hay señales de que esa velocidad se estabiliza. Alan Greenspan notaba hace poco que podría generarse una relación más predecible entre moneda, producción e inflación. Milton Friedman está seguro de que será como la antigua y, por ello pronosticaba una "inflación" después de la deflación. Máxime si el SRF acaba rebajando las tasas de fondos federales.

Exactamente lo que ocurrió en noviembre y diciembre de 1998.

El debate involucra lo que en EE.UU. se conoce como M2 (efectivo, cuentas corrientes, caja de ahorros, plazos fijos chicos). Este indicador estaba expandiéndose a 7,3% anual de ritmo, el máximo desde 1987/8. El M2 solía ser referencia favorita del SRF, pero desde 1995 algunos integrantes del sistema prefieren el M3 (plazos fijos mayores y fondos que operan en el mercado monetario), que estaba creciendo a razón de 10% anual. Ambos guarismos hacían sospechar que la economía mostraba excesivo ímpetu, en particular si se recuerda su adicción a crecientes déficit de comercio y pagos externos (o sea deuda), aúnque el déficit fiscal se haya tornado en superávit. A juicio de los conservadores, era absurdo que el SRF pasase totalmente por alto semejante expansión monetaria, pero pocos economistas recomendarían hoy por hoy volver a metas estrictas.

En cuanto al BCE, precisaba algún tipo de anclaje nominal para la primera fase del euro. Su dilema era entre metas monetarias y metas inflacionarias. El Bundesbank presionaba para controlar medios de pago, aúnque sin descartar metas ulteriores para otros precios de la economía. Otros sostenían que, mientras que el nexo moneda-inflación siguiera débil, la política monetaria regional debería apoyarse en indicadores de crecimiento del PB e inflación. Entre otros motivos, porque la situación hasta 1998, que inclinaba empresas e individuos a trocar de moneda en respuesta a diferencias de tasas, daba paso a moneda y tasas únicas.

Sin duda, la banca privada, especialmente la ortodoxa, todavía no asume que el euro genera ya un cambio estructural, el cual, junto con la liberalización financiera, alterará cualitativamente la conducta de empresas, operadores y público. Probablemente acabe también con ciertos nexos previos entre moneda e inflación y, entonces, los primeros años del euro se caracterizan por inestabilidad.

El Bundesbank vino fijando metas monetarias fijas desde 1974, y su acción anti-inflacionaria es todo un clásico. Sin embargo, en once de los 24 años las metas no se cumplieron totalmente, a menudo por distorsiones estadísticas. De hecho, el Bundesbank redujo tasas aún cuando el crecimiento de la base monetaria superaba sus objetivos. La política era más fuerte que la ortodoxia contable aún en la Alemania de Helmut Kohl y Hans Tietmeyer. Pese a ello, una larga tradición-heredada del antiguo Reichsbank- mantenía fiable al Bundesbank. Por el contrario, el BCE deberá trabajar duro para hacerse un nombre y lograr que sus metas monetarias no sean arrasadas por imprevistos. Todo en medio de una crisis sistémica global que, como el tequila, no figuraba en el libreto de Maastricht (1994).

Esta clase de reparos sugiere que el BCE debiera ser flexible en materia de políticas monetarias. En rigor, el propio FMI admite desde 1997 que la mayoría de ellas, y aún la propia teoría, son anacrónicas. Este factor influye para que Francia, Italia y otros prefieran que el BCE opere por metas inflacionarias al estilo de Suecia, Gran Bretaña, Canadá, etcétera. Bien visto, las metas monetarias convencionales murieron junto con el precio fijo del oro y las paridades cambiarias rígidas. Una reunión en el Instituto Smithsoniano, en 1973, les dio certificado de defunción junto con la convertibilidad oro-dólar, que EE.UU. había suspendido dos años antes. El sistema de Bretton Woods fue llevado al patíbulo por los mismos neoclásicos que hoy lo reivindican.

El Señor Martin

Desde 1997, en efecto, economistas, dirigentes políticos, e inclusive técnicos de las instituciones remanentes de BW (Fondo Monetario, Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento o Banco Mundial), ponen en tela de juicio el repertorio convencional de políticas monetarias. También temen que haya llegado el momento de repensar las teorías generatrices, neutralizadas por al auge de un universo especulativo virtual capaz de inducir inflación en economías avanzadas.

Con otro sesgo, quizá más pragmático, los emisores que forman el SRF norteamericano también viven un complejo debate interno. La reciente muerte de William McChesney Martin sirvió para recordar que en otros tiempos Washington y Wall Street no le prestaban al SRF la atención de hoy. Martín encabezó la junta del SRF entre febrero de 1951 y enero de 1970. Fue el presidente más duradero, y el último bajo el régimen de libre convertibilidad del oro en dólares, y por lo tanto, del oro a precio fijo entre bancos centrales (US$ 18 la onza troy al asumir Martín, 35 al irse). Dato al margen: fue el último jefe protestante del SRF.

Antes de él, los mercados especulativos no perdían el equilibrio ante cada gesto del SRF, que era apenas un ente sometido a la secretaría de Hacienda, y por ende al propio presidente. Martín, otrora aspirante a pastor presbiteriano en Missouri, cambiaría las cosas y convertiría el SRF en un poder casi comparable a los tres constitucionales o a la prensa.

Martín manejó el SRF a la sombra de Henry Truman, Dwight Eisenhower, John Kennedy, Lyndon Johnson y Richard Nixon. Demócratas o republicanos, el alto funcionario nunca tuvo buena opinión de esos mandatarios, y así lo confesó, ya retirado: "La Reserva Federal debe remar contra corriente. Mi cometido es cerrar la canilla en lo mejor de la fiesta". Tampoco le hacían mella los banqueros ni Wall Street. Su padre estuvo entre los fundadores del SRF en 1913, y a los 31 años Martin había sido el primer director a sueldo del New York Stock Exchange.

Ya en el SRF, le tocó a Martín afrontar el avance de los monetaristas neoclásicos, que estaban desmontando desde adentro los mecanismos de Bretton Woods en favor de los mismos banqueros cuya avidez ha convertido la corrida cambiaria del sudeste asiático en crisis sistémica global. El paladín de Chicago, Milton Friedman, solía criticar acerbamente "esos ajustes caprichosos de tasas y oferta monetaria". Casi los mismos que un maduro y desilusionado Friedman recomienda hoy al SRF. Según ocurre cada vez que en el Primer Mundo no se aplican recetas "ortodoxas", la gestión de Martín dio lugar al lapso hasta ahora más largo de crecimiento real norteamericano, 1961/9, sin el actual déficit externo adicional. Pero el experto no se engañaba: "Controlar la oferta monetaria no basta para liquidar los ciclos inflacionarios".

El Señor Stiglitz

Sea como fuere, en EE.UU. los banqueros y los operadores son reacios a revisar teorías económicas y monetarias. De ahí que, aún cuando se recurra a economistas independientes o heterodoxos en los debates, sus ideas y recomendaciones suelen causar rechazo o enojo. Esto se nota especialmente en medios, espacios y comunicadores ligados a Wall Street y los mercados de riesgo. Aúnque hoy, tras el colapso de una franja megaespeculativa hasta entonces supuestamente invulnerable, los fondos de cobertura o hedge funds, hasta el semanario Forbes está sumido en la duda existencial.

La actitud conservadora responde, en último término, a quienes manejan bancos y megacarteras especulativas. En lo social empalma con resabios autoritarios típicos de la burguesía norteamericana: escasa solidaridad y tendencia a aislarse del resto de la sociedad. En países periféricos, esas mismas tendencias llegan frecuentemente al autismo o al encapsulamiento de las clases adineradas. Sólo que el rasgo se contagia al poder y a la clase política. El caso de Joseph E. Stiglitz es paradigmático en esta fase de los debates. Muchos lo consideran el economista norteamericano más destacado de su generación, pero se lo "ninguneaba" sistemáticamente mientras presidía el Consejo de Asesores Económicos del presidente William J. Clinton. Ahora es analista principal en el BIRF, y sus recomendaciones ya no pueden ser ignoradas, pero generan presiones que lo hacen tener doble discurso: heterodoxo en los centros financieros, ortodoxo en la periferia. En Harvard eso se llama "síndrome de Fischer" (Stanley F., del FMI, fue el primero en apelar a la ambivalencia).

Stiglitz tiene una concepción de obvio cuño político: "Los neoclásicos afirman que el mercado libre, no regulado ni acotado, es garante del bienestar de la sociedad en la medida en que los particulares procuran sus propios intereses. Pero la economía real nunca ha funcionado así. Los mercados son imperfectos porque la información asequible a los operadores nunca es completa ni adecuada. Para que actúen mejor, se precisa la intervención de los bancos centrales". También se necesitan salvatajes, como el timoneado de apuro por la RF de Nueva York para el fondo Long Term Capital Management, cuando las cosas se ponen mal y los financistas pierden plata. Lo mismo acaba de afirmar el megaespeculador George Soros en su último libro.

Este graduado del Massachusetts Institute for Technology (matriz de "nerds" como Marvin Minsky, Merton Miller, etc) parte de una crítica: "El MIT emite mensajes confusos. Se enseña el modelo de competencia perfecta y luego se explica que sólo la facultad de Economía de Chicago, centro conservador, toma en serio ese modelo y su hipótesis sobre expectativas racionales". Exactamente lo que señalan dos directores de la cátedra de Administración Empresaria en Harvard: Joel Kurtzman y su actual sucesor, Jeffrey Sachs.

Stiglitz se dedicó a analizar qué tipo de lógica lleva a tantos creer en el mercado eficiente. En un punto de las investigaciones, descartó una hipótesis clave ("la información circulante es perfecta") en favor de un modelo basado en información imperfecta. "Al vincular ese modelo con ciertas teorías monetarias, se descubre que los mercados son, en cierto grado, ineficientes". Esa línea lógica, como las adoptadas en su momento por Alexander Hamilton, John Maynard Keynes o Raúl J. Prebisch, "justifica la intervención estatal, como en el caso Chrysler 1980", señala Stiglitz en su hoy célebre Tratado de Economía.

En aquella emergencia, los paladines del libre mercado sostenían que la quiebra de Chrysler permitiría el uso más eficiente de equipos, insumos, tecnología y mano de obra, aúnque la transición fuese traumática y mucha gente quedase en la calle. Stiglitz demostraría, por el contrario, que la intervención del gobierno hizo despegar a Chrysler y salvó al sector automotor estadounidense del desastre. ¿Por qué? Porque, como la información asequible al mercado era imperfecta, nadie había previsto que una reconversión drástica habría dejado al sector indefenso ante la ofensiva japonesa y europea iniciada en 1982, tras la crisis de la deuda periférica. Esa crisis fue detonada por una devaluación prevista por el mercado y un cese de pagos imprevisto, exactamente lo hecho por Rusia en agosto de 1998. Aquella intervención "no ortodoxa" preservó fuentes de trabajo, ahorró millones en seguros sociales, y permitió una reconversión mejor sustentada.

Las recetas derregulatorias del monetarismo neoclásico, aplicadas a economías periféricas o a economías que salen del planeamiento centralizado, han dado y dan resultados desastrosos. El propio FMI comienza a admitirlo, mientras la crisis iniciada en Asia refuerza argumentos de Stiglitz. Como Robert Kuttner, William Hutton, Sachs, Rüdiger Dornbusch e incluso Friedman, el economista critica las medidas de austeridad y astringencia monetaria (tasas altas, cierre de bancos, achique de conglomerados, reducción drástica del gasto público) que Washington, el FMI, el BIRF y la banca comercial ofrecen como salida a esos países. De hecho, esos analistas han resaltado la incoherencia de EE.UU. al exigir que Japón abandone su propia política "ortodoxa" para promover consumo, gasto público y privado, importaciones, y naturalmente un yen no tan barato (toda una batería keynesiana). Tampoco se han oído objeciones técnicas a la extrema flexibilidad monetaria y fiscal de China, ni al hecho de que Hong Kong, hoy parte de ese país, se haya dedicado a comprar acciones para frustrar especuladores internacionales.

James D.Wolfensohn, presidente del BIRF, comparte en privado las opiniones de Stiglitz. Por ejemplo, que si las cosas siguen por el camino iniciado en Tailandia el 2/7/97 y más allá de pausas, deber declararse caduco el Consenso de Washington de 1989 y admitir que no es posible imponer a economías emergentes o periféricas ortodoxias que de hecho las economías centrales no han respetado,

sobre todo en materia de política monetaria y supervisión de mercados especulativos. En rigor, tampoco la situación de Fischer, segundo de Michel Camdessus, era cómoda, mientras el descalabro eslavo (Rusia, Ucrania, Byelarús) y posibles secuelas china o brasileña dificultaban la continuidad de Camdessus al frente del organismo. Así pensaba también Tietmayer, jefe del Bundesbank, máxime luego de que el jefe del FMI recurriera a los dudosos servicios de Carlos S. Menem como operador político en la última asamblea.

En los papeles, el FMI sostiene que un país en aprietos debe subir tipos de interés para atraer fondos e inversiones exógenas. Se supone que a medida que entra dinero vuelve la confianza y se reprecia la moneda local. Con el auxilio de créditos contingentes y facilidades ampliadas, el país debiera normalizarse y las tasas bajar velozmente, antes de perjudicar mucho a la economía. Pero Stiglitz objeta: "No existen evidencias de que las mayores tasas sean incentivos correctos. Sin información adecuada o completa, los inversores no pueden diferenciar bien entre colocaciones riesgosas y seguras. Como una alta tasa indica, además, que quien la ofrece no nada en la abundancia, los fondos se volatilizan y las paridades nunca se recobran. Es el caso asiático. Lo extraordinario es que quienes insisten en esos enfoques carezcan de perspectivas intelectuales coherentes".

Racconto ortodoxo, pero con virus

La presente crisis sistémica admite interpretaciones diversas, aún partiendo del mismo "racconto" ortodoxo, que no incluye causales ajenas a la propia mecánica monetaria, financiera, cambiaria, etcétera. La historia empieza el 2 de julio de 1997 en el sudeste asiático. Al terminar 1998, se ha globalizado por contagio vía ex URSS, Latinoamérica, el mercado supranacional de deuda (futuros inclusive), y finalmente la gama más compleja de especulación: los fondos de cobertura que crean y usan derivados. Tal como lo ponen en evidencia el derrumbe de LTCM o el fracaso de prestigiosos consultores bursátiles, esta globalización tiene una característica propia: el mercado especulativo actúa como agente libre, arbitrario e inorgánico. No hay una sinarquía, sino apenas un centenar de megaoperadores, cuya edad por lo general va de 28 a 42 años, munidos de información imperfecta y presas fáciles del pánico.

Este mercado obra como un virus inteligente que detecta antes que nadie puntos débiles de una economía, un sector, un grupo o una franja, y ataca con todo en el momento de mayor vulnerabilidad. Mientras que gobiernos, entes multilaterales y otros operadores tratan de contener la infección, vuelve a girar por encima del planeta en pos de nuevas víctimas.

No obstante, al margen del cronograma, los aspectos básicos de esta crisis habían sido previstos por técnicos del Banco de Ajustes Internacionales (BAI, Basilea), la Organización de Cooperación pro-Desarrollo Económico (OCDE, París), el FMI y el BIRF. Por supuesto, lo aleatorio de ciertos eventos, su irrupción simultánea, el contagio y la magnitud de algunos colapsos, eran imprevisibles. En algunos casos sin antecedentes desde la crisis mejicana de 1982, en otros desde la crisis petrolera de 1974, y en varios más desde 1907 o 1929.

El impacto psicológico se magnificó porque el epicentro inicial incluía economías exaltadas como ejemplos para el futuro. Por otra parte, a diferencia del tequila (1994/5) o la crisis de solvencia soberana (1982/7), no está claro si lo peor ha pasado, si tuvo lugar en la fase caliente de agosto a octubre de 1998, o si aún está por sobrevenir. Aún quienes estiman que el descalabro ya pasó temen que sus efectos sobre bancos, empresas y países disten de estar agotados. En particular, los atinentes a empleo, malestar social y sus consecuencias geopolíticas, bélicas inclusive. Sea como fuere, los técnicos en general creen que cierto grado de previsión y prudencia hubiese evitado, si no la crisis inicial, sus secuelas y desenlaces. Sobrexpansión crediticia, exceso de capital especulativo, sistemas mal supervisados, burbujas de activos, inmobiliarios incluso, y regímenes cambiarios rígidos o anacrónicos

tuvieron un papel relevante en cada instancia local.

Pero también obraban factores anteriores o exógenos. En esta oportunidad, desajustes macroeconómicos que, en Asia oriental y sud-oriental se combinaban con el retraso de pensamiento e instrumentos en el propio FMI. Otro factor externo clave fue la divergencia entre ciclos o fases de un ciclo en las economías centrales, que se prolongó más de lo esperado. La intensa demanda estadounidense contrastaba demasiado con el estancamiento alemán y la contracción japonesa. En gran medida, la fortaleza del dólar sobre el marco alemán y el yen era resultado normal de aquella divergencia entre ciclos.

En EE.UU., una inflación endógena inesperadamente débil prolongaba la fase ascendente del ciclo de negocios local, cuyo síntoma fue la megaburbuja accionaria en Wall Street, casi sin reacción por parte de la autoridad monetaria salvo las periódicas advertencias de Alan Greenspan. En Japón, los problemas originados en aprietos del sector financiero desde que reventó la burbuja inmobiliaria en 1990/1, y sismo de Kobe mediante entró en colapso la banca minorista, se tradujeron en tipos de interés virtualmente nulos y sobreliquidez de los bancos. En varios países europeos, las tasas reales también permanecieron cerca de pisos históricos.

Este cuadro explica los flujos de capitales inclusive de corto plazo hacia plazas asiáticas, ligados a presiones alcistas sobre tipos de cambio y déficit comerciales o de pagos, aún en el sector privado. La firme reacción mostrada por el dólar estadounidense hasta octubre de 1998 a partir de los pisos de 1995, junto con una China muy competidora, exacerbaban esas presiones, en especial porque muchos países del área habían ligado sus monedas a la norteamericana y no al yen. Cabe acotar que de todos modos el dólar de Y 147 (pico de 1998) seguía lejos del máximo absoluto (Y 240), y que la paridad se veía cada vez más inestable. Por ejemplo, mientras que casi todos los mercados de riesgo del mundo se derrumbaban, el último día de agosto de 1998, el dólar fue cediendo de Y 144,70 en Tokio a 139,80 en Chicago. Ya en septiembre rozaría Y 130, para precipitarse hasta 112 en octubre e ir remontado hacia 119 en diciembre.

En último término, el mercado respondió forzando amplias depreciaciones nominales, que se agravaban a medida que las vulnerabilidades internas iban haciéndose manifiestas. Hasta cierto punto, el fenómeno recuerda las corridas contra divisas y monedas europeas en 1992/5. Entonces, los desfasajes cíclicos se daban entre la economía estadounidense, en dificultades financieras, y la alemana, perturbada por la reunificación. En tanto divergían las posiciones cíclicas de los países líderes, los indicadores de precios convergían en niveles bajos porque los movimientos entre paridades transferían demanda de las economías más inflacionarias a las que tenían más oferta (o capacidad ociosa). Pero ello reflejaba fuerzas más profundas. En particular, políticas firmemente orientadas a la baja inflación y el equilibrio fiscal en ambas orillas del Atlántico, la propia integración global de los mercados virtuales, y los efectos acumulados de fuertes inversiones en informática (ferretería, memorias, programas) y comunicaciones. Justamente, la crisis asiática y sus consecuencias en los precios internacionales de electrónicos y productos básicos seguirían generando deflación aúnque la crisis en sí se detuviera.

En un momento del año, la sapiencia convencional y su rama especulativa, los analistas de mercado, aceptaban que la crisis fomentaba una corrida hacia activos de mejor calidad - básicamente, bonos públicos de EE.UU. y otras potencias- pero, acotaban, su recidiva "desinflacionaria" sería beneficiosa para las economías industriales. En verdad, 1998 vino caracterizándose por la sostenida declinación de retornos para papeles AAA. Su exponente, los bonos de la Tesorería estadounidense, fueron bajando la tasa de 6,08/11 a 4,72/75% anual. Otro síntoma era la reacción de plazas bursátiles atlánticas: el Dow-Jones "30" añadió tres récords absolutos en julio. Pero también este factor fue arrasado en la tercera fase caliente de una crisis innegablemente sistémica.

Es útil examinar las bases del optimismo que bancos, operadores, megafondos, funcionarios, y en EE.UU. unos 70 millones de ahorristas, mantuvieron durante gran parte de las turbulencias apoyándose

en creencias sin asidero técnico sólido. Entre ellas: una nueva era de aumentos en productividad y ganancias, sugerida por las propias estadísticas económicas norteamericanas; una ola de reestructuraciones en la Unión Europea, cuyos efectos serían a la postre similares; la mayoría de las economías emergentes continuaría dando altos retornos para inversiones, en especial especulativas, justamente debido a su mayor riesgo; la propia globalización financiera y sus instrumentos informáticos impedirían que cualquier crisis alcanzase la intensidad, amplitud o duración de la de 1929/32.

En resumen, era el "mundo de la nueva economía" exaltado por gurúes de mercado como Abigail J.Cohen o Carol Galley y puesto en duda por economistas serios, desde James Tobin, John Kenneth Galbraith o Aldo Ferrer hasta Kuttner, Paul Krugman, Stiglitz, Greenspan, Sachs o el mismísimo Friedman. Por de pronto, como venía advirtiéndolo Greenspan, la continua repreciación de activos financieros y bursátiles pudiera estar trasuntando peligrosos factores subyacentes. En primer término, una sobreliquidez global, especialmente virtual, de futuros y opciones, manifiesta en el aceleramiento expansivo de la masa monetaria en muchos países y tasas de interés anómalamente exiguas. Estas resultan a su vez de cambios en la estructura de la intermediación mundial, pues la industria de servicios financieros ha ingresado, sin la menor duda, en un período de durísima competencia. Muchos bancos, conscientes de que su negocio tradicional se agota, apelan a productos y franjas volátiles, intentando frenar precisamente el achique de ganancias como intermediarios de dinero. La moda de megafusiones es síntoma de lo mismo. En forma paralela, el auge de inversores institucionales extrabancarios -fondos de pensión y mutuales, aseguradoras, fondos de cobertura- presiona sobre los bancos. De ahí que un sector mayorista muy especializado se vuelque al blanqueo de fondos ilícitos (evasión tributaria, sobornos, drogas duras, psicofármacos, armas, terrorismo profesional). En síntesis, la contracción de intereses nominales sobre activos de alta calidad puede haber inducido a inversores, bancos y administradores de carteras a compensar menores rindes o descenso de comisiones, colocándose en franjas más complejas o volátiles, sin fijarse muy bien en riesgos subyacentes. En cierto modo, así ha ocurrido con el fondo LTCM y sus apuestas derivativas.

En cuanto al aspecto puramente bancario, el panorama dista de ser tranquilizador aún para los ortodoxos. Es cierto que varios grupos técnicos se han centrado en la salud de los mercados financieros. En particular, el comité de Basilea y otros auspiciados por el BAI. Pero sus normas y recomendaciones no han sido adoptadas a tiempo o con los alcances requeridos en el cinturón de emergentes y periféricos. Por el contrario, el contagio de la crisis inicialmente asiática desactualiza esas normas y quizás exija otras antes de que el euro sea moneda física exclusiva en el 2002.

Contagios y respuestas

Como se ha explicado, esta crisis sistémica comenzó al devaluar Tailandia el baht. Centrado al principio en especulaciones inmobiliarias locales, pronto el fenómeno se transformó en una corrida cambiaria a través del sudeste asiático. Por una causa u otra, Malasia, Indonesia, Singapur, Filipinas y en menor grado Vietnam, estaban listos para el contagio. En perspectiva, parece obvio que la devaluación tai, el desinfle inmobiliario y sus secuelas distaban de lo sorpresivo, más teniendo en cuenta que la restitución de Hong Kong a China sacó a Gran Bretaña de juego justo a mediados de 1997. Aún con convertibilidad perfecta y autarquía económica, la ex-colonia no podía quedar indemne en materia de imagen y solidez financiera. Una cosa es el respaldo de Londres, y otra mucho menos fiable el de Beijing. Meses después, en otra fase de la crisis, el gobierno local llegó a gastar US$ 23.000 millones comprando acciones o tomando futuros para manejar indicadores, lo cual habría sido impensable antes de la restitución.

Volviendo a la crisis liminar, varias economías involucradas tenían un perfil exportador parecido, y

sus precios, especialmente los electrónicos e informáticos, venían declinando desde antes, lo cual creaba alta vulnerabilidad a depreciaciones cambiarias competitivas. Algunas de esas economías habían estado recibiendo flujos importantes de fondos cortoplacistas. Eran países bajo sospecha debido a instituciones financieras, monetarias y políticas débiles. Su falta de transparencia les impedía a los calificadores de riesgo llegar a conclusiones seguras. Eso y una cúpula política oportunista, sin consenso entre los técnicos estables, explican que Indonesia, Malasia y Surcorea pudieran engañar al FMI presentando deudas externas oficiales un 50% inferiores a las reales. Bastó con omitir el sector privado.

En un contexto tan incierto, fue demasiado fácil para inversores, operadores y especuladores perder de repente la confianza en toda la zona, sin discriminar ni tener en cuenta que las economías reales eran bastante sólidas en algunos casos. Este rasgo se acentuó a raíz de medidas incorrectas en los países más castigados por la crisis. Particular relevancia tuvo sobre los residentes el peso de deudas a corto plazo en moneda fuerte. Al final, mientras aparecían cortes en el crédito comercial y la cadena de pagos, la crisis cambiaria pasó a crisis de liquidez y clásica corrida contra los bancos. Por eso, ya en septiembre, los papeles de entidades financieras sólidas se caían en la Unión Europea.

Hasta el estallido ruso y el derrumbe bursátil, Indonesia y Surcorea eran los peores casos, mientras que Singapur, Taiwan y Hong Kong parecían los menos expuestos. Eventualmente, Malasia reimpuso controles cambiarios y financieros, mientras fuertes presiones locales buscaban lo mismo en Brasil, México y casi toda la ex URSS.

En esos escenarios y otros, el tema clave se llamaba "contagio". Lo ponía de manifiesto la ampliación de la crisis a la ex URSS con epicentro en Rusia, cuyo antecedente fue la devaluación de la corona checa en agosto de 1997. Desde ese momento y hasta septiembre de 1998, el dólar subió en Moscú de tres a veinte rublos entre bancos, mientras se gestaba una explosión megainflacionaria. A su vez, las monedas de Polonia, Hungría, Rumania, Estonia y Eslovaquia quedaron en la cuerda floja. El real brasileño fue objeto de presiones especulativas varias veces desde la primavera austral de 1997, por lo cual se perdieron US$ 35.000 millones de reservas en nueve semanas, mientras que el gobierno usaba dinero público comprando acciones para mantener expectativas electorales.

Acontecimientos posteriores a octubre de 1997, el loco retroceso bursátil en agosto de 1998, y el loco rebote subsiguiente, indicaban que era prematuro sacar conclusiones sobre lapso y amplitud final de la crisis. Por el contrario, proliferaban economistas, consultores, banqueros y políticos a cuyo criterio lo peor aún no había pasado, tanto en Asia como en Latinoamérica. Mientras tanto, el aumento de precios de los bonos T-30, al margen de vaivenes, seguía presionando sobre la tasa de retorno. Al quedar debajo de los tipos cortos que maneja el SRF, aparecía el fenómeno conocido como "curva inversa": rinde de papeles a largo plazo inferior a las tasas cortas. Paralelamente, se ampliaba la brecha entre el promedio de tasas activas preferenciales estadounidenses (8% anual) y la London Interbank Offered Rate (Libor), que bajaba a 4,75%. De ahí que varios econometristas alertasen sobre la probabilidad de que el ciclo de negocios clásico estuviera por ingresar en fase declinante o recesión.

Si el panorama de las economías más sólidas era tan lábil, qué pensar de hasta dónde y cuando llegaría la crisis en economías con sistemas financieros vulnerables, dificultades cambiarias, reconversiones frustradas y demás problemas. Aún suponiendo que la megaburbuja en Wall Street realmente se desinfle en 1999, las economías líderes parecen hasta el momento menos perjudicadas por la crisis. Japón es la excepción debido a problemas propios y a su papel especial respecto de Asia. Debe subrayarse al respecto que esa economía iba saliendo de una prolongada recesión, iniciada en 1990/1 con el colapso de una burbuja inmobiliaria, que también sobrevaluó activos bancarios y promovió créditos poco seguros, agravada por el sismo de Kobe.

Como en Surcorea, Taiwan o México, los nexos entre conglomerados industriales, bancas, sus elencos y los del estado no facilitaban las cosas. La propia cultura japonesa frustraba uno tras otro los

paquetes de medidas estimulantes del gasto. Históricamente, la familia japonesa tiende a ahorrar más que a consumir, por (a) tradicionales presiones demográficas, (b) alto precio de la tierra, (c) traumas bélicos heredados de la generación anterior. Esta conducta tiende a agravar la actual "trampa de liquidez" en que se debate el Sol Naciente. Desde fines de 1997 la autoridad monetaria viene tratando de elevar la liquidez del sistema. Tras años de demora, en marzo casi US$ 93.000 millones se destinaron a recapitalizar bancos y 120.000 millones al seguro sobre depósitos. En diciembre de 1998 había sido preciso elevar a US$ 513.000 millones la inyección de liquidez vía rescate de bancos, y nadie creía que la cosa resultase.

Al revés de Asia o Latinoamérica, las consecuencias de la crisis son más difíciles de identificar en la Unión Europea, entre otras razones porque el factor ruso, vía efectos en el ex-bloque soviético a oeste y sur de Moscú, complica el panorama. Aúnque una porción relevante del comercio europeo se hace con Asia, las exportaciones a Oriente no parecían ceder al ritmo observado en las Américas. Particularmente en Canadá, Chile, Perú, México y Brasil. Tampoco se notaban efectos en los flujos de inversión directa desde y hacia el epicentro original de la crisis. También aquí podía estar influyendo Rusia como prisma deformante. Sin embargo, la exposición de la banca comercial europea en Asia casi igualaba la de la banca japonesa, y sólo la buena salud estructural de la primera mitigaba remezones. Las cosas no son fáciles, y así lo muestran recalificaciones de Moody"s Investors Service, Standard & Poor"s y otras, en perjuicio de entidades europeas.

Sea como fuere, la aceleración del crecimiento en 1997 y la mitad de 1998 en la UE pone de manifiesto poderosos impulsos expansivos en las propias bases de la economía comunitaria. La sapiencia convencional, en su forma más afín al ideario del mercado financiero, atribuyó el fenómeno al euro y al orden fiscal y cambiario que preparaba su advenimiento en 1999. Pero en los análisis sistémicos serios se evidencia que, justamente con el pretexto de la unidad monetaria, la ortodoxia contable de Maastricht está siendo "reconvertida", y el euro, vía un Banco Central Europeo fuerte, se perfila hoy como forma de que la UE siga relativamente "encapsulada" respecto de la globalización financiera. Los banqueros tradicionales, con holandeses, suizos y británicos a la cabeza, rechazan la mera idea, pero una cadena de hechos la convalida.

Ahora bien, el eje anglosajón (Gran Bretaña, EE.UU., y por extensión Benelux, Suiza y la banca extraterritorial) no veía con tan malos ojos los efectos de la crisis asiática, por lo menos hasta que la tercera fase caliente del fenómeno, desatada en julio de 1998, empezó a castigar Londres, Wall Street y Francfort, o a licuar los precios de mercado de las deudas soberanas vía bonos emitidos por economías en problemas. Hasta ese punto, los bancos citados parecían menos expuestos que el resto. En agosto de 1998, el derrumbe ruso, cese de pagos y peligro megainflacionario mediante, golpeó en Zurich, Francfort y Amsterdam. Ya en vísperas del invierno nórdico, lo único seguro se remitía a la buena salud de la economía real norteamericana y a las escasas presiones inflacionarias en las otras.

Entretanto, el virtual colapso del FMI como árbitro y auditor fiable de deudores soberanos creaba dos nuevos frentes de conflicto. Uno, en la interna del Fondo, iba en desmedro de la cúpula. Michel Camdessus, cuyo mandato fue prolongado por aclamación sin respetar los estatutos, arrastraba en su deterioro a su segundo, Stanley Fischer, y ensanchaba la brecha entre directorio y técnicos, ya perceptible en varios trabajos difundidos desde 1997. Otro, fuera de la estructura, salpicaba a altos funcionarios de la Tesorería estadounidense (empezando por Robert Rubin y Larry Summers, empecinados en presionar a Japón o sostener experiencias latinoamericanas al borde del desastre) y generaba durísimas críticas en los medios.

No obstante, las economías financieras anglosajonas continuaban marchando bien. Las tasas de interés en EE.UU. y, hasta cierto punto, Gran Bretaña, seguían en diciembre de 1998 bajo niveles considerados otrora los mínimos posibles. Por supuesto, crecientes déficit en comercio y pagos externos

comportaban un peligro a futuro: la depreciación ulterior del dólar neutralizaría las ventajas técnicas de la deflación. Este factor explica por qué, en plena deflación de productos básicos, Friedman advertía sobre las euforias bursátiles, la "nueva economía" y los riesgos de largo plazo involucrados en la crisis.

Desfase entre velocidades

Si se examina el problema desde otro ángulo, queda claro que turbulencias y crisis se suceden a intervalos decrecientes luego de la fuerte corrección accionaria de 1987. El trasfondo es una "brecha de aceleración" expansiva entre economía física y economía virtual. No obstante, ya desde el fin de la convertibilidad oro-dólar (1971), la aparición de los instrumentos derivativos (1973) y el alza petrolera (1974/9), los vaivenes de paridades, acciones, bonos y tasas eran más abruptos en lapsos cada vez más cortos.

Una secuela del alza de hidrocarburos fue la crisis por el cese de pagos mejicano (1982). Una enorme masa de petrodólares había sido canalizada por la banca a tomadores de dudosa solvencia, lo cual fue inflando activos de riesgo y sus derivados virtuales. Finalmente, la crisis iniciada en 1997 puso en evidencia que las recetas monetarias nacionales, regionales y multilaterales "atrasaban". En realidad es al revés: la creciente aceleración de indicadores globalizados crea un "efecto cámara lenta" sobre los indicadores locales, mayormente los de la economía física.

Desde el colapso japonés de 1990/1, entonces, las medidas monetarias y fiscales preventivas corren a la zaga de los problemas que supuestamente deben evitar. Funcionarios y economistas vienen notándolo, especialmente tras los ataques megaespeculativos montados por ciertos financistas contra monedas europeas en 1992/3. Así, las reuniones del FMI-BIRF, el G-7 o el comité de Basilea (BAI) producían documentos casi de inmediato archivados: la influencia de banqueros y operadores globales ha podido más. La inanidad del BID o la CEPAL son ejemplos patéticos.

También se neutralizaban amagues reformistas. Verbigracia, las recomendaciones del G-7 en Halifax, 1995. Esa cumbre había abordado en forma explícita un tema tabú: el riesgo de que un estado soberano se torne insolvente y llegue a una convocatoria de acreedores. Por entonces todavía quedaban negocios con papeles de deuda soberana, y el abuso de los títulos Brady era ya un clásico. Gobiernos endeudados cuyos funcionarios recibían sobornos por aprobar emisiones, sindicatos financieros que cobraban caro por lanzar o colocar papeles, y el manejo del mercado, pesaban más que el G-7. Por motivos concomitantes se impusieron formas de capitalismo salvaje en países que salían del planeamiento centralizado.

Dado que la ausencia de instituciones aptas fomentaba vacíos sociopolíticos, la reconversión generó oligarquías predatorias muy fuertes, en un marco tan volátil que el dólar negro, en Moscú, llegó a subir de ocho a 80 rublos en agosto de 1998, mientras bancos y gabinetes caían uno tras otro. Paralelamente, la alianza táctica entre burocracia corrupta, oligarquía y mafias armadas, torna cualquier crisis focal en riesgo de guerra civil con arsenales nucleares. Sin la menor duda, estos problemas desbordan lo económico poniendo de manifiesto que no es posible sujetar una sociedad al mercado demasiado tiempo o con excesiva rigidez. Tarde o temprano, sus reacciones quebrarán toda norma y toda razonabilidad.

Es obvio que cualquier acción preventiva les exige datos correctos y a tiempo a gobiernos, entes multilaterales, bancos y demás agentes del mercado. En lo formal, durante 1997/8 un número creciente de países ha adherido al código de difusión de datos creado por el FMI en 1995 y a normas BAI sobre riesgo-país. Por su parte, las calificadoras de riesgo, tras el papelón de Moody's y Standard & Poor's en Asia, son más rigurosas y se adelantan a los acontecimientos.

Desde una óptica ortodoxa, basada más en el negocio financiero y sus operadores que en los efectos de políticas monetarias sobre la economía física, el BAI viene insistiendo con un repertorio de

salvaguardias técnicas. La entidad fue adaptando normas para cubrir con mayor amplitud cada país y medir sus riesgos, soberanos o no. En lo formal mantiene revisiones de carteras por semestre, pero ya en abril de 1998 un trabajo interno apuntaba: "Lo que falta ahora es una visión suficiente para imaginar crisis y la decisión de prevenirlas con medidas concretas, no sólo documentos". En septiembre, tras el fracaso de una apurada cumbre Clinton-Yeltsin, se pedían reuniones del G-7, el G-22, los bancos centrales latinoamericanos, cabildeos institucionales y hasta de grupos bursátiles de presión. Esto era perceptible en México y el Caribe, pero el virtual fracaso de la Asamblea FMI-BIRF en octubre de 1998 le dio la razón al BAI. Pese al acervo de datos sobre la creciente vulnerabilidad en Asia, la ex-URSS, Sudáfrica y Latinoamérica, no se hizo nada. Con signos tan claros como vencimientos de corto plazo (Brasil, México, Venezuela, Rusia, Ucrania) y bancos expuestos a retiros de depósitos, no se morijeró el flujo de dinero caliente ni se reprogramaron deudas o quitas de capital.

Jornadas tórridas

Al promediar septiembre de 1998, el gobierno brasileño difundió versiones interesadas para trocar un derrumbe bursátil en 13,39% de alza al día siguiente. Se hizo trascender que el FMI y el G-7 habían aprobado en principio un rescate de emergencia por US$ 50.000 millones. En realidad, la suma real sería 41.000 millones, y ya aprobado el paquete su eficacia continuaba en tela de juicio. Para entonces Brasil había perdido reservas por US$ 35.000 millones en cuatro meses. Ahora bien, ya en noviembre de 1998 era claro que el FMI carecía de recursos para desembolsar cuotas del paquete ruso, satisfacer nuevos pedidos de Moscú, aportar al paquete brasileño y a sus presumibles contrapartes argentina, venezolana, etc. Las estimaciones más optimistas hablaban de 70.000 millones, las más pesimistas de 27.000 millones, y los 18.000 millones que el Congreso norteamericano finalmente autorizó tampoco iban alcanzar. En ese momento, sólo los bancos acreedores y sus cabilderos descartaban de plano las quitas en el capital de las deudas.

Las reticencias parlamentarias estadounidenses y el sesgo aislacionista de la campaña orquestada contra Clinton por la ultraderecha cristiana de ambos partidos convergían con bancas anglosajonas, holandesas y suizas en una solución estilo "más de lo mismo" para ciertas crisis focales (Rusia, Surcorea, Ucrania, Brasil, Sudáfrica), aferrándose al laissez-faire respecto de la crisis global. No obstante, aún iliquido, el FMI tenía bastante por hacer, y en caso de colapsar su conducción o quedarse sin recursos, su cometido debiera pasar al G-7. En lo monetario, el contagio de la crisis a Latinoamérica ponía en primer plano al SRF. De ahí el efecto euforizante que tuvieron las dos rebajas de tasas cortas. Por el contrario, el "efecto cápsula" que puede tener la inserción del euro tal vez le permita al BCE desentenderse de la crisis global, excepto en el caso de la ex-URSS al oeste de los Urales.

¿Por qué el SRF debería eventualmente llenar el vacío del FMI? Porque en cada fase caliente de la crisis, fondos e inversores del hemisferio imitan a los de Oriente: huyen de títulos y monedas rumbo a activos de alta calidad. En general, bonos del Tesoro norteamericano. Por supuesto, de no mediar la megaburbuja en Wall Street, el escape habría incluido acciones. Al no ser así, toda la carga cae sobre el emisor estadounidense. Pero el virtual paso al costado del FMI, provocado por su propia crisis interna, ha generado nuevas discusiones por dos vías: el papel de los países afectados y el de la comunidad internacional, es decir los restos de Bretton Woods, OCDE, BAI, EE.UU., Japón, y ahora Eurolandia (los once adherentes iniciales a la moneda única y el BCE).

Como ocurría en 1983/4, varios economistas no vinculados al negocio financiero han propuesto la reducción de deudas y la reprogramación blanda de vencimientos. Pero según admiten aún los más heterodoxos, la medicina quizá no surta efecto en el actual marco monetario de facto. Al respecto, Tobin, Krugman, Sachs, Stiglitz y otros, desde posturas disímiles, coinciden en que el repertorio

convencional es anacrónico. Los ingleses a su vez ponen énfasis en el trasfondo: si bancos, fondos y otros operadores, especialmente en la franjas más especulativas, han cometido errores, deben pagar el precio. En rigor algo así empieza a pasar, como lo indican el derrumbe de LTCM y sus secuelas.

Una amplia licuación de activos virtuales parece menos dolorosa para la sociedad que la cadena de ajustes sin fin impuestos por el FMI desde la crisis de los eurodólares (1968) y la suspensión de la convertibilidad en EE.UU. (1971). Allá por 1995 Friedman decía que las recetas del FMI no mejoraban la capacidad genuina de repago de deudas en las economías sujetas a ajustes. Desde el extremo opuesto, la crisis eslava se conjugó con intereses de ciertas bancas e intermediarios. Un grupo de ellos vio la oportunidad de negocios similares a los hechos tras el Consenso de Washington y el refinanciamiento oneroso de deudas latinoamericanas. Uno de los cerebros del nuevo esquema era el mismo Nicholas Brady, que, siendo subsecretario de Hacienda en 1985, y por cuenta de bancos acreedores, torpedeó la propuesta lanzada en Zurich por su jefe, William Bradley. Al igual que Clinton hoy, Bradley sostenía que la única salida razonable debiera incluir quitas en el capital y reprogramación blanda. Pero en aquella oportunidad la banca comercial y los economistas neoclásicos rechazaron semejante "transgresión".

Trece años después, en medio de la peor crisis global desde 1929, parte de la escuela monetarista y las propias dirigencias políticas centrales admiten la razonabilidad de esquemas no "ortodoxos". En ese lapso, los ajustes del FMI y sus variantes más radicales, entre ellas la convertibilidad rígida, fueron fracasando o esclerosándose. En el caso argentino, profesionales económicos y oposición política sin ideas explican la defensa ritual de mecanismos cuyo uso debiera haberse limitado en tiempo y alcances.

Globalización y entropía

A fin de 1998, la asamblea conjunta FMI-BIRF había sido caja de resonancia para que se admitiesen dos rasgos básicos de la crisis sistémica. Uno, su duración, imposible de estimar, aunque seguramente superior al corto plazo. Otro, sus alcances espaciales y la inanidad de ambas instituciones ante el continuum financiero y la volatilidad de sus instrumentos.

Estrictamente, las cúpulas del FMI y el BIRF sólo asumían en términos políticos un diagnóstico producido, meses antes, por sus propios técnicos. En efecto, el informe *Perspectivas de la economía mundial en 1998* señalaba: "Las crisis financieras que estallaron en Asia durante el 2do semestre de 1997 forman parte de una serie de episodios similares experimentados por diversas regiones en los últimos años". Según esta fuente, los antecedentes más próximos involucran a las crisis cambiarias en el Sistema Monetario Europeo (1992/5) y el "efecto tequila" (1994/5), planteo compartido en este capítulo. Ahora, el FMI adopta un pesimismo que incluye a Wall Street y deja a Latinoamérica mal parada en sus Perspectivas 1999.

Una señal clara de "politización" fue en esa misma asamblea el mensaje de Clinton. El presidente sostuvo que esta crisis global es la peor en más de medio siglo. "Con la fuga de capitales de Asia y la ampliación de las turbulencias, países distantes entre sí sufren la misma crisis al mismo tiempo. Ha llegado la hora de actuar resueltamente". El deteriorado director gerente del FMI, Michel Camdessus, quiso diluir esas opiniones políticas declarando que "en los países industriales de América septentrional y Europa occidental, los indicadores reales básicos siguen sanos. Eso significa que no estamos en 1928 y que una recesión en gran escala puede evitarse". Ocho semanas después, el tono del Fondo había cambiado.

El informe final advertiría luego: "La economía global no puede convivir mucho tiempo con este tipo de distorsiones sistémicas. Prácticas financieras y políticas monetarias deben replantearse con miras al siglo XXI, no al XIX, pues se necesitan respuestas firmes e inmediatas a la crisis y una cuidadosa hoja de ruta para el futuro". Sin duda, como decía Clinton, "los mercados libres son vías de prosperidad, pero

han de regularse mejor. Al igual que, tras la Gran Depresión se evitaron ciclos cortos de expansión-recesión, ahora debemos impedir que se repitan y prevenir la recesión que hoy amenaza al mundo. Ahora bien, el informe FMI de mayo recordaba que las crisis financieras son recurrentes. En este siglo por ejemplo, cabe mencionar las de 1907 y, claro, 1929/32, los colapsos de la libra esterlina o el franco francés en los '60 (objeto de un visionario análisis de Alexandre Lamfaloussy en 1968). Pero además ahora el FMI alude sin ambages a "la desintegración del sistema de Bretton Woods a principios de los '70".

A fines del siglo XIX dos crisis parecieron ensayos de las actuales. La primera, en 1890/3, puso en peligro a la banca Baring Brothers y exigió un salvataje corporativo a cargo de la City londinense, como ocurre hoy en el caso LTCM, timoneado por la autoridad monetaria. La segunda, en 1894/7, fue una crisis cambiaria originada, como la del SME en 1992, por ataques especulativos. Estas dos crisis de hace un siglo tienen un nexo sugestivo con las que marcan la última década del siglo XX: megaespeculadores, algunos también lavadores de fondos, que insertos en la globalización del momento son síntomas de que el ciclo macroeconómico ingresa en fase decadente.

En la crisis londinense de 1890/93 el detonante fue un cese de pagos periférico: Argentina ya no pudo hacer frente a los vencimientos del empréstito tomado en 1821 a Baring Brothers. El precio del rescate involucraba una labilidad financiera que en 1894 facilitó el ataque especulativo contra el dólar. Un siglo después, la vulnerabilidad creada por el cese de pagos mejicano de 1982 y la insolvencia de varias economías endeudadas allanaron el camino al derrumbe bursátil de 1987, a las corridas cambiarias europeas de 1992/5 y al tequila. En 1998, la crisis iniciada en el sudeste asiático produjo ceses de pagos en Rusia y Ucrania y puso en terapia intensiva a Brasil.

Entretanto, persistencia en el tiempo y diversificación en el espacio de la crisis sistémica son dos factores que aproximan el universo financiero al físico. Si hoy están de moda los números fractales y la teoría del caos, es porque la sociedad percibe un trasfondo común, asociado al auge de instrumentos especulativos y sus efectos en forma de vaivenes demasiado amplios en lapsos cada vez más cortos. Al igual que hace un siglo, el agotamiento de los ajustes monetarios converge con costos extrafinancieros crecientes, en particular sociopolíticos y estratégicos, en un contexto afín a la entropía del universo físico. Las abiertas presiones de banqueros u otros agentes de inversión y especulación sobre los gobiernos desde agosto de 1998 tenían un objetivo claro: trabar propuestas tendientes a licuar parte de las deudas soberanas. La banca anglosajona, suiza y holandesa, aferrada a sus intereses directos, vislumbra un futuro de regímenes autoritarios o democracias tuteladas por el mercado, vía establishments locales, fuera del Primer Mundo. Pese a todo ello, el BCE, el Bundesbank y una parte de la banca privada, tienen una conciencia del desastre o de la necesidad de salidas heterodoxas que casi no existe en los países emergentes y periféricos. En otro plano, hay una brecha cualitativa que se ensancha entre las economías avanzadas y el resto, casi inadvertida en los análisis salvo cuando tocan a la ex URSS. Es el factor militar. Haciendo historia, es fácil recordar que, entre los motores que permitieron a Occidente, Japón y la URSS superar la depresión de 1933/9 estaba la industria pesada. Por supuesto, la cadena desembocó en la II guerra mundial, así como situaciones similares habían facilitado las guerras balcánicas de 1908/13 y la Gran Guerra tras la crisis bursátil de 1907. En ninguna de esas coyunturas, Corea ni Vietnam, las potencias tuvieron en cuenta restricciones monetarias o fiscales.

Surge entonces otra diferencia clave entre 1929 y 1997: hoy no hay hipótesis bélicas "mayoristas", y por ende lo monetario adquiere una relevancia inédita desde el siglo XIX. Pero también esta globalización, sin superpotencias en pugna ni los límites que cada una ponía a su clientela, viabiliza enormemente las guerras locales. Si en el Primer Mundo los militares ya no tienen poder para enfrentar la megaespeculación financiera, en la periferia hay segmentación externa y fracturas sociales internas más que suficientes para que los militares conciban aventuras bélicas. Sólo que, en vez de un complejo

industrial como motor de desarrollo, esta globalización privilegia el tráfico irrestricto de armas excedentes, nucleares inclusive, que las potencias ya no precisan. En dirección inversa, la misma batería de instrumentos financieros, útil en el lavado de dinero, financia tráfico de alucinógenos de la periferia al centro y psicofámarcos del centro a la periferia.

Presiones en el centro

En EE.UU., megabancos y megafondos esgrimen otro tipo de argumentos para presionar. Por un lado, financian la campaña "moralista" del fiscal Kenneth Starr (hombre de tabacaleras, fabricantes de armas y grupos farmoquímicos) como forma de "achicar las desmedidas facultades de la Presidencia". Por el otro, sostienen: "No flexibilicen tasas, plazos ni capitales de deudas soberanas porque hundirían el mercado global de títulos de renta fija mínima y 70 millones de ahorristas norteamericanos serían más pobres": el argumento "social" que se emplea cada vez que Alan Greenspan trata de morigerar la "exuberancia irracional" de Wall Street. Mientras marcos y teorías monetarias pierden fiabilidad o eficacia ante una crisis sistémica que bien podría liquidar el actual ciclo macroeconómico general, intereses financieros ligados a la especulación electrónica y grupos políticos orientados a imponer soluciones autoritarias a crisis locales bloquean o postergan todo tipo de salida.

En esencia, el lado técnico de la batalla se refiere al colapso de marcos regulatorios convencionales, por lo común neoclásicos, y la falta de alternativas capaces de manejar la crisis sistémica. En el caso argentino, como lo puntualizaba Walter Graziano, la obsesión consiste en que los operadores internacionales noten las diferencias y no traten al país como a Rusia, Surcorea, Indonesia, Brasil, etc. Esta línea de razonamiento, común al equipo económico oficial y al opositor (sólo Eduardo Duhalde, opositor interno al justicialismo, admitió que el modelo convertible se había agotado), pasaba por alto la génesis misma del "efecto riqueza" que había vivido la economía financiera argentina desde 1991: la sobreliquidez mundial de 1989/94. Ello hacía que los capitales ingresasen a los mercados llamados emergentes sin discriminar país por país. Era inevitable, pues, que al cambiar las condiciones esos mismos capitales se marcharan sin hacer diferencias. De hecho, hasta principios de 1998 no se planteaba diferencia alguna con Brasil y muchos proponían moneda común.

Este trabajo se terminó mientras se diluía la pausa tras la tercera fase caliente de la crisis. El FMI, impotente, pedía que los grandes bancos centrales sacaran las papas del fuego. Se sabe: el mercado puro funciona bien sólo en etapas favorables, pero ni siquiera este mercado electrónico es capaz de frenar una crisis sistémica global. Lo es, pero por inercia: acelerando el ritmo especulativo, multiplicando futuros apalancados en pantalla, y llevando una masa virtual estimada en US$ 30 billones a violentas licuaciones.

Un solo operador, Long Term Capital Management, con 4.800 millones en activos de sustento, había gestado una cartera derivada por 190.000 millones. Al darse vuelta tres apuestas claves, perdió 44% de golpe y redujo el sustento a 600 millones. A partir de ese derrumbe, el mundo "sabe" que el riesgo especulativo ya no para en economías emergentes, aventureros estilo Nicholas Leeson, financistas como George Soros ni "junk bonds" tipo Brady.

Las ruinas de Bretton Woods

En 1982 México inicia la primera crisis general creada por convergencia entre la III globalización capitalista y el mercado especulativo por sobre los bancos centrales. Entonces, Daniel Bell, Galbraith, Tobin y Henry Kissinger, manifestaron escepticismo ante la aptitud del FMI para encarar el problema.

Kissinger inclusive recomendaba no dejar a los banqueros tomar la iniciativa. Dieciséis años después, es público y notorio que también el mercado es impotente ante la crisis sistémica. El ideario neoconservador empieza a derrumbarse, y Kissinger retoma sus argumentos.

A su juicio, compartido por Alain Touraine, Pierre Salama, Guy Sorman y Kindleberger entre otros, la crisis amenaza ya con recesión a las economías atlánticas. Los rescates gerenciados por el FMI no han servido, y por el contrario socavan instituciones políticas, sociales y monetarias de los países afectados. En realidad, "los que al principio se suponían desequilibrios locales y temporarios, señala Kissinger, se convierten en una crisis del propio sistema monetario y financiero mundial".

En el curso de las últimas tres décadas del siglo XX, cada crisis ha tenido mayores alcances que la anterior. La crisis petrolera de 1974/9 afectó a los importadores netos de hidrocarburos, pero vía reciclaje imprudente de petrodólares desemboca en la crisis mejicana de 1982. A su vez, ésta sacude mayormente al entonces llamado Tercer Mundo y sus acreedores. Luego, las corridas contra monedas europeas y el tequila sólo pasan por alto los mercados asiáticos. Esto contribuye a que el pensamiento único por entonces en boga sacralizara a tigres y dragoncitos. Finalmente, también ese "milagro" se desploma.

Este trabajo ha combinado diagnósticos monetarios con una tesis de Arnold J.Toynbeee (1930) traducida a lo económico por otro miembro del grupo de Bloomsbury, John Maynard Keynes: el capitalismo es una fase irreversible. Por lo mismo, valen matices postulados por Josef Schumpeter y Francesco Vito, en cuanto a que está expuesto a mutaciones nunca perfectamente previsibles y a ciclos no necesariamente virtuosos ni homogéneos. Por ende, aún admitiendo el libre mercado como sistema eficaz para el crecimiento, la mejora de niveles de vida y la democracia, no parece racional que la licuación soviética y el auge de la megaespeculación por encima de los bancos centrales fomente formas de mercantilismo (siglos XVII, XVIII) o laissez-faire (siglos XVIII, XIX) típicas de globalizaciones anteriores. En el marco actual, corporizar esos espectros tendría dos efectos: renovar constantemente la crisis sistémica y causar reacciones sociales violentas.

El mercado toma al planeta como unidad de facto, en un juego donde sobreviven los más aptos. Este es el ingrediente darwinista, neoliberal si se quiere. Pero al llevar esa selección natural a extremos donde muy pocos prosperan, lo hace no mediante producción o comercio, sino mediante especulación pura, y por ese canal vampiriza cadenas ajenas de valor agregado porque no genera cadenas propias. Este proceso muta el escenario darwinista neoliberal en un escenario maltusiano, neoconservador. Además, fuera de las economías centrales, la nueva clase rica tiende a erigirse en una oligarquía parasitaria y piensa en el resto de los agentes económicos como siervos, ya ni siquiera como consumidores. El fundamentalismo de mercado trata de volver a relaciones sociales como las prevalentes en Europa occidental hasta el siglo XVI. Inclusive, según preveía Furio Colombo ya en 1972, los efectos de la desigualdad de oportunidades y el desempleo estructural llevan a una "medievalización de cuño urbano", aún en áreas de Europa.

Sin duda, las formas extremas de globalización "no dan importancia al desfasaje entre política y economía" (Kissinger). Pero si bien las dirigencias pueden admitir cierto grado de sufrimiento humano en aras de la estabilidad o el orden fiscal, "nunca lograrán sobrevivir como agentes de una austeridad sin fin y de directivas externas". Esta imposibilidad explica las nuevas presiones proteccionistas o aislacionistas, no sólo en países periféricos.

Las economías centrales suelen ser las primeras donde el rechazo al perpetuo ajuste que prescribe el mercado, cuyo efecto es el desempleo estructural, adopta forma electoral y liquida gobiernos demasiado conservadores. También son las primeras en crear o consolidar redes de amparo y seguridad social. Obviamente, eso ocurre porque se trata de países donde, al contrario de los emergentes y periféricos, la seguridad y la previsibilidad jurídicas se dan por implícitas. Ningún sistema monetario solo, local o global, puede cubrir déficits en materia jurídica, política y social. Con sus prodigiosa red informática,

sus instrumentos especulativos y su capacidad de crear o descrear billones de dólares, ni siquiera esta globalización ha logrado armonizar precios reales de una ciudad a otra ni el libre tránsito de personas, aún en la UE, donde ya hay moneda única.

En lo tocante a factores humanos, las aberraciones llegan a lo caricaturesco. Krugman, Tobin y el chileno Alejandro Foxley puntualizan que el sistema financiero supranacional se sujeta al arbitrio de 40 ó 50 operadores, casi ninguno mayor de 35 años. El problema es que en EE.UU., Canadá y la UE, hay unos 120 millones de ahorristas cuyo dinero, inclusive aportes para asegurarse una jubilación decente, está en manos de megafondos donde actúan esos ludópatas. Tampoco los inversores grandes duermen en paz: el colapso de LTCM demuestra que nadie está seguro. La muerte de Bretton Woods, la inanidad del FMI y de los bancos centrales, han creado un vacío traumático en materia de marcos regulatorios.

Se temen desenlaces turbulentos porque hoy agentes y operadores del universo virtual corren peligro junto con los países. Sólo que los mayores de ellos tienen un recurso supremo negado al sector privado: reencapsularse, dejar a la globalidad financiera sin anclas en la economía física. Esto puede ocurrir si las potencias deben optar entre la licuación de activos virtuales y sus operadores (megafondos y bancos inclusive) y la licuación de sus propias sociedades. Pero no es éste un problema de política monetaria, sino de política a secas: si la futilidad de las recetas convencionales era previsible en fases anteriores de esta misma globalización, ¿cómo fue que gobiernos y dirigencias desdeñaron diagnósticos que venían publicándose desde hacía años? Ahora, la crisis sistémica amenaza al propio ciclo macroeconómico, según previeron en libros anteriores algunos de quienes participan en éste. **c**

Nota

* (Buenos Aires, 1938) Periodista económico y financiero desde 1967, aunque su formación terciaria fuera originalmente en filología, lingüística e historia. Ingresó a su profesión vía la Fortnightly Review, ex Bank of London & South America (1964-6)

Secretario de redacción del semanario Confirmado (1968/71). Pasó por Reuters-Latin y otros medios. Actualmente es jefe de la sección mercados en el diario Clarín y colabora con L. A. Weekly Report (Londres) y otras publicaciones europeas.

q

ANEXO

Cronología de los principales acontecimientos relativos al sistema monetario internacional

Pablo Caruso* y Sabrina González**

1 al 22 de julio 1944

En la Conferencia Monetaria y Financiera de Bretton Woods (New Hampshire) se elaboran los Convenios Constitutivos del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial.

27 de septiembre al 5 de octubre de 1946

Primeras Reuniones Anuales de las Juntas de Gobernadores del FMI y del Banco Mundial, en la ciudad de Washington.

29 de septiembre de 1967

La Junta de Gobernadores del FMI aprueba el plan de creación de derechos especiales de giro (DEG).

Septiembre de 1970

Aumentos negociados del precio del petróleo entre los países petroleros y las compañías petroleras occidentales.

14 de febrero de 1971

Acuerdo de Teherán. El mismo, firmado entre las compañías petroleras occidentales y los países exportadores de petróleo del Golfo Pérsico (Irak, Irán, Arabia Saudita, Kuwait, Abu Dhabi y Qatar), implica el aumento del precio del petróleo en 35 centavos de dólar por barril, llegando de esta manera a 2,24 dólares por barril. Además, el acuerdo comprende alzas anuales de 2,5% en el precio del crudo hasta 1975, como garantía para los países productores por la pérdida de valor del dólar y el compromiso de mantener inalterados estos precios hasta dicho año.

1 de junio de 1971

Aumento del precio del petróleo previsto en el Acuerdo de Teherán.

15 de agosto de 1971

El Presidente de los Estados Unidos, Richard Nixon, declara **la inconvertibilidad del dólar**. El gobierno norteamericano informa al FMI que ya no comprará y venderá libremente oro para liquidar sus transacciones internacionales.

18 de diciembre de 1971

Tras cuatro meses de negociaciones, se dispone, en el Acuerdo del Smithsonian, la reordenación de las monedas de los países industriales y el aumento del precio del oro. El FMI establece un régimen temporal de tipos de cambio centrales y márgenes más amplios.

20 de enero de 1972

Aumento del 8,49% del precio del petróleo acordado entre los seis Estados del Golfo Pérsico y las principales compañías petroleras de occidente. El aumento se convino como medio para compensar las pérdidas que les acarreó a los países miembros de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP, fundada en 1960) la depreciación del dólar norteamericano, moneda base de referencia del precio del petróleo.

26 de julio de 1972

La Junta de Gobernadores del FMI aprueba la resolución por la que se establece el Comité para la Reforma del Sistema Monetario Internacional (Comité de los Veinte)

1 de enero de 1973

Alza del precio previsto en el Acuerdo de Teherán.

Nace oficialmente la Comunidad Europea integrada por nueve miembros, ellos son: Alemania, Bélgica, Francia, Holanda, Italia, Luxemburgo, Dinamarca, Irlanda y Gran Bretaña. Se destacaban dos bloques de medidas, la Política Agrícola Común y la Unión Aduanera.

19 de marzo de 1973

Se inicia una "flotación generalizada" al introducir los países de la Comunidad Europea la flotación conjunta de sus monedas frente al dólar de los Estados Unidos.

23 de marzo de 1973

Reunión del Comité Interministerial de la OPEP con la finalidad de discutir posibles medidas a tomar para hacer frente a las consecuencias de la crisis monetaria mundial, en especial frente a la devaluación del dólar.

15 de abril de 1973

Culmina sin acuerdo la reunión entre la OPEP y las compañías petroleras. La primera reclamaba un aumento del precio del petróleo bruto para compensar las pérdidas financieras sufrida por sus miembros a raíz de la reciente devaluación del dólar.

Octubre de 1973

Estalla la cuarta guerra árabe-israelí, más conocida como "guerra de Yom Kippur". Inmediatamente, estalla la crisis del petróleo.

16 de octubre de 1973

Los países del Golfo Pérsico, en un hecho histórico, aumentan *unilateralmente*, es decir, al margen de las compañías petroleras occidentales, el precio del crudo en un 17%. A partir de allí y de la misma forma otros países miembros de la OPEP aumentan el precio de su petróleo. Venezuela aumenta un 56% y Ecuador hace lo propio en un 27%.

18 de octubre de 1973

Luego de dos días de reuniones en Kuwait, los principales países árabes productores de petróleo resuelven la disminución de sus exportaciones en un 5% (simultáneamente se programan futuras

disminuciones mensuales de igual proporción) hasta tanto Israel no se retire de los territorios árabes ocupados en la "guerra de los seis días".

19 de octubre de 1973

Varios Estados del Golfo Pérsico anuncian la decisión de restringir los embarques de petróleo hacia Estados Unidos como represalia a su postura de apoyo a la causa israelí. El pequeño estado de Abu Dhabi anuncia la supresión total de sus embarques; Arabia Saudita plantea la reducción en un 10% de los suyos.

20 de octubre de 1973

Libia se suma al embargo petrolero en contra de Estados Unidos. Además resuelve aumentar 2 dólares el precio del barril de su petróleo.

21 de octubre de 1973

Irak propone la nacionalización de las firmas petroleras norteamericanas en todos los países árabes.

24 de octubre de 1973

El embargo petrolero árabe contra los Estados Unidos se hace extensivo a Holanda a raíz de su posición favorable a Israel en el conflicto de Medio Oriente. Los emiratos de Abu Dhabi y Qatar se han unido a Kuwait y Argelia en esa decisión.

18 de noviembre de 1973

Representantes de los Estados miembros de la Organización de Países Arabes Exportadores de Petróleo (OPAEP) resuelven reducir el boicot petrolero a Europa. Sin embargo, ratifican la continuidad del que pesa sobre Holanda.

30 de noviembre de 1973

Los gobiernos de Estados Unidos y Alemania prevén aumentos importantes en los niveles de desocupación de sus respectivos países a raíz de la crisis petrolera.

10 de diciembre de 1973

Se agudiza la crisis del petróleo. El Ministerio de Trabajo alemán anuncia la previsión de un millón de desocupados para 1974; en Italia, la empresa Fiat se suma a Masseratti y Ferrari en la decisión de conceder "vacaciones navideñas" a todo el personal de su planta; en Estados Unidos y Gran Bretaña se anuncian medidas tales como la reducción de la semana laboral y la modificación horaria a los fines de racionalizar el uso de combustible.

22 de diciembre de 1973

Japón se declara en estado de emergencia para hacer frente a la crisis energética.

24 de diciembre de 1973

Como resultado de la Conferencia de Teherán, los seis países exportadores de petróleo del Golfo Pérsico resuelven un aumento en el precio básico del petróleo crudo que supera el 100%. Así, el precio total oficial del crudo pasa de 5,11 a 11,65 dólares por barril a partir del 1 de enero de 1974. El aumento tiene fuerte repercusión en Estados Unidos y Europa.

28 de diciembre de 1973

Venezuela aumenta casi el 82% el precio de su petróleo crudo. A partir del 1 de enero de 1974 el precio será de 14,08 dólares por barril en lugar de los 7,74 actuales.

2 de enero de 1974

En virtud de la tendencia alcista del precio en el mercado mundial Bolivia decreta el aumento en el precio de su petróleo crudo exportable: de 9,80 a 16 dólares por barril. Los países más afectados con este aumento del crudo boliviano son Perú, Brasil y Argentina.

7 de enero de 1974

Estados Unidos amenaza con la intervención militar sobre el mundo árabe si continúan con el embargo. Arabia Saudita responde que dinamitará y volará sus pozos si llega a ser atacada.

10 de enero de 1974

En Ginebra, termina la reunión de representantes de los países exportadores de petróleo. Allí resuelven dar plazo a los países industrializados hasta el 1 de abril para demostrar que son capaces de controlar la inflación y reducir las ganancias obtenidas por las compañías petroleras. Se comprometen a no alterar los precios de referencia del petróleo. La disparada de los precios del petróleo decidida por los miembros de la OPEP hizo que tales precios se triplicaran entre octubre de 1973 y enero de 1974.

12 y 13 de junio de 1974

Concluye la labor del Comité de los Veinte (Comité para la reforma del sistema monetario internacional). Se acuerda un programa inmediato encaminado a facilitar la evolución del sistema monetario. El Directorio Ejecutivo del FMI establece el servicio financiero del petróleo; adopta directrices para la gestión de los tipos de cambio flotantes, e introduce un nuevo método de evaluación del DEG, basado en una cesta de 16 monedas.

16 de junio de 1974

Inauguración de la 40 0 reunión de la OPEP. La misma tratará el aumento o no de los precios vigentes para el crudo.

18 de junio de 1974

Los países exportadores de petróleo resuelven no alterar los precios durante el próximo trimestre; en cambio, se impondrá a las compañías petroleras un aumento del 2% de los impuestos que pagan a los países productores (regalías).

13 de septiembre de 1974

El FMI establece el servicio ampliado del Fondo para otorgar asistencia de mediano plazo a los países que experimentan problemas de balanza de pagos provocados por cambios económicos estructurales.

1 de abril de 1978

Entra en vigor la segunda enmienda del Convenio Constitutivo del FMI, por la que se reconoce el derecho de los países a adoptar el régimen cambiario que prefieran.

24 de septiembre de 1978

El Comité Provisional del FMI se pronuncia a favor de que las cuotas aumenten un 50 %, en el marco de la séptima revisión general. Al ser aceptada por todos los países miembros, los recursos generales del FMI alcanzan un nivel de DEG 58.600 millones de dólares. El Comité se pronuncia también a favor de nuevas asignaciones de DEG, a razón de DEG 4.000 millones por año, durante tres años, a partir de enero de 1979.

17 de septiembre de 1980

El FMI decide unificar y simplificar las cestas de monedas que se utilizan para determinar el valor y la tasa de interés del DEG. La cesta unificada estará compuesta por las monedas de los cinco países miembros con mayor exportación de bienes y servicios en 1975-79: dólar norteamericano, marco alemán, franco francés, yen japonés y libra esterlina.

1 de diciembre de 1980

El FMI hace público que 128 países miembros le notificaron su consentimiento a un aumento de las cuotas en el marco de la séptima revisión general y al mínimo de participación obligatoria a los efectos de la entrada en vigor del incremento de las cuotas, con lo que el total de éstas se elevaría a DEG. 60.000 millones.

21 de mayo de 1981

El FMI decide conceder financiamiento a los países miembros que experimentan dificultades de balanza de pagos provocadas por "excesos" de costo de importación de cereales.

5 de agosto de 1982

Argentina: Según datos del Banco Central incluídos en el informe elevado al FMI, al 30 de junio de 1982 la deuda externa argentina asciende a 39.139 millones de dólares. En la XV Reunión del Consejo Federal Agropecuario, el presidente del Banco Central, Domingo Felipe Cavallo, anuncia la reconversión de las deudas en divisas del sector agropecuario a pesos.

Según el Balance de Pagos el cumplimiento de servicios financieros en 1981 fue casi el triple de los de 1979 (3.268,5 millones de dólares). Estos servicios representaban en 1978 el 10 % de las exportaciones, y el 33% de las mismas en 1981. Un informe de la UNCTAD (Conferencia de la ONU para el Comercio y el Desarrollo) advierte que los países en vía de desarrollo atraviesan la mayor crisis desde que finalizó la Gran Depresión y padecerán una agudización del problema de su deuda externa en los próximos años.

6 de agosto de 1982

El gobierno chileno decide liberar el mercado de cambios luego de la devaluación de un 18 % de su moneda introducida hace un mes y medio atrás.

12 de agosto de 1982

El presidente brasileño, Joao Figueiredo aseveró que la deuda externa de su país supera los 80.000 millones de dólares. Esto sorprende a los economistas privados cuyos datos estimativos solo alcanzaban a los 64.000 millones.

15 de agosto de 1982

El gobierno mexicano congela todas las cuentas bancarias en dólares y prohibe la venta de divisas.

17 de agosto de 1982

México convierte a moneda nacional depósitos en dólares por 14.000 millones al cambio oficial de 69,50 pesos por billete norteamericano. El gobierno mexicano negocia un crédito de 4.100 millones de dólares con el FMI para evitar caer en la cesación de pagos internacional.

18 de agosto de 1982

El gobierno mexicano anuncia la obtención de un crédito de 2.000 millones de dólares otorgado por el gobierno de los EE.UU., de los cuales 1.000 millones de dólares corresponden en concepto de

adelanto por ventas de petróleo y los restantes 1.000 millones los otorga la Comodity Corporation para la adquisición de granos en EE.UU. El presidente José López Portillo convoca a la banca agrupada en el Banco de Pagos Internacionales a celebrar una reunión en Nueva York para tratar una reestructuración del pago de su deuda externa y un préstamo de emergencia de 1.500 millones de dólares.

20 de agosto de 1982

El ministro de Finanzas del gobierno mexicano, Jesús Silva Herzog, anuncia la suspensión del pago de capital de la deuda mexicana hasta 1983 situando al país en una virtual moratoria.

26 de agosto de 1982

México anuncia la suscripción de un contrato con los EE.UU. por el cual se compromete a vender 40 millones de barriles de petróleo a precio controlado. De esta manera, de deprimirse el mercado petrolero EE.UU. se asegura una rebaja de los precios de 7,50 dólares por barril.

31 de agosto de 1982

El Banco de Pagos Internacionales integrado por 12 bancos centrales (entre ellos la Reserva Federal Norteamericana) otorgan a México un crédito por 1.850 millones de dólares.

12 de febrero de 1984

El secretario de Hacienda argentino, Mario Brodershon solicita ante la banca acreedora 2.000 millones de dólares de fondos frescos y una propuesta para capitalizar la deuda. El presidente del Citicorp, John Reed, anuncia terminante que no se repetirá el tratamiento de nación más favorecida aplicado a México.

1 de junio de 1985

El presidente argentino, Raúl Alfonsín, anuncia oficialmente el lanzamiento del Plan Austral.

2 de diciembre de 1985

El Director Gerente del FMI y el Presidente del Banco Mundial expresan el amplio apoyo de sus instituciones al plan de Estados Unidos referente a la deuda, propuesto por el Secretario James Barker, en el que se pide a los deudores la aplicación de medidas de ajuste globales, a los bancos multilaterales de desarrollo la concesión de un mayor volumen de préstamos estructurales más eficaces, y a los bancos comerciales un aumento del nivel de sus préstamos.

9 al 10 de abril de 1986

El Comité Provisional del FMI hace un llamamiento para mejorar la coordinación de la política económica de los países americanos y el sistema de flotación cambiaria.

16 de febrero de 1987

El gobierno del presidente José Sarney anuncia un nuevo esquema de remesas de capital al exterior para el pago de su deuda externa.

17 de febrero de 1987

El gobierno de Ecuador suspende el pago de su deuda externa que según cifras oficiales asciende a 8.500 millones de dólares.

20 de febrero de 1987

Brasil suspende el pago de su deuda externa de 108.000 millones de dólares. Los mayores deudores latinoamericanos (Brasil, México, Argentina, Venezuela) debían en total 285.000 millones de dólares. Los bancos norteamericanos anuncian pérdidas para el año en curso ante la necesidad de desviar capitales a sus reservas de deudas incobrables ante el efecto imitador que podría extenderse a partir de la decisión brasileña.

22 de febrero de 1987

Venezuela endurece su posición respecto del pago de su deuda.

23 de febrero de 1987

El gobierno brasileño solicita ante el FMI 1.500 millones de dólares en el marco de un programa de ayuda a países que enfrentan problemas económicos causados por la caída de sus exportaciones.

26 de febrero de 1987

El tesoro de los EE.UU. anuncia un acuerdo de 500 millones de dólares a la Argentina en apoyo al plan económico anunciado por el ministro de economía Juan V. Sourrouille.

27 de agosto de 1987

El principal indicador del mercado de valores de los EE.UU., el Dow Jones Industrial Average (DJIA) alcanzó un nivel récord de 2.746, 65 puntos.

2 de octubre de 1987

El índice Dow Jones cerró en 2.640, 99 puntos

16 de octubre de 1987

EL índice Dow Jones desciende 108 puntos y anticipa el lunes negro.

19 de octubre de 1987

El índice Dow Jones cayó 508, 32 puntos de 2.246,73 a 1.738,41. La caída casi duplicó la del crack de 1929. A causa de ella se evaporaron aproximadamente 870 mil millones de dólares en acciones de dividendo fijo. La onda expansiva no se hizo esperar en el resto del mundo: en Tokio, las acciones cayeron un 15%; en Londres un 12%; en Hong Kong un 11%; y un 6 % en París.

30 de octubre de 1987

El índice Dow Jones se estabiliza en 1.994 puntos, un 26 % por debajo de su alza de agosto.
Los índices compuestos por las tres principales Bolsas de Valores de EE.UU., el NYSE, el AMEX y NASDAQ, bajaron durante el mes un 21, 9 %, un 27 % y un 27, 2 % respectivamente.

3 al 4 de abril de 1989

El Comité Provisional del FMI solicita al Directorio Ejecutivo que considere propuestas de alivio de la carga de la deuda de los países en desarrollo, basadas en parte en las propuestas del Secretario de Estados Unidos, Nicholas F. Brady. El ministro de economía argentino, Juan V. Sourrouille, logra el refinanciamiento de la deuda externa. El acuerdo implicaba 32 mil millones de dólares a pagar a 19 años con siete de gracia y el resto en 12 años con cinco de gracia más la reducción de intereses.

23 de mayo de 1989

El Directorio Ejecutivo del FMI adopta directrices encaminadas a hacer frente al problema de la

deuda con programas de ajuste a mediano plazo que contengan un componente importante de reforma estructural y el acceso a los recursos del FMI con fines de reducción de la deuda o su servicio.

3 de octubre de 1990

Fecha oficial de la reunificación alemana. El canciller de Alemania occidental, Helmut Kohl se perfila como la figura emblemática.

Noviembre de 1990

El Directorio Ejecutivo del FMI aprueba la ampliación temporal de los servicios del FMI para brindar asistencia a los países afectados por la crisis del Golfo.

16 de enero de 1991

La Guerra del Golfo Pérsico estalla 6 meses después de la invasión de Irak a Kuwait.

1 de abril de 1991

Entra en vigencia la "Ley de Convertibilidad" (Ley 23.928) aprobada el 27 de marzo en diputados y reglamentada bajo decreto del Poder Ejecutivo N0 529/91 especialmente en lo atinente a la interpretación de los mecanismos de desindexación. A partir de la fecha la cotización del dólar se fija a un peso por unidad de la divisa norteamericana, son desindexados todos los contratos con cláusula de reajuste en australes anteriores al primero de abril y se respalda la circulación monetaria con las reservas de oro y divisas del Banco Central.

5 de octubre de 1991

La U.R.S.S. firma con el FMI un acuerdo de suministro de asistencia técnica en el contexto de su solicitud de ingreso pleno en el Fondo.

7 de febrero de 1992

Los países europeos conocidos como los "Doce" firman en Maastricht el Tratado de Unión Europea. Dentro de los objetivos de la unión figuran la construcción de un espacio sin fronteras para promover un progreso económico y social equilibrado, contribuir a la protección del medio ambiente y establecer una unión económica y monetaria que sustituya a las doce divisas (UEM).

Abril a mayo de 1992

El Directorio Ejecutivo del FMI aprueba el ingreso de varios estados pertenecientes a la antigua Unión Soviética.

5 de agosto de 1992

El FMI aprueba un acuerdo de derecho de giro por un monto de DEG 719 millones a favor de Rusia.

1 de enero de 1994

El Ejército de Liberación Nacional Zapatista con base en Chiapas inicia su rebelión el día en que entraba en vigencia el NAFTA (North American Free Trade Agreement)

19 de diciembre de 1994

El peso mexicano cotiza cerca del nivel de tope de 4 nuevos pesos mexicanos por dólar excediendo el límite establecido por la banda de flotación de 3,45 pesos por dólar.

20 de diciembre de 1994

El gobierno mexicano devaluó un 15 % su moneda respecto del dólar. Esta devaluación, la mayor desde 1987 se concreta a solo 18 días del cambio de gobierno y ante una reanudación de las hostilidades con la guerrilla zapatista. El ministerio de hacienda amplía la banda de flotación elevando el techo de flotación a 3,98 nuevos pesos por dólar. Se desata el denominado **"Efecto Tequila"**

21 de diciembre de 1994

En Buenos Aires las acciones caen un 5,7 % y los títulos públicos descienden hasta el 9%. Los bonos de deuda externa retroceden entre el 3,5 y el 3,2 %. El Banco Central sale a vender divisas (63 millones de dólares) y debe prestar 177 millones de pesos en pases. En el continente solo resultan airosas las bolsas de Wall Street y Caracas. Las caídas son generalizadas: Río de Janeiro (-6,0 %); San Pablo (-6,3%); México (-3,1%)

22 de diciembre de 1994

La bolsa de Buenos Aires vuelve a caer un 3% acumulando en el mes una caída del 10 %. En México la liberación del mercado cambiario lleva al dólar de 4 a 5,20 nuevos pesos mexicanos y bolsas como la de San Pablo (-6,1) y Río de Janeiro (-5,9%) registran otra jornada negativa.

27 de diciembre de 1994

Cae el índice MerVal a un valor de 437,62 puntos. La bolsa pierde un 4% en el día, un 17 % en el mes y un 25% en el año. En Río de Janeiro el retroceso es similar al registrado en Buenos Aires; en Santiago de Chile es de 2,3 %; en San Pablo de 3,8%; y en México de 2,8 %. Los bonos Brady argentinos perdieron un 4% promedio contra 3% de México y 2% de Brasil. En Latinoamérica unicamente Caracas acompañó la suba del índice Dow Jones en Wall Street (+0,7%)

28 de diciembre de 1994

El peso mexicano cerró por debajo de los 6 dólares mientras que en Nueva York la toma de ganancias y la caída del dólar frente a varias monedas arrojaron pérdidas del 0,6 % en el índice Dow Jones. La variación porcentual de los principales índices entre el 19 y el 28 de diciembre se calcula en Argentina de -17,4 %; en Brasil de -14,7%; y en Chile de - 3,4%.

29 de diciembre de 1994

En México el presidente Ernesto Zedillo destituye al ministro de Hacienda de la devaluación, Jaime Serra, y anuncia un plan de salvataje internacional. La bolsa mexicana sube casi un 3% durante la jornada y las restantes bolsas latinoamericanas arrojaron ganancias excepto Chile que vuelve a caer un 0,15%.

1 de febrero de 1995

El Directorio Ejecutivo del FMI aprueba un acuerdo de derecho de giro por un monto de DEG 12.100 millones a favor de México.

23 de febrero de 1995

Quiebra Baring Brothers el banco de inversiones más antiguo de Gran Bretaña.

6 de marzo de 1995

Brasil devalúa su moneda un 4,5 %. El dólar norteamericano cae frente al yen y acumula una baja del 6,4 % en lo que va del año.

2 de julio de 1997

Inicio de la denominada **"Crisis Äsiática".** Tailandia devalúa el bath en un 18 % al abandonar el sistema de tasa cambiaria fija. El 28 de julio acude al FMI.

3 de julio de 1997

Caída significativa en la cotización del oro en los mercados internacionales. En Nueva York retrocede el valor de la onza un 1,78 % a U$S 325,50 por onza. Se atribuye la baja a la decisión del gobierno de Australia de vender 167 toneladas de sus reservas en un mercado sensibilizado por la presión de ventas que ejerce Rusia.

11 de julio de 1997

Filipinas anuncia la flotación del peso. Cae el índice Ibovespa en Brasil un 3,35 % y en México la caída es del 0,84%.

14 de julio de 1997

Malasia abandona la defensa del valor de su moneda.

15 de julio de 1997

Se registra una caída en la bolsa brasileña del 8,51 %. Se profundizan los rumores de devaluación del real. En Argentina el retroceso es del 3,37% y en México del 4 %.

17 de julio de 1997

Se deprecia la moneda en Singapur. La bolsa de Sao Pablo se desploma un 7,2% y en Río de Janeiro el descenso es de 2,5%.

23 de julio de 1997

El dólar alcanzó su nivel más alto en 6 años, cerrando a 1,8260 frente al marco alemán y 1.744 frente a la moneda italiana (fijando en este caso nuevo récord en los últimos 12 años). El franco francés también se devaluó frente a la divisa norteamericana a 6,1475 francos por dólar.

24 de julio de 1997

En Tailandia el valor del bath desciende a 32,7 por dólar.

2 de agosto de 1997

El FMI acuerda un plan de socorro de 17. 200 millones de dólares a Tailandia.

11 de agosto de 1997

La moneda malaya cae a su nivel más bajo en cuatro años.

12 de agosto de 1997

El rinngit malayo sufre una caída de casi el 5% y junto con el dong vietnamita provocan un derrape del 2,5 % en el dólar singapurés El índice Dow Jones pierde casi 100 puntos y la repercusión en Latinoamérica es generalizada. Las bolsas caen, en Buenos Aires un 1,4%, en México un 0,8%, en Santiago de Chile un 1,0% y en San Pablo un 1,2%.

13 de agosto de 1997

El Banco Central de Indonesia anuncia la libre flotación de la rupia y esta cae casi un 7%.

19 de agosto de 1997
Cae el won, la moneda coreana.

20 de agosto de 1997
El FMI aprueba un crédito de 3.900 millones para Tailandia.

2 de octubre de 1997
Nueva caída del won coreano.

17 de octubre de 1997
Taiwan deja de intervenir en el mercado cambiario y deprecia su moneda.

22 de octubre de 1997
El derrumbe del bath tai provoca un derrape bursátil de 6,2% en Hong Kong.

23 de octubre de 1997
Se produce el desplome del 10 % en el índice Hanseng de Hong Kong y comienza el ataque especulativo contra el dólar. Caída generalizada en las bolsas. En Tokio 3,2%; en Francfort 4,7%; en París 3,4 %; en Londres 3,1%;en México 5,45% y en San Pablo 8,15%.

24 de octubre de 1997
Cae el índice MerVal 4,2% y acumula en los dos últimos días pérdidas que ascienden al 9,3%.

27 de octubre de 1997
La corrida de inversores que comenzara el jueves 23 de octubre en Hong Kong provoca una caída del índice Dow Jones del 7 %. Las bolsas latinoamericanas cierran con pérdidas entre el 13 y 15 %. En México la bolsa cede un 13,3 %, en San Pablo un 15%, en Buenos Aires la caída alcanza el 13, 7%.

28 de octubre de 1997
Se acelera la caída del won coreano.

30 de octubre de 1997
Continúa la caída en las bolsas brasileña y argentina un 10% y un 9,1% respectivamente.

31 de octubre de 1997
El FMI anuncia un paquete de rescate de US$ 40.000 millones para Indonesia.

2 de noviembre de 1997
Indonesia anuncia la liquidación de 16 bancos y 56 entidades financieras.

3 de noviembre de 1997
Quiebra de Sanyo Securities, una de las 10 principales casas de títulos japonesas.

10 de noviembre de 1997
El Banco de Corea anuncia que no defenderá el nivel de 986 won por dólar.

2 de diciembre de 1997

La bolsa de Corea del Sur cae un 4,14 %. El bath alcanza su mínimo récord en Bagkok a 41,65 por dólar. De esta manera desde su devaluación la moneda tailandesa acumula una perdida del 35 % de su valor.

24 de noviembre de 1997

Cierra la más antigua casa de corretaje bursátil de Japón, Yamaichi Securities.

3 de diciembre de 1997

El FMI aprueba un rescate de 57.000 millones de dólares para Corea. Este país reconoce que su deuda es de US$ 200.000 millones, casi el doble de lo declarado antes de la crisis.

4 de diciembre e 1997

El Directorio Ejecutivo del FMI aprueba un acuerdo de derecho de giro de DEG 15.500 millones de dólares a favor de Corea.

12 de diciembre de 1997

Cae Peregrine, uno de los bancos de inversión más grandes de Asia, por su pronunciada cartera de incobrables en Indonesia.

15 de diciembre de 1997

El yen cae a su nivel más bajo desde mayo de 1992.

17 de diciembre de 1997

Tras la crisis financiera en Asia, el FMI crea un servicio para complementar las reservas (SCR) a fin de ayudar a los países miembros a hacer frente a pérdidas súbitas y perturbadoras de confianza de los mercados. El SCR se activa al día siguiente para respaldar el acuerdo de derecho de giro de Corea.

8 de enero de 1998

Caída en picada de la rupia Indonesa. - Segunda semana de enero de 1998

El índice MerVal acumula una caída del 27.2 % entre la tercer semana de octubre de 1997 y la fecha. En tanto la bolsa brasileña registra una caída del 26, 6 %, el Dow Jones cae un 3,5 %. Entre la semana anterior al ataque especulativo (primera de octubre de 1997) y la segunda semana de enero la bolsa de Hong Kong registra la estrepitosa caída de 42 %.

27 de enero de 1998

Indonesia anuncia que congela el pago de su deuda externa.

6 de marzo de 1998

El FMI suspende la ayuda a Indonesia, por la falta de reformas.

1 de abril de 1998

Caída en la Bolsa de Tokio. EL yen vuelve a desvalorizarse.

3 de abril de 1998

Japón cierra a su nivel más bajo en 7 años frente al dólar al cotizar la divisa norteamericana a 135,47 por yen. En Corea del Sur el índice bursátil cae un 4,2 % mientras en Tokio la bolsa se derrumba un 1, 18%.

8 de abril de 1998

Uganda se convierte en el primer país en recibir alivio de la deuda (aproximadamente US$ 350 millones en valor neto actualizado) en el marco de la Iniciativa para los PPME (Países Pobres Muy Endeudados).

13 de mayo de 1998

En Indonesia se derrumba la bolsa un 18 % y la rupia se desploma hasta superar las 10 mil unidades por dólar.

21 de mayo de 1998

En Indonesia, Suharto, tras 32 años en el poder renuncia a su cargo tras varios días de protestas que llevaron a la muerte a más de 1.000 personas.

1 de junio de 1998

La Bolsa de Pakistán cae el 12%.

8 de junio de 1998

El yen cruza la barrera de 140 dólares. Japón entra en recesión, registrando una caída del 5,3 % en el PBI durante el primer trimestre del año.

17 de junio de 1998

Fuertes subas en las bolsas mundiales como resultado de la decisión del gobierno norteamericano de intervenir en el mercado de divisas para levantar el valor del yen.

30 de junio de 1998

Brasil comienza a perder reservas, mientras se inicia otro desplome en la Bolsa. En dos meses, las reservas bajan de 70.000 millones a 48.000 millones de dólares.

20 de julio de 1998

Rusia obtiene una ayuda internacional de 22.600 millones de dólares. El FMI, que participa con 11.200 millones, desembolsa 4.800 millones de dólares.

7 de agosto de 1998

Continúa la desvalorización de la moneda venezolana, el peso mexicano y el chileno, con pérdidas de reservas.

11 de agosto de 1998

Fuertes bajas en las bolsas de toda América Latina.

Fines de agosto de 1998.

El yen se debilita, llegando a tocar picos históricos en su descenso de 145 unidades por dólar.

El gobierno ruso anuncia en primer lugar, una moratoria unilateral de su deuda externa que supera los 200 mil millones de dólares por noventa días y establece una banda de flotación para el rublo equivalente a una devaluación de casi el 30 %.

En Argentina, los títulos públicos y los bonos Brady de la deuda externa perdieron en agosto entre el 7 y el 13 %. La importancia de estos bonos radica en que miden la tasa de interés que debe el gobierno y las empresas pagar si salen a buscar fondos en el exterior.

17 de agosto de 1998
Rusia se declara en cesación de pagos. Anuncia que no está en condiciones de seguir manteniendo el valor del rublo que se devalúa un 50 %.

21 de agosto de 1998
La crisis rusa arrastra a todos los mercados bursátiles, en especial a las bolsas de América Latina.

31 de agosto de 1998
Nueva caída en las bolsas. Wall Street pierde 6,36% en una sola jornada.

1 de septiembre de 1998
Malasia adopta una serie de medidas de control de cambios.

2 de septiembre de 1998
Se devalúa un 9 % el peso colombiano.

3 de septiembre de 1998
El Banco Central ruso deja de respaldar el rublo. La moneda rusa se dispara de 9, 50 a 13 rublos por dólar. Yeltsin no logra formar gobierno. Vuelven a caer las bolsas del mundo.

10 de septiembre de 1998
En la bolsa argentina, el índice MerVal registra una caída del 56 % en lo que va del año.

11 de septiembre de 1998
El Banco Central de Brasil eleva la tasa de interés al 49, 75% anual en un vano intento por detener la pérdida de reservas y divisas.

14 de septiembre de 1998
Ecuador devalúa el sucre un 15%. Los ministros de Finanzas del G7 plantean bajar las tasas de interés.

24 de septiembre de 1998
Según un informe sobre el empleo mundial de la OIT, la crisis asiática suma 10 millones de nuevos desocupados a los 140 millones de desempleados y 850 millones de subocupados que se calculaban antes del estallido de la crisis.

30 de septiembre de 1998
El FMI admite que la economía mundial crecerá en 1998 el 2 %, menos de la mitad de lo previsto.

1 de octubre de 1998
Alan Greenspan, titular del la Reserva Federal (FED), reduce la tasa de interés un cuarto de punto. Decepción internacional. Vuelven a caer las principales bolsas.

6 de octubre de 1998
En la reunión anual del FMI se plantea la reforma del sistema financiero internacional. El FMI presenta a la Argentina como un modelo de reformas.

15 de octubre de 1998

Alan Greespan vuelve a bajar 0, 25 puntos la tasa de interés, para contrarrestar la desaceleración de la economía estadounidense.

13 de enero de 1999

Brasil devalúa el real un 9 %. Fernando Henrique Cardoso liberó la tasa de flotación del dólar llevando el techo a 1,32 real por dólar. En México el peso de devalúo un 4,2% frente al dólar (su depreciación llegó al 7 % en los últimos dos días) El índice de acciones líderes MerVal cae en Buenos Aires el 10, 2 %. En Madrid la bolsa cae un 6,2%, Hong Kong un 4,1 % al igual que Zurich, París un 3,5 % y Londres un 3,0%

15 de enero de 1999

Presionado por la corrida contra el real, Brasil adopta para su régimen cambiario un esquema de flotación pura (sin intervención del Banco Central). Así, Buenos Aires deja la cotización de su moneda librada a las fuerzas del mercado.

21 de enero de 1999

Nueva caída de la bolsa brasileña en un 7,6 % de su valor en el día registrando una pérdida del 40% en la última semana. En San Pablo cae un 4,60% en tanto que en Buenos Aires bajó un 6,15 %.

22 de enero de 1999

Brasil logra evitar un viernes negro a costa de perder 500 millones de dólares de sus reservas para impedir un nuevo derrumbe del real. El real cierra a 1,73 unidades por dólares. El índice de acciones MerVal subió un 0,5 % pero en San Pablo se registró una baja del 18%. Desde el miércoles último la moneda brasileña se devaluó un 30%.

1 de marzo de 1999

La devaluación del real llega al 78 % en relación con la cotización de enero de 1, 21 real por dólar. En Brasil la paridad cerró a 2,15 reales por dólar después de haber alcanzado el tope de 2,17 reales por unidad. **c**

Notas

* Pablo Ignacio Caruso. Licenciado en Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires. Docente de Sociología en el ciclo básico común de dicha universidad e investigador (Centro Interdisciplinario para el Estudio de Políticas Públicas/Fondo Nacional de Ciencia y Técnica –CIEPP/FONCYT).

** Sabrina González. Licenciada en Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires. Docente en la Facultad de Ciencias Sociales y en el Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires.

q